GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

CHRISTIAN ZENTNER

LAS GUERRAS DE LA POSTGUERRA

3



BRUGUERA

GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

Grandes guerras



CHRISTIAN ZENTNER

de nuestro tiempo

LAS GUERRAS DE LA POSGUERRA

(III)

Conflictos armados de 1968 a 1973

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

TÍTULO ORIGINAL:
DIE KRIEGE DER NACHKRIEGSZEIT

1.ª ed. en 15 vols.: Enero, 1980

Printed in Spain · Impreso en España

Depósito legal: B. 35.306 - 1979 (III)

ISBN 84-02-06790-5 (III)
ISBN 84-02-06791-3 (Obra completa)

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Carret. Nacional 152 Km 21.650. Parets del Vallès. Barcelona - 1980

Cerco hostil en torno a Israel

De vuelta a la tierra de promisión – Theodor Herzl, Chaim Weizmann y Ben Gurion, los tres grandes del sionismo – La Declaración Balfour – El Tratado Sykes-Picot, un caso patente de doblez – Los parientes poco amistosos – Irgun y Lehi – Ojo por ojo y diente por diente – Inglaterra se resigna – Exodo – La matanza de Dir Yassein – La miseria de los evacuados – Nace un Estado en Tierra Santa: su nombre será Israel – Comienza la guerra – Salida de Jerusalén – Armisticio – El conde Bernadotte muere asesinado – Gamal Abdel Nasser – Socialismo, nacionalismo, panarabismo – La presa de Asuán no es un proyecto popular en Estados Unidos – Nasser nacionaliza el canal de Suez – La conspiración de Suez 1956 – Port-Said, un montón de escombros – Moshe Dayan, el vencedor del Sinaí – Interviene la ONU – Magnanimidad del amigo soviético – La crisis del Líbano en 1958: desembarca la Infantería de Marina norteamericana – Guerra en el Yemen: cabezas y orejas cortadas – Guerra en Siria – Nasser exige la retirada de las tropas de la ONU – El golfo de Akaba – El derecho y el golfo – Actividad diplomática: el ministro de Asuntos Exteriores de Israel visita París, Londres y Washington – Victoria en el aire – Los carros de combate jordanos serán destruidos – El teléfono rojo entra en funciones – Avance israelí – ¡Hacia Jerusalén! – La URSS apremia – Liberty – Tormenta en las alturas sirias – La URSS en el Mediterráneo – Las fronteras seguras de Israel – Vía libre para los patriotas – Aprobación unánime del proyecto de resolución británico en el Consejo de Seguridad de la ONU – Negociaciones directas, un axioma de la política exterior israelí – A pesar de la derrota: «Nasser, no abandones; te necesitamos» – A pesar de la victoria, no hay paz: Israel prepara la «cuarta batalla».

"Y subió Moisés desde las campiñas de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Fasga, que está frente a Jericó: y mostróle el Señor el país entero." (5 Deut., 34, 1)

"No quedó sin efecto ni una sola de las buenas promesas que el Señor había dado a la casa de Israel. Todo se cumplió." (Jos., 21, 43)

Por tres veces este relato de la Biblia se ha convertido en realidad histórica.

Unos 1.250 años antes de Jesucristo, después de la huida de Egipto y de cuarenta años de marcha por el desierto, los hijos de Israel conquistaron la tierra de Canaán, "donde corrían la leche y la miel". El primer Estado judío se constituyó en el año 1020 antes de Jesucristo, cuando Saúl fue elegido rey de Israel. Ese Estado perduró unos tres siglos, hasta su derrota por los asirios en el año 722. Quedó dividido en el reino de Judea al sur y el de Israel al norte.

Siguió luego su opresión por los asirios hasta que por fin, en el año 597, los judíos fueron expulsados de su tierra para sufrir cautiverio en Babilonia. Pero la liberación de los judíos por el magnánimo Ciro, rey de Persia, y su vuelta a la patria en el año 538, no fueron acompañadas ni de la libertad política ni de la independencia. Primero sufrieron la dominación persa y más tarde la helena. Tras las victoriosas guerras de los macabeos (167-163 a.C.) hubo una segunda fundación del Estado judío. En el año 63 antes de Jesucristo la tierra de Canaán, patria de los judíos, fue integrada al imperio romano.

El tercer Estado judío brotó exactamente dos mil once años después, o sea, el 14 de mayo de 1948. Pero no en la vieja ciudad de Jerusalén, la ciudad del rey David venerada por los judíos. Habrían de transcurrir veintidós años a partir de la tercera fundación del Estado para que éste tomara posesión oficial de la antigua capital. Con ello se hacía realidad el sueño milenario de los judíos: la vuelta a la tierra prometida, pues para Israel no lo es sin Jerusalén.

En aquel 15 de mayo de 1968, un desfile militar de nueve kilómetros de longitud cruzó por la ciudad, que es al propio tiempo santuario de los judíos, de los mahometanos y de los cristianos de todo el mundo. Los súbditos del tercer Estado judío no sólo celebraron el XXII aniversario de la fundación del mismo, sino que con tan magno desfile festejaron la victoria obtenida hacía escasamente un año sobre los países vecinos: Siria, Jordania y Egipto.

A los pocos meses de su fundación el Estado de Israel ingresaba en las Naciones Unidas y, excepto por los vecinos países árabes, fue inmediatamente reconocido por casi todos los países del

mundo y por Estados Unidos en primer lugar. Y por ello resulta asombroso que en la tribuna de honor montada para presenciar el gran desfile en la vieja ciudad de Jerusalén, conquistada el año anterior, faltasen los miembros del cuerpo diplomático que en tan señaladas fechas como el aniversario de la fundación de un Estado acuden a manifestar los parabienes de sus respectivos Gobiernos. Pero en esta ocasión quedaron algunos puestos vacíos.

Y más sorprendente todavía: el antiguo y respetable *Times* londinense y el órgano del partido comunista soviético *Pravda* se habían pronunciado contra la gran parada militar, y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas elevó la oportuna protesta. Así pues, no había ningún felicitante extranjero, incluso de los numerosos países que el año anterior habían saludado con júbilo la victoria israelí, algunos con gran entusiasmo. Algo parecía haber cambiado en el curso de aquel año.

Hubo otras novedades en la discutida celebración militar. El ministro de Asuntos Exteriores israelí, Abba Eban, manifestó ante las protestas del mundo entero, que la poderosa concentración de armas en el territorio de la triple ciudad santa era en realidad una "ceremonia pacífica" y el desfile había sido cuestión de cuarenta minutos, cosa que a nadie perjudica. Sin embargo, en los muros, azoteas y encrucijadas de la ciudad habían sido emplazadas ametralladoras. En torno a Jerusalén aguardaba una división completa del Ejército israelí: no participó en el desfile y sus armas estaban a punto. El magno desfile pasaba ante la tribuna de honor y ante el palacio de verano del rey Hussein de Jordania. Desde la tribuna saludaron el primer ministro, Eschkol; el jefe de Estado, Schasar; el ministro de Defensa, Dayan, y los altos jefes militares.

Los carros de combate, cañones de asalto, vehículos blindados y camiones que rodaban por las calles de Jerusalén estaban pintados de varios colores. Los vehículos de combate grises eran las armas que un año antes había utilizado el victorioso ejército israelí Zahal en la campaña relámpago de los seis días. Los restantes, de diferente tonalidad, eran el botín capturado en aquella campaña. Los de color pardo eran las armas tomadas a los egipcios en el desierto del Sinaí; el verde oliva correspondía a los pertrechos sirios, y el manchado para el camuflaje, a los jordanos. Los psicólogos habían intervenido en la escenificación del desfile; los espectadores tenían que recordar bien a las claras la magnitud del triunfo israelí del año anterior.

En el cielo que corona la ciudad santa, de bello color azul en aquella jornada, rugían los motores de centenares de aviones de combate, dejando tras ellos blancas y algodonosas estelas; desde los cazas a reacción Mirage comprados a Francia hasta los Mig-17 rusos capturados al enemigo.

El júbilo de la población israelí era indescriptible; los árabes, en cambio, permanecían mudos. Sus tiendas y oficinas estaban cerradas y apenas circulaban por la calle elementos árabes. Sólo ante la puerta de Herodes se formó un reducido grupo de ciudadanos árabes residentes en Jerusalén. Eran ciento cincuenta mujeres, entre ellas la esposa e hijas del ex gobernador jordano de la Ciudad Santa. Se manifestaban contra el desfile militar en su zona de la ciudad. La policía israelí obligó a dichas mujeres a concentrarse en un espacio reducido y el desfile pasó por la puerta de Herodes sin el menor contratiempo.

Israel, respaldado por su victorioso Ejército tras la brillante campaña de los seis días, proclamaría ahora lo que no dijo antes: que no estaba dispuesto a ceder los territorios conquistados ni la ciudad santa de Jerusalén. De ahí las protestas en el Consejo de Seguridad y la ausencia de diplomáticos extranjeros en el aniversario de la fundación del Estado de Israel y los intencionados comentarios del *Times* y *Pravda*.

El primer ministro Eschkol declaró en el Parlamento, el Knesseth, después de la victoria: "No hemos luchado para anexionarnos territorios, sino que combatimos por sobrevivir."

Pero ya en el otoño de 1967, seis meses después del triunfo israelí y medio año antes de la exhibición militar en la Ciudad Santa escribió el *New York Times* que en la tierra de los vencedores circulaba una nueva consigna: "la creación del Gran Israel". El 30 de octubre de 1967 el primer ministro, Eschkol, declaró ante los miembros de Knesseth:

" —Es obvio que tras la victoriosa campaña de los seis días no podemos volver a la situación anterior al 5 de junio."

" —¡Da gusto contemplar este mapa! —exclamó con júbilo el ministro de Defensa, Moshe Dayan—. ¡Jamás habíamos tenido tan buenas fronteras!"

Esos nuevos límites comprendían un territorio cuatro veces mayor del que había tenido hasta entonces el Estado de Israel. En sólo seis días, Israel había arrebatado a los vecinos países árabes una extensión territorial tres veces más grande que el mismo Israel. Los israelíes, al parecer, en el vigésimo aniversario de la fundación del Estado, el 15 de mayo de 1968, tenían la más segura garantía de la inapelabilidad de la victoria y de la retención de los territorios ocupados; por lo menos durante tanto tiempo como el que pudiera asegurarle Israel. Pues si los israelíes derrotaron claramente a sus enemigos en junio de 1967, puede decirse que no ganaron la paz.

La dura y sangrienta lucha llevada a cabo por ambos bandos con singular ferocidad no fue en modo alguno una "contienda hereditaria" de tiempo inmemorial, sino de fecha reciente. Aún en 1919 el emir Feisal, rey del Irak y al mismo tiempo representante de su padre Hussein, rey del Heyaz (la actual Arabia Saudita), en la Conferencia de París al concluirse la Primera Guerra Mundial, escribió una carta al jefe de los judíos de Frankfurt, quien gestionaba en París, cerca de las potencias vencedoras, la creación de "un hogar nacional para los judíos", redactada en los siguientes términos:

"Estamos convencidos de que árabes y judíos son hermanos de raza, han sufrido persecuciones similares de naciones más fuertes. Nosotros los árabes contemplamos con la más profunda simpatía el movimiento sionista. Queremos dar a los judíos nuestra más cordial bienvenida a su regreso a la patria. Habremos de trabajar juntos para conseguir un nuevo y próspero Oriente; nuestros dos movimientos se complementarán. El movimiento judío es nacional y no imperialista; también nuestro movimiento es nacional y no imperialista. En Siria hay espacio suficiente para ambos. Incluso creo que cada uno de nosotros necesita del otro para lograr éxitos reales."

A pesar de estas frases del emir Feisal y del hecho de que tenía toda la razón y de que hasta entonces no se había producido ningún enfrentamiento serio entre judíos y árabes, las causas de la actual y enconada lucha entre ambos están arraigadas en la historia de ambos pueblos. La presente rivalidad no puede comprenderse bien sin dar antes una ojeada retrospectiva a su dilatada historia.

En otra ocasión ya había manifestado el emir Feisal que judíos y árabes son "parientes"; sin embargo, el emir se quedó corto. Por su origen histórico puede decirse que judíos y árabes son "hermanos".

Ambos adoran al patriarca Abraham como cabeza de su pueblo. Cuando Abraham partió con su tribu desde Ur de Caldea hacia el norte y el oeste no había aún ninguna divergencia entre judíos y árabes. Sólo existía la familia de Abraham. Los antiguos egipcios conocían a las tribus semitas nómadas como "merodeadores del desierto" o "Ara Bar". O sea, que también los judíos son árabes.

La separación se llevó a cabo mucho tiempo después, cuando parte de la ya muy numerosa tribu de Abraham se dirigió a Egipto. Sin embargo, el posterior regreso al mando de Moisés restableció la unidad religiosa entre las diversas tribus descendientes del tronco común, Abraham.

También los árabes modernos reconocen a Moisés como profeta y se dieron su nombre: moslems (musulmanes). Los diez mandamientos transmitidos por Dios a Moisés constituyen la base común de las religiones judía, mahometana y cristiana. A pesar de todo, se produjo la escisión de judíos —los "hijos de Israel"— y árabes por mediación de Moisés. Los israelitas conducidos por él conquistaron la tierra de Canaán estableciéndose en ella. Y con la fundación del primer Estado judío, bajo el rey Saúl, dejaron de ser nómadas, "merodeadores del desierto" y, por tanto, "Ara Bar".

Los israelitas se transformaron en agricultores, pastores, pescadores y artesanos. Fieles a las enseñanzas de Moisés, se aislaron del mundo circundante. La doctrina de un Dios único es el nexo que mantiene firmemente unidos a los hijos de Israel. Ese Dios es sólo suyo e Israel es el pueblo elegido, sobresaliente entre todos los que pueblan la tierra. Así pues, hasta hoy, la religión mosaica nunca ha tenido vocación misionera, nunca ha intentado convertir a los demás por persuasión o por medio de la violencia. Esa fe y el saber que tienen una historia común forman la sagrada tradición de todos los judíos del globo, que hoy, al cabo de muchos siglos, se sienten más unidos que nunca.

En el año 70 después de Jesucristo los romanos destruyeron el templo de Jerusalén en tiempos del emperador Tito Vespasiano, viéndose privados los judíos de su centro religioso y político. Del templo quedaron sólo los imponentes sillares de un muro lateral. Y ante ese muro, llamado de las lamentaciones, desfilaron triunfales, en 1968, los carros de combate de Israel.

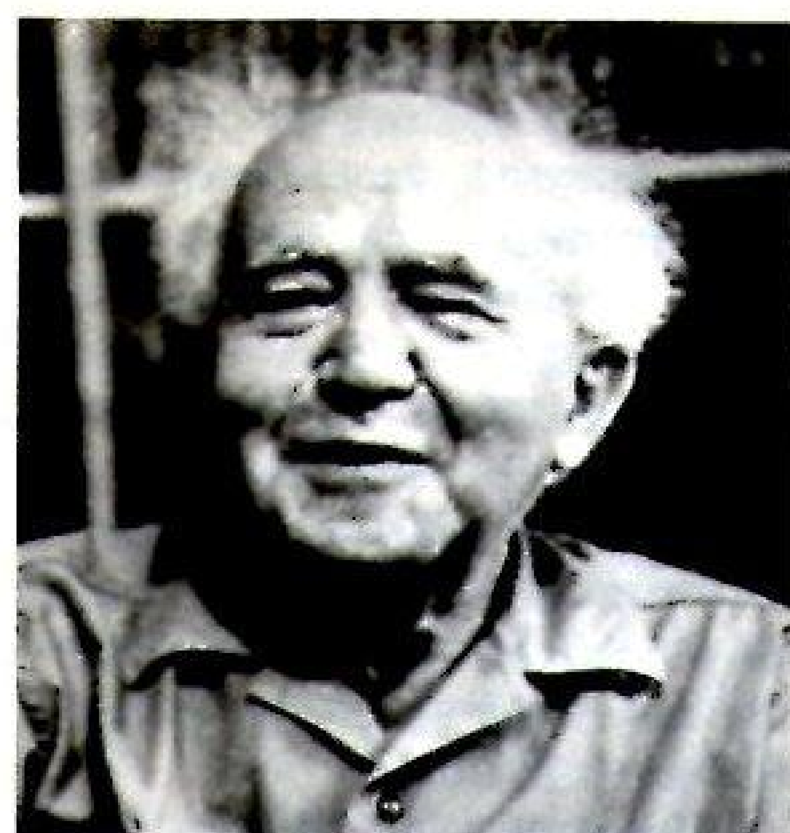
El pueblo de Israel fue perseguido en todo el mundo y se inició la diáspora, es decir, la dispersión. Ya hacía tiempo que se establecieron colonias judías más allá de las fronteras del Estado. En todo el ámbito mediterráneo había comunidades judías. Pero esos grupos judíos residentes en el extranjero, al mismo tiempo que súbditos de la nación donde residían, se consideraban ciudadanos de su tierra palestina. Y esa patria la perderían por espacio de dos milenios.

Pero en la diáspora el pueblo judío siguió fiel a su nuevo credo y a su patria, cuyo símbolo era Sión, una de las colinas sobre las que se asientan Jerusalén y el templo. Posteriormente, el nombre de Sión se aplicó al movimiento que aspiraba a volver a la tierra prometida: el sionismo.

Todos los años, en la víspera de la Pascua, terminan en el mundo entero las plegarias de los judíos con la súplica: "El próximo año a Jerusalén", y se entona el salmo: "Si te olvido, Jerusalén, pierda todos mis derechos".

El ser víctimas del antisemitismo extranjero, sufrir medidas discriminatorias y soportar frecuentes matanzas, junto a la nostalgia por Sión, pasa-





DE IZQUIERDA A DERECHA: Theodor Herzl, el visionario; Chaim Weizmann, el fundador, y Ben Gurion, el luchador, los tres grandes del sionismo. Mientras que al principio Herzl sólo ambicionaba un poco de tierra propia para los judíos, Chaim Weizmann y Ben Gurion opinaron desde el principio que ese trozo de tierra sólo podía ser Palestina. Sólo Palestina, la tierra que durante tantos siglos había atraído el afán de los judíos, podía proporcionar a los sionistas aquella renovación interior a la que aspiraban. Palestina tenía que ser judía, y los árabes que vivieran allí tendrían que marcharse. "En su libro El Estado judío, *Herzl escogió el ejemplo de que había que librar de fieras salvajes un territorio determinado. Desde luego, no se procedería con flechas y lanzas, ni siguiendo las huellas de los animales, como se hacía en el siglo XV en Europa, sino que se organizaría una gran cacería." Esta es la interpretación del sirio Sami Al Joundi al libro de Herzl, que es sagrado para todos los sionistas. La declaración Balfour, conseguida por Chaim Weizmann, o sea, la promesa de constituir hogares judíos en Palestina, ya fue registrada con escepticismo por los árabes, que lucharon con las armas contra el Estado judío proclamado por Ben Gurion en 1948. IMAGEN DERECHA: Cementerio militar en la montaña Herzl, en Jerusalén. La visión de Herzl no se hubiera podido convertir en realidad sin guerra, sin violencia, sin muertos.*

ron a integrar el carácter judío. El agudo antisemitismo desencadenado en el siglo pasado a causa del nacionalismo europeo hizo que se alzaran numerosas voces en pro de un Estado judío. Pero el alma del movimiento masivo que llevase a cabo el deseo de muchos judíos, volver a la patria, fue un solo hombre que más tarde sería llamado el "profeta en el exilio". Ese hombre era un judío germano-austríaco, que ya no se consideraba judío, sino austríaco, que se había "asimilado".

Nos referimos al doctor Theodor Herzl. Hijo de un comerciante acomodado, recibió de su madre un gran entusiasmo por la literatura clásica alemana, en cuyo espíritu creció. Siendo estudiante en Viena se afilió a una liga estudiantil distinguida por su celoso patriotismo. Poco antes de concluir sus estudios probó fortuna como autor dramático, pero le devolvieron todos los manuscritos. Reemprendió los estudios y se graduó en derecho, iniciando su labor en el juzgado de primera instancia de Viena, sala de lo Criminal, alternando con esto los trabajos literarios. Al poco tiempo, un amigo llevó a Estados Unidos una obra escrita por él y, por último, tuvo el honor, el más grande para un dramaturgo, de ver representada una obra suya en el Teatro Nacional de Viena.

Herzl abandonó su trabajo con la Justicia y se dedicó a escribir obras de teatro y artículos, estos últimos para el diario judío *Berliner Tageblatt.* Finalmente, el periódico vienés *Neuen Freien Presse,* de tendencia liberal y muy leído en el país, le envió a París como corresponsal. En Austria no había manifestaciones antisemitas, pero en París el doctor Herzl se enfrentó por primera vez con actitudes discriminatorias.

Llegó a la convicción de que si bien existía una "cuestión judía", no era de tipo confesional o nacional, sino de carácter social. Sólo había que dar a los judíos la oportunidad de integrarse en los países de residencia. Herzl anotó en su Diario, en 1891:

"No, la cuestión judía, de la que hoy nos gloriamos y alegramos, no tiene nada que ver con la teología y la liturgia. Han pasado los tiempos en los que se luchaba encarnizadamente por la forma de la cena. Hoy no se trata ya de la cena, sino del pan de cada día."

Poco después se le ocurrió la idea de impulsar a los judíos austríacos a bautizarse, con el apoyo de la Iglesia católica, para "solucionar la cuestión judía". Herzl creía en la asimilación y sólo cuando se enfrentó en París con la triste realidad cambió de actitud.

El 19 de diciembre de 1894 se celebró, ante un tribunal militar francés, el proceso contra el capi-



tán de artillería Alfred Dreyfus. El capitán había sido acusado de alta traición, sospechoso de haber vendido importantes documentos militares a los alemanes. El doctor Herzl, por encargo del *Neuen Freien Presse,* estuvo presente en la sala, encargado de informar a los lectores de dicho periódico sobre la marcha del proceso. Los acontecimientos que vivió le trastornaron profundamente. Sabía que Dreyfus, "espía alemán", era inocente, pero a pesar de ello fue condenado a prisión perpetua. Lo que estremeció a Herzl fue algo distinto. Escribió en uno de sus artículos:

"Se arrojaron sobre él (Dreyfus) con delectable saña. Seguro que hubiesen deseado embadurnarle de alquitrán y cubrirlo de plumas, o de hacer cualquier otra atrocidad en su cuerpo. ¿Por qué? No era en venganza de haber entregado un secreto militar a los alemanes, como se demostró en otros casos, pues en tiempos de paz no suele llegarse a tales extremos. ¡Oh!, en esta ocasión no se trataba de un arrebato de furor que induce a la chusma levantisca a cometer toda clase de desmanes; todo estaba ya arreglado por la acusación. No se gritaba 'abajo Dreyfus', sino 'abajo los judíos'."

En efecto, el capitán Dreyfus era judío. Por eso le acusaron aun siendo inocente, como se probó años más tarde. Los verdaderos culpables le denunciaron convencidos de que "de un judío se cree siempre lo peor". Los reos de alta traición denunciantes no se equivocaron.

La emoción de Theodor Herzl imprimió un sello a sus trabajos, que al final le condujeron a sentar las bases que culminarían con la fundación del Estado de Israel. El día de Pentecostés del año 1895 anotó en su Diario:

"Me ocupo desde hace algún tiempo de una obra de una magnitud inconmensurable. Parece una gran quimera. No tengo la menor idea de lo que saldrá de ella. Si de la novela no se deriva la acción, de ésta saldrá una gran novela."

El título de la obra: *La tierra prometida.*

La obra no era una novela ni tampoco llevó el título de *La tierra prometida,* pero se hizo realidad. El libro era una visión profética, a la vez que realista, de la creación de una patria para los judíos. *El Estado judío* fue el título que Herzl dio a la obra terminada. No era un simple producto de la fantasía. Herzl había elaborado su plan hasta en sus más nimios detalles: viviendas para los obreros, ayuda social, seguros sociales, economía de mercado, construcción de carreteras, trabajos de irrigación, colonización y técnicos, emigración por grupos, implantación de la jornada de trabajo de siete horas. Incluso había pensado en la bandera del nuevo Estado.

El repudio que al principio acompañó a su libro no le irritó en absoluto, puesto que de escritor se convirtió en un agitador del que todos hablaban y, al final, logró celebrar el Primer Congreso Sionista.

El 29 de agosto de 1897 tuvo lugar el solemne congreso en el Casino de Basilea. Herzl pronunció el discurso inaugural. Hubo muchos debates y se expresaron diversidad de opiniones en el citado congreso. Unos abogaban por una colonia judía cerrada, situada en cualquier parte. Otros, por motivos filantrópicos, propugnaron crear un Estado que sirviese de refugio a los judíos polacos y rusos perseguidos. Los rabinos ortodoxos combatían, en general, la idea sionista, porque según las Sagradas Escrituras, el pueblo israelí tenía que volver primero a la tierra donde apareciera el Mesías.

A pesar de la diversidad de actitudes y pareceres, el congreso sionista celebrado en Basilea acordó no regatear esfuerzos para conseguir la "fundación de una patria abierta legalmente a la que pudiesen acudir todos aquellos judíos que no hubieran logrado aclimatarse en otros países". No se hablaba todavía de un Estado judío propiamente dicho, ni de un Estado de Israel para todo el pueblo judío.

Pero Herzl estaba satisfecho. El congreso había despertado mucho interés. En todas partes se hablaba de los sionistas. Herzl se puso en contacto con gran cantidad de ricos financieros judíos, siendo unos de los primeros el barón bávaro Hirsh y el magnate de las finanzas parisienses barón de Rothschild. Ambos se mostraron contrarios al Estado judío. Hirsh era un "buen alemán" y Rothschild sentíase "buen francés". Pero daban mucho dinero por compasión a los perseguidos. La emigración ya podía comenzar.

Herzl se dirigió también a los poderosos de todo el mundo: al emperador alemán Guillermo III, al primer ministro británico Joseph Chamberlain, al monarca italiano Víctor Manuel y al Sumo Pontífice. Por todas partes buscó apoyo para conseguir un pedazo de tierra donde "podamos tener narices aguileñas, barbas negras o rojas y piernas zambas, sin vernos despreciados por ello".

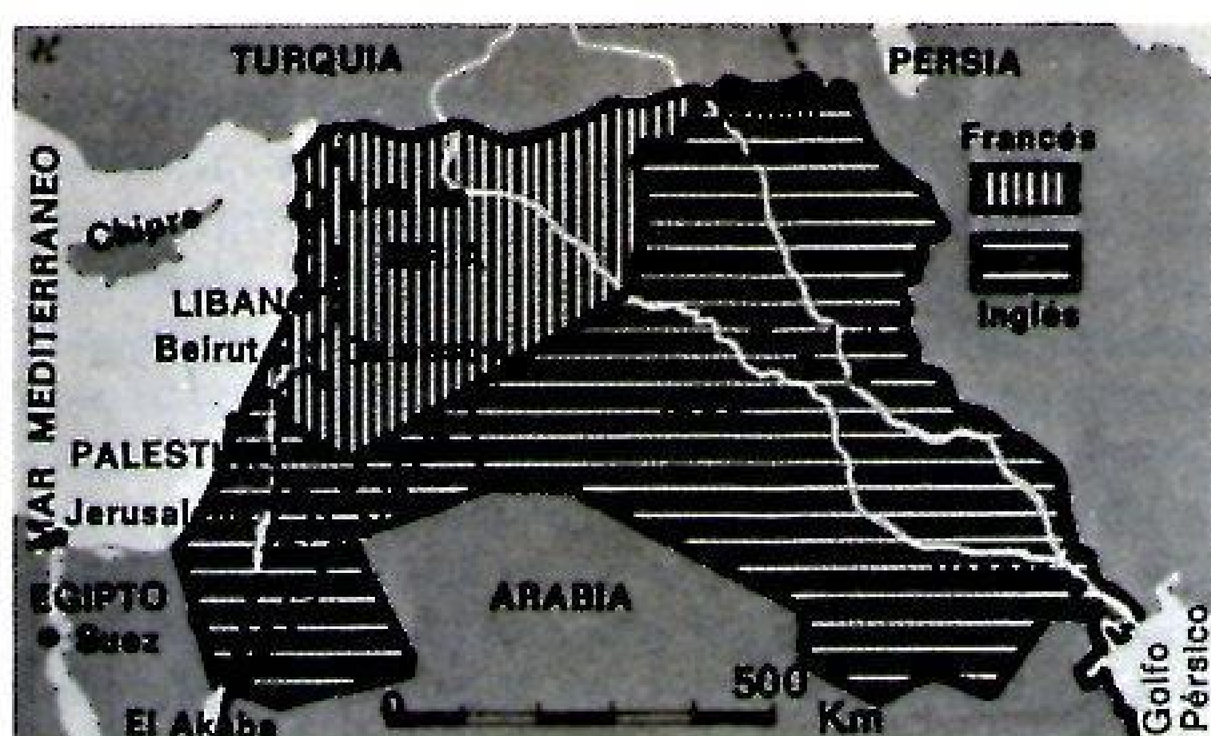
Entregado en cuerpo y alma a su tarea, Herzl murió en 1904 a causa de una dolencia cardíaca. El objetivo que se había fijado y al que tantos desvelos había dedicado se hallaba todavía un poco lejano. Pero algo quedaba en pie: el movimiento sionista, que avanzaba a buen paso hacia la meta señalada por su iniciador. Y había logrado despertar la atención mundial. Decenas de millares de personas, judías y no judías, acompañaron los restos mortales de Herzl hasta el cementerio de Viena.

El nuevo jefe del movimiento sionista fue un intelectual que, como él mismo dijo de sí, "procedía del más oscuro rincón de territorio colonial judío en la Rusia zarista", situado en Motol, cerca de Pinsk. El doctor Chaim Weizmann, químico, había llegado a Alemania en 1893, a los diecinueve años de edad, como estudiante. Estudió primero en Darmstadt, luego en Berlín y, por último, se doctoró en la Universidad de Friburgo. Pero Weizmann no se encontraba bien en la Alemania del kaiser.

La Alemania de antes de la Primera Guerra Mundial le parecía demasiado cómoda y perezosa. Y los judíos alemanes se esforzaban desesperadamente por borrar su personalidad. Weizmann deseaba continuar siendo judío. No era religioso, como la mayor parte de los sionistas de entonces; Weizmann era un nacionalista convencido. El siglo XIX era el siglo de las nacionalidades. Italia y Alemania habían alcanzado su unidad nacional, los Estados balcánicos luchaban por conseguir la independencia, otros pueblos se habían convertido en naciones a consecuencia de las guerras napoleónicas y los trastornos subsiguientes. Incluso los diversos pueblos europeos que los avatares del destino llevaron a Norteamérica formaron su propia nación.

¿Por qué los judíos no podían tener la suya? Este era el camino que imaginaba Weizmann. Para él quedaba bien claro el concepto de "patria judía"; no era un simple territorio colonial bajo el protectorado de una potencia extranjera, sino la fundación de un Estado soberano. Y éste sólo podía nacer en Palestina, donde los judíos tuvieron un Estado un par de milenios antes.

Si hasta entonces el movimiento sionista progresaba sobre todo entre los judíos alemanes y austríacos, que buscaban el apoyo de sus Gobiernos, el sensato científico y diplomático que era Weizmann, cuyo carácter difería mucho del apasionado Herzl, se dirigió a Inglaterra. En una de sus primeras conversaciones con los políticos británicos fundó sus razones para dirigirse al imperio británico: "Una Palestina judía será una muralla protectora para Inglaterra, sobre todo desde el punto de vista del canal de Suez." Estalló la Primera Guerra Mundial. Existía el peligro de una división en el seno del movimiento sionista. Los judíos pertenecían a distintos ejércitos enemigos y luchaban y se mataban entre sí. Sin embargo, la unidad del sionismo estaba garantizada. Eso ocurrió porque su jefe, Weizmann, llevaba varios años residiendo en Inglaterra y, en consecuencia, la sede del sionismo radicaba en Londres. Y Turquía peleaba al lado de Alemania. Palestina se hallaba enclavada dentro del territorio de Turquía. El giro personal de Weizmann, que buscó la ayuda de Gran Bretaña, incidió en



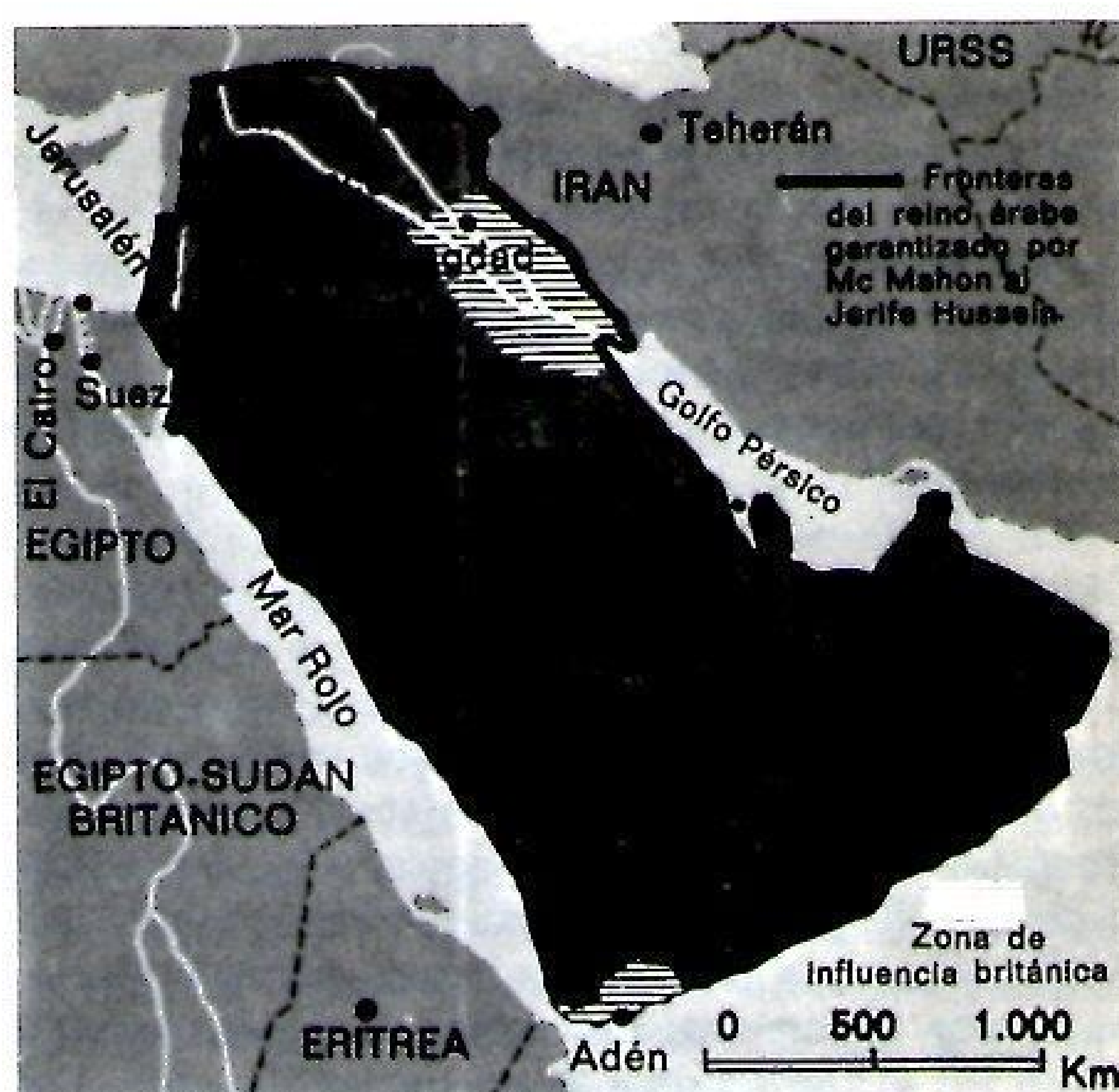


IMAGEN SUPERIOR: Las zonas de influencia francesa e inglesa en el Cercano Oriente, determinadas en el acuerdo Sykes-Picot. IMAGEN DERECHA: El reino árabe que McMahon prometió al jerife Hussein. Si a ello se añade las obligaciones contraídas por Inglaterra como consecuencia de la declaración Balfour, es evidente el "doble juego" del primer ministro inglés Mac Donald.

el movimiento sionista. Los intereses del imperio británico y los del sionismo eran idénticos en este conflicto: separar Palestina de Turquía.

Inglaterra fue la única gran potencia que organizó una fuerza especial judía, el Sion Mule Corps. Esta unidad judía combatió en Gallipoli junto a ingleses y franceses por el dominio de los Dardanelos. Con posterioridad se formó en Inglaterra la Legión Judía. Arthur James Balfour, el entonces ministro de Asuntos Exteriores británico, dijo al jefe sionista Weizmann antes de la Primera Guerra Mundial: "En cuanto empiecen los disparos es probable que obtenga su Jerusalén."

De este "es probable", Balfour hizo con el tiempo una firme promesa. El 2 de noviembre de 1917, el ministro de Asuntos Exteriores británico escribió a lord Lionel Walther Rothschild, miembro de la Cámara de los Lores y vicepresidente del consejo de las comunidades judías en Gran Bretaña, una carta de tanto alcance como ninguna otra en el curso de la historia mundial. La misiva recibió el nombre de Declaración Balfour.

Balfour escribió en estos términos al lord judío: "El Gobierno de Su Majestad considera con simpatía la creación de un Estado nacional para el pueblo judío en Palestina y está dispuesto a ordenar lo necesario a fin de que el proyecto sea una realidad."

No obstante, Balfour puso una limitación: al tomar las medidas conducentes a la fundación de una patria judía en Palestina, no debería hacerse nada que perjudicase los derechos de ciudadanía o religiosos de las comunidades no judías residentes en territorio palestino.

Esa restricción casi anulaba la propia declaración, ya que en Palestina residían casi 635.000 árabes mahometanos y europeos, contra sólo 65.000 judíos. Así pues, no es de extrañar que la tan invocada Declaración Balfour no satisficiera a los sionistas, sobre todo al doctor Weizmann. Porque en lugar del Estado judío tan ansiado por él y sus partidarios, los británicos le ofrecían un *national home,* o sea, un hogar nacional.

En realidad el Gobierno de Su Majestad británica no había pensado en un Estado judío; esto no se ajustaba al doble juego que desde hacía tiempo practicaba el Gobierno británico, o mejor dicho, el triple juego. Porque los ingleses habían prometido antes a los árabes, y también a sus aliados los franceses, los territorios hasta entonces pertenecientes a Turquía, los cuales aún no habían sido conquistados.

Y para ganarse a los árabes en su lucha contra los turcos, el alto comisario británico, McMahon, les prometió una Gran Arabia libre, en carta fechada el 24 de octubre de 1915. Sin embargo, seis semanas más tarde, el diplomático inglés Mark Sykes y su colega francés Charles Picot se habían repartido ya los territorios prometidos a los árabes. Inmediatamente después de hacerse pública la Declaración Balfour se disimuló el engaño de que habían sido víctimas los árabes con el acuerdo Sykes-Picot. A fines de noviembre de 1917, el Gobierno soviético, poco después de tomar el poder, publicó muchos documentos aliados guardados en los archivos zaristas, entre ellos el convenio secreto anglofrancés relativo a la distribución de Arabia.

Los árabes elevaron protestas en Londres contra el tratado. El legendario coronel británico

T. E. Lawrence, *Lawrence de Arabia,* que con el rey Hussein, hijo del emir Feisal, condujo a la victoria sobe los turcos a las tropas camelleras árabes, devolvió furioso a Londres su condecoración: "¡He puesto los ideales y el amor por la libertad de los árabes como simple instrumento al servicio de Inglaterra!" Mac Donald, que con el tiempo sería primer ministro, declaró: "Fue un caso patente de doblez."

La Declaración Balfour no provocó hasta el momento ninguna reacción por parte de los árabes. No tenían inconveniente en que los judíos se trasladasen a Palestina. Los judíos eran ricos, y no sería malo para Palestina que entrase dinero en el país y reanimara la maltrecha economía. Pero las cosas se veían ya de otra manera. Los judíos no llegaron a tierra árabe como leales ciudadanos, sino a una "zona internacional" dominada por Inglaterra. Por primera vez se manifestaron los árabes contra la inmigración judía. Los árabes temían que los judíos pudiesen fundar un Estado en Palestina con el beneplácito de Inglaterra.

El Gobierno británico les tranquilizó: la inmigración judía se produciría en la justa medida para favorecer los intereses políticos y económicos árabes y no menoscabar su independencia. El propio jefe sionista Chaim Weizmann se trasladó a El Cairo en marzo de 1918, con el propósito de asegurar a los jefes árabes que la inmigración judía no vulneraría los derechos árabes.

En noviembre de 1918, poco después de terminar la guerra, los Gobiernos inglés y francés publicaron un comunicado conjunto en el que garantizaban solamente que los territorios árabes liberados del dominio turco tendrían el régimen que deseara la población: ambos Estados no tenían la intención de imponerles un Gobierno que les desagradara. Los árabes dedujeron que el Pacto Sykes-Picot no tenía validez, que la población árabe de Siria a la que pertenecía Palestina-Irak y la península arábiga determinarían su propia forma de Gobierno.

Pero sucedió exactamente todo lo contrario. Apenas el emir Feisal se hizo nombrar en Damasco rey de Siria, Gran Bretaña y Francia comenzaron a repartirse Palestina, Irak, Siria y el Líbano, no directamente como territorios coloniales, sino en calidad de zonas bajo mandato de la Sociedad de Naciones, cosa que venía a ser lo mismo. Los mandatarios hicieron prevalecer sus intereses en dichos territorios de forma prácticamente ilimitada. Se habían olvidado de la carta de McMahon y de la declaración francobritánica de noviembre de 1918. Lo que sí conservaba todo su vigor era el acuerdo Sykes-Picot y la Declaración Balfour. Los franceses regentaban el norte sirio y el Líbano; Jerusalén y Bagdad se hallaban bajo la administración cívico-militar de Gran Bretaña. Además de los hasta entonces reinos independientes de Heyaz y Arabia Saudita, sólo les quedaba a los árabes la zona oriental interior siria y la Transjordania entre Aleppo y Akaba. Justamente por esa época se descubrió petróleo en Mosul, zona de influencia francesa. A Inglaterra le hubiese gustado efectuar un cambio: la zona petrolífera de Mosul y Palestina por Siria. Durante las conversaciones de paz en Versalles se perfeccionó el negocio. Francia recibiría Siria entera y el Líbano, sin limitaciones; a cambio Inglaterra asumiría el control de Palestina y entraría en posesión de Mosul. El arreglo fue al fin reconocido en 1920 por las demás potencias vencedoras en la Conferencia de San Remo. Inglaterra era oficialmente confirmada en el mandato de Palestina y dentro de tal atribución deseaba cumplir la Declaración Balfour.

No se consultó para nada a los árabes. El rey Feisal, que representó a su padre Hussein tanto en Versalles como en San Remo, no logró nada. Poco antes había cerrado un trato con los sionistas, que firmaron él y Weizmann. En el mismo se garantizaba a Feisal que en virtud de su poder sobre Siria y Palestina podía "tomar las medidas necesarias" para alentar la inmigración en masa de los judíos a Palestina.

Pero Feisal ya había comprendido que la independencia nacional árabe no debía buscarse en Versalles. Por eso añadió de su propia mano al final del tratado: "A condición de que los árabes mantengan su independencia observaré el contenido del artículo precedente. Pero de producirse una modificación o incumplimiento no me obliga una sola palabra de este tratado."

Con la impostura francobritánica en perjuicio de los árabes se terminaron las buenas relaciones de siglos entre los parientes judíos y árabes. El rey Hussein dijo: "Eso ha hecho aflorar lo peor del carácter árabe y ha terminado con la conciencia humana." Se iniciaba pues la guerra, que ha proseguido con saña hasta nuestros días.

Una vez que los británicos se instalaron en Palestina y los árabes no podían decir esta boca es mía en su propia tierra, Chaim Weizmann manifestó sin ambages que el objetivo de los sionistas era fundar un Estado judío. "Palestina será judía como Inglaterra es inglesa." Y el doctor Eder, colaborador de Weizmann, anunció: "No puede haber igualdad en una colaboración árabe-judía, sino únicamente superioridad judía." Eder exigió que en el futuro Estado judío los árabes no llevasen armas, mientras los judíos sí. Los frentes quedaban bien delimitados. Los judíos querían tener su propio Estado en Palestina, donde los habitantes árabes serían tolerados; éstos, por su parte, a quienes las potencias occidentales habían enga-

ñado en la cuestión de la independencia, veían en las intenciones de los sionistas otra medida de las potencias coloniales para sojuzgar a los árabes, ya que no se sentían parientes de los judíos, sino que les consideraban como agentes imperialistas y usurpadores de tierras. No tardó en producirse el enfrentamiento armado. El 1.° de mayo de 1921 los árabes atacaron la ciudad portuaria de Haifa, refugio de los inmigrantes judíos, y mataron a trece de los "usurpadores de tierras". Los judíos se defendieron, los disturbios surgidos se prolongaron durante una semana y hubo noventa y cinco muertos, cuarenta y ocho árabes y cuarenta y siete judíos. Los ocupantes reaccionaron como siempre sucedió durante el cuarto de siglo que duró su mandato en Palestina: enviaron una comisión investigadora, publicaron un Libro Blanco y trataron de sostenerse al margen de la lucha entre los enemistados parientes.

El entonces ministro de Colonias, Winston Churchill, que con el transcurso del tiempo sería primer ministro, declaró en 1922 que de ninguna manera se había previsto "obligar a los habitantes de Palestina a adquirir la nacionalidad judía". El alto comisario británico llegó a suspender temporalmente la inmigración judía. Es de notar muy especialmente esta circunstancia, puesto que sir Samuel Hoare era judío y ferviente partidario del sionismo.

En 1919 sólo llegaron a Palestina 1.800 judíos; en los años siguientes el promedio se elevó a 8.000 personas anuales. En 1924 ya había en Palestina unos 80.000 judíos, pero los árabes eran 750.000. La tierra pertenecía a los árabes en un 97 por ciento, y los judíos sólo tenían, al principio, el tres por ciento restante, adquirido con dinero del Fondo Nacional Judío, que llevaba la denominación inglesa de Jewish National Fund.

La primera oleada de inmigrantes judíos llegó en 1925. En este año entraron en Palestina 34.386 judíos; la mayoría eran fugitivos del régimen fascista de Pilsudski, instaurado en Polonia; otros procedían de Rusia, donde el Gobierno soviético había concedido por primera vez los correspondientes permisos de emigración.

Pero después la corriente inmigratoria se estancó algo e incluso se produjo un fenómeno regresivo. Entre los años 1924 y 1928 el ritmo de inmigración se redujo a un tercio, pues hubo muchos que regresaron al lugar de partida. Durante este período reinó la calma en el país, hasta parecía que árabes y judíos podían reconciliarse. Mas no tardó en resurgir el odio. Hubo conatos de violencia y el radicalismo de los judíos volvió por sus fueros.

El primer campeón de los revisionistas, como se denominaban a sí mismos los sionistas, fue el judío ruso Vladimir Yabotinski, quien no estaba de acuerdo con la política diplomática de Weizmann, sino que abrigaba el deseo de conquistar por la fuerza la tierra prometida. El escritor Yabotinski, que tuvo tratos con Tolstoi y Gorki en Rusia, fundó la Legión Judía durante la Primera Guerra Mundial, donde hizo acopio de una gran experiencia militar. En 1920 comenzó a organizar el Haganah, para la "autodefensa" de las colonias judías. Del Haganah nacería el Ejército del Estado de Israel.

Durante la huelga general árabe de 1929, Yabotinski escribió sobre los árabes, afirmando que no eran sino "pederastas de Nablus, bastardos y matones de Haifa, la canalla de un sucio y asqueroso puerto". Deseaba, como dijo, "militarizar la ética judía". Su objetivo no era sólo la creación de un Estado judío en Palestina, sino extenderlo hacia el este, más allá del Jordán. Yabotinski no cesaba de repetir: "Nada de reconciliación voluntaria con los árabes."

En 1937, Yabotinski fundó la organización terrorista Irgun Zwai Leumi, o sea, Organización Nacional Militar. A diferencia del Haganah, que en gran parte era destinado a la protección de las colonias judías, el Irgun era una organización ofensiva que atacaba poblados y colonias árabes. No se debió a la casualidad el que esta organización naciera precisamente en 1937.

Después que Hitler se hiciera cargo del poder en Alemania, en 1933, la emigración judía aumentó considerablemente, sobre todo en lo que se refiere a los judíos alemanes. En 1932 sólo llegaron a Palestina 4.075 judíos, pero en 1933 dicha cifra se elevó a 30.327 y en 1934 fueron 42.359 los judíos inmigrantes. En 1935, y a consecuencia de la Ley Racial de Nuremberg, unos 61.854 judíos pisaron la tierra prometida en el puerto de Haifa, casi tantos como vivían en Palestina al concluir la Primera Guerra Mundial.

Por su parte, los árabes también crearon una organización terrorista, Al-Fatah, cuyos miembros en plural se denominan fedayihn. Desde 1936 iniciaron una campaña cuyo objetivo era la lucha contra el ocupante británico. Muchos jefes árabes veían todavía en Inglaterra a su principal enemigo: los judíos no eran sino agentes del imperialismo británico. Por esta razón, los fedayihn luchaban ante todo contra los ingleses, pues se les consideraba como los principales responsables de la postración árabe.

Por segunda vez pareció que se abría una nueva perspectiva de reconciliación entre árabes y judíos. En vista de los disturbios ocurridos en Palestina en 1936, el Gobierno británico envió una nueva comisión, llamada Peel por el nombre de la persona que la encabezaba. Una vez efectuadas las oportunas investigaciones, la comisión sugirió dividir Palestina entre árabes y judíos. La



IMAGEN SUPERIOR: Miembros de la milicia judía Haganah marchan por las calles de Jerusalén en 1932. DERECHA, ARRIBA: Una delegación judía en Londres para llegar a un compromiso entre árabes y judíos, en 1939. DERECHA, ABAJO: Protesta de las masas árabes en Jaffa contra la presencia de judíos en Palestina, en 1933. El conflicto del Cercano Oriente aún está caracterizado por las luchas, las protestas árabes y los esfuerzos diplomáticos; al igual que ocurre en la actualidad, también entonces se negaron los árabes a negociar con los judíos. Analizando la difícil posición de Inglaterra en Palestina, el Gobierno británico llegó a la siguiente conclusión en 1945: "Por el estatus de mandato, estamos obligados a favorecer la inmigración y asentamiento de los judíos, asegurando al mismo tiempo los derechos y la posición de otras partes de la población. Este compromiso doble, tanto hacia los judíos como hacia los árabes, forma el núcleo principal de las dificultades con que tenemos que enfrentarnos en Palestina desde hace veintiséis

población judía, que entretanto había alcanzado 258.000 almas, debía instalarse al norte de Galilea y —excepto la importante ciudad portuaria— también en la fértil llanura litoral de Jeezreel en el oeste, mientras que los árabes lo harían en la inhóspita zona de Judea, la montuosa Samaria y el desierto de Neguev. Con ello pasaban a manos de los judíos casi las dos terceras partes de las tierras laborables; los árabes tendrían que contentarse con el tercio sobrante. Los 225.000 árabes establecidos en las zonas designadas para los judíos tendrían que ser evacuados.

Los árabes protestaron indignados ante tamaña pretensión. Pero lo que aumentó aún más su ira fue la exigencia de la Comisión Peel de que pusieran bajo la administración británica las ciudades de Jerusalén, Nazaret y Belén, de manera que los árabes no podían tener los adecuados administradores en sus propias ciudades santas, que también lo son de los cristianos.

En el XX Congreso Sionista tampoco estuvieron conformes con el plan de distribución. Hacía tiempo que los sionistas habían dejado atrás su idea de un "hogar nacional"; ahora sólo pensaban en el Gran Israel. Lo que en tiempos de Herzl se celebró como una resonante victoria, parecía ahora una traición a los sionistas de 1937. Pero el delegado y fundador del sindicato judío Histradruth, David Grün, nacido en Rusia y ahora llamado Ben Gurion (Hijo del León), informó a los restantes delegados: "En los debates no se trata de si Erez Israel es divisible o no. Ningún sionista puede renunciar a la más leve partícula de Erez Israel. Las discusiones giran en torno a cuál de los dos caminos es el más rápido para alcanzar el objetivo."

Por fin el congreso sionista se declaró conforme con el plan de distribución de la Comisión Peel, así como la Jewish Agency, que en 1922 fue reconocida por la potencia ocupante y por la Sociedad de Naciones. De este modo se admitió la autodeterminación judía en Palestina, con la creación del futuro Gobierno de Israel.

La réplica árabe a la Jewish Agency, el llamado Arabian Higher Comittee, rechazó la distribución según el Plan Peel; Nuri es Said, ministro de Asuntos Exteriores iraquí formuló una amenaza: "Aquel que se atreva a ser jefe de dicho Estado (un Estado parcial árabe en Palestina) será considerado como un traidor en todo el mundo árabe." Durante tres años, entre 1936 y 1939, los árabes lanzaron sus guerrillas contra el ocupante inglés.

Los ingleses tuvieron que reconocer que su "política del doble juego", política de báscula, el *divide et impera,* no había tenido éxito. El Gobierno



años. En cualquier caso, Inglaterra ha hecho todo lo posible por encontrar un modus vivendi que haga posible, tanto a los árabes como a los judíos, convivir en paz y trabajar en común por el bien del país. Sin embargo, todos estos intentos han fracasado. Cualquier solución que parezca aceptable para una parte, no lo es para la otra. Debemos enfrentarnos con el hecho de que los judíos y los árabes no tienen nada en común. Se diferencian en religión y en lengua, y su estructura social y cultural, así como su forma de pensar y de vivir, son tan imposibles de llegar a una concordia, como las aspiraciones estatales de ambos grupos. Estas aspiraciones representan el gran obstáculo para encontrar la paz. Ambos grupos reclaman Palestina para sí; el uno, la nación árabe, se basa en una ocupación ya milenaria del territorio de Palestina; el otro, la comunidad judía, se apoya en sólidas razones históricas así como en la declaración Balfour.

"El abismo es prácticamente insalvable."

británico tuvo que escoger entre judíos y árabes; no había término medio si quería eliminar los desórdenes en una zona estratégica tan importante como el Próximo Oriente.

Inglaterra se inclinó por los árabes en contra de los judíos. La tempestad de la Segunda Guerra Mundial cargaba ya de negras nubes el horizonte político. Pero en la próxima confrontación a escala global, el petróleo del Próximo Oriente jugaría un papel tan decisivo como en la Primera Guerra Mundial. Las fuentes de petróleo estaban en manos de los árabes, sobre todo de los jeques árabes sureños, en la Arabia Saudita y en el Irak, que mientras tanto habían alcanzado la independencia. En una guerra, Inglaterra no podía permitirse el lujo de enemistarse con los árabes. Así como éstos pelearon al lado de los británicos contra la dominación turca, lucharían ahora por su libertad en el bando alemán contra los ingleses.

Pero, no; el petróleo tenía prioridad ante una política prosionista. Así, el ministro de Colonias, McDonald, dio a conocer a mediados de mayo de 1939, en un Libro Blanco, la nueva línea británica respecto a su política palestina, sorprendiendo a la opinión pública mundial. Las proposiciones de la Comisión Peel, tan bien acogidas por el Gobierno británico poco antes, no sólo brillaban por su ausencia en el mencionado Libro Blanco, sino que se decía poco menos que lo contrario de lo que el Gobierno británico había visto como bueno no hacía mucho. Incluso la flexible Declaración Balfour no tenía lugar en ese Libro Blanco en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

La inmigración judía fue bruscamente interrumpida. Sin embargo, durante cinco años entraron en Palestina un total de 75.000 judíos. A partir de 1944 se prohibió para el futuro toda inmigración judía "pues en todo caso tenía que ser aprobada por los árabes de Palestina". Y en lugar de ceder a los judíos casi los dos tercios de la tierra fértil de Palestina, el Libro Blanco indicaba categóricamente que los judíos sólo recibirían el 5 por ciento de la superficie de Palestina.

Pero los judíos no salieron tan perjudicados como pudiera creerse. Adquirieron tierras a la callada, aprovechando la codicia de los grandes terratenientes árabes. Además, la mayor parte de los árabes más ricos vivían en Siria y el Líbano. Estos países se hallaban todavía bajo la administración francesa. Muchos propietarios árabes vendieron sus tierras de Palestina al Jewish National Fund. Entre 1940 y 1947 se obtuvieron treinta y tres mil hectáreas, casi todas fuera de la zona que en el Plan Peel se había pensado como Estado para los judíos.

Esta adquisición secreta de fincas se realizaba bajo el encubierto nombre de Exodo, pero a la larga no pasó desapercibida para los ingleses. En Europa arreciaba el conflicto y las autoridades británicas decidieron prohibir rigurosamente la llegada de judíos a Palestina. Varios barcos atestados de emigrantes judíos no pudieron desembarcar su carga humana en las costas palestinas. En muchos casos los pasajeros fueron detenidos y deportados a la colonia tropical británica de la isla Mauricio, donde permanecieron hasta el fin de la guerra.

Ben Gurion, jefe de la Jewish Agency desde 1935, el Gobierno fantasma judío en Palestina, se encontró en una situación delicada a causa de la política británica. En oposición a la estrella de David, el jefe del Lehi, el más radical de los grupos terroristas judíos, que incluso propugnaba una alianza con Hitler en contra de Inglaterra, inició la lucha contra las tropas británicas en Palestina; semejante posición le resultaba completamente increíble: "Hacemos la guerra como si no hubiese Libro Blanco y como si no hubiera guerra." Así esbozó Ben Gurion su postura. En el resto del mundo apoyaban a los ingleses contra Hitler, mientras que en Palestina trataban de sabotear su política.

"El sionismo entra en una nueva etapa", manifestó Ben Gurion. "La primera fue la del amor a Sión" y la emigración ilegal a Palestina. Terminó con la Primera Guerra Mundial. La segunda etapa de la política sionista se inicia con la Declaración Balfour y termina con la publicación del Libro Blanco de 1939. Se inicia ahora un tercer período, el del "sionismo combatiente". La meta de ese sionismo combatiente es, sin lugar a dudas, la creación del Estado judío.

En el Hotel Baltimore de Nueva York, Ben Gurion anunció el 12 de mayo de 1942, con motivo de un congreso extraordinario en el que participaron 600 delegados, que una vez finalizada la contienda se fundaría una "comunidad mundial judía". Esta denominación se empleó por razones tácticas. Los delegados sabían exactamente que con ello se aludía a un Estado soberano. El plan de Ben Gurion se aprobó por mayoría de votos; los representantes de los partidos izquierdistas se abstuvieron de emitir su voto. "Toda Palestina se vio sacudida por la agitación. A su regreso, Ben Gurion fue vivamente criticado por los partidos de izquierda. Sin embargo, el imperio de David tenía que ser regado con sangre y había llegado el momento de no confiar en la ayuda extranjera. Sólo la fuerza militar de los judíos podía garantizar su destino, y para que el programa de Baltimore no quedase en papel mojado, todo el Yishuv debía convertirse en un entusiasta y valiente ejército." Así se expresó Michel Bar-Zohar, biógrafo de Ben Gurion. "Para éste comenzó el 12 de mayo una nueva etapa de su vida.

Siempre había sido un visionario, y lo continuaba siendo, pero algo había cambiado. Ahora era un profeta..., pero armado."

Ben Gurion movilizó al Haganah como organización militar. Al mismo tiempo buscó la colaboración de los hasta entonces repudiados grupos terroristas Irgun y Lehi, que según sus fundadores también se llamaban Banda de la Estrella. El Irgun y los hombres de la Estrella introducían en el país armas y hombres de contrabando, ocultaban a los inmigrantes ilegales y les facilitaban víveres. No se detenían ante ningún golpe terrorista, no sólo contra los ingleses y los árabes, sino contra otros ciudadanos judíos que no eran lo bastante sionistas.

El 31 de octubre de 1945 los hombres de la unidad especial Palmach del Haganah hundieron tres pequeñas unidades de guerra británicas y cortaron las líneas férreas palestinas en cincuenta puntos diferentes. El Irgun realizó la voladura de la estación de Lydda —hoy Lod— y los hombres de la Estrella prendieron fuego a la refinería de petróleo de Haifa.

Un poco más tarde, el Haganah liberó a doscientos inmigrantes ilegales que se hallaban prisioneros de los ingleses en un campo de concentración. El Irgun atacó dos comisarías de policía y un depósito de armas. Resultaron muertos nueve soldados británicos. Las gentes de la Estrella destruyeron los vehículos de un aparcamiento inglés y mataron a siete soldados ocupantes.

Ben Gurion decidió declarar la guerra a la política antisionista de la Gran Bretaña.

Michel Bar-Zohar escribe: "El 1.° de octubre los jefes del Haganah en Palestina recibieron una orden muy secreta firmada por Ben Gurion. En el extenso escrito se detallaban los medios que debían utilizarse contra los ingleses. Con ello se iniciaba una guerra, que se entendía como justificada, una guerra que se llevaría adelante mediante la fundación de nuevas poblaciones en zona prohibida, la intensificación de la corriente inmigratoria y la creación de una nueva especie de inmigración, el Aliyah Gimel, la tercera por consiguiente. Su Estado Mayor residía en Francia y no se contentaba con llenar los buques de refugiados, sino que también trajeron a casa a los emigrantes que se defendían contra los ingleses. La guerra consistía asimismo en la desobediencia civil, las manifestaciones y la negativa a pagar impuestos.

"Pero no terminaron las acciones militares. Se prohibió el terrorismo contra árabes y británicos, pero los actos de sabotaje y golpes de mano a las instalaciones militares proseguían en todas las zonas del país."

A pesar de la exhortación de Ben Gurion para que no se empleara la violencia contra las personas, ocurrió que en 1945 eran muy corrientes los actos de terror en Palestina. Esta guerra terrorista contra los ingleses sólo fue interrumpida en raras ocasiones. La más espectacular de las acciones fue la que ejecutó el Irgun contra el Hotel Rey David el 22 de julio de 1946.

En el Hotel Rey David, el de mayor capacidad de Jerusalén, aparecieron varios hombres en la mañana del 22, que se dirigieron al bar, situado en la planta baja, para dejar unos bidones de leche para la cocina. Pero en lugar de leche contenían dinamita. Se quería volar el hotel, puesto que además de ser Cuartel general de las autoridades militares británicas también residía en él el mando de la policía militar.

Menahem Begin, jefe del Irgun, refirió después el audaz episodio:

"Los hombres del Irgun, vestidos con el uniforme de la empresa distribuidora de leche, pertenecían a nuestra unidad de asalto, y al mando de Gideon actuaron con gran valor, siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas. Los hombres del primer grupo atravesaron el bar Régence y llevaron los bidones a la bodega. Redujeron a los empleados del café y los encerraron en una pieza contigua. Pero de repente sucedió algo imprevisto: aparecieron dos soldados británicos, que sospecharon algo anormal, pues amenazaron a nuestros hombres con sus revólveres. El encuentro era inevitable. Uno de los ingleses resultó muerto en el acto y el otro herido de gravedad. Uno de los nuestros también fue alcanzado por las balas. Mientras tanto, el grupo de cobertura tropezó en la calle con una patrulla enemiga. Pero el primer grupo ya había logrado su objetivo. El jefe del comando puso en acción el mecanismo de relojería para que la carga explosiva detonase al cabo de media hora y dieron el correspondiente aviso. Se liberó a los empleados árabes ordenándoles al mismo tiempo que se alejaran rápidamente de allí. Gideon fue el último en salir y gritó: '¡Corred! ¡El hotel volará dentro de poco!' En ese momento lanzó una bomba fumígena para proteger la retirada de nuestra gente. Eran aproximadamente las doce y diez. Entonces llegó Gideon al lugar donde aguardaba nuestra telefonista, que llamó en seguida al Hotel Rey David anunciando que había una carga explosiva en el sótano, que no tardaría en estallar.

"Doce y treinta y dos, doce y treinta y tres. Se aproximaba el instante del estallido. Las doce y treinta y siete. Había transcurrido casi media hora. La fuerza de la explosión rebasó nuestros cálculos. Los bidones de leche "subieron" desde el sótano hasta el sexto piso del edificio, hecho de acero y hormigón armado. Según la BBC, un ala entera del enorme edificio quedó separada como si 'la hubiesen partido con un cuchillo'."



A consecuencia de la explosión resultaron muertas o heridas más de doscientas personas, entre ellas ocho oficiales británicos, contra quienes iba dirigido el atentado. Según Michel Bar-Zohar, el Haganah había sido informado de la maniobra por el Irgun, pero confiaba en que no hubiera derramamiento de sangre. Cuando se supo el número de víctimas, el Haganah se distanció. La explosión en el Hotel Rey David dividió también al hasta entonces cohesionado movimiento de resistencia. "El Izel es enemigo del pueblo judío", manifestó Ben Gurion al corresponsal del *France Soir*.

En los futuros encuentros con los árabes, las organizaciones militares independientes como el Irgun, el Lehi y el Palmach, no eran los medios de lucha adecuados. La meta que Ben Gurion perseguía con todas sus energías era la unión de todas las unidades combatientes en un solo Ejército apolítico. La tarea no era nada fácil, por supuesto. Muchas veces amenazó con presentar la dimisión si no se realizaba su pensamiento militar. No fue hasta el verano de 1948, después de una acción bélica, cuando el Irgun se puso a disposición del Ejército con sus armas y efectivos humanos. Algún tiempo después, en octubre, se disolvió el mando especial del Palmach. Por fin todas las unidades militares se encontraron bajo el control del Estado Mayor del Ejército regular israelí.

Los judíos aprendieron mucho durante la Segunda Guerra Mundial. Unos 30.000 hombres habían combatido en el bando aliado, previendo inteligentemente lo que habría de suceder, y a pesar de la negativa británica como potencia ocupante de Palestina. Así, con la expulsión de Siria de los soldados franceses neutrales después de su derrota en 1940, la mayor parte de los soldados judíos se convirtieron en combatientes de primera clase y escogidos: formaban en las tropas paracaidistas, en unidades de buceadores de combate, artillería y carros de asalto. Después de la guerra, emplearían su experiencia contra los británicos.

Los árabes, por el contrario, se mantuvieron neutrales durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que, a diferencia de los judíos, carecían de experiencia militar. Los árabes esperaban de los ingleses la recompensa de haberse mantenido inactivos durante el conflicto, es decir, la ayuda económica que tanto necesitaban. Pero los británicos se limitaron a renovar la promesa hecha treinta años atrás y repetida en diversas ocasiones: conceder la independencia a los países árabes. Efectivamente, Siria, el Líbano y Transjordania lograron la autodeterminación en 1946, pero los ingleses no estaban dispuestos todavía a entregar Palestina, que continuaría siendo un "mandato sometido a la corona británica". Y lo mismo

que antaño, los emigrantes judíos recién llegados eran detenidos e internados en campos de concentración, sitos en la isla de Chipre, ocupada por los británicos.

El viaje del *Exodo* despertó la atención mundial en 1947, y también halló su eco en la literatura. El Haganah fletó el viejo buque norteamericano *President Warfield,* que fue rebautizado con el nombre de *Exodo* por el tiempo que durase la travesía. El *Exodo* estaba destinado a transportar emigrantes judíos desde la costa francesa a Palestina. Por el momento, las autoridades francesas prohibieron zarpar el barco, atestado hasta la bandera. El *Exodo* se hizo a la mar sin la oportuna autorización.

No tardaron en acompañarle unidades navales británicas. Al cruzar el estrecho de Gibraltar le daban escolta cinco destructores y un crucero, toda una flotilla de guerra para convoyar una inofensiva embarcación cargada de emigrantes. A la vista del litoral palestino, todavía en aguas internacionales, el buque fue abordado por un destructor cuya tripulación se hizo cargo del mando, después de que varios pasajeros resultaron muertos por los disparos. Se obligó al *Exodo* a poner rumbo a Haifa, donde los pasajeros fueron

Cada pueblo tiene sus extremistas. En Palestina se juntaron las fuerzas más radicales que emplearon la violencia como medio de su política, sobre todo en lo que se refiere a la organización terrorista Irgun Zwai Leumi. Su jefe, Menahem Begin, transformó las palabras de Descartes en su propio lema: "Lucho, luego existo." Tanto para él como para sus hombres, sólo valía la palabra de la Biblia: "Ojo por ojo y diente por diente." Sin embargo, la opinión pública mundial reaccionó negativamente ante la actividad de los grupos terroristas judíos. "En Inglaterra, la indignación aumenta a medida que se suceden los atentados judíos y se multiplican los actos de terrorismo. Cada vez se pide con más fuerza una contrarreacción enérgica y sin miramientos, mientras que el judaísmo y el sionismo van perdiendo simpatías", comentaba el Neue Zürcher Zeitung *en julio de 1946. Un libro blanco británico demostró con toda claridad que hasta algunos miembros dirigentes de la agencia judía eran responsables de este terror. A pesar de todo, las contramedidas inglesas siempre fueron mucho menores de lo que se esperaba. IMAGEN IZQUIERDA: Un sargento británico secuestrado, asesinado y ahorcado por el Irgun. IMAGEN INFERIOR: Un joven soldado inglés ante un árabe herido observa la posible presencia de miembros terroristas del Irgun Zwai Leumi, que poco antes habían matado a 15 árabes en Jerusalén, haciendo explotar una bomba.*



desembarcados y repartidos en cinco viejos cascarones, atracados en un muelle rodeado de alambradas. Los emigrantes judíos tuvieron que regresar a Francia, y desde allí a Alemania, donde fueron internados de nuevo en los campos de concentración.

Poco tiempo después capitularon los ingleses en Palestina. El período de mandato británico terminó entre odios, amarguras, violencias y mutuas acusaciones. En un país dominado por el terror, los ingleses no querían aceptar ninguna responsabilidad, así que decidieron clausurar su mandato y ponerlo en manos de la ONU.

Por esa época los sionistas recibieron un apoyo por parte de Estados Unidos. El núcleo de población judía representa un importante factor en la política norteamericana. En Estados Unidos viven unos seis millones de judíos, muchísimos más de los que habitan Palestina. Desempeñan un destacado papel en la vida cultural, económica y política de la gran nación norteamericana, y esto pesa mucho en la cuestión de los votos y en los gastos de la campaña electoral. De ahí que el presidente Truman se viera duramente criticado por los árabes, a causa de su pleno apoyo a los sionistas. Truman cita el tema en sus memorias:

"Pero, por desdicha, el problema se hallaba atado a una serie de conceptos políticos, no solamente en el extranjero, sino en el seno de nuestra propia comunidad.

"Los judíos proponían la división. Pero no todos. Los árabes eran contrarios a ella, pero no se ponían de acuerdo respecto adónde querían ir a parar con su resistencia.

"Sólo los ingleses sabían muy bien lo que deseaban: quitarse el asunto de encima y lavarse las manos de toda culpa.

"Pero esta realidad no era muy honrada, de modo que escribí a uno de mis consejeros:

"'Que el Dios todopoderoso conceda un Isaías a los hijos de Israel, a los cristianos un Pablo y a los hijos de Ismael la luz del Alcorán.'

"Dejando aparte ese hondo suspiro, el asunto queda bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas y ha sido un bien que así fuese, pues siempre estuve convencido de que la ONU puede cumplir con sus deberes y confío en que el Consejo de Seguridad halle una solución."

En efecto, el Consejo de Seguridad encontró una solución, muy parecida a la propuesta formulada por la Comisión Peel en 1937. Palestina se dividiría en un Estado judío y otro árabe. La decisión se hizo pública en Nueva York el 29 de noviembre de 1947. Dov Joseph, más tarde gobernador militar, estuvo presente en la asamblea general de las Naciones Unidas en calidad de observador judío:

"En el último minuto, antes de dar comienzo la votación, se levantó el delegado libanés para brindar una nueva propuesta, que preveía crear una federación de países árabes y judíos, propuesta que debía discutirse antes de proceder a la votación. Por un momento pareció que la habilidad política de los árabes nos pudiera arrebatar la posibilidad de una decisión favorable en el último instante. La situación fue salvada por Herschel V. Johnson, el delegado norteamericano (que era sionista), el cual se levantó para manifestar con energía que la propuesta libanesa era idéntica al informe de la minoría, que ya había sido sometido a la comisión política de la ONU. Rogó al presidente que se diera comienzo a la votación. En un instante de tensión, el presidente de la asamblea, doctor Oswaldo Aranha, de Brasil, susurró algo al oído del secretario general, Trygve Lie; los observadores judíos contuvimos el aliento. El presidente se enderezó nuevamente y anunció que, a tenor de la sugerencia del representante de Estados Unidos, ya podía comenzar la votación.

Comentando la FOTOGRAFIA DE LA IZQUIERDA, la agencia de prensa Associated Press informaba: "En el buque Lanegev *de refugiados judíos, que había llegado al puerto de Haifa para embarcar a los pasajeros con rumbo a Chipre, estalló un violento motín el 9 de febrero de 1947 que las tropas inglesas sólo pudieron dominar mediante el*



"Los delegados más antiguos de cada nación fueron llamados por orden alfabético a emitir su voto. La emisión de sufragios en sí sólo duró tres minutos, que me resultaron tan largos como todo el período de exilio del pueblo judío. Por último, se notó que se había tomado una resolución. Mis ojos se llenaron de lágrimas y recuerdo haberle dicho a una señora desconocida que estaba sentada junto a mí: '¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos ganado!' Cuando el presidente Aranha leyó el resultado del escrutinio, se produjo un gran alboroto en la sala: 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones. Los hombres se abrazaban con los ojos llenos de lágrimas: las damas rayaron en el histerismo de pura alegría. El semblante del delegado británico aparecía duro y hosco; los representantes de los países árabes permanecieron sentados, con el rostro blanco de ira."

Así pues, la asamblea general de las Naciones Unidas se había pronunciado por la fundación de un Estado israelí, con el voto y el apoyo moral de las dos grandes potencias mundiales: Estados Unidos y la URSS. Pero aún no existía dicho Estado; su territorio había sido ocupado por las tropas británicas durante el período de transición. Y cabía la duda de que los Estados árabes aceptasen la decisión de las Naciones Unidas sin oponer resistencia.

En el mismo día en que la ONU declaraba aprobada la creación del Estado de Israel, se inició la lucha en Palestina. Las tropas del Haganah avanzaron por las zonas que según la resolución de la ONU quedaban en poder de los árabes, pero en las que había colonias judías necesitadas de protección. Al propio tiempo se internó en Palestina el llamado Ejército de Liberación Arabe. No se trataba de un verdadero Ejército, sino de una fanática horda de gente armada, que pronto fue barrida por las disciplinadas unidades del Haganah.

En tan turbia época de acciones belicosas sonó naturalmente la hora de los grupos radicales

empleo de las armas." Un viejo judío se defiende con manos y pies en contra de su embarque en una nave inglesa. Se desarrollaron numerosas tragedias cuando los inmigrantes judíos ilegales intentaron desesperadamente desembarcar en Palestina. Una de las más conocidas fue el viaje del Exodus *(ABAJO), barco que ya de por sí se encontraba en muy malas condiciones.*

Con la tierra prometida ante sus propios ojos, los judíos entablaron una desigual batalla a bordo del buque contra los ingleses. Una vez dominada la insurrección, los pasajeros fueron embarcados en otra nave que se dirigió a Alemania, donde fueron instalados en un antiguo campo de concentración. Para ellos, la tierra prometida volvía a quedar muy lejos.



terroristas israelíes. La consigna rezaba así: "Expulsar y destruir a los árabes." No retrocedían ante nada y la mejor prueba de ello fue la ferocidad demostrada en Dir Yassein.

En dicha localidad campesina vivían unas 400 personas; 254 de ellas, mujeres y niños en su mayoría, fueron asesinados por el Irgun. Los varones adultos de la población se encontraban trabajando la tierra durante la matanza.

Ben Gurion, jefe del Gobierno fantasma judío, envió un telegrama de disculpa al monarca jordano Abdullah. En nombre de la Jewish Agency se alejó del Irgun y manifestó que ellos nada tenían que ver con la hecatombe.

Tres días después de la matanza de Dir Yassein, el 12 de abril de 1948, los guerrilleros árabes atacaron una columna sanitaria judía en las proximidades de Jerusalén. Al nordeste de la ciudad y fuera de ella se encuentra el monte Scopo y en él la clínica Hassada y la Universidad judía. Entre la parte nueva de Jerusalén, sita en el oeste y habitada en gran parte por judíos, y el monte Escopo se encuentra la ciudad vieja árabe. Los transportes en dirección a la clínica tenían que atravesar esta zona enemiga. También la franja libre situada entre la ciudad vieja y el monte Escopo, así como el terreno que la rodea, pertenecen a los árabes.

La columna de vehículos que a primera hora de la mañana del 12 de abril salió de la parte nueva de la ciudad en dirección al monte Escopo se componía de las unidades siguientes: un vehículo blindado de escolta perteneciente al Haganah, que abría la marcha; luego, seguía una ambulancia pintada de blanco con la estrella de David roja (equivalente a nuestra Cruz Roja o la Media Luna encarnada de los árabes); y a cierta distancia, dos autobuses blindados, una segunda ambulancia y tres camiones repletos de víveres y medicamentos para el hospital. Cerraba la columna otro vehículo de escolta blindado.

El convoy fue asaltado en un lugar estrecho de la carretera, al pie del monte Escopo. Del distrito viejo de la ciudad y de las localidades circundantes llegaban árabes que se cebaron en inocentes científicos, médicos y enfermeras como represalia por la matanza de Dir Yassein. Se acercaron a los vehículos, bien provistos de fusiles y granadas de mano, al abrigo de los obstáculos que bordean la carretera. Por último arrojaron cócteles Molotov. En primer lugar se incendiaron los dos autobuses, cuyos ocupantes trataban de abandonarlos para huir de las llamas. Al salir fueron rematados a tiros por los atacantes.

Hubo un total de setenta y siete muertos y desaparecidos, entre ellos el doctor Yasski, director del Hospital Hassada, el profesor de psicología de la Universidad, otros tres catedráticos, el director del Instituto de Cancerología y sus dos ayudantes, el secretario administrativo de la Facultad de Medicina, estudiantes y enfermeras.

El mando judío decidió tomar las oportunas contramedidas. El Haganah, que casi se había transformado en Ejército regular, atacó, el 25 de abril, la región entre la ciudad nueva judía de Jerusalén y el monte Escopo. En tres horas toda la zona pasó al poder de los judíos. Y puesto que por disposición de la ONU el territorio pertenecía a los árabes, intervinieron unidades de la Legión Arabe de Jordania al mando de oficiales británicos. Pero salieron derrotadas del encuentro e incluso perdieron tres carros de combate. Y llegó el momento de luchar con las tropas inglesas. Estas lanzaron al combate tres compañías, cuatro piezas de artillería, varios morteros y ametralladoras. Por último, y tras encarnizada pelea, el Haganah tuvo que evacuar el territorio conquistado. Entonces los ingleses declararon zona militar la situada al este de Jerusalén, prohibiendo el acceso a judíos y árabes.

La matanza de Dir Yassein seguía dejando rastro. Se inició una huida en masa de los árabes residentes en la zona de Palestina asignada a los judíos por disposición de la ONU. El Irgun había sacado fotografías de las personas asesinadas y las distribuía entre la población árabe con la siguiente inscripción al dorso: "Esto te ocurrirá si no desapareces."

En el plazo de quince días más de 150.000 árabes desalojaron sus aldeas natales para huir en dirección a Jordania y a la franja egipcia de Gaza. Esta fuga masiva, que más tarde aumentaría de volumen, se debió en buena parte a la estructura social árabe. La sumisión del campesino al terrateniente y la de los beduinos a las familias dirigentes de los jeques determinaron el éxodo masivo de los árabes, pues la huida de una de sus familias arrastraba consigo a centenares y hasta miles de personas.

La Jewish Agency de Ben Gurion lanzó una proclama dirigida a los árabes invitándoles a quedarse. El Estado judío les garantizaba la seguridad personal y la de sus intereses. Sin embargo, Menahin Begin, el antiguo suboficial polaco y rabino, ahora jefe de la organización terrorista Irgun Zwai Leumi, tenía otras ideas. En Nueva York manifestó a la Prensa:

"Cuando terminó el mandato británico, la Jewish Agency decidió realizar una difícil tarea: expulsar a los árabes antes de la retirada de las tropas británicas. La Jewish Agency nos comunicó que debíamos encargarnos de cumplir dicha misión, mientras que oficialmente condenaba nuestras operaciones, mientras luchábamos con los ingleses. Ahora que hemos asestado duros golpes, los árabes están muy asustados."

No se ha puesto en claro hasta qué punto estaba conforme Ben Gurion con los métodos del Irgun para desplazar a los árabes de sus territorios; la expulsión como tal no entraba, seguramente, en su programa. "Cuantos menos árabes haya en el ámbito del futuro Estado, mejor —escribió el benévolo Bar-Zohar, biógrafo de Ben Gurion—. El (Ben Gurion) lo dijo; se desprende con nitidez lo que planeaba: una magna ofensiva contra los árabes no sólo contendría sus ataques, sino que reduciría en un buen porcentaje la presencia de elementos árabes dentro de los límites del futuro Estado israelí. Se puede censurar de racista a Ben Gurion, pero tal reproche alcanza también al movimiento sionista en bloque, cuya meta no era otra que la de erigir un Estado judío. Los llamamientos de diversas instituciones sionistas a los árabes, invitándoles a no abandonar sus tierras y a integrarse en el futuro Estado, no eran sino pura falsedad."

No fue sino hasta finales de abril cuando árabes y judíos supieron que los ingleses pensaban retirarse de Palestina el 15 de mayo. Sin embargo, la noticia no se confirmó hasta el último instante; hasta entonces no pasó de simple rumor para ambos bandos. Los ingleses nunca dieron a conocer oficialmente el plazo de evacuación. Lo que el Gobierno británico informó a las Naciones Unidas fue la retirada de las tropas de ocupación para setiembre de 1948. Y según decisión de la ONU, proclamada el 29 de setiembre en Nueva York, la división de Palestina en un Estado judío y otro árabe se efectuaría en un plazo de cuatro meses a partir de la citada fecha. Una vez retiradas las tropas de ocupación británicas, la ONU se haría cargo de Palestina.

Pero a comienzos de abril de 1948 circularon insistentes rumores de que el cese del mandato británico en Palestina se produciría a mediados de mayo. De ahí la febril actividad de ambos bandos durante dicha época.

Ya antes de la retirada británica y de que la ONU se hiciera cargo del mandato, los judíos trataron antes que nada de adquirir el máximo de territorio posible, algo más de lo concedido en la asamblea general de las Naciones Unidas.

Citemos de nuevo a Bar-Zohar: "En las manos de Ben Gurion se hallaba el Ejército como instrumento ofensivo para servir el objetivo político de ensanchar las fronteras de Israel y con la ayuda de las armas realizar una política de hechos consumados. Nuevamente se aferró Ben Gurion a su método de hechos y realidades. Ante las recomendaciones de enviados especiales, mediadores y comisiones de la ONU, respondía con el único argumento posible: la existencia del Ejército de Israel, única realidad capaz de trazar los verdaderos límites del futuro Estado."

El 20 de abril de 1948 el Haganah atacó la importante ciudad portuaria palestina de Haifa, que contaba entonces con 158.000 habitantes, en su mayoría árabes. El barrio judío se hallaba en el monte Carmelo, dominando la ciudad. De ahí partió el ataque del Haganah. Los árabes no disponían de fuerzas armadas en la ciudad, de manera que a los dos días se vieron obligados a negociar la rendición de la misma. Efectuó las gestiones el comandante de las fuerzas británicas en Haifa. Los ingleses no intervinieron en la lucha en esta ocasión; se habían rendido a la evidencia, limitándose al papel de simples intermediarios.

La ciudad portuaria de Jaffa quedaba en zona árabe y era el único puerto que les quedaba. No lejos de ella se asienta la nueva ciudad de Tel Aviv (Colina de la Primavera), erigida en el decenio anterior por los judíos.

En opinión del Irgun, la ciudad árabe de Jaffa representaba una amenaza constante para Tel Aviv. Despreciando el acuerdo de la ONU de dejar a los árabes un puerto al menos, el Irgun Zwai Leumi atacó la ciudad el 25 de abril, pero la plaza no se rindió hasta el 12 de mayo. El Irgun continuaba siendo, antes que nada, una organización terrorista, que luchaba a base de emboscadas, a diferencia del Haganah, organizado militarmente. El mismo 12 de mayo cayó la ciudad árabe de Bissan. El 28 de abril se inició la ofensiva contra Safad, que fue ocupada diez días más tarde. Entre el 14 y el 17 se empezó el asalto al puerto de Akko, esta vez de nuevo por el Haganah.

En Haifa sólo permaneció la cuarta parte de la población árabe; de las restantes poblaciones conquistadas fue evacuada la casi totalidad de la población aborigen. A mediados de mayo el número de refugiados árabes se elevaba a trescientos mil.

El 14 de mayo de 1948 el Gobierno británico anunció que daba por terminado su mandato en Palestina. Aún quedaban fuerzas inglesas en territorio palestino, aunque en muy escaso número. En adelante la responsabilidad sobre dicha zona recaería sobre las Naciones Unidas.

Seis meses antes se había acordado en la sede neoyorquina de la ONU que después de la retirada de los ingleses se haría cargo del gobierno de la zona palestina una comisión compuesta por cinco miembros, que se encargaría de hacer respetar la divisoria trazada entre los territorios árabes y judíos. Dentro de los meses siguientes, a partir de la toma de posesión de la ONU, se celebrarían elecciones en ambos Estados, para que tanto judíos como árabes nombrasen su propio Gobierno con la intervención popular. Entonces, las Naciones Unidas darían por finalizada su misión y los delegados traspasarían los poderes a los respectivos Gobiernos elegidos.

Cuando el antiguo primer ministro inglés Lloyd George recibió, en la década de los años 1930, a Chaim Weizmann y a Ben Gurion y dijo a sus invitados que "los árabes temían que Palestina pudiera convertirse en un Estado judío", Ben Gurion le contestó: "¿Y qué? ¡Palestina será un Estado judío!" Nunca se pudo dudar de que éste era el verdadero objetivo de los sionistas. Ellos nunca mantuvieron el pensamiento de vivir como minoría en un Estado de mayoría árabe. Walter Laqueur describe el punto de vista de los árabes: "Así pues, de hecho se exigía a los árabes de Palestina que pagaran los pecados cometidos por los nazis de Alemania y de otros pueblos europeos que deseaban verse libres de los judíos. ¿Acaso los árabes tenían la culpa de que hubieran resultado muertos tantos judíos? ¿Acaso los árabes y los judíos no habían vivido en paz durante siglos hasta la aparición del sionismo político? Ahora, y como consecuencia de la invasión y de la agresión sionista, cientos de miles de árabes iban a tener que convertirse en refugiados, ¿por qué? El problema de los refugiados judíos se solucionó creando el problema de los refugiados árabes." Este problema de los refugiados árabes es precisamente uno de los que más han dificultado las relaciones árabe-israelíes desde 1948. Israel no quiere permitir que los palestinos regresen a sus hogares. "Bajo ninguna circunstancia permitiremos que en nuestra propia tierra se cree un nuevo foco de guerra de guerrillas."



Por otra parte, es comprensible que los refugiados palestinos no estén dispuestos a renunciar a regresar a su patria. Sus hijos forman el grueso de las fuerzas guerrilleras árabes, siendo los luchadores más activos. "Si los israelitas no quieren devolvernos voluntariamente nuestra tierra, entonces tendremos que recuperarla por medio de la violencia." La situación es considerada por ambas partes desde el punto de vista político, olvidando muchas veces la parte humana de la tragedia de los refugiados. Hanns Dietrich Ahrens, escribe en el Zeit: *"Durante toda la noche ha soplado una terrible tormenta de arena. Pienso en los cientos de miles de refugiados que, repartidos por todos los territorios vecinos, no disponen de un techo sólido bajo el que cobijarse. Hasta la fatal guerra de junio de 1967 había aproximadamente un millón trescientos mil refugiados árabes, a los que, de repente, empezó a añadirse una nueva corriente; 35.000 personas huyeron de la franja de Gaza y del Sinaí hacia Egipto; otras 116.000 partieron de la zona de Kuneitra hacia el sur de Siria, y hasta finales de 1968 otras 243.000 personas huyeron hacia territorios árabes; en la actualidad, sólo en Jordania oriental hay más de 340.000 refugiados. Entre todos estos cientos de miles de refugiados, más de un tercio está constituido por niños, la inmensa mayoría tienen necesidades que no pueden llegar a satisfacerse y una buena parte han sido expulsados de su patria por segunda y tercera vez."*



Pero los judíos obraron con singular celeridad, sin esperar la acción de la ONU. Ben Gurion convocó a los miembros del Comité ejecutivo de la Jewish Agency y al Consejo nacional judío el mismo día 14 de mayo. Los jefes judíos discutieron en Tel Aviv si se debía aceptar la decisión de la ONU. La mayoría se inclinó por la inmediata fundación del Estado judío. Pero también surgieron algunas dudas. ¿Podría despreciarse de forma tan ostensible una decisión de la ONU? El nuevo Estado, robado de territorio árabe, sería débil al principio y necesitaba tener amigos en todo el mundo. ¿No tomarían a mal tan claro menosprecio hacia las Naciones Unidas?

Ben Gurion logró tranquilizar a los inquietos. Lo más importante era obtener el apoyo de las grandes potencias, sobre todo de Estados Unidos y la Unión Soviética. El presidente Truman había asegurado secretamente a Ben Gurion que estaba conforme con la inmediata creación de un Estado judío.

Pero, ¿cómo reaccionaría la Unión Soviética ante un hecho de tal naturaleza? Ben Gurion también estaba seguro en este caso. Rusia apoyaría al nuevo Estado judío. En cuanto a los países árabes, o bien eran colonias de países occidentales, como Marruecos, Argelia y Tunicia, o Estados feudales, como Egipto, Jordania, Arabia Saudita o el Yemen. En mayo de 1948, el recién fundado Estado israelí encarnaba a los ojos de los soviéticos un avance respecto a los países coloniales o feudales árabes. Se perfilaba pues una grieta en el tradicional predominio británico en el Próximo Oriente.

En la tarde del 14 de mayo de 1948 se reunió en la gran sala del Museo de Tel Aviv el Consejo Nacional judío. En una tribuna, bajo un gran retrato de Theodor Herzl, tomaron asiento los miembros de la Jewish Agency. Ben Gurion, presidente del Consejo, se puso en pie. Todos los presentes convinieron en que el *Hatikwah,* la canción de la esperanza, sería a partir de entonces el himno nacional israelí.

Una vez finalizado el canto, Ben Gurion leyó la Declaración de Independencia. Terminó con estas palabras:

"Nosotros, miembros del Consejo Nacional, representantes del pueblo judío de Palestina y del movimiento sionista internacional, nos hemos reunido hoy en solemne asamblea. Amparados en el derecho natural e histórico del pueblo judío y en la resolución de las Naciones Unidas, proclamamos la fundación del Estado judío en la tierra santa, cuyo nombre será Israel."

La declaración fue suscrita por todos los miembros del Comité ejecutivo de la Jewish Agency, que al mismo tiempo se constituyó en el primer Gobierno del nuevo Estado. Todavía en curso la reunión, llegó la noticia de que un país extranjero reconocía al nuevo Gobierno israelí.

Era Estados Unidos, cuyo destino regía entonces el presidente Harry S. Truman. La acción fue un alarde de rapidez no superado hasta la fecha. Truman lo glosa en sus *Memorias.* Después de criticar a su ministro de Asuntos Exteriores por no haberse apresurado a reconocer al Estado israelí al ser aprobada en la asamblea general de la ONU la moción a favor de la solicitud judía, escribió el presidente norteamericano:

"Ahora que los judíos han logrado ver colmadas sus aspiraciones de tener un Estado propio, me apresuro a manifestar mi aprobación. Llamé a uno de mis secretarios para que informase al Departamento de Estado a fin de que transmitiera la orden a nuestro delegado en las Naciones Unidas. A la media hora aproximadamente, es decir, sólo once minutos después de haberse proclamado el Estado de Israel, había comunicado Ross a la prensa el reconocimiento *de facto* por los Estados Unidos del Gobierno provisional israelí.

"Para algunos diplomáticos, tan veloz reconocimiento debió de constituir una sorpresa; pero no se hubiera producido en el caso de haber apoyado fielmente mi política."

De nuevo Ben Gurion había obrado con acierto. También en lo que atañe a su correcta apreciación de la línea política soviética. Días más tarde, Stalin reconocía al nuevo Estado israelí. El resto de las grandes potencias siguió el ejemplo a principios de 1949.

Al día siguiente de la fundación del Estado judío, 15 de mayo de 1949, las tropas árabes de los Estados de Siria, el Líbano, Irak, Jordania y Egipto cruzaron las fronteras de Palestina. El secretario general de la Liga Arabe envió un telegrama a las Naciones Unidas manifestando que la sorprendente creación del Estado israelí sin los adecuados requisitos por mediación de la ONU había impulsado a los vecinos países árabes a tomar tan grave decisión, puesto que los judíos ya habían tomado posesión de casi toda Palestina: "Los Estados árabes se han visto forzados a intervenir con objeto de garantizar la paz y la seguridad, y restablecer la ley y el orden en Palestina, y también para llenar el vacío dejado por los ingleses al finalizar su mandato."

Las tropas árabes invadieron en su primer ataque los territorios que les fueron prometidos por la ONU, pero fueron duramente castigados en todos los frentes por los judíos de Palestina, que ahora ya se llamaban israelíes. Siria y el Líbano habían obtenido la independencia unos dos años antes y carecían de ejércitos dignos de tal nombre. Lo que Siria designaba como tal comprendía unos 8.000 hombres, incluyendo las tropas fronterizas y las academias de oficiales. Las fuerzas



El sueño del sionismo se ha convertido en realidad. Ante el retrato de Theodor Herzl, David Ben Gurion proclama la creación del nuevo Estado judío de Israel. "El 14 de mayo de 1948, viernes, a las cuatro de la tarde, se declara la independencia judía y se crea el nuevo Estado. Su destino está en manos de las fuerzas militares. Inmediatamente después de la ceremonia de la declaración, regreso al Cuartel general y mantenemos una conferencia sobre el estado de la situación, que va empeorando cada vez más. Nos llegan noticias intranquilizantes. Parece ser que en Siria se están concentrando unidades blindadas de la Legión Arabe y tropas enemigas. De Lydda, a veinte kilómetros de Tel

egipcias del rey Faruk eran más numerosas y potentes, pero en modo alguno más efectivas. Se trataba más bien de un "Ejército dominguero", más apto para desfiles, maniobras y paradas en honor de ilustres visitantes, organizados con tanta frecuencia por el fastuoso monarca, que para jugar un papel decente en la batalla.

El único Ejército árabe digno de tal denominación era la Legión Arabe del rey Abdullah de Transjordania. La mandaba el general británico John Glubb, *Pachá,* secundado por jefes y oficiales de su misma nacionalidad; dicha tropa estaba perfectamente instruida y pertrechada. Ante ella retrocedió el nuevo Ejército israelí, pero no demasiado y sólo en este punto. Los restantes ejércitos árabes no fueron rivales para el Haganah, transformado en Zahal después de la fundación del nuevo Estado israelí.

John R. Carlson, periodista norteamericano, vivió parcialmente en el bando árabe la campaña de 1948. En su obra *Los árabes cercan a Israel* describe cómo corrían de manera insensata al encuentro del fuego judío, porque llevaban consigo una sura del Alcorán bendecida por el muftí y pensaban que les hacía invulnerables a las balas. Además, estaban convencidos de que los judíos eran unos cobardes. Se imaginaban que nada más oír los disparos huirían en busca de refugio. Los israelíes no se avergonzaban de echar el cuerpo a tierra siempre que lo consideraban necesario.

En torno a una localidad, los israelíes establecieron un sistema de trincheras desde donde abrían fuego sobre los atacantes. "¡Qué bandada de gallinas! —exclamaban los árabes—. ¿Cómo puede un bravo guerrero escarbar en la tierra como los topos?"



Aviv, también nos llegan informes similares. Para contrarrestar estos movimientos, nuestras tropas han penetrado en algunas localidades aisladas de la Galilea occidental. También mantenemos el campo de instrucción de la policía y algunas posiciones clave en Jerusalén. Casi todos los oficiales de Estado Mayor se han opuesto a mi plan de emplear las unidades más fuertes para conquistar los territorios que hay a izquierda y derecha de la carretera entre Tel Aviv y Jerusalén. Opinan que no disponemos de tropas suficientes y que no conocemos los planes del enemigo. En estas condiciones no quiero impartir una orden que contradiga la opinión de todos los miembros del Estado Mayor. Sin embargo, creo que de

Se comprende que con tales ideas los árabes no pudieran vencer a las tropas israelíes, que en buena parte habían adquirido una gran experiencia en campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial. Y por si ello no bastara, los árabes padecían de una falta casi absoluta de disciplina. Cuando se iniciaba el ataque contra una localidad judía sobre las diez de la mañana, en dirección este, algunos árabes iniciaban el fuego; otros comparecían una hora más tarde, mientras que el resto de la tropa atacaba la población en sentido opuesto, es decir, en dirección oeste, para efectuarlo hacia la ciudad santa musulmana, La Meca. Las fuerzas árabes desconocían incluso las más elementales tácticas de la infantería. Y si cargaban en tropel lo hacían alocadamente, poco menos que hacinados, disparando sus viejas espingardas. No es de extrañar que las bajas árabes superasen con mucha diferencia a los israelíes.

Sólo algunas unidades escogidas de las reales tropas egipcias podían compararse al Haganah israelí o a la Legión Arabe: los dos regimientos de carros de combate. También era notable una parte de las unidades militares del Ejército iraquí. Pero sus intervenciones no bastaban para borrar la pésima impresión general que las "tropas" árabes causaron a los observadores extranjeros.

Los árabes de Palestina —a diferencia del Haganah judío— carecían de organización militar. Y aun cuando después de que la ONU aprobara el reparto de Palestina, el Alto Comité Arabe —el equivalente de la Jewish Agency— creara una comisión militar con sede en Damasco, la capital siria, las cosas siguieron igual. La medida se tomó demasiado tarde.

Hasta la declarada apertura del conflicto al



este modo no emprendemos una conquista que hubiera decidido el destino de Jerusalén y quizá el de toda la guerra. Por la noche también llegan malas noticias del Neguev. ¿Será bombardeada Tel Aviv esta noche?" Estas son las palabras que Ben Gurion escribió en su diario sobre estos acontecimientos históricos.

IMAGEN IZQUIERDA: Los civiles también fueron armados para luchar contra los árabes.
IMAGEN SUPERIOR: Soldados jordanos esperan un ataque judío tras las barricadas levantadas en Jerusalén. Sólo pudieron vencer a los judíos aquí, en Jerusalén, puesto que los árabes fueron vencidos en todos los demás frentes.

día siguiente de la fundación del Estado de Israel, o sea, desde el comienzo de la guerra que viene durando hasta la actualidad, la aludida comisión militar formada por delegados del Irak, Siria, Líbano, Jordania y Palestina había conseguido reunir 6.996 fusiles, 499 ametralladoras, 364 metralletas, 309 pistolas y revólveres, 124 bazookas, 66 piezas anticarro, 23 cañones y 3.867 minas. El material procedía de distintas fuentes y era anticuado en su mayoría.

"La Hija de Sión" estaba dividida, por decisión de la ONU, en dos partes, una judía y otra árabe, aunque la ciudad entera debía quedar bajo administración internacional. De Jerusalén al Mediterráneo se abriría un corredor libre, para que los árabes de la ciudad, así como las autoridades internacionales residentes en ella, tuviesen libre salida al mar. Pero los judíos no se mostraban conformes con la internacionalización, división y establecimiento de un pasillo hasta el mar, medidas decretadas por la ONU: "Que se seque mi diestra si te olvido, Jerusalén." Pues, ¿qué sería el nuevo Estado de Israel sin Jerusalén, sin la ciudad santa de David y Salomón?

Así pues, se inició el ataque desde la carretera Tel Aviv-Jerusalén sobre la parte antigua árabe de Jerusalén. Esta dispersión de las fuerzas judías condujo a una única pero amarga derrota judía en su primer conflicto con los árabes. No se tomó la parte vieja en poder de los árabes, sino que se perdió el barrio judío enclavado en dicha zona antigua de Jerusalén, la genuina Sión. Y peor todavía: por primera vez en varios milenios de la historia, los hijos de Israel tuvieron que abandonar su entrañable Jerusalén. Ni filisteos, egipcios, babilonios, persas, helenos, romanos, cruzados

cristianos, turcos y británicos habían logrado expulsar de Jerusalén a los judíos. Sólo ahora, en 1948, poco después del nacimiento del nuevo Estado de Israel, todos los judíos sin excepción se vieron forzados a dejar la parte histórica de la Ciudad Santa.

En Jerusalén se llegó a combatir en tres frentes. Al oeste, en ambos lados de la carretera de Tel Aviv, las tropas israelíes intentaron dejar expedito el camino a Jerusalén. Al mismo tiempo, la zona nueva de la ciudad sufría el cerco enemigo y se procuraba abrir una brecha en dirección oeste, hacia Tel Aviv, para adueñarse de la parte antigua. En ésta se defendía con tesón el barrio judío ubicado en ella.

El comandante militar del citado distrito de Jerusalén era el entonces teniente Moshe Dayan. Pertenece a la *élite* de jóvenes jefes militares nacidos en Palestina. Había combatido en el bando británico durante la Segunda Guerra Mundial. Afecto a una de las unidades judías formadas por el ocupante británico de Palestina, tuvo que combatir en Siria contra los franceses al lado de los ingleses en 1941. Resultó herido en esta ocasión: una bala de fusil dio en los gemelos de campaña con los que el teniente Dayan observaba el campo de batalla. La bala se llevó el ocular y el ojo derecho de Dayan; desde entonces lleva el parche negro que le ha hecho famoso. Se le designó también como el "vencedor del Sinaí". Sin embargo, no logró triunfar en Jerusalén.

Se hizo entrega de todas las armas y los hombres aptos para la lucha, también los jóvenes ortodoxos judíos que no participaron en la acción; se les llevó en cautiverio a Transjordania bajo vigilancia de la Cruz Roja; el barrio judío fue ocupado por tropas de la Legión Arabe y los habitantes de la parte nueva de la ciudad tuvieron que abandonarla.

Comenzó entonces la última salida de los judíos de la Ciudad Santa. El periodista Carlson fue testigo de la retirada: "En la Puerta de Sión, 28 de mayo de 1948, 19 horas. Me encuentro con un vehículo blindado inglés, cuyo cañón y ametralladora apuntan hacia la Puerta de Sión. Visto uniforme caqui y voy sin afeitar. El humo y las cenizas de la parte vieja de la ciudad han ensuciado mi ropa y se me han pegado a los cabellos. Tengo la suerte de estar aquí, pero no me siento feliz. La muchedumbre de gente triste pasa ante mí mismo, junto a los vetustos muros por los que se ha derramado tanta sangre en nombre de Dios, Jesucristo y Alá. Cual testigo moderno me corresponde revivir la antigua tradición de la tierra santa.

"¿Cómo puede permanecer serena una multitud de más de dos mil personas en estas condiciones? Se amontonan en la angosta salida (todo en ese ambiente milenario es estrecho) y avanzan a ritmo de caracol. Algunos se resisten a seguir adelante, sobre todo las mujeres, que no se resignan a abandonar su patria. Porque estas antiquísimas callejas y casonas milenarias constituyen sus lares nativos.

"Las voces de los soldados se confunden con los llantos de las mujeres, los gritos desesperados de los hombres y el contiguo gemir de los niños. Esto y los lamentos de las personas ancianas, que de nada tienen la culpa, me acongojan el corazón. ¿Qué falta ha cometido ese niño, o ese anciano judío, para que se les arroje del hogar donde han nacido todos sus antepasados?"

La masa se apretuja, se repliega sobre sí misma como una ola cede al romper en la playa. Los niños prorrumpen en gritos que producen escalofríos. De pronto se oye un disparo que produce el efecto de una sacudida eléctrica. La mitad del gentío se precipita hacia la Puerta de Sión, arrollando la cabeza de la caravana, mientras el resto, en desesperada huida, trata de seguir el camino opuesto en dirección al barrio judío. Diríase que faltaba bien poco para que cundiese el pánico, que sólo podrían contener los fusiles árabes.

"Los oficiales de la Legión Arabe corrían entre su gente gritando órdenes. Los legionarios árabes consiguieron bloquear a la multitud la ruta de acceso a la judería. De entre la muchedumbre se elevaba un gran clamor al ir y venir de la Puerta de Sión al barrio judío y viceversa; se agitaban lo mismo que los peces atrapados en la red. Los alaridos de las mujeres se destacaban del vocerío general.

"Por último se restableció el orden. Me sorprendió que lo consiguieran. Pero los soldados de la Legión Arabe son una tropa muy disciplinada. Hay que descubrirse ante su comandante en jefe, Glubb Pachá.

"Un viejo rabino se quedó solo ante la imponente muralla. Traía bajo el brazo un hatillo con todas sus pertenencias. En la mano libre sostenía un libro sagrado y lo leía, moviendo la cabeza a derecha e izquierda. Ese judío ortodoxo con sus plegarías, los gritos lastimeros de los niños y la oscura marea humana que avanzaba sobre la Puerta de Sión, que de lejos parecía la boca negra de una fiera, fueron las últimas e inolvidables impresiones de mi postrera excursión."

El doctor Joseph escribe:

"La noticia de la rendición me llegó hacia el mediodía del 28 de mayo, en mi oficina de la ciudad nueva. Debí ocuparme en seguida del recibimiento y ayuda de unos 1.300 hombres, heridos, mujeres y niños en una ciudad que estaba sitiada y en la que se luchaba en todas partes.

"Alrededor de las diez de la noche, más de la mitad de la muchedumbre se hallaba reunida

ante la Puerta de Sión; los legionarios árabes llevaban a hombros a las personas más ancianas.

"Mientras tanto, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas proponía en Nueva York una tregua en la cuestión de Palestina. El 29 de mayo, fecha de salida de los últimos judíos de la vieja Jerusalén, el Consejo de Seguridad anunció la orden de alto el fuego. Durante un período de cuatro semanas debían de suspenderse las operaciones bélicas. En ese tiempo, la comisión mediadora de las Naciones Unidas trataría de inducir a ambos bandos a poner fin a las hostilidades.

Las condiciones exigidas por el Consejo de Seguridad relativas al armisticio pueden resumirse en los siguientes puntos de interés:

a) Durante la tregua no deben enviarse nuevos contingentes de tropas a Palestina, Egipto, Irak, Líbano, Arabia Saudita, Transjordania y Yemen; si a dichos países llegan hombres aptos para el servicio militar, no serán movilizados ni instruidos para el combate.

b) Mientras esté en vigor la tregua no se enviará material bélico a Palestina ni a ningún otro país involucrado en la guerra.

c) El acuerdo entre los países de la Liga Arabe, así como de las autoridades judías y árabes de Palestina deberá efectuarse, a lo más tardar, el 1.° de julio.

d) Si las partes en litigio rechazan las advertencias de las Naciones Unidas o incumplen posteriormente las condiciones del armisticio les serán impuestas las correspondientes sanciones establecidas en el artículo VII del Estatuto General de las Naciones Unidas.

Se nombró al conde sueco Folke Bernadotte presidente de la comisión mediadora de las Naciones Unidas. El conde Bernadotte estaba emparentado con la Casa Real sueca y había sido durante muchos años funcionario de la Cruz Roja sueca e internacional. Es muy conocido en el mundo entero por sus negociaciones con Himmler, jefe nacional de las SS, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial; Bernadotte logró salvar la vida de muchos judíos residentes en Alemania.

La elección de Bernadotte como mediador fue admitida sin reparos por parte de los judíos, así como las condiciones del armisticio. Los judíos tenían cierta ventaja. Aparte de la depresión moral causada por la derrota, de escasa importancia militar, sufrida en la parte vieja de Jerusalén, habían consolidado sus posiciones en el resto del frente. Eran dueños de la nueva zona de Jerusalén, que habría de ser internacionalizada; también se hallaban en posesión del pasillo situado entre Jerusalén y Tel Aviv, y además se encontraba junto a ese corredor una "carretera de Birmania" que cruzaba el país, por la que Jerusalén quedaba unida al interior sin riesgo de quedar aislada. Este pasillo también debería ser internacionalizado. Por otra parte, se habían apoderado de los territorios prometidos a los árabes en Palestina.

Sin embargo, lo más importante de todo era que la tregua les brindaba la oportunidad de robustecer decisivamente sus fuerzas para lanzarse a un nuevo ataque con mayor energía. Durante la tregua llegaron de Europa millares de judíos que no necesitaban instrucción militar. Y sobre todo de Checoslovaquia obtuvieron un refuerzo decisivo con los suministros de armas que comenzaron en marzo.

En febrero de 1948 los comunistas de Praga habían derribado el Gobierno legal de Benes. Desde entonces ostentaban el poder los comunistas estalinianos. Y el dictador rojo apoyaba con todas sus fuerzas al nuevo Estado israelí. Veían en Israel y en la guerra de los judíos contra los árabes, los dirigentes soviéticos, una gran oportunidad para disminuir el predominio francobritánico en el Próximo Oriente y el de sus agentes árabes. La guerra en el Próximo Oriente no les venía nada mal a los soviéticos.

El conde Bernadotte, mediador de las Naciones Unidas, anunció el 7 de junio que el comienzo de la tregua quedaba fijado para las seis de la madrugada del 11 de junio. Contrariamente a Israel, los países árabes titubearon un poco en dar su aprobación, pues tenían la certeza de que la tregua resultaba beneficiosa para Israel. (Ellos exigían la continuación de las hostilidades.) El millón de fugitivos árabes de los territorios ocupados por los judíos no tenían idea del armisticio. Por ello exigían la continuación de las hostilidades contra Israel y la derrota de los judíos, para así poder regresar a su patria. Se temían serios disturbios en Jordania y Egipto si se aceptaba la tregua. Se argüía, no sin razón, que los judíos se habían apoderado de territorios árabes expulsando de sus hogares a cientos de miles de árabes, y por si fuera poco habían vulnerado las decisiones de la ONU. ¿Y ahora la propia ONU deseaba que los árabes abandonasen la lucha contra los que menospreciaban al supremo organismo internacional? Esto era poco menos que intolerable para el orgullo árabe.

Por fin una decisión del Gobierno británico obligó a los árabes a aceptar la tregua impuesta por las Naciones Unidas. Los ingleses procederían a retirar sus oficiales de la Legión Arabe del rey de Jordania. Glubb Pachá, comandante de la citada legión, se refirió más tarde a las consecuencias de esta decisión:

"La retirada de los oficiales británicos significó un duro golpe para la Legión. Entre ellos se encontraban los jefes de Estado Mayor, dos de

brigada y cuatro de regimiento, además de todo el mando de la artillería. Y puesto que esta arma sólo se había organizado tres meses antes, no había ningún oficial jordano capaz de reemplazar a los británicos. Los oficiales ingleses constituyeron el armazón del edificio hasta 1948; sin ellos, todo se vendría abajo..."

Por último, los árabes tuvieron que aceptar la tregua. Salvo algunos incidentes menores, ambos bandos depusieron las armas durante cuatro semanas. El 9 de julio se reanudaban las hostilidades. Desde el principio fueron las fuerzas judías las que se lanzaron furiosamente a la ofensiva.

Las cuatro semanas de pausa bastaron a los israelíes para procurarse gran cantidad de nuevas armas, a pesar de la prohibición de la ONU. Los comunistas checos no sólo les vendieron armas ligeras, sino también artillería, carros de combate y aviones, tanto de caza como de bombardeo. Entre ellas figuraban las capturadas a los alemanes al finalizar la Segunda Guerra Mundial, como fusiles 98 K, ametralladoras de asalto M 42, bombas antitanque y aparatos de caza M-109.

El material era transportado por vía aérea, desde Checoslovaquia a Israel con escala en Grecia, en el territorio dominado por el general Markos, jefe de los guerrilleros griegos. También se enviaban pertrechos a Yugoslavia y de allí, por vía marítima, a Haifa y Tel Aviv. Hasta que se abrió el gran cisma entre Stalin y Tito continuó el envío de armas a Israel.

En esta ocasión los combates duraron diez días; después, y gracias a la intervención de Bernadotte, se acordó una nueva tregua. Pero en esos diez días el Ejército israelí logró una victoria tras otra. En el nordeste se conquistó Nazareth, lugar natal de Jesucristo. Con ello toda Galilea cayó en poder de los israelíes.

Con los bombarderos cuatrimotores recibidos de los norteamericanos atacaron Amán y Damasco. En ambas ciudades causaron fuertes pérdidas entre la población civil, alcanzándose el objetivo perseguido en dichas incursiones.

Hasta entonces los bombardeos sobre núcleos de población habían tenido como consecuencia un aumento de la voluntad de resistencia y del odio hacia el agresor. Eso lo observaron los norteamericanos e ingleses con ocasión de los bombardeos sobre las poblaciones alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, así como las incursiones aéreas en Vietnam del Norte. Pero en el caso que nos ocupa sucedió todo lo contrario. La población de los países árabes se había acostumbrado a las noticias triunfales, según las cuales los judíos ya habían sido arrojados al mar y sólo algunos grupos desesperados proseguían la lucha. ¡Y ahora resultaba que venían esos judíos con aviones y todo! ¿No se tenía a los judíos como individuos vestidos con largas túnicas, mugrientos y con la figura encorvada por la humillación, que temblaban ante los árabes? La aparición de las máquinas volantes israelíes en el espacio aéreo árabe desató un pánico tal, que en Europa resulta incomprensible.

En el sur presionaban los israelíes desde la conquistada ciudad portuaria de Haifa a lo largo de la costa mediterránea hasta Gaza, dieron un rodeo y se adentraron en la parte occidental del desierto del Neguev, que debía quedar en poder de los árabes. En el norte avanzaban hacia el Líbano.

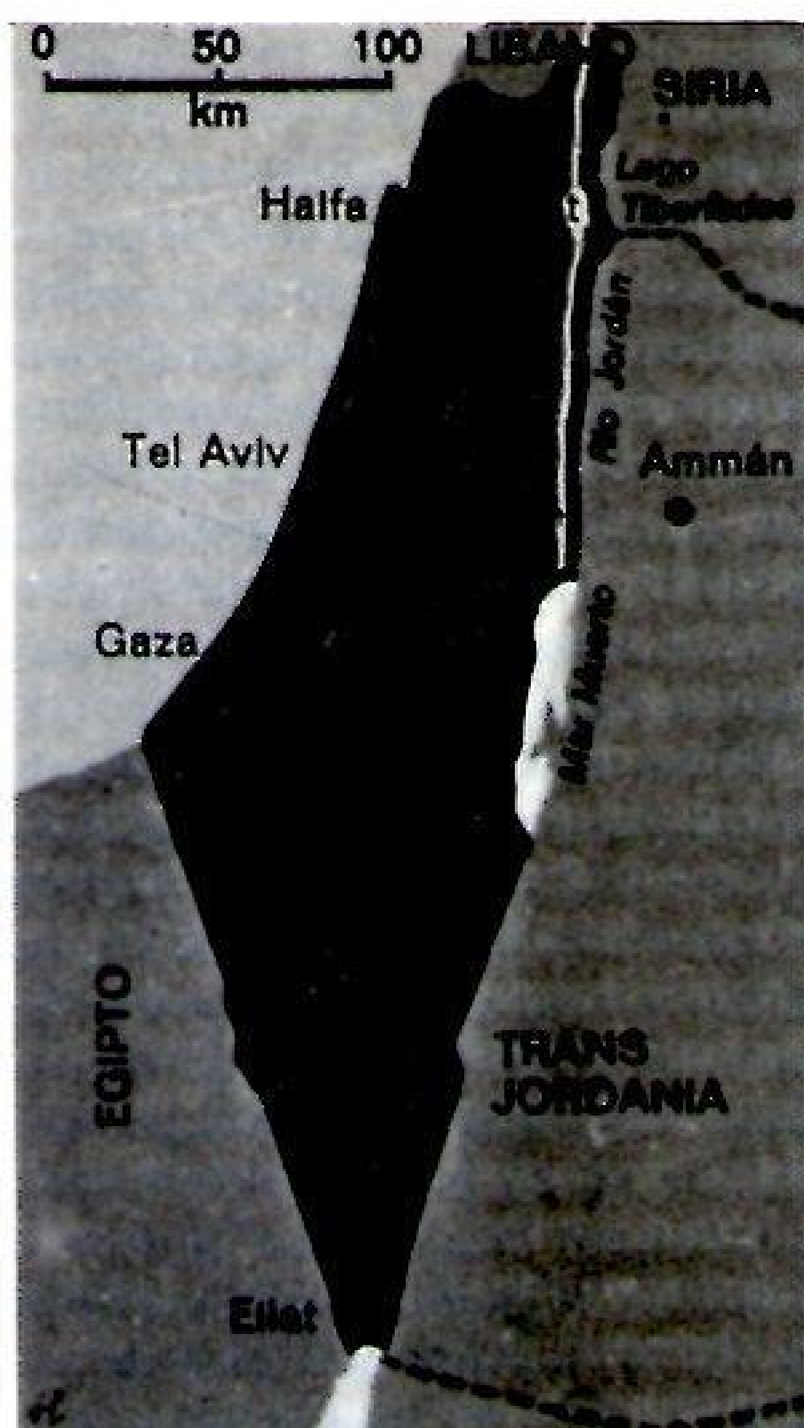
Igual que antaño, resultaba de suma importancia la lucha por Jerusalén, que no sólo significaba mantener expedita la carretera hacia el Mediterráneo, sino también estar en posesión de la vía férrea y el importante aeródromo de Lydda, hoy llamado Lod. Asimismo, las conducciones de agua para Jerusalén quedaban en poder de los israelíes, en cuyas manos quedó toda la zona en torno a la Ciudad Santa.

No sólo huían por todas partes las tropas árabes, sino también la población civil. Cuando el 19 de julio se aceptó la segunda tregua, vivían tres cuartos de millón de árabes en territorio ocupado por los judíos y sólo unos 150.000 en su patria.

Esta tregua sólo duró otras cuatro semanas, aunque también fue rota por combates aislados de ámbito local.

Durante el verano se entablaron vivas polémicas entre los israelíes y el mediador de la ONU, conde Bernadotte, al principio aceptado con satisfacción por los israelíes. El delegado de la ONU y la comisión presidida por él, formada por representantes de Estados Unidos, Bélgica y Francia, querían hacer cumplir a los judíos la decisión de la ONU de noviembre de 1947. Naturalmente, sabían que eso no era posible en su plenitud. El Estado de Israel contaba ya con vida propia y gozaba del apoyo de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Tampoco los israelíes habían conquistado todos los territorios que la ONU había prometido devolver a los árabes. Pero Bernadotte trató de buscar un arreglo con el que también estuviesen de acuerdo los árabes. Como anteriormente, se trataba de la internacionalización de Jerusalén, donde podrían vivir judíos, árabes y adeptos a otras confesiones.

Los judíos se manifestaron en contra del conde Bernadotte y la comisión negociadora del armisticio. Al principio sólo por medio de altavoces ante el edificio de la delegación y, luego, con pasquines y carteles. Por último, el 17 de setiembre de 1948 se dispararon varias ráfagas de ametralladora. Alrededor de las cinco de la tarde, tres coches de las Naciones Unidas salieron de la sede







Territorio de mandato británico en 1946 (IZQUIERDA). Las fronteras de Israel, previstas en el plan de la división de la ONU del 29 de noviembre de 1947 (CENTRO). Ya en la década de los años 1930 y en relación con el trazado de las fronteras entre árabes e israelíes, Ben Gurion opuso el "dinamismo de la colonización judía" al "estéril patriotismo árabe". En su proclamación del Estado judío no se hace mención alguna sobre sus fronteras. "Piénsese, por ejemplo, en la declaración de independencia de los Estados Unidos, tampoco dice nada sobre las fronteras territoriales. No estamos obligados a precisar las fronteras de nuestro país en la declaración de su independencia. Los árabes nos atacan. Si les podemos derrotar, la Galilea occidental y la zona que se encuentra a ambos lados de la carretera que va a Jerusalén serán integrados en nuestro territorio. "Todo depende de nuestra fuerza. ¿Para qué anticiparnos?"

del Gobierno para cruzar la ciudad. Lo que sucedió luego se lo contó el doctor Joseph al coronel norteamericano Frank Begley, jefe de la comisión observadora de su país:

"El (Begley) dijo que un *jeep* bloqueó la calle cuando los tres vehículos de las Naciones Unidas circulaban por la carretera de Katamon a Rehaviah y se acercaban a la curva del edificio Silverstein. En el *jeep* había cuatro hombres, además del conductor; llevaban uniforme y gorro del Afrika Korps. Los individuos saltaron del *jeep* y dispararon sobre los tres automóviles con sus armas automáticas. Uno de ellos se dirigió hacia el automóvil en que viajaba el conde Bernadotte, que conducía el coronel Begley. El capitán Cox (delegado belga) estaba sentado junto a Begley y en el asiento posterior se hallaban el general sueco Lundström, en el lado por el que se acercó el atacante, en el centro el coronel Serot (francés) y al otro lado el conde Bernadotte. El individuo mantenía el arma apuntada sobre el vehículo, y Begley trató en vano de apartarse. Los disparos mataron instantáneamente al coronel Serot; el conde Bernadotte resultó gravemente herido en la cabeza y falleció poco después de ingresar en el hospital. Vi a los tres coches y aparecían acribillados a balazos.

"Luego recibí un informe de Hillman, nuestro oficial de enlace, que acompañaba al séquito de Bernadotte. Hillman dijo haber reconocido el *jeep;* hacía algún tiempo que había sido robado por la organización Lahi (nombre oficial de los terroristas de la Estrella)."

La ONU tenía ya sus primeros mártires. El clima de violencia que reinaba en el joven Estado de Israel sacudió al mundo entero.

Un mes después del atentado contra Bernadotte se produjo la primera vulneración importante al convenio de tregua. Al sur de Jerusalén, en la frontera occidental del desierto del Neguev, se había concentrado un nutrido contingente de fuerzas egipcias. Los israelíes las atacaron el 14 de octubre, iniciando con ello la Operación de las Siete Plagas. El sucedor de Bernadotte, el primer

diplomático norteamericano de color, doctor Ralph Bunche, protestó en vano ante los israelíes. Pero su protesta no fue demasiado enérgica. Las elecciones presidenciales estadounidenses se hallaban en puertas y una protesta demasiado violenta contra la violación de la tregua por parte de los judíos hubiera restado votos judíos tan importantes para Truman. Esta circunstancia y el hecho de que Estados Unidos ostentasen a la sazón la presidencia en el Consejo de Seguridad habían sido perfectamente calculados por Ben Gurion.

La ofensiva israelí continuaba con gran ímpetu. Bersheba cayó en poder de los judíos. El Consejo de Seguridad ordenó el alto el fuego para el 22 de octubre y la retirada a las posiciones de partida del 14 del mismo mes. Los israelíes interrumpieron las operaciones militares el día señalado, pero no retrocedieron hasta las antiguas posiciones.

En lugar de ello reanudaron la ofensiva en febrero y cercaron a una división egipcia en el territorio de Falluga. Ben Gurion denominó a esta última ofensiva militar de la primera campaña por Israel "la empresa de los hechos consumados". Después de diez días de lucha, el grueso de la citada división se vio obligado a capitular. Entre los prisioneros se encontraba un capitán de veintinueve años, hijo de un zapatero de Alejandría, que durante el cautiverio discutió mucho con los oficiales israelíes. El nombre de ese capitán del Real Ejército egipcio era Gamal Abdel Nasser. La experiencia de la guerra en Palestina y sobre todo la amargura de la derrota nunca se apartaron de su mente. En la "segunda" y "tercera" batallas por Israel, Nasser fue el gran enemigo de los judíos. La derrota fue considerada oprobiosa por los árabes, que habían sido lanzados a la batalla con una moral de victoria fácil. Después de que en febrero, marzo y abril de 1949 los diferentes Estados árabes concluyeron el armisticio con Israel de manera oficial, en el plan de reparto de la ONU no sólo se encontraban los territorios previstos para Israel en poder de los judíos. Estos habían conquistado 1.300 kilómetros cuadrados destinados a los árabes y, además, quedaban dentro de los límites del Estado israelí así formado 14 ciudades y 313 poblados árabes. La mayor parte de la población de esas ciudades y pueblos había huido, aun cuando la Jewish Agency había anunciado al principio de la campaña que en un Estado judío los ciudadanos árabes gozarían de igualdad de derechos; Ben Gurion manifestó sin rodeos, después de la guerra, que el regreso a sus lares de los árabes huidos ante el avance israelí "no sólo no estaba justificado, sino que era una tontería". Y los árabes que se habían quedado, creyendo en las promesas judías, no serían en modo alguno ciudadanos con plenitud de derechos, sino que serían considerados como elementos de tercera categoría.

La derrota sufrida ante los judíos marcó un cambio brusco en el pensamiento árabe. A partir de entonces se desarrolló no solamente un esfuerzo en pro de un Estado árabe único, sino en primer lugar una serie de movimientos socialrevolucionarios. Donde más se acentuó fue en la antigua monarquía egipcia, debido a la gran cantidad de suelo nacional perdido, a la derrota de una parte de sus mejores fuerzas armadas y al agasajo nacional que se tributó a los soldados vencidos.

En Egipto, los militares fueron los instigadores de la caída de la antigua monarquía, igual que sucedió posteriormente en otros países árabes. Los oficiales eran las personas más instruidas en un pueblo analfabeto en su mayor parte; muchos de ellos habían cursado estudios en Occidente y en la Academia Militar británica, poseían experiencia en la conspiración en su lucha subterránea contra el ocupante inglés durante la Segunda Guerra Mundial, tenían el poder efectivo en sus manos y, como es lógico, sentían con más amargura que nadie la hiel de la derrota militar ante los judíos. La culpa del desastre la atribuían al decrépito y corrompido sistema feudal, a cuya cabeza se encontraba el obeso *play-boy* sentado en el trono de los faraones: el rey Faruk.

El 23 de julio de 1952 un grupo de oficiales se hizo cargo del poder mediante una incruenta revolución palaciega. El rey Faruk fue enviado al destierro, donde con sus aventuras de burdel, engaños y competiciones de glotonería suministró abundante material durante bastantes años a la prensa sensacionalista. Su hijo primogénito Fuad II ciñó la corona egipcia. Un año más tarde también fue depuesto el niño-rey y el 18 de julio de 1953 fue proclamada la República.

Se nombró presidente de la misma a Mohamed Naguib, jefe nominal del grupo de militares sediciosos. Pero pronto fracasaría el intento de impulsar el desarrollo del país a base de un Gobierno civil compuesto por elementos que ya habían servido en tiempos de Faruk. Los oficiales sublevados se hicieron cargo del Gobierno. En 1954 el primer ministro Naguib se alzó con el poder, apoyado por sus camaradas del Ejército.

Pero también el general Naguib fue derribado y, según los rumores que no han sido aclarados hasta el momento, fue mantenido bajo arresto domiciliario. El nuevo gobernante fue aquel capitán Gamal Abdel Nasser que durante el cautiverio judío buscó la causa de la derrota egipcia y al mismo tiempo halló una explicación a la superioridad israelí. El rey le había ascendido a comandante, y el general Naguib, a quien él mismo derrocara, le nombró, sucesivamente, teniente coronel y coronel.

El coronel Nasser fue nombrado presidente de la República en 1952 sobre la base de una Constitución redactada por él mismo; se le designaba oficialmente con el calificativo de Rais (Caudillo). Desde entonces fue el amo indiscutible de Egipto con poderes dictatoriales. Los partidos políticos fueron prohibidos uno después de otro, estando autorizado solamente el fundado por Nasser: la Unión Socialista.

Nasser y sus amigos, entre quienes se encontraba el que sería mariscal Amer, perseguían al principio, como también el general Naguib, una política nacional egipcia autónoma, dirigida ante todo contra la todavía intensa influencia británica, la presencia de tropas inglesas en Egipto y, en particular, la Administración francobritánica del canal de Suez. Las cuestiones litigiosas entre Egipto y Gran Bretaña fueron resueltas al principio por la vía amistosa. Ya en 1954 logró Nasser, poco después de la caída de su antecesor, Naguib, un tratado por el cual los británicos evacuarían la zona del canal de Suez. Egipto se comprometía, en un plazo de siete años, a poner a disposición de los ingleses las instalaciones militares del canal en el caso de un ataque enemigo sobre un país árabe o Turquía. Resulta obvio que por entonces ese "enemigo" se suponía que era la Unión Soviética. A la sazón, Estados Unidos apoyaban al Egipto de Nasser con toda decisión. El partido demócrata del presidente Truman perdió las elecciones presidenciales de 1952. Desde el 20 de enero de 1953 ocupaba la magistratura suprema de Estados Unidos el general Dwight D. Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. El nuevo presidente siguió en el Próximo Oriente una política distinta a la de su antecesor, Truman.

En los influyentes círculos políticos de Estados Unidos se tenía a Nasser como "adecuado" y amigo potencial de Occidente. El diplomático norteamericano Miles Copland —en realidad agente de la CIA— fue nombrado consejero de Nasser a instancias de su jefe, Dulles, y durante muchos años ocupó un gabinete junto al de Nasser.

Entonces los norteamericanos trataron de incluir a Egipto en un pacto militar del Próximo Oriente dirigido contra la Unión Soviética. Mientras tanto, Nasser había tomado partido por el yugoslavo Tito y el indio Nehru en la dirección del Tercer Mundo entre el Este y el Oeste. Sin embargo, el neutralismo de Nasser no podía entusiasmar a un Dulles.

Al negarse Nasser a suscribir el pacto antisoviético, Washington le cortó el suministro de armas a principios de 1955. Los Gobiernos norteamericano y británico no pensaban ya en un Nasser inclinado hacia Occidente. Se comenzó a desconfiar de él desde el momento en que implantó una serie de medidas socializadoras. El recelo aumentó con la prohibición de los partidos burgueses, quedando amo y señor de la escena política la Unión Socialista, el partido de Nasser. Y para colmo, la negativa del presidente egipcio a adherirse al pacto antisoviético del Próximo Oriente. Cuando el convenio, llamado hasta el presente Pacto de Bagdad por el lugar en que se firmó, fue ya cosa hecha, Nasser increpó con dureza a los dirigentes de los países firmantes, sobre todo a Irak, acusándoles de traidores a la causa árabe. Pues, mientras tanto, Nasser no sólo se había convertido en un socialista y nacionalista egipcio, sino en el heraldo del panarabismo.

Este hombre iba pareciendo ya demasiado peligroso en Occidente. ¿Todos los países árabes unidos bajo el mando de Nasser camino del socialismo? Esto del socialismo especial árabe resultaba muy arriesgado. Y como Nasser recibía armas del bloque oriental, desde entonces acabó con la paciencia francobritánica y con el apoyo norteamericano.

También en los restantes países árabes se había puesto en marcha la evolución. Donde progresaba un movimiento continuo era en Jordania. Una vez terminada la guerra de Palestina, el rey Abdullah agregó a su Estado los territorios no conquistados por los judíos en Palestina, que según decisión de la ONU serían un Estado parcial árabe. Desde entonces, su reino se denominó Jordania, en lugar de Transjordania, como antes. Esta anexión no agradó demasiado, si bien contaba con el único ejército combativo entre los Estados árabes, la llamada Legión Arabe. El resto de los príncipes árabes estaban furiosos con Abdullah, pero podían hacer tan poco ante los hechos consumados como los Estados árabes republicanos de Siria y el Líbano.

Sólo se podía hacer una cosa: apartar al "ladrón" Abdullah, de quien se sospechaba además que era pro israelita, porque había hablado de paz con Israel. El 20 de julio de 1951, Abdullah fue asesinado por un árabe palestino al salir de la mezquita de Omar, en Jerusalén. Como se supo después, el autor del atentado obró por encargo del gran muftí de Jerusalén, quien había sido recluido al finalizar la contienda mundial por haber colaborado con los alemanes, pero que ahora volvía a desempeñar un importante papel en la política y luchaba por ser reconocido como jefe religioso de los musulmanes.

Talal, hijo de Abdullah, fue destronado un año después a causa de una dolencia mental. El 2 de mayo de 1952 fue nombrado monarca su hijo, Hussein, quien desde entonces rige los destinos de Jordania. Hussein II, descendiente directo de

Mahoma, ha sido educado al modo occidental y, como probaría el futuro, ha sido, con excepción de Nasser, el único jefe árabe que se ha mantenido en su puesto, a pesar de las revoluciones y los atentados. Nadie tenía confianza en el joven monarca cuando fue entronizado. Pero en la actualidad ha convencido a quienes dudaban de su capacidad para gobernar. No hay príncipe árabe tan respetado por su pueblo, a pesar de haberse casado con una mujer inglesa.

Jordania es uno de los más pobres entre los pueblos árabes. No dispone de los fabulosos ingresos que supone el petróleo, como por ejemplo el Irak y la Arabia Saudita, ni siquiera de un suelo fértil para dedicarlo a una agricultura floreciente. Y sobre todo, en el bienio 1948-1949 el número de habitantes de tan pobre país se triplicó con la entrada de los árabes palestinos. No obstante, gracias a la hábil política del joven monarca, en Jordania apenas existen analfabetos en una población de 1.750.000 habitantes.

La República del Líbano constituye una excepción entre los Estados árabes. Se halla, sin duda alguna, políticamente inclinada a Occidente. En el pequeño territorio del Líbano existen más religiones que en ninguna otra parte del mundo. Entre los cristianos, las más destacadas son las comunidades maronitas, los ortodoxos griegos, los católicos, los armenio-ortodoxos y otros grupos cristianos menos numerosos. Entre los musulmanes hay tantos shiítas como sunitas. El Líbano comprende además el territorio no árabe del pequeño pueblo de los drusos, que también tiene su propia religión. La hostilidad contra Israel se halla menos extendida en el Líbano. Una sabia Constitución ha dispuesto que tanto en el Parlamento como en el Gobierno tengan su adecuada representación las creencias religiosas. El jefe del Estado ha de ser siempre cristiano, el primer ministro sunita y el jefe del Parlamento shiíta. La Constitución prohíbe ex profeso la unión con los restantes países árabes y destaca "las estrechas relaciones culturales con Occidente".

Antes de que Nasser se hiciera cargo del poder en Egipto, Siria era la fuerza política rectora del mundo árabe. En 1946 los franceses renunciaron a su dominio colonial y pronto se desarrolló en Siria un sentimiento nacionalista panárabe. Con una gran influencia de buena parte de los dirigentes políticos, de educación francesa, se creó el partido Baas, de carácter socialista, aunque con fuerte influencia marxista, que pretendía unir las ideas panislámicas, las marxistas y el Alcorán.

También en este país fueron los oficiales jóvenes quienes, una vez retirados los franceses, arrebataron el poder a los estratos dominantes de la alta burguesía y los terratenientes. Las disensiones políticas internas entre las diversas facciones, ante todo con los comunistas y los socialistas, desembocaron en más de un *putsch*. El partido Baas siempre salió vencedor. Se diferenciaba básicamente de la Unión Socialista nasseriana porque tenía un marcado carácter panislámico y no sólo nacionalista. Había partido Baas en todos los países árabes, pero también en las naciones islámicas no árabes. Los partidos Baas de los diferentes países se consideraban solamente como secciones regionales del partido general panislámico. Sin embargo, se aceptaba el partido nacionalista árabe de Nasser, pero sólo como fase preliminar de la unidad socialista en todos los países islámicos, entre ellos Irán, Pakistán y los Estados pacifistas.

Los acontecimientos en el Irak muestran hoy una evolución parecida a la de Egipto y Siria, si bien las diferencias son más profundas de lo que parece a simple vista.

Al igual que el Líbano y Jordania, el Irak es una creación artificial como resultado de la desmembración del gran imperio otomano producida al término de la Primera Guerra Mundial y el período colonial que siguió. También en este caso se originó un exacerbado sentimiento nacionalista, menor el árabe que el iraquí. Quizá sea debido al hallazgo de petróleo lo que hizo que los estratos dominantes del Irak defendieran con mayor celo su territorio de la influencia de otros Estados árabes.

La personalidad más conocida en este sentido es el primer ministro Nuri es Said, que ya durante el mandato británico ocupó sólidas posiciones. Rechazó la actitud antibritánica de los restantes Estados árabes.

Así estaban las cosas en las naciones vecinas a Israel cuando estalló otro conflicto en octubre de 1956. Jordania por un lado y Egipto y Siria por el otro son encarnizados enemigos. El Irak se hallaba entonces bajo el dominio de Nuri es Said y, por tanto, era prooccidental y antisocialista, pero también el partido Baas que gobernaba en Siria y la Unión Socialista de Nasser se tenían más rivalidad que amistad. Por último la Arabia Saudita estaba enemistada con casi todos los restantes países árabes. Con las monarquías del Irak y Jordania por motivos históricos y religiosos, porque los saudíes proceden de una estirpe diferente a la de los jóvenes monarcas hachemitas Hussein y Feisal, ambos descendientes del Profeta. Además, las saudíes pertenecen a la secta de los wahabitas, ramificación especialmente puritana y fanática del Islam. La Arabia Saudita ha vivido en continua rencilla con las repúblicas árabes, en buena parte a causa de su estructura feudal de tipo medieval.

Lo mismo puede decirse de la más oscura y atrasada de las naciones árabes, el Yemen, que

junto con el territorio de la Arabia Saudita y los califatos del petróleo junto a la costa del golfo Pérsico formaban la Arabia original. Este país montañoso y abrupto de la costa occidental de la península arábiga ha sido gobernado desde tiempo inmemorial por los imanes que, al mismo tiempo, son jefes religiosos y políticos. En este país, en pleno siglo XX, todavía se decapitaba a las gentes a capricho del imán, para quien no existían leyes, ni siquiera las promulgadas por él.

Los cuatro Estados árabes situados al oeste de Egipto, que constituyen el llamado Mogreb, han seguido una evolución algo distinta. Marruecos y Túnez tienen, al igual que Egipto, una larga y específica historia cultural. Por el contrario, Argelia y Libia, en calidad de dominios del imperio turco y luego bajo el yugo de las potencias coloniales europeas, Francia e Italia, aparecieron algo más tarde en el concierto de los Estados con plena conciencia nacional.

Libia fue la primera de las cuatro naciones árabes que forman el Mogreb en alcanzar su independencia al terminar la Segunda Guerra Mundial de manera inesperada y en cierto modo "inmerecida". Ante todo, Libia nunca fue un Estado y casi nunca ha tenido vida autóctona. La parte habitable del país, que es la franja que bordea el litoral mediterráneo, fue colonizada por los italianos desde 1911. La colonia italiana pasó el bajo fideicomiso de la ONU después de la Segunda Guerra Mundial y en 1951 se hizo reino independiente bajo el dominio del príncipe Senussi Idris. A las tribus y hordas de las zonas desérticas se les regaló prácticamente la descolonización, pues en Libia jamás se había luchado por la independencia nacional. Así se explica el hecho de que si bien Libia pertenece a la Liga Arabe nunca se ha mostrado activa, y ha sido también menos nacionalista y anticolonialista que los restantes países árabes.

Otra cosa distinta sucede con Túnez y Marruecos. Poblados por árabes, beréberes y cabileños, los dos países han tenido su propia forma estatal desde el tiempo de la victoriosa campaña árabe y la adopción del credo islámico, aunque se produjeron frecuentes disputas entre las diversas tribus y los distintos príncipes. Marruecos ha sido un país que ha contribuido en gran manera a difundir la cultura y la ciencia árabe por Europa. Los "moros" propagaron el Islam en sus incursiones de conquista hasta Francia a través de los Pirineos. España conserva en la actualidad en sus viejas ciudades claras huellas de los muchos siglos de dominación árabe.

Marruecos también es la única nación árabe que durante los siglos de dominación turca jamás fue sometida, como el resto de los Estados árabes sin excepción. Marruecos cayó por primera vez bajo la férula extranjera en 1912. Francia manifestó que por temor a que la Alemania del kaiser extendiera su influencia hasta Marruecos, declaró a este país como un "protectorado" y lo ocupó militarmente. Por entonces Túnez llevaba treinta años bajo la ocupación francesa y Argelia desde 1830. Argelia era oficialmente una colonia y, contrariamente a Marruecos y Túnez, pasó a ser provincia francesa después de la Segunda Guerra Mundial.

No hay duda de que Francia, lo mismo en el norte de Africa que en levante —en Siria y el Líbano— y también en el Mogreb, introdujo con su colonización notables avances de índole material y cultural. Los beréberes, cabileños y sobre todo los árabes del Mogreb lucharon por la liberación nacional francesa, gracias a la prensa y propaganda francesas, y sobre todo por la formación escolar; la Revolución de 1789 y otras aportaciones de Francia a la cultura universal han hecho suyas las ideas de la *Grande Nation*. Muchos de los dirigentes árabes, y esto también es válido en nuestros días, apenas escriben, hablan o entienden la lengua árabe. La mayor parte de ellos ha combatido en el bando francés con ocasión de las dos guerras mundiales, y después de 1945 lucharon contra Francia por la liberación nacional de sus propios países. La fuerza del nacionalismo es más poderosa en ellos que su formación francesa.

El sistema tradicional dinástico prosiguió durante el dominio francés. Al principio fue la palanca del cada vez más fuerte movimiento de resistencia de los árabes del Mogreb contra la ocupación francesa. En Marruecos sucedió lo mismo. Después de las largas guerras de liberación, la independiente Marruecos volvió a ser una monarquía. El sultán Mohamed Ben Yusuf, encarcelado por los franceses en 1947, luego exiliado, regresó en 1951 para volver al destierro en 1953. Dos años más tarde, en el mes de noviembre, regresó triunfalmente a la patria y al trono.

Casi al mismo tiempo, en marzo de 1956, Túnez alcanzó la independencia. El jefe del movimiento de liberación no fue el rey residente en Túnez bajo la dominación francesa, sino el jurista y jefe del partido Neo-Destour, Habib Burguiba. Se entregó con firmeza y sin concesiones a la liberación nacional, pero su espíritu estaba marcado por la cultura francesa y trataba de establecer una estrecha colaboración con Occidente. Burguiba nunca ha querido el liderato de Nasser en el mundo árabe; su relación con Egipto siempre ha sido tensa.

Argelia ha sido el único país árabe que en la época del conflicto árabe-israelí de 1956 se encontraba aún sometida. El pueblo argelino y la "madre patria" no habían vivido aún la más san-

grienta y cruel guerra de la historia colonial francesa. Francia no quería ceder en Argelia, pues para ella no era una simple colonia, sino una parte del territorio nacional. Los diputados argelinos gozaban de igualdad de derechos en el Parlamento francés. En realidad, la evolución de Argelia siguió distintos caminos que la de Marruecos y Túnez. El país no tenía pasado nacional propio. Centenares de miles de franceses se habían instalado en Argelia desde hacía más de un siglo y las ciudades estaban prácticamente ocupadas por franceses.

Precisamente Argelia y su guerra de liberación fueron la causa del ataque combinado anglo-franco-israelí contra Egipto. El caudillo egipcio Nasser, al cabo de un año de haber rechazado el envío de armas por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se había transformado en 1955 en un enemigo tenaz de las "potencias imperialistas occidentales". No era de extrañar que los argelinos volviesen su mirada al Nasser de Egipto, del que esperaban ayuda en su lucha contra los franceses. Tampoco causa extrañeza que Nasser aprovechase la coyuntura para fortalecer su influencia en el mundo árabe, reprochando a los franceses su condición de explotadores del pueblo argelino.

Se oyó la voz de Nasser. Radio El Cairo, "la Voz de los Arabes", difundía propaganda nacionalista y panárabe en todos los zocos y bazares, cafés y en todas las postas caravaneras desde el Atlántico al Indico. Incluso en la más mísera aldea árabe y en la más pequeña tienda de los beduinos no faltaba un receptor de transistores. Estos aparatos, independientes de la red eléctrica, sustituyeron a los antiguos trovadores entre una población analfabeta en su mayoría que en el pasado carecía de todo nexo con los restantes pueblos árabes y más aún de noticias de lo que sucedía en otros países.

En Francia se achacaba a Nasser el recrudecimiento de la guerra de guerrillas en la provincia de Argelia. El apoyo egipcio al Frente de Liberación Nacional argelino y la activa propaganda del dictador egipcio no eran bien vistos en Francia

También le caía muy mal al Gobierno británico la campaña propagandística de Nasser. Este no cesaba de atacar a los "agentes del imperialismo", refiriéndose al joven rey de Jordania, Hussein, de educación netamente inglesa, y a su primo Feisal de Irak, de parecida edad; también al primer ministro iraquí, Nuri es Said, el más antiguo aliado de los ingleses entre los países árabes. En efecto, se produjeron en ambos países una serie de atentados y golpes de Estado en los que Londres veía la sombra del coronel Gamal Abdel Nasser.

La tensión entre Egipto, Francia y Gran Bretaña llegó en 1956 a tal punto que, de pronto, surgió en Estados Unidos la chispa inicial que provocaría el conflicto abierto en el que también intervendría Israel. El entonces presidente norteamericano relata en sus *Memorias* el desarrollo de los acontecimientos:

"Sus ideas (las de Nasser) —y a no tardar sus actividades— rebasaron las fronteras egipcias. Francia le acusaba de promover disturbios entre los árabes y los ingleses, y de sembrar el descontento en Chipre, con el propósito de originar dificultades a Gran Bretaña. De ello se infería bien a las claras que las cantidades de armas hasta entonces suministradas a Egipto no eran ya suficientes para sus necesidades.

"Egipto era una potencia débil desde el punto de vista militar. A comienzos de 1956 no cabía duda de que en caso de guerra entre Egipto e Israel, los egipcios no podrían asestar un golpe decisivo. Con una población que no llegaba a los dos millones de habitantes, los israelíes mantenían en activo un ejército de casi 50.000 hombres, más 200.000 reservistas que podían ser movilizados en un plazo de cuarenta y ocho horas. Este contingente equivalía casi al que podían reunir y pertrechar todos los Gobiernos vecinos. Los israelíes tenían, además, la ventaja de que sus objetivos estaban bien delimitados y sus fuerzas mejor adiestradas y armadas."

Y sobre todo, aunque eso no lo mencione ex profeso Eisenhower, los países árabes, además de no estar unidos, tenían sus rencillas, de manera que con toda probabilidad Israel sólo tendría que luchar con Egipto, Jordania o Siria por separado.

"Ya en febrero del mismo año, Nasser intentó obtener armas de Estados Unidos por valor de veintisiete millones de dólares. Para convencernos de que no tenía dificultades económicas, manifestó a nuestro ministro de Asuntos Exteriores que efectuaría el pago al contado y no a base de intercambio o plazos, amenazando veladamente con entablar negociaciones con los rusos. En resumidas cuentas, que jugó a la extorsión.

"Durante un tiempo, Nasser se mantuvo a la expectativa. Sin embargo, en setiembre, los israelíes crearon dificultades con un victorioso ataque por sorpresa contra varias guarniciones egipcias. Entonces Nasser hizo gestiones cerca de los países comunistas en solicitud de armamento."

Por la misma época se creó el Pacto de Bagdad, suscrito por Gran Bretaña, Pakistán, Turquía, Irán y, como único Estado árabe, Irak. Nasser se negó a formar parte del mismo y, además, organizó una alianza militar en la que participarían Siria, la Arabia Saudita y más tarde el Yemen.

En Jordania estallaron tres revueltas en el período de unas semanas, porque los firmantes del Pacto de Bagdad estaban económica y militar-

mente unidos a Inglaterra, y poderosos elementos jordanos deseaban adherirse al pacto. Por otra parte, quedaba la cuestión de la Legión Arabe, creada y financiada por la Gran Bretaña. Radio El Cairo, "la Voz de los Arabes", incitaba a la rebelión. El rey Hussein reorganizó el gabinete tres veces en un mes, hasta que logró restablecer la normalidad. Pero se negó a firmar el pacto de Bagdad y se las compuso para seguir en el poder.

Pero el 2 de marzo de 1956 el rey Hussein destituyó de repente al forjador y comandante en jefe de la Legión Arabe, el general británico Glubb Pachá. John Glubb llevaba muchos años en calidad de estrecho e influyente colaborador de Hussein, o por emplear la expresión de Glubb, como "amigo paternal". Se puso de manifiesto que el motivo del cese era de naturaleza exclusivamente personal. Hussein se había sentido siempre dominado por el general, muy seguro de sí mismo y no siempre actuando con el debido tacto. En una discusión de carácter particular el rey quiso hacer valer su autoridad y se vio obligado a prescindir de los servicios de Glubb.

Pero en Inglaterra esta reacción del monarca jordano, herido en su orgullo, se tomó como una ofensa política consciente contra la Gran Bretaña. La Legión Arabe había sido hasta entonces un firme sostén, no sólo para Hussein, sino para los intereses británicos en el Cercano Oriente. En el Ejército regular jordano había numerosos partidarios del "movimiento de oficiales libres" de Nasser. Desde Londres se pensó que Nasser había tenido algo que ver con la destitución de Glubb.

Siguió luego la chispa iniciada en los Estados Unidos, al declinar este país la ayuda económica para la construcción de la presa de Asuán. Este proyecto era de vital importancia para Egipto. Sin el agua necesaria para regar extensas zonas del sur del país corría peligro la adecuada nutrición del siempre creciente número de habitantes.

El secretario de Estado norteamericano, Hoover, hijo del embajador británico en Estados Unidos, Makins, y Black, presidente del Banco Mundial, habían acordado con el ministro de Hacienda egipcio la cooperación occidental en el proyecto. El presidente Eisenhower escribe al respecto:

"En esencia, la ayuda norteamericana y británica consistía en la entrega de divisas para cubrir los gastos durante los cuatro o cinco primeros años de la construcción, o sea, para adquirir máquinas, herramientas y materiales fuera de Egipto. Nuestra oferta quedó establecida al fin como sigue: una aportación de 70 millones de dólares (56 millones los Estados Unidos y 14 millones la Gran Bretaña) y un préstamo de 200 millones de dólares. Al cabo de cierto tiempo ambos países le concederían otro préstamo por un importe de 130 millones de dólares a título 'amistoso', lo cual no se ajustaba exactamente a la verdad.

"La construcción de la presa de Asuán no era una empresa popular a los ojos del Congreso, a causa sobre todo de la manifiesta tendencia de Nasser a adherirse a los soviéticos. Nasser hizo todo lo posible para irritarnos, más aún cuando a fines de mayo de 1956 anunció al mundo que se disponía a reconocer a la China comunista.

"A mediados de junio se presentó en mi despacho un grupo de colaboradores exponiéndome sus dudas acerca de la conveniencia de la participación norteamericana en el proyecto de la presa de Asuán. El ministro de Hacienda, Humphrey, tenía sus vacilaciones sobre si la economía egipcia podía soportar al mismo tiempo la construcción de la presa y la compra de grandes partidas de armamento, además de pagar las anualidades del préstamo a su vencimiento.

"El 13 de julio, Foster Dulles, ministro de Asuntos Exteriores, me informó de que había advertido a los egipcios sobre nuestras dificultades en seguir adelante con la cuestión, pues ignorábamos cuál sería la decisión del Congreso y, además, porque habían cambiado nuestros puntos de vista sobre el asunto."

El 19 de julio de 1956 el ministro de Asuntos Exteriores norteamericano informó oficialmente al embajador egipcio en Washington de que los Estados Unidos y la Gran Bretaña no estaban interesados en aportar su colaboración financiera en la presa de Asuán, pudiéndose considerar sin efecto las conversaciones preliminares.

Eisenhower menciona en otro punto de sus *Memorias:*

"Jamás he dudado de que hicimos bien en anular nuestro ofrecimiento. No obstante, me sentí algo inquieto a la vista de los acontecimientos de las semanas siguientes, y pensé que tal vez el modo y forma de la negativa pudiera ser considerada como poco diplomática. Según los informes de la prensa, cuando Nasser recibió la noticia de que nos habíamos vuelto atrás en nuestra oferta de cooperación, le sobrevino un acceso de ira. El 24 de julio pronunció una furibunda diatriba contra Estados Unidos."

Lo verdaderamente decisivo ocurrió dos días más tarde, el 26 de julio, cuando el presidente Nasser anunció por radio, en un discurso de tres horas, que el canal de Suez iba a ser nacionalizado. La nacionalización abarcaría no solamente el canal y sus instalaciones técnicas, sino también las propiedades de la compañía que lo regentaba. Se abonaría la correspondiente indemnización por las propiedades confiscadas, tan pronto como los bienes de la antigua sociedad fuesen transferidos a la nueva empresa estatal egipcia que se haría cargo de la importante vía navegable. Los futu-

ros beneficios que reportara la explotación del canal pertenecían al pueblo egipcio para poder costear así la construcción de la vital presa de Asuán.

Tanto en Francia como en la Gran Bretaña no tardó en estallar la tormenta. En la prensa inglesa se decía de Nasser que era el "Hitler del Nilo". Pineau, ministro de Asuntos Exteriores francés, comparó la medida tomada por Nasser con la irrupción y desmilitarización del territorio del Rin por Hitler unos veinte años atrás. Pineau salió en seguida hacia Londres para celebrar consultas.

El primer ministro británico sir Anthony Eden comunicó a su vez al presidente de Estados Unidos que Inglaterra y Francia habían acordado proponer a los Estados Unidos el ejercicio de una presión masiva sobre Egipto, con objeto de que Nasser renunciase a su plan de nacionalización del canal. En caso necesario se recurriría al empleo de la fuerza; los Estados Mayores de Francia y Gran Bretaña estudiaban conjuntamente la operación militar encaminada a la reocupación de la zona del canal.

Casi al mismo tiempo, se supo en Washington que Francia había enviado a Israel veinticuatro de los modernos cazabombarderos Mystère, aparte de los suministros normales de armas que venía haciendo a Israel.

Pero si Estados Unidos reprobaba la nacionalización del canal de Suez por parte de Nasser, también condenaba el envío de los aviones a Israel por los franceses, pues con ello se relacionaba el conflicto árabe-israelí con el asunto del canal de Suez. Así lo manifestó claramente Washington a Londres y París. El resultado fue que la Gran Bretaña y Francia dejaron de informar a Estados Unidos acerca de su colaboración con Israel, y también hizo lo propio este país.

En la ONU se abrieron numerosos debates y conversaciones internacionales sobre el asunto de la nacionalización del canal de Suez. Las dos partes afectadas pretendían tener razón. La Gran Bretaña y Francia argüían que, según lo pactado en el tratado sobre el canal, "todas las potencias tenían garantizado el libre paso por el canal en todo tiempo". Esta garantía no se daba porque Egipto no estaba en situación de hacerse cargo del complejo aparato técnico y administrativo que comportaba el buen funcionamiento de las instalaciones del canal y, en segundo lugar, porque prohibiría la navegación por el mismo de las naves israelíes. Por otra parte, la confiscación en dichas condiciones equivalía a un robo, puesto que las acciones pertenecían a personas de distintas naciones.

Egipto esgrimía sus derechos de soberanía y manifestaba que como se hallaba en guerra con Israel, no tenía por qué dejar que los barcos enemigos surcaran las aguas del canal, de igual modo que los ingleses vedaron el acceso al mismo a los buques alemanes e italianos durante la Segunda Guerra Mundial. Además, Egipto había prometido indemnizar a los propietarios de las acciones.

La esperanza de ambas potencias occidentales de verse secundadas en su reclamación por otras naciones usuarias no se vio cumplida. Y tampoco tuvo éxito su alegato de que los egipcios serían incapaces de manejar la compleja maquinaria técnico-administrativa del canal. Eisenhower, de cuyo testimonio imparcial no puede dudarse en el caso, manifestaría después:

"El 14 de setiembre los prácticos occidentales dejaron sus puestos de trabajo en el canal de Suez. Al día siguiente, los prácticos egipcios hicieron pasar 13 barcos por el canal. Pronto se demostró que los prácticos y administrativos egipcios, reforzados por algunos extranjeros, no sólo eran capaces de mantener el tráfico regular por el canal, sino que resolverían sin problemas épocas de tráfico particularmente intenso. Al final de la primera semana pasaron por el canal 254 buques sin que se produjera el menor embotellamiento en el tráfico. También caía por su base la excusa francobritánica acerca de la supuesta incapacidad de los egipcios para mantener el canal abierto al tráfico. Tampoco, y dadas las circunstancias, podía pensarse en una intervención armada, pues rayaba en el ridículo."

Mas para los Gobiernos francés y británico no se trataba solamente del canal de Suez. Claro que la importante vía navegable era de importancia vital para sus economías, pero más trascendental resultaba el hecho de que por el canal circulaba el petróleo que inyectaba sangre en sus arterias industriales. Se temía además que Nasser no pudiera satisfacer la indemnización prometida, y el 44 por ciento de las acciones del canal eran propiedad del Estado inglés. Lo que dijo Eisenhower sobre el funcionamiento impecable de la navegación por el canal también lo sabían en Londres y París. El Gobierno egipcio estaba ya dispuesto a iniciar las negociaciones para tratar de las indemnizaciones y se había estudiado el correspondiente convenio.

Sin embargo, mucho más importante para Francia e Inglaterra era derrocar a Nasser, a quien consideraban como principal culpable de sus dificultades en el norte de Africa y en el Cercano Oriente. Pronto se vio claramente que el conflicto de Suez no bastaba para recabar el apoyo de otros países y hundir a Nasser por la fuerza. Había que buscar otro camino para lograrlo.

La eterna hostilidad de árabes e israelíes brindó

ese camino. Los incidentes fronterizos se producían casi sin interrupción y por parte de los israelíes eran operaciones militares en toda regla. El Consejo de Seguridad de la ONU condenó varias veces como agresor a Israel entre 1948 y 1956. Pero no hay que llamarse a engaño. Israel miraba con inquietud el creciente potencial militar de su enemigo egipcio. Y antes de que Ben Gurion tuviese noticia de los planes franco-británicos, encargó a Moshe Dayan que tomara las oportunas medidas para una guerra preventiva. Se quería poner coto a los persistentes ataques de los fedayihn. "No podemos tolerar una situación como ésta, que no es de paz ni de guerra. Hemos de obligar a nuestros vecinos árabes a que elijan entre el cese de sus actos de terrorismo contra Israel y la guerra abierta. Podemos responder de dos formas: o tomamos represalias en pleno día, con carros de combate y aviones, o bien cruzamos la frontera y ocupamos las posiciones clave que dominan el territorio enemigo. Un objetivo puede ser la franja de Gaza, donde reside el Estado Mayor de los fedayihn. Por ahora, Egipto no está ligado a ningún Estado europeo que pueda acudir en su ayuda, de manera que podríamos ocupar las posiciones fronterizas en esa zona." Esta fue la opinión de Moshe Dayan.

El 10 de octubre de 1956 iniciaron los israelíes el más duro ataque del año contra Jordania. Hubo que lamentar numerosas víctimas.

Gran Bretaña tenía un pacto de alianza y mutuo apoyo con Jordania. Así que el delegado británico en el Consejo de Seguridad de la ONU condenó a Israel como nación agresora. El rey Hussein de Jordania se dirigió a los ingleses en solicitud de amparo, pues temía una gran ofensiva israelí. Llegaba el momento de que los ingleses cumplieran lo prometido en el convenio de ayuda mutua. Pero esto sonaba ahora absurdo en Londres.

Se había acordado, si bien no oficialmente, que el Gobierno francés estudiara con Israel un plan de ataque combinado contra Egipto, pues sería un contrasentido que Inglaterra se pusiera al lado de Jordania, que era el enemigo de los israelíes. Y este peligro se agudizó de pronto.

Jordania no recibió de Inglaterra ninguna ayuda importante, salvo las palabras contra Israel en el Consejo de Seguridad de la ONU. Entonces, el rey Hussein volvió los ojos hacia su rival de El Cairo. Aunque tuviesen sus disensiones, tendrían que aunar sus fuerzas en caso de una agresión israelí, pues éstos estaban en situación de vencer con facilidad a los vecinos Estados árabes por separado.

En Londres cundió el pánico en las alturas. La inesperada acción ofensiva de Israel amenazaba el esquema general del proyectado ataque conjunto contra Egipto, y en vez de debilitar a Nasser se conseguiría el efecto contrario. Por otra parte, la Gran Bretaña no podía alinearse militarmente con Jordania en contra de Israel, al menos abiertamente. De modo que se hizo entrar en juego al Irak. Jordania y el Irak han estado siempre unidas por tratados con Inglaterra por razón de parentesco de sus jóvenes monarcas. El primer ministro Nuri es Said declaró estar dispuesto a enviar tropas a Jordania. El rey Hussein aceptó encantado.

Israel, sorprendida por este giro imprevisto de los acontecimientos, protestó ante el Gobierno francés y le rogó que transmitiera su queja a Londres. El general Moshe Dayan, que en 1948 era comandante militar de la plaza de Jerusalén y ahora se había convertido en jefe del Estado Mayor israelí, indicó que la presencia de tropas iraquíes en Jordania desataría de inmediato la guerra contra este país, a tenor de los planes israelíes.

El primer ministro francés, Mollet, informó al primer ministro británico sobre la postura de Israel. Eden rogó seguidamente a Nuri es Said que se limitase a un envío simbólico de tropas, por ejemplo, un regimiento. Nuri accedió a la propuesta. Pero los israelíes no se contentaron con ello y reiteraron sus quejas a París. Nueva consulta a Londres, y Eden acabó por rogar a los iraquíes que se abstuviesen de enviar tropas a Jordania.

Entretanto, los franceses decidieron hablar claro a los británicos sobre sus planes de ataque conjunto urdidos con los israelíes. Mollet telegrafió a Eden que el 14 de octubre se trasladarían a Inglaterra dos enviados con una misión de gran importancia. Llegarían secretamente en avión y su presencia tendría que mantenerse incógnita. Al mismo tiempo, el Gobierno británico se enteró oficialmente por su embajador en París que hacía poco tiempo que 75 de los más modernos reactores Mystère habían sido enviados a Israel. Con ello los judíos dominaban el espacio aéreo en el Cercano Oriente.

Londres comprendió en seguida que entre París y Tel Aviv se había acordado algo palpable. En 1950 Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos habían concluido un acuerdo por el que las tres potencias se obligaban, en caso de agresión a un Estado del Cercano Oriente, a acudir en socorro del agredido. Y para evitar que se diera esa circunstancia convinieron en restringir el suministro de armas con destino al Cercano Oriente. En el caso de los Mystère, por ejemplo, Israel debió recibir solamente una docena de aparatos.

El enigma de éste y otros incumplimientos de lo pactado entre los aliados se aclaró con la lle-

gada a Inglaterra de los dos emisarios secretos, el ministro de Trabajo y al mismo tiempo representante del ministro de Asuntos Exteriores, Albert Gazier, acompañado del general Maurice Challe, jefe adjunto del Estado Mayor del Aire francés. Ambos enviados se entrevistaron con el primer ministro Eden y el ministro de Estado, Nutting.

En primer lugar, Gazier inquirió cómo reaccionaría Inglaterra en el caso de que Israel atacara a Egipto. Eden respondió que según el pacto tripartito de 1950 debía acudir en ayuda del país agredido. Pero luego vaciló un poco y añadió, sonriendo, que le parecía absurdo combatir por el coronel Nasser. Tras prudentes tanteos, el general Challe decidió poner las cartas boca arriba. Israel atacaría a Egipto en la península del Sinaí. Y como los israelíes efectuarían una rápida penetración, salvo contingencias, estaba previsto que llegaran a la zona del canal de Suez. Entonces, Gran Bretaña y Francia presentarían un ultimátum conjunto a ambos bandos contendientes, exigiéndoles inmediata retirada de sus tropas de la zona del canal. Egipto se negaría a cumplir la orden y entonces Gran Bretaña y Francia tendrían la ocasión de ocupar militarmente la zona, so pretexto de protegerla de los avatares de la guerra.

Ante la opinión mundial aparecerían como campeones de la paz, que se ofrecían a extinguir un foco peligroso, separarían a los luchadores y protegerían de graves daños a la vía navegable de indudable interés mundial. Además se preparaban para asestar a Nasser un golpe mortal que le apearía del poder. Los egipcios y el resto de los árabes se cuidarían de ello.

El general Challe no hizo la menor alusión a la fecha de la proyectada intervención ni a los detalles militares de la misma. Por su parte, Eden tampoco hizo ninguna promesa firme de un pleno apoyo británico, aun cuando en principio el plan francoisraelí brindaba una solución plausible al dilema planteado. Pero Eden tenía presente la reacción mundial y la posible actitud negativa de los Estados Unidos, además de las imprevisibles repercusiones en la política interna del país. Se acordó decidir en una próxima reunión.

Nada se supo en Estados Unidos de esta conferencia secreta, pero al día siguiente, 15 de octubre, el servicio secreto norteamericano comunicó al presidente Eisenhower que los israelíes habían movilizado sus tropas. Los vuelos de reconocimiento demostraron que los israelíes disponían de muchos más aparatos Mystère que los doce suministrados oficialmente por Francia. Además, los israelíes adoptaron de pronto una actitud de reserva en cuanto a la difusión de noticias. "Conjeturamos que el primer ministro Ben Gurion intentaba apoderarse de una porción de territorio jordano, probablemente la situada en el oeste del Jordán, en el caso de que Jordania se desmoronara, como era la opinión de muchos —escribió algún tiempo después Eisenhower—. Foster Dulles y yo tuvimos la sospecha de que Ben Gurion intentaría una acción militar durante nuestro período preelectoral, tal vez por subestimar mis posibilidades; pensaba además que no nos atreveríamos a desilusionar a los numerosos electores judíos, que se sentían unidos a Israel por lazos sentimentales o de parentesco. Tuve la impresión de que este error de cálculo por su parte estaba hasta cierto punto justificado."

Pero esta advertencia de Eisenhower llegó demasiado tarde. Eden ya había resuelto unirse a los franceses en la jugada, de modo que ya no vaciló en apoyar a Israel. Además, se consideró la advertencia norteamericana como una táctica con vistas a las próximas elecciones. Dulles manifestó poco después al presidente que había tratado en vano de averiguar los verdaderos propósitos francobritánicos. Había supuesto, equivocadamente, que "nuestros amigos confiaban en que nuestra intervención solucionaría pacíficamente el problema de Suez y que se trataba en primer lugar de una maniobra electoral y que, más tarde, tal vez los apoyaríamos mediante una guerra o por lo menos con una acción policíaca."

Sin embargo, los norteamericanos no creían en una acción bélica contra Egipto, al menos antes de las elecciones presidenciales, pese a las noticias de procedencia tanto nacional como extranjera.

Pero de ese error de tan graves consecuencias se aprovecharon los israelíes, franceses y británicos: aun cuando los primeros sabían que Inglaterra se inclinaría a su favor y que Eden había logrado impedir el envío de tropas iraquíes a Jordania, protestaron de una amenaza que sabían inexistente. Israel continuaba su ofensiva dialéctica contra los jordanos. Al parecer, la prensa judía abogaba por la acción militar contra Jordania, con el fin de atajar el inminente peligro.

Todo el mundo se dejó engañar, no solamente el Gobierno de Estados Unidos. Si estallaba una guerra en el Cercano Oriente sería entre Jordania e Israel. Pero la opinión mundial tenía puestos los ojos en otro acontecimiento: el 20 de octubre de 1956 toda la atención se centraba en Polonia, donde Gomulka y sus camaradas protestaban de la intervención soviética y lograban que Kruschev y otros dirigentes rusos salieran de Varsovia en dirección a Moscú.

Y el 23 de octubre comenzó en Budapest la rebelión del pueblo húngaro contra la tiranía estalinista. Los carros de combate soviéticos marchaban por Budapest y las tropas rusas acantonadas en Ucrania y Rumania se pusieron en

marcha hacia Hungría. Había comenzado la guerra de la Unión Soviética contra el pueblo húngaro.

El mundo contemplaba con ansia los acontecimientos en el país húngaro. Las simpatías estaban con los patriotas que combatían en Budapest. La cuestión de Suez, sobre la que se venía negociando pacíficamente desde hacía tanto tiempo, quedó bastante olvidada y apenas interesaban las escaramuzas fronterizas en el tan lejano Cercano Oriente.

Y al amparo de las granadas disparadas por los carros de combate soviéticos y el humo de los incendios en la capital húngara, junto con los efectos de una propaganda hábilmente enfocada, los adversarios de Nasser prepararon su intervención sin que nadie les estorbase y sin llamar la atención. Se fijó el día del comienzo de la ofensiva: el 29 de octubre.

Fueron desechados los últimos temores, sobre todo por parte de los militares israelíes. A pesar de su aplastante superioridad numérica —doscientos cincuenta mil soldados israelíes por setenta y cinco mil egipcios—, los militares de Tel Aviv tenían una gran preocupación que les impedía aceptar sin discusión los planes de los políticos: el peligro de bombardeo de las ciudades israelíes. Los egipcios contaban con 45 modernos bombarderos a reacción soviéticos del tipo Iliutschin y 70 cazas Mig capaces de transportar bombas. Y si bien no hacía mucho tiempo que habían sido entregados y los pilotos se hallaban en la Unión Soviética en período de adiestramiento, podría ocurrir que los instructores rusos recibieran la orden de contribuir a la defensa de Egipto. Pero entretanto, aunque los pilotos egipcios no estuviesen lo bastante ejercitados, sí serían capaces de manejar un bombardeo a reacción para efectuar incursiones sobre las no muy distantes ciudades israelíes.

La promesa de británicos y franceses de bombardear los aeródromos egipcios disipó esos temores. Con ello se tenía la certeza de que las fuerzas aéreas israelíes no sólo dominarían el espacio aéreo israelí, sino el de la zona de operaciones.

En la noche del 29 al 30 de octubre comenzó la "campaña del Sinaí". Como primera medida, los paracaidistas israelíes ocuparon el paso de Mitla, a 67 kilómetros al oeste de Suez, con objeto de establecer una cabeza de puente y evitar al propio tiempo que los egipcios enviasen refuerzos a éste a través de dicho paso. Una división acorazada se puso en marcha por el desierto del Neguev en dirección oeste para cruzar la península del Sinaí, a fin de enlazar lo antes posible con los paracaidistas instalados en el paso de Mitla.

Partiendo de las mismas bases, otras unidades progresaron a lo largo de la costa occidental del golfo de Akaba en dirección sur. Su objetivo consistía en alcanzar Sharm el Scheik y la punta meridional de la península del Sinaí. Scharm el Scheik bloquea el acceso al golfo de Akaba y con ello la libre utilización del puerto israelí de Eilath, y puesto que el canal de Suez estaba vedado para los judíos, el puerto de Eilath significaba para ellos la comunicación marítima con los países orientales africanos, con la India y el Lejano Oriente.

Al mismo tiempo avanzaban por el norte las unidades acorazadas y motorizadas israelíes en dirección a Abu Agueila y Bir Gafgafa para, desde allí, alcanzar la zona media del canal de Suez por Ismailía.

Desde el extremo noroeste del desierto de Neguev atacaron los israelíes hacia el norte en su intento de conquistar las bases egipcias de Rafah y El Arisch. Con ello quedaría cortada la franja de Gaza. Estas unidades israelíes, después de cumplidos los objetivos iniciales, convergerían hacia el este y, una vez dominada la franja de Gaza, avanzarían hacia el litoral mediterráneo sobre El Arisch y Rumana hasta El Kantars, junto al canal de Suez.

El primer día de ofensiva transcurrió de manera tan victoriosa, que todo se desarrolló conforme al plan forjado por el jefe del Estado Mayor israelí, Moshe Dayan. Favoreció mucho a las tropas judías el factor sorpresa. Y aun cuando el mando egipcio reforzó con algunas unidades a las fuerzas estacionadas en el Sinaí, el súbito ataque israelí cogió de sorpresa a los egipcios, que esperaban el principal embate sobre Jordania. El servicio de información egipcio se dejó engañar como todo el mundo; los movimientos diversos del Zahal, en la frontera jordana, fueron tomados en serio. La maniobra israelí consiguió el éxito esperado.

Las pocas medidas defensivas tomadas por los egipcios se mostraron más bien contraproducentes, precisamente por estar demasiado orientadas a la defensa. A pesar de la experiencia de los Ejércitos de casi todos los países desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el Alto Mando egipcio no obró en consecuencia. Desde que en junio de 1940 la Wehrmacht expugnó la línea Maginot tenida por insalvable, se había demostrado que en la era de los vehículos acorazados y los aviones, las tropas aerotransportadas y los paracaidistas, las fortalezas habían perdido gran parte de su valor estratégico. La defensa tenía que ser casi tan elástica y móvil como el ataque.

En vez de ello, los egipcios habían enterrado sus carros de combate en posiciones cercanas a la frontera, así como en trincheras de hormigón. Los cañones se hallaban ocultos tras muros de piedra

y arena del desierto. Ni siquiera podían desplazarse lateralmente para efectuar un rápido cambio de emplazamiento, pues los vehículos portadores también se hallaban enterrados.

El resto del mundo también se sorprendió ante la repentina ofensiva israelí contra Egipto, sobre todo los norteamericanos. El presidente Eisenhower se puso furioso. Sus aliados Francia y Gran Bretaña habían cometido una vergonzosa traición a los Estados Unidos. Como pronto se demostraría, ni siquiera informaron a sus respectivos embajadores en Washington, para asegurarse de que su plan no trascendería. Los diplomáticos franceses y británicos se quedaron tan sorprendidos como el resto del mundo.

Los norteamericanos meditaban cuál podría ser la causa de semejante incumplimiento de lo pactado. Sobre la urgente reunión convocada, a la que asistieron varios miembros del Gobierno, a petición de Allan Dulles, jefe del servicio secreto y hermano del ministro de Asuntos Exteriores, escribiría el presidente Eisenhower:

"Se acudió a la asamblea con la impresión de que los británicos y franceses contaban con que Estados Unidos, una vez echada la suerte, correrían en su apoyo, aunque no estuviesen de acuerdo con la maniobra.

"Sin embargo, no teníamos intención de obrar en ese sentido. Desde que se concluyó el tratado de 1950, los Estados Unidos se sentían obligados a defender de la agresión a cualquier país del Cercano Oriente. Para nosotros sólo había un camino: el del cumplimiento de nuestras obligaciones.

"En la noche del 29 de octubre recibí la visita de eminentes personalidades republicanas para comunicarme que por primera vez dudaban de que saliera triunfante en las próximas elecciones. Su argumentación era bien sencilla: los israelíes habían iniciado la agresión, que no admitía disculpa, y tal vez Estados Unidos, como miembro de las Naciones Unidas, se vería obligado a lanzar sus fuerzas armadas contra las fronteras israelíes. En el caso de que esto sucediera, se me quería cargar con toda la responsabilidad. Y puesto que muchos de nuestros conciudadanos apoyaban la postura sionista, me podría acarrear, creían, una derrota política."

La advertencia del poder que representaban los judíos norteamericanos pudo ser la causa de que Eisenhower, a pesar de la decisión manifestada en la asamblea gubernamental en el sentido de respetar el tratado de 1950, es decir, apoyar a Egipto contra el ataque israelí, acabase en la práctica por adoptar una postura pasiva. La segunda razón reside quizá en la actitud de las dos potencias occidentales europeas. No siempre se dijo la verdad a los norteamericanos respecto a la antigua colaboración con Israel. Pero el embajador inglés, Dixon, manifestó que su Gobierno no se sentía ligado al tratado de 1950; los franceses se pronunciaron en igual sentido. Los Estados Unidos se convencieron entonces de que sus dos colegas y partícipes de la OTAN habían tramado a sus espaldas el ataque israelí.

El 30 de octubre llegó la confirmación de ello. Sobre la una de la tarde, hora oriental norteamericana, se recibió en Washington un telegrama del primer ministro Mollet. En él se explicaba al presidente norteamericano que Inglaterra y Francia habían dirigido un "solemne llamamiento" a Israel y a Egipto para que retirasen sus tropas de la zona del canal y que pusieran fin a las hostilidades. Para concluir el telegrama, Mollet expuso con ingenuidad: "La causa de que su Gobierno haya recibido escasa información acerca de los asuntos judíos obedece a que temíamos que usted nos disuadiera de tomar estas medidas."

Al poco tiempo se recibió un mensaje del *premier* británico, míster Eden. En su texto no figuraba la expresión eufemística de "solemne llamamiento", sino que había un ultimátum. Según el mismo, "ambos bandos en liza" debían retirarse en un plazo de doce horas a una distancia de dieciséis kilómetros a ambos lados del canal. Luego las tropas francobritánicas ocuparían la zona del mismo. Si cualquiera de los dos bandos no acataba lo exigido en el ultimátum, sería obligado a cumplirlo por la fuerza de las armas. Al cerrar su mensaje, Eden no se mostró tan cándido como su colega Mollet. Aseguró al presidente norteamericano que, si bien para el más lerdo resultaba obvia la combinación de los tres atacantes, él no quería ni apoyar a Israel ni justificar su proceder. Sólo estaba interesado en una rápida suspensión de las hostilidades.

Al segundo día del conflicto se evidenció que los fulgurantes éxitos israelíes de la primera jornada no podían reiterarse tan fácilmente. La segunda línea defensiva egipcia no estaba organizada a base de posiciones poco elásticas, sino a propósito para una defensa de mayor flexibilidad. Si en el día anterior el Ejército israelí Zahal logró arrollar el sistema avanzado egipcio, la tarea no resultaba tan sencilla pasadas veinticuatro horas.

La progresión israelí se atascó en numerosos puntos de la línea de fuego; sobre la zona de combate evolucionaban no sólo los Mystère franceses de los israelíes, sino los Mig rusos de los egipcios. Pero en los combates aéreos triunfaban casi siempre los pilotos judíos, mejor adiestrados y dominadores de las modernas tácticas de combate. Pero no siempre se hallaban presentes en el lugar oportuno los cazas israelíes cuando los bisoños aviadores egipcios hostigaban las co-

lumnas israelíes en marcha por el desierto. Por último, los egipcios acabaron por perder gran parte de sus aviones de caza, pero su intervención hizo que los judíos fueran contenidos en algunos puntos de la línea de fuego.

La marcha de las operaciones demostró sin lugar a dudas que el ultimátum francobritánico había sido formulado mucho antes del comienzo de las acciones bélicas —como años después se comprobó—, el 25 de octubre, cuando se ultimó el plan de ataque. Ello se desprende del texto del ultimátum, al decir que "ambas partes" debían retirarse a dieciséis kilómetros del canal. En ningún punto habían alcanzado las tropas israelíes la citada distancia, y mucho menos la orilla del canal, para tener que retirarse a dieciséis kilómetros de él.

Pero no podía redactarse de otra manera, si se quería que el últimátum no fuese únicamente dirigido a los egipcios, lo cual equivaldría a admitir que todo ello obedecía a un plan preconcebido. Por otra parte, tampoco era posible esperar demasiado para lanzar el ultimátum hasta que los judíos alcanzaran las riberas del canal. Para ello, y como se demostró el 30 de octubre, habrían necesitado la prometida ayuda militar de ambas potencias occidentales; antes que nada debía ser inutilizada la aviación egipcia. Y si por lo menos se quería dar la impresión de legalidad, no se podía hacer nada hasta recibir la negativa egipcia al ultimátum, con la que, por cierto, ya se contaba de antemano.

Esta resolución terminante era todo un dilema para las potencias occidentales, que bien pudiera conducirles a una derrota política. Militarmente, en cambio, tenían asegurado un éxito fulminante. Nasser sabía muy bien que lo del ultimátum iba en serio, una simple excusa para justificar la intervención francobritánica planeada con mucha anticipación. Por eso se vio obligado a distraer parte de sus tropas para hacer frente al esperado ataque francobritánico en la zona del canal.

En la mañana del 31 de octubre continuaba veloz la ofensiva israelí contra las debilitadas tropas egipcias. Al anochecer de la misma jornada, mientras en Hungría los carros de combate soviéticos abandonaban ostensiblemente la capital, los ingleses atacaban Egipto. Los bombarderos británicos estacionados en Chipre partieron hacia el sur con las sombras del crepúsculo, sobrevolaron el Mediterráneo y atacaron las bases aéreas egipcias de Almaza, Inchass, Abu Sueir y Kabrit. Los aparatos egipcios quedaron destruidos en sus hangares. El grueso de la aviación egipcia fue aniquilado en tierra. Pero los bombarderos Iliutschin, tan temidos por los israelíes, escaparon a la quema, pues fueron retirados muy oportunamente de la zona peligrosa. "Todos los informes coincidían en que las escuadrillas de bombarderos a reacción soviéticos Il-28 no atacarían ni a las fuerzas israelíes de la península del Sinaí ni a la aviación francobritánica que el 31 de octubre atacó objetivos egipcios. Gran parte de los aparatos rusos estacionados en las proximidades de Alejandría fueron trasladados al principio hacia Luxor, en el alto Egipto, y posteriormente a Siria y a la Arabia Saudita. Por lo visto, las autoridades soviéticas no deseaban apoyar plenamente a Egipto, empleando las escuadrillas de cuarenta y cinco modernos aviones; al parecer, no deseaban correr el riesgo de que fueran capturados por los enemigos de Egipto. Los asesores y técnicos rusos presentes en aquel país recibieron orden de abstenerse de intervenir en la lucha. Poco después del primer ataque aéreo francobritánico, trescientos ochenta miembros del personal militar ruso y checo se dirigieron a la frontera sudanesa y desde allí regresaron a sus bases, vía Bruselas." Así se expresó J. M. Mackintosh, basándose en las noticias oficiales del Gobierno británico y el *Times* londinense.

Durante la noche fueron bombardeados otros nueve aeródromos egipcios, eliminándose de este modo la amenaza que pesaba desde el aire sobre las unidades terrestres israelíes en marcha.

La siguiente oleada de bombarderos ingleses atacó El Cairo, Alejandría, Port Said e Ismailía. Se contaban entre los objetivos las instalaciones portuarias, las vías férreas y la emisora "la Voz de los Arabes", en Abu Zabel, cerca de El Cairo.

El 1.° de noviembre, Egipto rompió las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña y Francia. Al mismo tiempo, Nasser ordenó la retirada de las tropas egipcias hasta el canal de Suez, dejando solamente unas pequeñas unidades como fuerzas de cobertura. Nasser consideraba de urgencia la defensa contra la esperada ofensiva de las dos potencias occidentales. Se sabía ya que desde la isla de Malta se había puesto en movimiento una flota de invasión que marchaba sobre Egipto surcando las azules aguas del Mediterráneo.

El 2 de noviembre se reunía en Nueva York el pleno de la asamblea general de las Naciones Unidas. En ella se votó una propuesta norteamericana de tregua en el Cercano Oirente. Eisenhower decidió no condenar a los judíos por su acción ofensiva, sino exigirles el alto el fuego y que las tropas israelíes se retirasen a las líneas que ocupaban tras el armisticio de 1948, que todos los Estados miembros de la ONU prohibiesen el envío de armas a la zona de operaciones y se tomaran las medidas necesarias para la reanudación del tráfico por el canal de Suez.

La propuesta norteamericana fue aprobada por 64 votos contra 5. La Unión Soviética se pronun-

"Israel atacará la península del Sinaí esta noche (29 de octubre). A la mañana siguiente, nosotros y los franceses presentaremos a Israel y a Egipto un ultimátum para que abandonen la zona del canal para que nosotros podamos ocuparla. Es previsible que Egipto se niegue a ello, y en cuanto esto ocurra, iniciaremos el bombardeo de los aeropuertos egipcios." De este modo describe el ministro inglés de Asuntos Exteriores, Selwyn Lloyd, el punto más importante de la conjuración anglofrancesa de 1956. La publicación londinense de carácter satírico, Punch, *caracteriza a Eden como un cordero con piel de lobo, ya que en el momento decisivo tuvo que inclinarse ante la presión de rusos y norteamericanos, y porque no pudo eliminar la influencia de su enemigo Nasser en el Cercano Oriente. Lo que estaba previsto que fuera una demostración ante el mundo de la potencia y la influencia de la Gran Bretaña, se convirtió en todo lo contrario, y le costó a Eden el puesto de primer ministro. IMAGEN INFERIOR: Los bombarderos anglofranceses contra la ciudad de Port-Said redujeron su casco antiguo a un montón de ruinas. IMAGEN SUPERIOR: Durante la crisis de Suez, Nasser ordenó hundir barcos en el canal para bloquear el paso por él.*



ció favorablemente. Recién aplastados los patriotas húngaros por la fuerza de las armas, no quería distinguirse condenando en la ONU como agresores a los dos principales colegas de Estados Unidos en la OTAN.

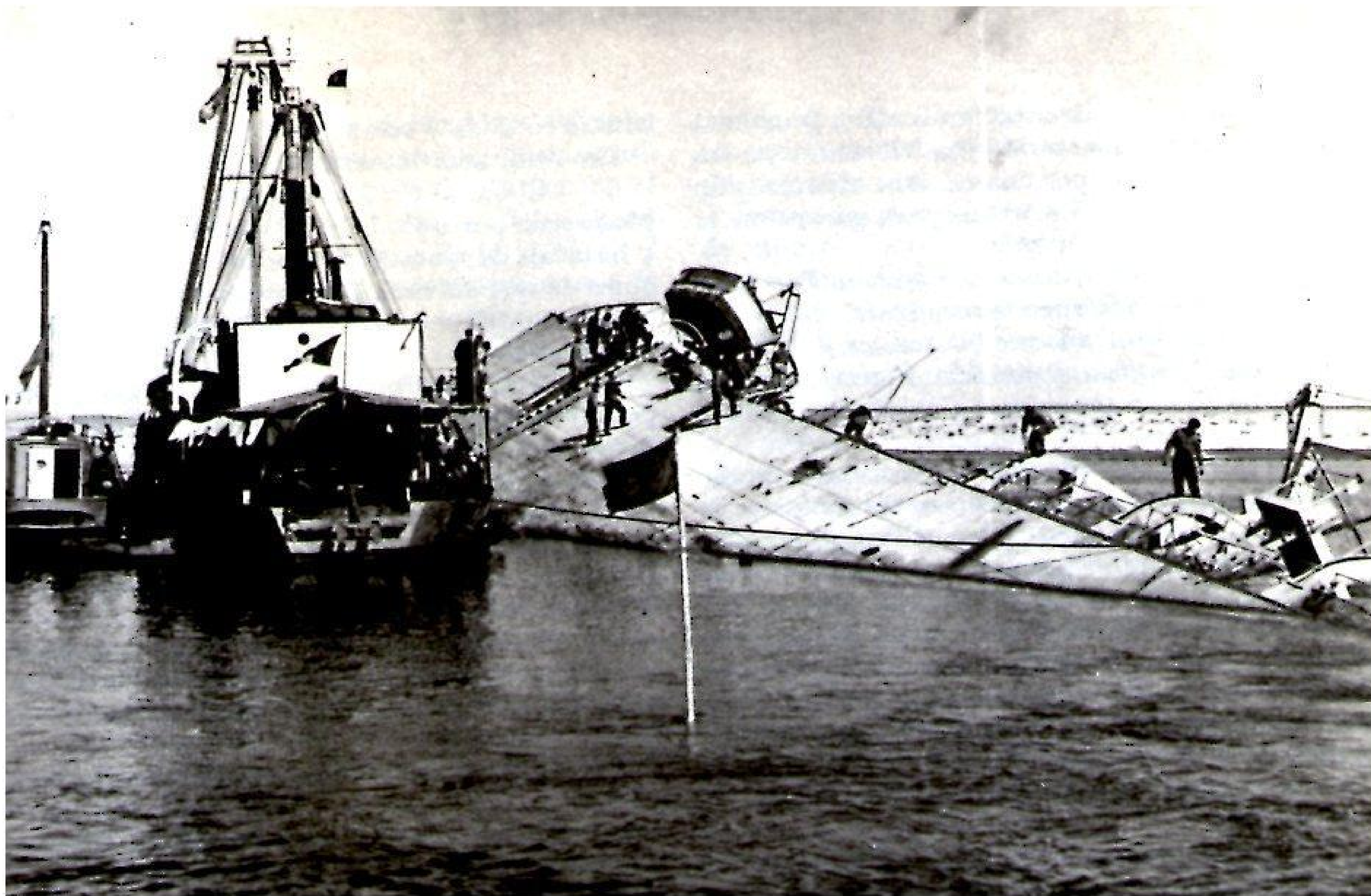
En la tarde del 4 de noviembre Hungría había sido totalmente ocupada, y la península del Sinaí pasaba a manos de las tropas israelíes; además ocuparon las islas de Tiran y Sanapir, territorio de la Arabia Saudita, que bloquean la entrada del golfo de Akaba. La Flota combinada francobritánica, compuesta por más de un centenar de unidades, entre buques de combate y transporte, se aproximaba mientras tanto al litoral egipcio. Inglaterra y Francia se negaron a obedecer la resolución de la ONU, aun cuando Egipto había dado su conformidad a la misma y puesto fin a la lucha. Al mismo tiempo, la asamblea plenaria de la ONU, a propuesta del Canadá, aprobó la creación de una fuerza expedicionaria de las Naciones Unidas para ser enviada al Cercano Oriente.

Con todo, el primer ministro Eden telegrafió a Washington comunicando que Inglaterra enviaba tropas a Egipto, a pesar de la tregua impuesta en el Cercano Oriente. Por fin se había despojado del antifaz. Motivo alegado: "No podemos concedernos el lujo de dejar un vacío militar mientras se constituye una fuerza expedicionaria de las Naciones Unidas." En la mañana del 5 de noviembre las tropas aerotransportadas británicas ocuparon la base aérea de Gamil, al oeste de Port Said, en la margen occidental del canal de Suez, mientras que los "paras" franceses tomaban tierra al sur de Port Said. La llegada de las tropas a tierra se prolongó durante casi toda la jornada y, al caer la tarde, el comandante de la plaza de Port Said se mostró dispuesto a negociar la capitulación.

No habían comenzado aún las negociaciones cuando los altavoces de las calles de Port Said anunciaron que la ayuda soviética se hallaba en camino. Los egipcios reanudaron la lucha de inmediato.

La noticia difundida por los altavoces no era más que una inyección de optimismo. Lo único que había de cierto era que el presidente del consejo de ministros de la URSS había dirigido una advertencia a Eden, Mollet y Ben Gurion, en el sentido de que la Unión Soviética estaba dispuesta a rechazar a los agresores por la fuerza armada y que, si continuaban la lucha, ésta podría transformarse en una conflagración a escala global "en la que se recurriría a todos los medios disponibles".

Con esta velada amenaza se referían los soviéticos a la guerra nuclear. El propio Bulganin envió un mensaje a Eisenhower proponiéndole que los Estados Unidos y la Unión Soviética enviasen tropas a Egipto para "expulsar a los agre-



sores". Eisenhower declinó tan insólita propuesta fundándose en que sería una violación de los planes de la ONU por cuanto esta organización ya se disponía a enviar tropas para garantizar la paz en el Cercano Oriente.

El 6 de noviembre desembarcaron en Port Said otras unidades británicas procedentes de Malta, mientras que los franceses ocupaban Port Fuad sin apenas encontrar resistencia. Por el contrario, se combatió con tenacidad en defensa de Port Said.

Otras unidades británicas y francesas avanzaron junto al canal de Suez en dirección a El Kantara. Los israelíes de la orilla derecha del canal apenas intervinieron en los combates. Ben Gurion y el jefe del Estado Mayor, Dayan, habían dado la orden de alto el fuego. Después de todo, los israelíes ya habían logrado sus objetivos y dejaron que los aliados europeos remataran la tarea. No convenía a los israelíes arriesgarse a provocar la intervención soviética, aun cuando ésta no resultaba muy probable dada la situación de Hungría.

En ese mismo día fue el propio Kruschev, en vez de Bulganin, el que lanzó la amenaza. Manifestó sin preámbulos que atacaría por medio de cohetes a los países agresores, es decir, a Francia y Gran Bretaña. Además bombardearía las bases aéreas y puertos de donde partían las tropas, y añadió que el alcance y potencia de los cohetes soviéticos no debían subestimarse.

Por entonces el servicio secreto norteamericano informó al presidente que tenía noticias de que sobrevolaban Turquía gran número de aparatos a reacción soviéticos. Al parecer, los rusos enviaban aviones de combate a Siria, para desde allí intervenir en la lucha.

Eisenhower lo notificó a su vez al Comité de Defensa Nacional de su país y manifestó: "Si los soviéticos atacan a Francia y a Gran Bretaña, tendremos que ir a la guerra."

En vista de que los estadounidenses no les apoyaban decididamente en su aventura, de que los rusos les amenazaban y, por si fuera poco, de que las Naciones Unidas les conminaban a terminar la lucha, decidieron franceses y británicos cesar el fuego a medianoche, siempre que los egipcios hiciesen lo propio. Estos ya habían sido informados de la decisión, al igual que Estados Unidos y la Unión Soviética.

A las dos de la madrugada del 7 de noviembre reinaba la paz en el canal de Suez. No volvió a oírse un solo disparo. La segunda confrontación árabe-israelí había terminado.

Pero sus consecuencias resultaban entonces imprevisibles, consecuencias que se les venían encima a los participantes. Para los agresores significó la derrota y para el vencido, Nasser, un triunfo rotundo y resonante en su carrera política.

Los resultados inmediatos fueron:

1.° El canal de Suez estaba completamente bloqueado por unos barcos hundidos en sus aguas y habrían de transcurrir por lo menos seis meses antes de que volviera a ser transitable. En Europa escasearon el petróleo y la gasolina, elevándose sus precios.

2.° También Inglaterra vio cortado su importante oleoducto que desde el Irak atraviesa Siria, pues los fedayihn (guerrilleros árabes) destruyeron las instalaciones de bombeo.

3.° Las economías francesa y británica sufrieron graves deterioros, mientras los *trusts* petroleros norteamericanos obtuvieron grandes beneficios con sus ventas en Europa.

4.° El bloque de la OTAN sufrió la primera grieta con la escisión de Francia y la Gran Bretaña de una parte, y los Estados Unidos de otra.

5.° Inglaterra se sumió en una honda crisis política.

6.° El primer ministro Eden se vio obligado a dimitir.

7.° Nasser, odiado rival, no sólo continuaba en su puesto, sino que se había convertido para los árabes en un héroe de la resistencia contra los imperialistas. Su popularidad aumentó de forma considerable.

8.° El movimiento de liberación argelino, que Francia pensaba sujetar con la caída de Nasser, tornó a ser más activo que nunca.

9.° A los ojos de la gran masa árabe, la Unión Soviética era la verdadera amiga. La influencia de los rusos en el Cercano Oriente, que sólo estaba en embrión, podría en adelante desarrollarse muy rápidamente.

La evolución ulterior de esas consecuencias inmediatas resultó, con todo, en algo positivo para el agresor, porque significó para Israel la apertura del golfo de Akaba. Sólo tenía esta ruta marítima hacia el sur y el este, y podía hacer del puerto de Eilath uno de los más modernos del Cercano Oriente.

Las tropas británicas y francesas hubieron de retirarse de Egipto en cuanto se presentó la fuerza expedicionaria de la ONU formada por soldados de la India, Indonesia, Brasil, Colombia, así como de los países escandinavos, a las órdenes del general sueco Burns.

Los israelíes titubearon algún tiempo antes de retirarse de la península del Sinaí. Sólo cuando el Gobierno norteamericano, a indicación del ministro de Asuntos Exteriores, Foster Dulles ("se debe tocar la parte más sensible de los judíos: la bolsa"), les amenazó con interrumpir la ayuda financiera e incluso el *boicot* económico en el caso de que no respetaran la decisión de las Naciones

Unidas, Israel terminó por doblegarse. Además, las Naciones Unidas garantizaron el libre acceso al puerto de Eilath por el golfo de Akaba. En el punto clave del golfo, en Scharm el Sheik, se estableció un puesto con tropas de la ONU.

Los derrotados egipcios, tras varios meses de laboriosas negociaciones, no sólo consiguieron que se aprobara el plan de nacionalización del canal, sino que vieron aceptadas las condiciones generales impuestas por Nasser en la operación. Los compromisos aceptados por éste en las negociaciones internacionales con anterioridad al ataque anglo-franco-israelí no tenían validez para Francia y Gran Bretaña.

Los Gobiernos de ambas naciones "recomendaron" a sus navieros, el 9 de abril de 1957, fecha de la reapertura del canal, que continuasen circunnavegando Africa. Pero los armadores, como casi todos los negociantes, además de buenos patriotas, suelen ser mejores comerciantes, de modo que los dos gabinetes no tardaron en retractarse de lo dicho.

La Unión Soviética se mostró dispuesta a costear la presa de Asuán, por la que se había iniciado todo el embrollo. La emisora "la Voz de los Arabes", reconstruida después del bombardeo, lanzaba a las ondas sus loas a la magnanimidad del amigo soviético; además, Egipto no tendría que devolver el préstamo ruso en efectivo, sino mediante entrega de algodón, el más importante artículo de exportación egipcio.

Pero no sólo Nasser se hizo más fuerte con esta victoria pírrica de las potencias occidentales agresoras. En 1958, en el Irak cayó el Gobierno pro occidental. El primer ministro Nuri es Said, el rey Feisal y el anciano regente Abdalilah fueron asesinados. También el Irak se inclinaba hacia Moscú.

En el Líbano, lo mismo que en Jordania, estallaron revueltas antioccidentales. En el Líbano fue derribado el Gobierno Schamoun y el establecimiento de un régimen revolucionario fue evitado en el último instante gracias a la intervención de la VI Flota yanqui, mientras que el rey de Jordania, Hussein, era puesto a salvo por los paracaidistas británicos.

En Francia,. y en el período turbulento que siguió al conflicto árabe-israelí, del que se esperaba conseguir el encauzamiento del movimiento de liberación argelino, produjo la reaparición en la arena política de un hombre que desde hacía un decenio se hallaba arrinconado: el general Charles de Gaulle.

En 1958 se sublevaron en Francia los militares contra los "vacilantes" gabinetes. En Indochina se había sufrido una derrota vergonzosa y ahora, en el caso de Argelia, se acabaría por ceder, en opinión de los militares. Los generales se amotinaron, el golpe de Estado salió bien y De Gaulle emergió a la vida pública para salvar a la patria por segunda vez.

Pero a los pocos años, los generales se alzaron de nuevo. Pero no contra los "apoltronados" civiles, sino contra uno de los suyos, el gran general. Entre los conjurados se encontraba el general Challe, que en 1956 estaba convencido de que con la caída de Nasser podría asegurarse una "Argelia francesa".

Motivo del pronunciamiento: el propio De Gaulle, quien con su presión de que Argelia permaneciese formando parte del Estado francés, solicitó nuevos poderes, se percató de que ya no se podía reprimir el movimiento de independencia argelino. De Gaulle triunfó sobre sus rebeldes colegas. El 1.° de julio de 1962 Argelia proclamaba su independencia, siendo reconocida por Francia dos días más tarde. El primer ministro del flamante Estado fue Ben Bella, el mismo que en 1956 el Gobierno Mollet hiciera secuestrar en un avión marroquí para tenerlo encarcelado durante varios años.

Pero también se había desarrollado considerablemente el Estado israelí, enemigo común de todos los países árabes. Su evolución progresiva se había efectuado tanto en el aspecto político como en el económico. Israel, como nación altamente desarrollada desde el punto de vista técnico y cultural, de neto sello europeo, había ganado influencias en los antiguos Estados coloniales africanos y en el ámbito del Pacífico occidental Israel podía contribuir en muchas formas a la evolución de otros países, no al modo clásico de los "imperialistas", puesto que como Estado joven no había sido jamás una potencia colonial, pues sus habitantes habían sufrido persecución y sometimiento durante largo tiempo.

Esta ayuda a otros países resultaba factible para Israel gracias a su formidable expansión económica conseguida tras la conquista de la península del Sinaí. Sin contar con el auge propio, las energías acumuladas en decenas de años y la disciplina en el trabajo de los *kibbuzim,* y los profundos conocimientos de los inmigrantes europeos, así como la ayuda extranjera, contribuyeron en gran parte al progreso israelí. Ya en 1957, cuando el Gobierno de Estados Unidos amenazó a Israel con el boicot económico, si no cumplía la decisión de la ONU, los donativos para Israel alcanzaron la suma de 100 millones de dólares anuales en los Estados Unidos, de los que 40 millones procedían de particulares. De la Gran Bretaña salió también un chorro de dinero hacia Israel, cuyo importe nunca se ha determinado con exactitud, asimismo de bolsillos particulares. Se habla de unos 100 millones de libras esterlinas entre 1949 y 1964.

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

SATURDAY, JANUARY 5, 1957.



A SOMEWHAT HUMILIATING END TO ONE OF THE BEST PLANNED AND EXECUTED COMBINED OPERATIONS: THE LAST BRITISH TROOPS AND ARMOUR TO LEAVE PORT SAID ENTERING A LANDING-CRAFT ON THE EVENING OF DECEMBER 22.

La República Federal Alemana también contribuyó al auge económico israelí. Al principio, Israel rechazaba las proposiciones de ayuda de Bonn. La persecución de los judíos y su destrucción masiva en los campos de exterminio hitlerianos no dejaba de ser un gran obstáculo para las relaciones germano-israelíes. Pero un agudo retroceso económico en 1950, que provocó el retorno de gran número de emigrantes a sus países de origen, hizo que el Gobierno israelí reconsiderase la situación, acabando por aceptar la propuesta de reparaciones de Bonn. No se materializó nada en concreto hasta abril de 1952. No obstante, las exigencias israelíes parecieron muy desorbitadas para los alemanes y la contrapropuesta de éstos muy exigua para los israelíes.

Tras prolongada negociación se logró al fin un acuerdo, y el 20 de setiembre de 1952 se firmó en "territorio neutral", entre el canciller Adenauer y el ministro de Asuntos Exteriores israelí, en el Ayuntamiento de Luxemburgo, el llamado Tratado de Reparaciones. En total, la República Federal Alemana pagaría hasta 1965 alrededor de veintisiete mil millones de marcos en concepto de "reintegros y reparaciones".

Los Estados árabes protestaron enérgicamente contra el asunto de las reparaciones a Israel y algunos propusieron a sus "hermanos árabes" la reprobación conjunta de Alemania cuando el Gobierno de Erhard estableció, en 1965, relaciones diplomáticas con Tel Aviv. Nasser se vio robustecido en su papel de guía supremo de todos los pueblos árabes, precisamente en una época en la que faltaban problemas.

La República Arabe Unida, creada en 1958, después de la guerra de Suez, por Siria y Egipto y puesta bajo la dirección de Nasser, se había desmoronado ya en 1961. Desde 1962, Nasser desarrollaba una guerra infortunada y condenable contra el Yemen. La república nacida en el país fue sostenida por las fuerzas armadas egipcias, sobre todo por la Aviación, contra los ataques de los realistas. Por último, los yemenitas jugaron un papel secundario cuando la Arabia Saudita se alineó con los realistas. En el Yemen, Egipto se enzarzó en un conflicto con la Arabia Saudita. Los yemenitas fueron quienes llevaron la peor parte en esta guerra fraticida árabe. Nasser tenía que luchar en varios frentes y al parecer sentíase más aislado cada vez. Por varios motivos reprochó a los Gobiernos revolucionarios y "progresistas" de Siria y el Irak de ser las potencias árabes más conservadoras. Pero en este caso los árabes se pusieron de acuerdo, al menos en apariencia, al objeto de protestar contra la política pro israelí de la República Federal Alemana.

La nación del Cercano Oriente cuya política adquirió caracteres más extremistas, al menos

"Un final un tanto humillante para una de las operaciones combinadas mejor planeadas y ejecutadas: las últimas tropas y tanques británicos en abandonar Port-Said, entrando en una lancha de desembarco en la tarde del 22 de diciembre", escribe el Illustrated London News *comentando esta imagen (IZQUIERDA). Después de que Nasser rechazara el ultimátum anglofrancés, según estaba previsto, las tropas británicas y francesas desembarcaron en la zona del canal y atacaron militarmente a Egipto con unos 100.000 hombres, mientras que otros 60.000 soldados israelíes arrollaban a las fuerzas militares egipcias en la península del Sinaí. En el Consejo de Seguridad de la ONU, que fue convocado inmediatamente, tanto Francia como Inglaterra hicieron uso de su derecho al veto contra la URSS y los Estados Unidos. En la asamblea general, convocada poco después, se exigió a Inglaterra, Francia e Israel que evitaran continuar su agresión y que retiraran sus fuerzas militares de las zonas ocupadas. Aunque al principio hicieron caso omiso de esta resolución, las tres potencias agresoras acabaron inclinándose ante la presión de la organización mundial. Con el envío de una fuerza militar internacional para vigilar el alto el fuego y la retirada de las fuerzas invasoras, acabaron por retirarse de Egipto las potencias militarmente victoriosas, pero políticamente fracasadas. Así comenzó la intervención de la URSS en el Cercano Oriente.*
IMAGEN DERECHA: Observadores de la ONU durante su desembarco en Port-Said.



según las manifestaciones de sus dirigentes, fue Siria. Tras numerosas revueltas y luchas por el poder dentro del partido Baas, entre comunistas y pro Nasser, y en su contra, el ala izquierda del partido Baas junto con los comunistas, se alzó con el poder en 1966. Siria anunció la "reconstrucción del socialismo" y, fiel a la vieja doctrina estalinista, "el recrudecimiento de la lucha de clases". Los dirigentes del partido Baas se mostraban más revolucionarios y más próximos a la extrema izquierda que los comunistas. A pesar del apoyo de la Unión Soviética, eran partidarios de Mao, Castro y Che Guevara. Obtenían apoyo financiero de Moscú, pero se alimentaban ideológicamente de Pekín y La Habana. La lucha contra Israel pasó a ser el principal elemento de la lucha de clases.

Las antiguas y nacionalistas tropas de Al-Fatah se convirtieron en guerrilleros-marxistas que combatían a los imperialistas. Los escritos de Mao eran tan venerados en Siria como en China, y Che Guevara no sólo era el héroe para el alemán Rudi Dutschke, sino también para los estudiantes sirios.

Así pues, tal como enseñaban Mao y Ho Chi-minh, había que iniciar la lucha de guerrillas contra Israel. Palestina habría de ser un segundo Vietnam y Al-Fatah otro Vietcong, o sea, el frente de liberación nacional de la Palestina árabe. El Vietcong palestino debía pues, siguiendo el ejemplo chino en el Extremo Oriente, conquistar el apoyo de los dos pueblos árabes más poderosos y avanzados: Siria y Egipto. Seguramente, Estados Unidos acabaría por intervenir, pero sufriría severas derrotas como en Vietnam. Radio Damasco difundió con la habitual fantasía árabe: "El Vietcong ha conseguido derribar la mitad de los aparatos norteamericanos y nosotros acabaremos con el resto."

Pero en vez de ello los ataques de los fedayihn se dirigieron por primera vez contra los israelíes, puesto que las fuerzas aéreas judías volaban sobre Siria y allí volaban de continuo los Mig rusos sin sufrir pérdidas.

Pero los guerrilleros fedayihn se infiltraban en la Palestina judía. El 13 de noviembre los israelíes atacaron a Jordania con carros de combate y artillería de asalto. Los 4.000 habitantes del pueblo jordano de Samua soportaron el peso de la ofensiva israelí. Hubo centenares de muertos y heridos, en su mayoría paisanos. U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, informó ante el Consejo de Seguridad que habían atacado militarmente a Jordania, destruyendo en Samua ciento veinticinco viviendas, una escuela y el hospital.

A los pocos días, sirios y egipcios firmaron un pacto de ayuda mutua a instancia soviética. Los rusos no veían con buenos ojos los alardes propagandísticos maoistas y castristas de Siria, ni tampoco el modo de luchar contra Israel, con tácticas de Mao, Ho Chi-minh y Che Guevara, pero les interesaba tener a Siria y Egipto como bases en el Cercano Oriente. Y los israelíes les estorbaban con sus campañas guerreras contra los Estados árabes. Ocurría lo mismo con sirios y egipcios que con los servios en Europa durante siglos pasados, cuando decían: "Somos 200 millones, juntamente con los rusos."

Israel no se amilanó por el reciente pacto sirio-egipcio. Después de cada incursión de los fedayihn respondía el Ejército israelí con un duro golpe sobre Siria o Jordania. El 5 de abril de 1967 los judíos destruyeron las baterías sirias emplazadas en las alturas de Kuneitra tras varias horas de fuego artillero. La aviación israelí barrió del cielo sirio a los cazas reactores soviéticos sin experimentar bajas propias. Estas victoriosas represalias israelíes condujeron a una honda crisis política interna en Siria. Los militares de este país estaban muy nerviosos. "Los israelíes se preparan para iniciar una magna ofensiva contra el norte, informó el periódico *Gumhuriya*. En un artículo ateo publicado en el órgano del Ejército sirio se desafió a los creyentes. En las mezquitas se leían pláticas contra los impíos comunistas. Se expropiaba a los comerciantes y, junto con los religiosos, se exigió una huelga contra el Gobierno. Se produjeron choques entre las masas soliviantadas y los agentes de seguridad, lo cual empeoró la situación. Los rumores de pronunciamientos militares en Jordania y Damasco hacían temer lo peor. Además amenazaba una crisis económica general en ambos países. Muchos observadores coincidieron en opinar que Siria se encontraba al borde de una guerra civil. En medio de tan catastrófica situación había que buscar una cabeza de turco; para las dificultades árabes sólo había una raíz de todos los males: Israel.

Espoleados por los sanguinarios discursos de Al-Fatah, el Gobierno sirio que temía por su estabilidad, se aferró al odio hacia el vecino israelí. "En las primeras semanas de mayo, Siria se hallaba en plena ebullición y sus dirigentes muy excitados", dijo Walter Laqueur al analizar el estado de cosas. El Gobierno sólo encontró un débil apoyo en la opinión pública y reaccionó como todos los Gobiernos desesperados: extremando las medidas de seguridad. Su llegada al poder en febrero había provocado ya diferentes crisis. Pero la presente era la más grave, o al menos así lo consideraban los dirigentes del partido Baas y sus aliados en el Ejército. De sus hechos y discursos se deducía que pasaban por una crisis de histeria. Si la situación era mala, ellos la tenían aún por más desesperada, llevados de su fantasía. El ataque israelí del 7 de abril había sido un rudo



Aunque tanto los rusos como los norteamericanos prestaron su ayuda diplomática a Egipto durante la crisis del canal de Suez, obligando a los agresores a retirarse, la URSS fue la única potencia que cosechó los frutos políticos de esta actitud. El nacionalismo socialrevolucionario árabe se inclinó decididamente por la Unión Soviética. En Washington se vio con gran preocupación el esfuerzo realizado por Nasser para unificar a los Estados árabes bajo su dirección, y establecer una posible conexión entre el panarabismo y el comunismo. "Los dirigentes soviéticos habían puesto sus ojos en el Cercano Oriente, al igual que hicieran los zares antes que ellos. Con esta actitud, los soviéticos no tenían el propósito de asegurar su derecho a utilizar el canal de Suez, ya que la participación rusa en el tráfico por el canal apenas si llegaba al uno por ciento. El petróleo del Cercano Oriente tampoco les atraía especialmente, ya que la Unión Soviética no tenía ningún problema de suministro e incluso disponía de algunos excedentes. El objetivo soviético era sencillamente de tipo político: hacerse cargo de los campos petrolíferos, dominar el canal y los oleoductos para conseguir de este modo una debilitación de todo el mundo occidental." De este modo describió el presidente Eisenhower la situación existente después de la crisis de Suez. Washington empeñó todos sus esfuerzos cerca de las monarquías árabes para contrarrestar los esfuerzos comunistas de expansión. Sus objetivos se limitaron al rey Hussein de Jordania (IZQUIERDA), al rey Faisal del Irak (DERECHA), a Ibn Saud de Arabia Saudita y al Gobierno pro occidental del Líbano. El vacío de poder que apareció tras la retirada de los ingleses del Cercano Oriente "tiene que ser llenado por los Estados Unidos antes de que lo sea por la Unión Soviética". Para poder desarrollar esta clase de política, Eisenhower anunció su doctrina ante el Congreso norteamericano el 9 de marzo de 1957. De este modo se les aseguraba a los Estados del Cercano y Medio Oriente que en caso de una agresión armada por parte de un Estado comunista, podían contar con la protección de EE. UU.

"La situación del Líbano sólo se hizo crítica como consecuencia de los acontecimientos que se produjeron en el Irak, puesto que en el Líbano todo parecía haberse tranquilizado, después de que remitiera la guerra civil estallada en mayo entre las fuerzas del Gobierno pro occidental y los rebeldes amigos de Nasser. El lunes 24 de julio de 1958 se me informó (Eisenhower) a primera hora de la mañana de la terrible noticia de que se había producido un golpe de Estado contra la monarquía hachemita en Bagdad. Se trataba del país con el que más contábamos como núcleo de estabilidad y de progreso en el Cercano Oriente. El Ejército había asaltado el palacio real, al parecer con el apoyo del pueblo, y había asesinado al copríncipe Abdul Illah. Aún no se sabía nada sobre el destino corrido por el rey Faisal y por el primer ministro Nuri es Said (fueron asesinados). Ambos eran pro occidentales. Temimos lo peor. Este repentino cambio en el transcurso de los acontecimientos podía eliminar la influencia occidental en el Cercano Oriente, a menos que reaccionáramos con energía. De la noche a la mañana ya no se trató de poner orden entre un rebaño alborotado, sino de dominar una crisis de grandes proporciones. Aquella misma mañana me reuní en mi despacho con un grupo de consejeros para asegurarme de que no se descuidaba el estudio y consideración de ningún aspecto de la situación. Como había estudiado el problema desde hacía tiempo, antes de que se produjera la reunión ya conocía muy bien las líneas generales de nuestra actuación. El tiempo apremiaba y ya había llegado el momento de enviar tropas al Cercano Oriente, y en especial al Líbano, para



detener el creciente caos." La CIA informó al presidente sobre la situación en el Cercano Oriente: "El golpe de Estado (en el Irak) ha sido dirigido por elementos pro nasserianos de las fuerzas armadas iraquíes. Se ha creado un Gobierno republicano, en el que hay varios pro nasserianos. Aún no sabemos si Nasser está detrás del golpe de Estado. En el Irak se ha impuesto la prohibición de abandonar el país, y casi cincuenta oficiales del Ejército iraquí han sido 'jubilados'; casi todos ellos son considerados como pro occidentales. El rey Hussein de Jordania también parece haber sido objeto de una conspiración, pero por ahora ha conseguido dominarla. No obstante, no comprendemos muy bien cómo conseguirá mantenerse en el trono. El Gobierno libanés del presidente Chamoun se ha alarmado profundamente y ha pedido oficialmente a nuestro embajador la intervención de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña en el término de cuarenta y ocho horas. El presidente Chamoun se siente muy amargadó porque no enviamos tropas norteamericanas para apoyarle. Ha jurado abandonar la lucha si no le ayudamos." En vista de esta situación tan confusa, el presidente norteamericano se dispuso a utilizar la doctrina Eisenhower, y ordenó el desembarco en el Líbano de fuerzas de infantería de Marina norteamericanas. Mientras las fuerzas norteamericanas, compuestas por un contingente de 15.000 hombres, impedían sin derramamiento de sangre una victoria de los rebeldes pro nasserianos, las tropas aerotransportadas inglesas salvaban el trono del rey jordano Hussein. IMAGEN INFERIOR: Los infantes de Marina norteamericanos desembarcan en las costas del Líbano.



golpe para su prestigio. ¿Lograrían sobreponerse mientras en el seno de las fuerzas armadas se emprendía una campaña contra el "enemigo solapado"? Era de prever lo que sucedía, pero lo cierto era que los rusos se dijeron que si las relaciones de Siria y El Cairo eran mejores en el pasado, la unión con Moscú sería más estrecha. Si Moscú propuso la maniobra diversiva o si fue idea de los sirios, no se sabe con certeza. Sin embargo, existen razones para suponer que los rusos veían el peligro sirio con más claridad que los dirigentes del partido Baas. Para los soviéticos resultaba más conveniente que el Gobierno de Damasco se comportase con más comedimiento evitando los ataques a Israel y tratando de llegar a un entendimiento con los judíos. Pero los rusos no ignoraban que los sirios nunca se avendrían a razones y buscarían la ayuda de Nasser, pues no en vano habían firmado un acuerdo defensivo sólo unos meses antes, siendo uno de los objetivos por parte de los egipcios el mantener a raya a los sirios, lo cual ya les había parecido una buena solución. La historia de un inminente ataque israelí a Siria podía servir al mismo tiempo para diversos fines: daría al Gobierno sirio un necesario respiro en el frente interior; haría que Nasser acudiera en defensa de Siria, según lo estipulado en el pacto de ayuda y defensa mutuas, e incluso obligaría a los países reaccionarios árabes a cesar en sus ataques contra Damasco. Esta fue la causa de la crisis de mayo, al menos en lo que ha podido saberse. Sea por el consejo de los rusos o por su propio impulso, a mediados de mayo los sirios recordaron a Nasser sus obligaciones adquiridas en noviembre e informaron al mismo tiempo de una gran concentración de tropas en la frontera siria. El mismo Nasser informó más tarde de la situación.

"A principios de mayo había un plan enemigo para invadir Siria, y las declaraciones de los políticos y militares israelíes lo indicaba sin lugar a dudas. Las fuentes de nuestros hermanos sirios eran fidedignas y nuestras propias informaciones lo confirmaban. A ello hay que añadir el hecho de que nuestros amigos soviéticos en Moscú nos advirtieron de que había sido planeado un ataque contra Siria. Era pues nuestro deber no pasar por alto el aviso."

¿Creían efectivamente Moscú, El Cairo y Damasco en un inminente ataque israelí? Sea como fuere, el caso es que la afirmación de los sirios sobre una gran concentración de tropas israelíes en sus fronteras era pura invención. Los judíos invitaron a los observadores de la ONU a trasladarse *in situ* para cerciorarse de que no había tal aglomeración de fuerzas armadas. Nada sospechoso descubrieron los hombres montados en sus blancos *jeeps*.

Cuando el 27 de setiembre de 1962 el coronel Sallal destronó al rey del Yemen, el imán Mohammed el-Badr por medio de una revuelta militar, y anunció la proclamación de la república, terminó en este país un Gobierno teocrático milenario. Sin embargo, el imán consiguió escapar a las montañas del norte y desde allí desplegó una guerra de guerrillas contra los republicanos, siendo apoyado por tribus guerreras leales. Mientras el rey Ibn Saud de la Arabia Saudita apoyaba a los realistas yemenitas con armas y dinero, Gamal Abdel Nasser acudió en auxilio del coronel Sallal con sus propias tropas. No obstante, los 60.000 hombres del Cuerpo expedicionario egipcio no obtuvieron ninguna victoria decisiva contra los 350.000 guerreros realistas escasamente armados, a pesar de que los egipcios emplearon tanques soviéticos y aviones a reacción.

Rudolf E. Bollinger escribe en el Zeit: *"La intervención egipcia en la guerra civil yemenita fue saludada al principio con cierto suspiro de alivio. Sin embargo, no tardó en provocar una amarga reacción de oposición en el país. Los militares egipcios actuaron con sus órganos de seguridad como si se tratara de una potencia ocupante. Así pues, no es ningún milagro que los republicanos yemenitas vieran con una cierta alegría nacionalista cómo se acumulaban las derrotas sobre los 60.000 soldados egipcios que luchaban contra las fuerzas reales yemenitas.*

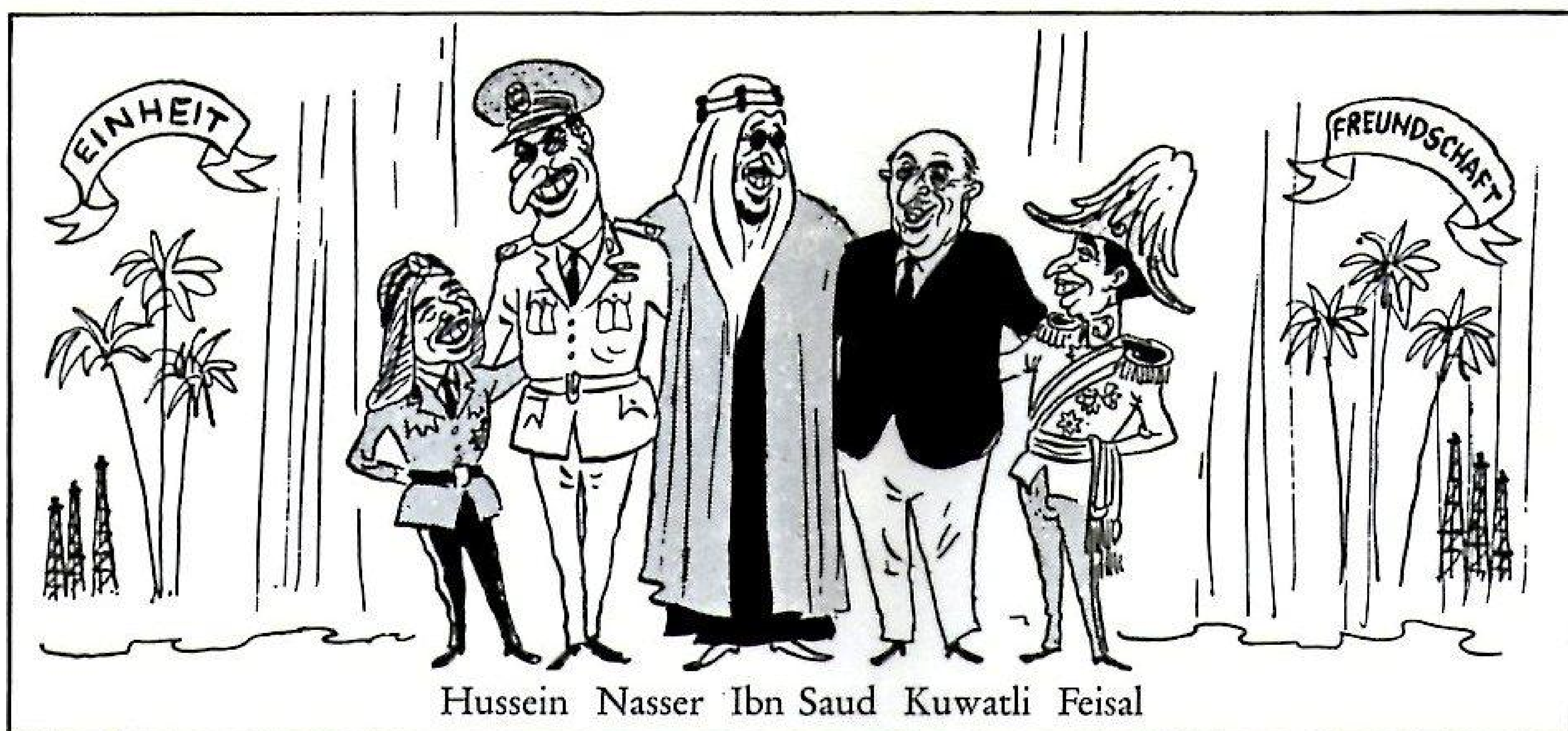
"Apenas una cuarta parte de las fuerzas militares enviadas por Nasser al Yemen participaron en las crueles luchas que se desarrollaron en la altiplanicie; la mayor parte de las fuerzas armadas egipcias colocó a la República yemenita bajo el yugo de la política egipcia. Los campesinos yemenitas de las montañas lo sintieron como si se tratara de una versión árabe del colonialismo. Cuando las tropas egipcias evacuaron el Yemen, después de la guerra del Cercano Oriente, el primer presidente de la república, mariscal Sallal, se vio obligado a huir a El Cairo. Después de una revuelta en la que no se produjo derramamiento de sangre, Quadi Abdul al-Iriani se hizo cargo del poder y en octubre de 1967 fue nombrado nuevo presidente de la República Arabe del Yemen.

"Para las tribus de las montañas, las luchas entre la república y la monarquía representaron una oportunidad muy favorable para vender sus servicios de guerra al mejor postor, cambiando de frente de acuerdo con las ofertas. A finales de 1967, y tras el inútil asedio de Sana, ambas partes se dieron cuenta de que ya no era posible conseguir una victoria decisiva, aunque los republicanos habían conseguido mantener la mano en alto en los últimos combates. La inutilidad de esta guerra cruel, en la que perdieron sus vidas cientos de miles de personas, cuyas cabezas y orejas se convirtieron a menudo en trofeos, condujo a los dirigentes de ambos bandos a establecer contactos secretos."

Finalmente, cuando unos 600.000 realistas se pasaron a las filas republicanas y el imán El-Badr se retiró a la Arabia Saudita, en el exilio, la guerra civil pudo darse por terminada en la primavera de 1969. El Gobierno yemenita fue convertido en una democracia parlamentaria y se dispuso a sacar al país de su secular atraso.

IMAGEN DERECHA: Figuras audaces; guerreros yemenitas del imán Mohammed el-Badr.





Aunque por aquellas fechas Kuwatli y Faisal ya habían abandonado el escenario político del Oriente Próximo, la caricatura de F. Behrendt (Nebelspalter, *1957): "Hussein, Nasser, Ibn Saud, Kuwatli y Faisal... El escenario árabe, visto por delante y entre bastidores", era y aún sigue siendo de palpitante actualidad. El odio común contra Israel constituye*

Pero Nasser había sido llamado en auxilio de su aliado en el pacto. Si quería ser la figura señera del nacionalismo árabe y extender su papel de guía a toda la comunidad árabe, ésta era la ocasión de emprender algo.

Pero Nasser no actuó como un resuelto jefe militar que moviliza sus efectivos con todo sigilo para lanzarlos a la ofensiva, sino que, como escribe Ernst Trots, "lo hizo en forma de 'fantasía', como aquel ataque inútil de los jefes beduinos con el sólo propósito de honrar a sus invitados. El Rais quería impresionar con ello a sus vecinos, a los occidentales y a sus amigos soviéticos. Así se decidió por una estrategia de alboroto y una propaganda bélica con armas aguzadas. Las columnas nasserianas de tono caqui no marchaban de noche, no tomaban carreteras secundarias, sino que durante cuatro horas el barrio diplomático de El Cairo se llenó de marcial estruendo, pues por supuesto que los primeros refuerzos con destino a la península del Sinaí desfilaron por el elegante distrito residencial. Los visitantes occidentales tuvieron la oportunidad de presenciar la exhibición desde las terrazas del Hotel Hilton."

Pero Nasser aún no se daba por satisfecho con el espectáculo de preparación para la lucha, con el refuerzo de sus unidades desplegadas en la península del Sinaí. Hacía tiempo que sus compañeros árabes le reprochaban el encontrarse escudado tras las fuerzas de las Naciones Unidas. Por ello no se emprendían acciones guerrilleras contra Israel desde territorio egipcio. Nada se hacía en pro de la causa palestina.

En la noche del 16 de mayo, su jefe de Estado Mayor, Fawzi, envió un telegrama al comandante de las tropas de la ONU en la península del Sinaí, el general indio Rikhye:

"Para su información le manifiesto que todas las fuerzas armadas de la RAU han sido advertidas de estar preparadas para operar contra Israel, en el instante en que los judíos emprendan acciones hostiles en cualquier punto del territorio árabe. Conforme a las instrucciones recibidas, nuestras tropas se han concentrado ya en nuestra frontera oriental sobre el Sinaí. Con objeto de garantizar la máxima seguridad a las fuerzas de la ONU que ocupan sus puestos a lo largo de nuestra frontera, le ruego imparta a las mismas la orden de retirada. Por favor, confirme la ejecución de la misma."

Al igual que sucedió antes con el movimiento de tropas hacia la península del Sinaí, también la petición de repliegue de las tropas de la ONU se difundió a bombo y platillo por la radio y la prensa egipcias. No hay duda de que el objetivo perseguido era intimidar a los judíos para que no atacasen a Siria y acentuar el papel de Nasser como un jefe dispuesto a combatir por la causa del nacionalismo árabe.

El secretario general de la ONU, U Thant, se extrañó de que los observadores apostados en Scharm el Scheik no le hubiesen informado nada



Vor und hinter den arabischen Kulissen . . .

el único elemento persistente de unidad y mutua colaboración entre los distintos países árabes, divididos entre sí por infinitas rencillas, intereses y ambiciones contrapuestos. Solamente existe un objetivo primordial en el que están todos completamente de acuerdo: "En arrojar al odiado enemigo al mar."

acerca de la petición egipcia. Puesto que la citada población no se encuentra sobre la frontera egipcio-israelí, U Thant advirtió a Egipto de que sólo podían retirarse parte de las tropas de la ONU, ya que una reclamación así podía dar lugar a acciones militares. Y la presencia de tropas de la ONU obedecía al mantenimiento de la paz, así que el ruego egipcio significaba una violación a la misma. El Gobierno egipcio sólo podía exigir que las tropas de la ONU abandonasen el territorio colocado bajo soberanía egipcia.

Esta decisión de U Thant fue criticada por muchos como errónea y fatal. Según ellos, obligaba a Nasser a aceptar o rechazar por completo a las tropas de las Naciones Unidas, y esto era precisamente, argumentaron algunos observadores del complejo acontecimiento, lo que él deseaba. La petición de retirada de las fuerzas de la ONU de sus posiciones no debía considerarse sólo como una advertencia contra Israel. Pero una retirada parcial y limitada de las mismas podría complicar moralmente a dichas fuerzas señalándolas como cómplices de un eventual agresor. Por otra parte, Nasser tenía perfecto derecho a exigir la retirada de las tropas de la ONU de su territorio.

En la mañana del 17 de mayo, las fuerzas egipcias ocuparon las posiciones de las unidades yugoslavas de la ONU, las cuales cumplieron sin demora la orden de retirarse a la franja de Gaza. La más poderosa unidad, india, que constaba de un millar de hombres, también siguió el ejemplo sin perder tiempo. Yugoslavia y la India eran las dos potencias que, junto con Egipto, se habían erigido en rectoras del Tercer Mundo. Y la primer ministro de la India, Indira Gandhi, hija del fallecido Pandit Nehru, amigo de Nasser, telegrafió al Reis anunciándole que la India estaba dispuesta a ayudarle en caso de agresión israelí.

Con ello, las tropas de la ONU, parte de las cuales estaban al mando de un general indio, estaban prácticamente escindidas y ya no había la necesaria unidad entre ellas. U Thant no estaba dispuesto, en tal situación, a convocar al Consejo de Seguridad o una asamblea plenaria. Un mes después fundó su pasividad en que de todas partes le llegaban reproches que no terminaban. El quería evitar daños a las tropas de la ONU, de las que era responsable. Y, además, tenía la convicción de que bastaba con la retirada parcial propuesta a Egipto.

Por otra parte, manifestó que las tropas ya no estaban intactas tras la retirada de las unidades yugoslava e india. No había convocado el Consejo de Seguridad porque sus diversos miembros no sustentaban la misma opinión y por tal motivo habría sido imposible llegar a una decisión unánime. La asamblea general, declaró U Thant en un memorándum de treinta y dos páginas, tampoco había sido convocada "porque en pasadas ocasiones no había actuado con la suficiente rapidez".

Por su parte, Nasser había contado quizá con

un llamamiento del Consejo de Seguridad y con los interminables debates, sesiones y votaciones que acompañan a las actividades del citado organismo internacional. Mientras tanto, y a la vista de la tan cacareada decisión egipcia, Israel no osaba atacar Siria. Y esa decisión tan difundida le llevó a Nasser a cimentar su posición rectora en el mundo árabe. La petición definitiva de U Thant debió de sorprender a Nasser. Y más rápidamente de lo que pensaba se vio situado ante la suprema decisión: todo o nada. Para el orgullo de un Nasser sólo cabía una solución: todo.

En la tarde del 18 de mayo el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Riad, envió el siguiente telegrama al secretario general de las Naciones Unidas:

"El Gobierno de la República Arabe Unida tiene el honor de poner en conocimiento de Su Excelencia que está dispuesto a dar por finalizada la presencia de las fuerzas expedicionarias de la ONU en territorio de la RAU y la franja de Gaza. Por tanto, ruego se me informe de las gestiones necesarias para proceder a la evacuación de las mencionadas tropas."

Al día siguiente, el 19 de mayo, U Thant manifestó ante la asamblea general de dicha organización en Nueva York —convocada por otras razones— que había recibido del Gobierno de la RAU una comunicación exigiendo la inmediata retirada de las fuerzas de las Naciones Unidas en Egipto y que, acto seguido, se procedería a satisfacer la petición egipcia.

Mientras que el secretario general informaba de ello a la asamblea —ésta no resolvió el asunto porque la crisis del Cercano Oriente no figuraba en el orden del día— tuvo lugar en la franja de Gaza una breve ceremonia. Se arrió la bandera azul y blanca de las Naciones Unidas, las tropas de este organismo internacional abandonaron sus posiciones y la comisión mediadora dio por terminada su función en el Cercano Oriente.

La retirada de las fuerzas de la ONU fue sin duda un éxito para el prestigio de Nasser. En todo el mundo árabe se levantó una oleada de admiración por el caudillo de Egipto. La opinión general se le mostraba muy favorable, así que decidió dar un paso adelante en el camino de la ambición y la gloria, si bien ese paso significó el más grande descalabro para Nasser. Una vez iniciada la ofensiva, Nasser centró sus esfuerzos en el golfo de Akaba. Nadie puede decir si de manera espontánea, llevado de su pasión nacionalista o por frío cálculo.

En la primera guerra de Palestina de 1948, Israel ocupó la pequeña ciudad portuaria de Eilath, sita en la ribera septentrional del golfo de Akaba, en contra de la decisión de la ONU sobre el reparto de Palestina. Hasta la guerra de Suez de 1956 Israel no pudo utilizar dicho puerto, pero lo convirtió mientras tanto en uno de los mejores utillados. Después de la campaña de Suez, el único triunfo que le restaba al atacante era la utilización del estrecho de Tirana. Para la retirada de las fuerzas israelíes de la península del Sinaí, la ONU había comprometido a Nasser para que en su momento permitiera el paso de barcos israelíes por el estrecho de Tirana. Los hermanos árabes hostiles a Nasser no cesaron de reprochárselo como una traición a la causa. ¿Acaso tenía Nasser la intención de que, una vez retiradas las tropas de las Naciones Unidas desplegadas junto a la frontera egipcio-israelí, hacer caso omiso de la presencia de la pequeña guarnición de treinta y cinco soldados suecos de la ONU en Scharm el Sheik que garantizaban el libre uso por los judíos de el estrecho de Tirana? ¿No estaría entonces Nasser libre, en situación de bloquear a voluntad dicha vía marítima? Algunos observadores aceptaban dicha posibilidad, mientras que otros consideraban esto como una mera especulación inconcluyente. Pero una vez evacuadas las fuerzas de las Naciones Unidas, Nasser hizo lo que sus rivales nacionalistas le exigían desde hacía tiempo: el 22 de mayo anunció que la navegación por el estrecho de Tirana quedaba vedada para los buques israelíes. El golfo de Akaba resultaría inaccesible no sólo a las naves judías, sino también para las naves de aquellas naciones que transportasen "materiales estratégicos" con destino a Israel. Manifestó Nasser:

"La bandera israelí no ondeará más en las aguas del golfo de Akaba; nuestra soberanía es indiscutible. Y si Israel amenaza con la guerra, nuestra contestación será: ¡Adelante pues!"

"El prestigio de Nasser alcanzó elevadas cimas de la noche a la mañana", escribe Walter Laqueur. Sólo unos días atrás los países árabes estaban escindidos y sostenían serias disputas; ninguno estaba dispuesto a aceptar el caudillaje de Nasser. El bloqueo del estrecho de Tirana obró el milagro y todos mostráronse dispuestos a reconocerle como jefe indiscutible del mundo árabe. Los mensajes de felicitación y sometimiento comenzaron a fluir en El Cairo desde todas las capitales árabes. También acudieron a la capital egipcia delegaciones procedentes del Irak, Siria, Argelia, Kuwait y otras naciones del mundo árabe. "Todos apretaron sus filas en torno a Nasser para la gran batalla", como se dijo en el periódico *Al Ahram*.

¿De qué modo reaccionaría Israel ante el nuevo cariz que tomaban los acontecimientos? ¿Qué pensaba hacer Tel Aviv?

Los estadistas israelíes habían demostrado bien



"El objetivo de nuestro Gobierno revolucionario es hacer que todos los árabes formen parte de una nación unida. Los problemas árabes también son los problemas de Egipto." Gamal Abdel Nasser (ARRIBA) anunció en 1954 por primera vez su política árabe de altos vuelos. Su negativa a entrar a formar parte del pacto de Bagdad en 1955, no cediendo a las presiones de ingleses y norteamericanos, le convirtieron en un rey no coronado de la joven generación de nacionalistas panárabes. A pesar de las derrotas militares sufridas en 1956 y en 1967, y a pesar del poco éxito que obtuvo su política de unidad árabe, Nasser siempre fue el dirigente del nacionalismo árabe.

IMAGEN INFERIOR: Las masas árabes son muy sensibles a la propaganda salvaje y sedienta de sangre.

a las claras sus intenciones al reprimir por todos los medios a su alcance el terrorismo árabe. Tres días después de la acción vindicativa del 7 de abril, el jefe del Estado Mayor israelí, Jitzchak Rabin, manifestó que su país debía atacar a Siria por causas de fuerza mayor y que sus tropas se abrirían camino hasta Damasco. "Si alguien cree que sus ventajas topográficas le permiten atacar impunemente nuestro territorio comete un grave error", advirtió Eschkol a sus enemigos sirios.

El terror árabe y las represalias israelíes, las continuas amenazas mutuas y los duros asaltos verbales hacía tiempo que constituían el trasfondo de la situación conflictiva en el Cercano Oriente. Después de todo, Israel no se creía muy seriamente amenazada. Pero la retirada de las tropas de las Naciones Unidas, el avance de los carros de combate egipcios a través de la península del Sinaí, el pacto de defensa mutua sirio-egipcio y los envíos de armas soviéticas fueron un aviso para Israel de que la situación era mucho más comprometida de lo que a primera vista pudiera parecer. El bloqueo marítimo solo era ya un *casus belli* para Tel Aviv; eso era evidente para el mundo entero. Sin embargo, antes de recurrir a las armas, Israel dio una oportunidad a la diplomacia.

Desde el miércoles, día 24 de mayo, los Estados Unidos y Gran Bretaña habían convenido en no tolerar un día más de bloqueo nasseriano del estrecho de Tirana. Ambos Gobiernos hicieron saber que "se tomarían las oportunas medidas militares" para conseguirlo. La VI Flota arrumbó el Mediterráneo oriental en apoyo, se dijo oficialmente, de los "esfuerzos diplomáticos".

Egipto también anunció de manera oficial el bloqueo definitivo del golfo y dio la orden de alerta a las baterías costeras instaladas en Scharm el Sheik, frente a la isla de Tirana. Dichas piezas estaban dispuestas a hacer fuego sobre cualquier barco israelí que se pusiera a su alcance.

Por fin se reunió el Consejo de Seguridad el 24 de mayo, mas no convocado por el secretario general, U Thant, sino a instancia de Canadá y Dinamarca, países que se sintieron humillados por la exigencia de Nasser de que se retirasen los contingentes de la ONU en la franja de Gaza, formados en su mayor parte por tropas de dichos países. La reunión se celebró con "objeto de tratar la delicadísima situación planteada en el Cercano Oriente, que constituía una grave amenaza para la paz y la seguridad mundiales".

En el curso de la sesión, el delegado soviético solicitó de sus colegas estadounidense e inglés que comunicasen a sus respectivos Gobiernos que procedieran a la inmediata retirada de las unidades navales destacadas en el Mediterráneo oriental.

Procedente del Lejano Oriente acababa de llegar al Mediterráneo por el canal de Suez el portaaviones británico *Victorious*. El Almirantazgo no le ordenó regresar a Inglaterra, sino que le hizo quedarse en Malta "listo para entrar en acción" cuando hiciera falta.

El jueves 25 de mayo, el ministro de Asuntos Exteriores israelí Abba Eban se trasladó primero a Nueva York y seguidamente a Washington. El presidente Johnson le hizo aguardar un día entero antes de recibirle.

Cuando al fin Johnson lo llamó para la entrevista, ocurrió un grotesco incidente. El ministro de Asuntos Exteriores israelí había sido durante muchos años embajador de su país en Washington, así que conocía perfectamente la capital norteamericana. Por un motivo cualquiera se ausentó de la Casa Blanca por uno de los accesos posteriores. De vuelta al lugar de la cita, se disponía a entrar en el edificio por una de las puertas traseras, pero el centinela, un infante de Marina, le vedó la entrada. Naturalmente creyó el buen tejano que Eban le quería tomar el pelo al decirle que era el ministro de Asuntos Exteriores israelí y que el presidente lo estaba esperando. Por fin se dejó convencer el tejano para que, al menos, llamase al despacho del presidente Johnson. Y es que al infante de Marina le parecía muy raro que un personaje que esperaba ser recibido por el presidente de Estados Unidos se empeñase en entrar en la Casa Blanca por un acceso posterior. La conversación telefónica transcurrió así:

" —Oiga, señor —un error de conexión hizo que hablase con el ministro de Asuntos Exteriores, Dean Rusk—, oiga, aquí abajo hay un tío chalado que quiere hablar con el presidente. Dice que se llama Eban. ¿Mando que lo encierren, señor?"

Tras esta pausa, no exenta de gracia, Abba Eban fue recibido al fin por Johnson. El presidente norteamericano no estaba aún muy decidido sobre la política a seguir en la cuestión del Cercano Oriente, pues como casi todo el mundo creía que se trataba de otra más entre las numerosas crisis que de continuo surgían en dicha zona del globo. Los periodistas británicos Randolph y Winston Churchill, hijo y nieto, respectivamente del extinto primer ministro inglés sir Winston Churchill, informaron acerca de esta entrevista:

"En su parlamento con Eban mostróse Johnson ruidosamente amistoso. 'Quiero ver la pequeña bandera azul y blanca de Israel ondear nuevamente por el golfo!' Sin embargo, su entusiasmo no resultó demasiado convincente. Hasta entonces se había limitado a declarar que el estrecho de Tirana tenía que volver a ser una vía de libre acceso para la navegación mundial. Pero si no

tomaba serias medidas para que cesara el bloqueo impuesto por los egipcios, los liberales y conservadores simpatizantes de los judíos dirigirían sus andanadas contra él. Por otra parte se esperaba que la idea de una intervención unilateral de Estados Unidos apenas encontraría eco, pues una guerra (por ejemplo la del Vietnam) ya era suficiente. Johnson dijo a Eban que antes de que los israelíes pudieran esperar cualquier tipo de ayuda norteamericana, tendría que pedir autorización al Congreso. Eban sabía muy bien que tal decisión del Congreso requeriría una serie interminable de disputas entre los miembros de dicho organismo."

De vuelta a sus lares, Eban informó que antes de ir a Washington había pasado por París y Londres, y pasó a resumir los resultados de su misión diplomática. De Gaulle le había dado a entender con toda claridad que Jerusalén no esperase ningún apoyo francés en el caso de que Israel disparase "el primer tiro". El primer ministro británico Wilson mostró más inteligencia que el presidente francés y, para terminar, advirtió: "¡Déjense de guerra!" Eban describió a sus colegas de Tel Aviv su entrevista con Johnson bajo un aspecto favorable. Johnson había dicho que tal vez se podría mandar una Flota internacional para el estrecho de Tirana, en la que figurarían barcos israelíes. Eban aseguró a sus colegas que se trataba de una promesa de Johnson. Eso, naturalmente, dio pábulo a los círculos a que pertenecía el propio Eban, a creer en una solución diplomática de la crisis, puesto que en la presente ocasión, a diferencia de 1956, se imaginaban tener el respaldo de los Estados Unidos.

En realidad, Johnson inició gestiones para romper el bloqueo egipcio mediante una Flota internacional. En principio fueron 52 los Estados dispuestos a sumarse a la acción propuesta por Johnson, pero conforme se agravaba la situación, se fueron retirando uno detrás de otro, como diría luego con amargura el primer ministro israelí, Eschkol:

"Primeramente eran 52, luego 24, a continuación 12 y, poco después, sólo quedaban dos. Y si hubiera llegado el momento decisivo habría quedado uno solamente: ¡Israel!"

Es muy posible que Eschkol estuviera en lo cierto. Se dio idéntica situación a la que reinó tras la nacionalización por Nasser del canal de Suez en 1956. También en aquella época desearon unir sus fuerzas los Estados usuarios. Pero esta vez era distinto, porque nadie, salvo Israel, sentía directamente amenazados sus más vitales intereses.

En vista de las circunstancias, los israelíes perdían la confianza en arreglar las cosas por la vía diplomática. Las "palomas" se debilitaron y los "halcones" se hicieron dueños de la situación. Cuando el día 30 de mayo el rey Hussein apareció súbitamente en El Cairo, los "halcones" israelíes ya no pudieron contenerse. Sorprendido, el mundo se enteró de que los "mortales enemigos" Hussein y Nasser habían firmado un pacto de defensa contra Israel. En caso de agresión israelí, un general egipcio tomaría el mando de las tropas jordanas. Antes, Hussein decía de Nasser "que era el gran loco fascista del Nilo" y el egipcio decía de Hussein que era "el *play-boy* enano de Ammán". Y ahora, a los ojos del mundo entero, se daban el beso fraternal.

El primer ministro iraquí, coronel Aref, declaró al día siguiente estar dispuesto a enviar tropas en el caso de confrontación entre Israel y Jordania. No hacía mucho tiempo había rechazado con escarnio una propuesta semejante de Hussein. Porque a fin de cuentas Aref era socialista, y él y sus predecesores, que mientras tanto habían sido víctimas de la revolución de Aref, habían provocado la caída y el asesinato de Faisal, el primo iraquí de Hussein. Pero ahora que Nasser se había aliado con Hussein, Aref no podía retirarse, so pena de aparecer como traidor a la causa árabe.

En la noche del 27 al 28 de mayo, cuando Eban informaba de sus gestiones cerca de De Gaulle y Johnson, las palomas y los halcones, reunidos en el gabinete israelí, mantenían el equilibrio. Porque al cerrarse la votación, nueve abogaron a favor de la guerra y nueve en contra. El primer ministro, Eschkol, consoló de nuevo a sus militares. Estos, sin embargo, no cedieron. Walter Laqueur describe así la situación: "Todo se hallaba a punto para iniciar la ofensiva y en el último instante había que dar la contraorden. Resultaba absurdo enfriar el espíritu de combate dadas las circunstancias. En una ocasión, los paracaidistas se negaron a saltar de los aparatos después de tres o cuatro falsas alarmas. No podía mantenerse a la tropa en estado de alarma permanente. Los generales trataban de hacer comprender al primer ministro que era peligroso aguardar la intervención de las grandes potencias. Incluso si éstas se mezclaban en el asunto sería peor, porque disminuiría a los ojos de los árabes el prestigio de Israel y motivaría que aumentaran su presión. También resultaba inaceptable para ellos enviar barcos israelíes al golfo de Akaba bajo la protección de potencias extranjeras. Y si Nasser había arrojado el guante, lo mejor era seguir la corriente. Además, no se trataba ya del estrecho de Tirana, sino de la propia existencia de Israel."

La población israelí sintióse invadida por la inquietud. El primer ministro Eschkol pronunció un discurso dando cuenta de la situación, pero lo hizo en tono balbuciente, inseguro, sin el menor







La ostentación de poder militar era para Nasser la mejor demostración de su papel dirigente en el mundo árabe. Una propaganda totalitaria inculcó en el pueblo egipcio la idea de que su ejército era invencible, y de que su Cuerpo de oficiales sólo estaba compuesto por héroes. En su libro El faraón rojo, *Peter Meyer-Ranke escribe lo siguiente sobre la realidad del Ejército egipcio: "Cuando está bien dirigido, el soldado egipcio es valiente y tenaz en la defensa. Así se demostró en la guerra de Palestina de 1948-49 y en la campaña israelita del Sinaí. No es ningún guerrero del desierto, porque los desiertos y las montañas de la península del Sinaí les son muy extrañas a los hijos del valle del Nilo. Desde luego, la fuerza de los egipcios no se encuentra en una guerra del desierto llevada a cabo con fuerzas motorizadas y en la que se realicen rápidos avances, retiradas y maniobras de cerco de las unidades enemigas de infantería y de blindados, porque una campaña de este tipo exige unos mandos intermedios que actúen con autonomía propia, así como el dominio técnico de la transmisión de información, y unas reacciones rapidísimas por parte de los Estados Mayores, de forma que puedan coordinar todos los cuerpos y armas implicados en la contienda." Precisamente los israelitas son verdaderos maestros en todo esto. Su mayor fuerza radica en la inspiración, la flexibilidad, la movilidad y el no hallarse atados a ningún esquema fijo. IMAGEN SUPERIOR: Tanques blancos desfilan por las calles de El Cairo. IMAGENES INFERIORES: Tanques egipcios destrozados por los israelíes en las arenas del desierto del Sinaí.*





ímpetu, sin decir otra cosa más importante que "esperar". La gente quedó defraudada. Se sentía como abandonada por el Gobierno, y algunos periódicos exigieron la inmediata dimisión de Eschkol, que se había mostrado un buen jefe en los días de relativa calma, pero que no parecía muy adecuado en la hora del peligro.

Se discutía con acaloramiento en el seno de los partidos y en las sesiones del Parlamento. Los ánimos se inclinaban por la guerra. Se trazaron planes para ampliar el Gobierno y formar un gabinete de "coalición nacional" con objeto de robustecer la confianza del pueblo. Sin embargo, el partido del "viejo león", Ben Gurion, no participó en el Gobierno. Ben Gurion se había retirado en 1963, dejando a su viejo partido, el socialdemócrata Mapai, en plena querella. Había fundado una rama izquierda del partido, el Rafi, y combatido con encarnizamiento a su sucesor, Eschkol.

Pero ahora las masas reclamaban a Ben Gurion, el caudillo de los viejos tiempos de lucha. Y el pueblo clama, como en todas partes en tiempo de guerra, por sus héroes, por el hombre fuerte. Y desde la guerra de Suez de 1956 ese hombre era en Israel Moshe Dayan, entonces jefe del Estado Mayor del Ejército israelí, el vencedor del Sinaí. Juntamente con Ben Gurion abandonó el partido Mapai para ingresar en las filas del Rafi. Desde entonces se consagró al estudio de la arqueología, su antigua pasión.

Eschkol quería desviar de su persona la atención popular y rogó a Dayan que aceptara un puesto ministerial sin cartera. Dayan rechazó la proposición y Ben Gurion reaccionó iracundo ante la retirada de Eschkol, pero ni él ni Dayan ocuparon el puesto de primer ministro.

Tras prolongados forcejeos se pudo llegar a un acuerdo, que sin embargo significó una aplastante victoria para los partidarios de la solución violenta. Moshe Dayan tomó posesión de la cartera de ministro de Defensa en el gabinete Eschkol y además el mando supremo de las fuerzas de Tierra y Aire. Esta decisión se hizo pública en la tarde del viernes, 2 de junio.

Al mismo tiempo, alguien más pasó a formar parte del Gobierno Eschkol cuyo partido Heruth (de la libertad) no había figurado hasta entonces en el gabinete. Manahim Beguin, jefe del antiguo grupo terrorista Irgun, el hombre que ordenó la voladura del Hotel Rey David y responsable de la terrible matanza de Dir Yassein, pero que nunca retrocedió ante nada cuando se trataba de Israel. Todo estaba dispuesto para el asalto decisivo.

Sobre el mediodía del sábado 3 de junio, el ministro de Defensa, Moshe Dayan, convocó una conferencia de prensa. Su más importante manifestación fue esta: "Es demasiado tarde para tomar medidas militares contra el bloqueo del estrecho de Tirana y muy pronto para esperar el buen resultado de los esfuerzos diplomáticos." Se confundió a conciencia a la opinión, para crear un nuevo momento de sorpresa. Miles de soldados israelíes obtuvieron en dicho fin de semana un permiso especial. Se exhibieron alegremente en las playas y otros lugares de esparcimiento. Simulóse atmósfera de paz. Algunos representantes de la prensa no creyeron inminente una guerra y abandonaron sus puestos.

En la noche del mismo sábado, el embajador soviético en El Cairo visitó a Nasser, manifestándole que en opinión de su Gobierno, la situación se había calmado un tanto y que Israel no se lanzaría al ataque.

El embajador Dobrynin informó al Kremlin desde Washington de que Estados Unidos continuaría sus esfuerzos diplomáticos durante una semana por lo menos.

En Washington, el consejero de Johnson, Walt Rostow invitó a cenar a Epi Evron y repitió: "Espere usted a dar su respuesta hasta el final de la próxima semana." Evron no dio ninguna contestación.

A la una de la madrugada, Eschkol reunió a sus más íntimos colaboradores y decidió que el Gobierno declararía la guerra a la mañana siguiente.

En la mañana del 4 de junio, el sol bañaba con sus rayos el casco urbano de El Cairo. Los moradores de la capital egipcia recorrían las calles con tranquilidad, sin sentirse turbados por los rumores de ataques aéreos y por los ejercicios de defensa pasiva que se venían organizando.

Gamal Abdel Nasser creía haber ganado su jugada de póker. Nadie hizo el menor caso de las advertencias del rey Hussein, manifestadas en una conferencia de prensa celebrada en Ammán:

"Israel puede atacar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Eso entra en su modo de proceder, el preparar sorpresas de esta índole."

Nadie le tomó en serio. Los corresponsales extranjeros se agolpaban ante las ventanillas de las compañías aéreas. Todos ansiaban volver a casa.

Israel ya no ofrecía suficiente interés.

A las ocho de la mañana se reunió el Gobierno en Jerusalén. El embajador Aaron Harman informó sobre la situación en Estados Unidos. El ministro de Defensa, Moshe Dayan, recibió el siguiente encargo:

"El Gobierno otorga al primer ministro y al ministro de Defensa plenos poderes para alertar al Ejército de Israel."

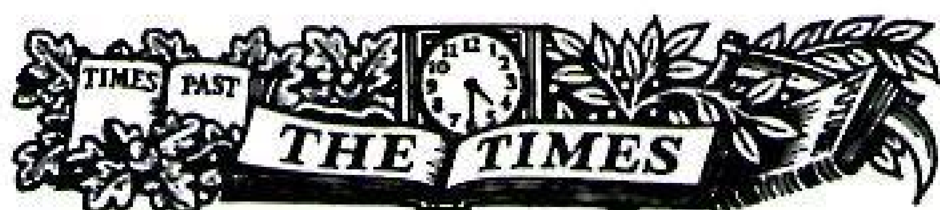
Todos sabían el significado de tales palabras. Un poco más tarde el Gobierno se reunía de

nuevo. La proposición del ministro de Defensa fue repetida con idénticas palabras.

En esta ocasión dos miembros del Mapai, socialistas de izquierda, querían primeramente consultar con el partido antes de dar su aprobación. Unas horas después regresaban con respuesta afirmativa.

El espíritu de la decisión gubernamental, a pesar de su forma poco terminante, era la guerra.

Moshe Dayan informó telefónicamente de la decisión del Gobierno al jefe de Estado Mayor, Jizhak Rabin.



PRINTING HOUSE SQUARE, LONDON, E.C.4. TELEPHONE: 01-236 2000

LAW AND THE GULF

Egypt's claim to control shipping passing through the Strait of Tiran touches one of Israel's most sensitive nerves as an established nation state. At the northernmost point of the Gulf of Aqaba is Eilat, Israel's only point of access to the east and thus to her main sources of oil. The gulf itself is bordered by Egyptian territory on the west and Saudia Arabian on the east, save for the northern shores, where both Jordan and Israel have access. A hundred miles long, it varies in width from seventeen to twenty miles. The narrow Strait of Tiran, further blocked by islands, allows Egypt to control shipping by asserting rights over territorial waters at the entrance to the gulf.

Such control exerted over the vital lifeline of another state has long been an issue secured by international law. Its best known and geographically most classic case is the access to the Black Sea through the Dardanelles and the Bosporus. These famous straits fell under sole Turkish control with the capture of Constantinople in 1453, but it was not until 1774, when CATHERINE THE GREAT brought the northern shores of the Black Sea under Russian rule, that an agreement was reached giving free use of the straits to Russian ships. Thereafter, the debate went on over the conditions of such use, notably in the question of warships. A succession of treaties all through the nineteenth century, coloured by the interests of the major signatories, broadened the principles of free navigation and ended any possibility that one state should ever be allowed to dominate another purely by such accidents of geography. With the fall of the Ottoman Empire, an international commission took charge, to be followed by the Lausanne Treaty of 1923 and the Montreux Convention of 1936, which still holds.

The Strait of Tiran and the Gulf of Aqaba fall precisely into this pattern and call forth the same cause of international freedom in navigation. That this freedom is and should be internationally acknowledged was the purpose of the Convention of the Territorial Sea and the Contiguous Zone reached at Geneva in 1958 after discussion among all interested powers. One article in that convention declares that there shall be "no suspension of the innocent passage of foreign ships through the straits which are used for international navigation between one point of the high seas and another point of the high seas or the territorial sea of a sovereign state".

The Egyptians contest this provision in several ways. Another article in the convention defines innocent passage as "not prejudicial to the peace, good order, or security of the coastal state", which the Egyptians might argue is the case with Israel's traffic up this waterway in strategic goods. Alternatively there is the argument that albeit a participant at Geneva, Egypt has not ratified the agreement. A third argument claims that the gulf itself—given the now accepted limit of twelve miles for territorial waters—falls wholly into this category and cannot be regarded as the high seas for the purpose of the 1958 convention. Finally there is the argument to embrace all others that Egypt is at war with Israel and is no longer bound by any such agreements over rights of passage.

Some of these arguments are untenable in law: all of them run against the accepted international principle of rights of access which needs to be upheld whatever other opinions may be held of the crisis. The argument over the gulf as itself territorial waters is not accepted in international law where several littoral states exist—what applies to the Jordanian port of Aqaba must apply equally to its neighbour Eilat. Egypt's claim to be at war runs against the Security Council resolution recording the progress of the Israel-Egypt armistice and establishing its permanence as an end to the war even if no settlement were possible. Egypt is not attempting to maintain belligerent rights at any other port or in any other way. Finally the case for the agreed convention has the ratification of twenty-two interested countries, among them the United States, Russia and Britain, as well as the force of two centuries of international evolution.

To allow Egypt's rights in the Tiran strait would depart from this accepted principle. There is not only the example of Turkey and access to the Mediterranean by Russia, Rumania and Bulgaria. The Baltic is a sea that could be closed if Sweden and Denmark chose to apply the geographical arguments that Egypt uses at Tiran. In asserting the freedom of navigation of the gulf Israel, and Britain and the United States, have the merit of international law behind them.

"El derecho y el golfo." Este artículo, publicado en el Times *el 27 de mayo de 1967 proporciona, según Randolph y Winston Churchill, "una buena recopilación de lo que piensan los expertos sobre este tema".*

"La aspiración egipcia de controlar el tráfico naval en el estrecho de Tirana, afecta a una de las partes más sensibles de Israel como Estado nacional establecido. En el extremo norte del golfo de Akaba se encuentra Eilat, el único punto de acceso de Israel hacia el este y, por tanto, hacia sus principales fuentes de abastecimiento de petróleo. El golfo está rodeado por territorio egipcio al oeste, y de la Arabia Saudí al este, a excepción de la orilla norte, a la que tienen acceso tanto Israel como Jordania. El golfo tiene aproximadamente unas cien millas de longitud y su anchura varía entre las diecisiete y las veinte millas. El estrecho de Tirana, que además está bloqueado por islas, permite a Egipto controlar la navegación al afirmar sus derechos sobre las aguas territoriales y la entrada al golfo.

"Hace tiempo que la ley internacional ha tratado sobre esta clase de control, ejercido por un país sobre la arteria vital de otro. El caso más conocido y geográficamente más clásico es el acceso al mar Negro a través de los Dardanelos y del Bósforo. Estos famosos estrechos cayeron bajo el control turco con la captura de Constantinopla en 1453. Sin embargo, sólo en 1774, cuando Catalina la Grande puso bajo control ruso la orilla norte del mar Negro, se llegó a un acuerdo en el que se permitía el libre uso de los estrechos a las naves rusas. A partir de entonces, el debate se entabló sobre las condiciones de este derecho de uso, sobre todo en lo referente a barcos de guerra. Durante el transcurso del siglo XIX se firmaron toda una serie de acuerdos, en los que se reflejaban los intereses de los principales signatarios, que ampliaron los principios de la libre navegación y que terminaron con cualquier posibilidad de que un Estado pudiera dominar a otro gracias a estos accidentes geográficos. Con la caída del imperio otomano, la cuestión pasó a manos de una comisión internacional, a la que en 1923 siguió el Tratado de Lausanne y en 1936 la Convención de Montreux, que aún se aplica en la actualidad.

"El estrecho de Tirana y el golfo de Akaba presentan las mismas particularidades, y plantean de nuevo la cuestión de la libertad internacional de navegación. El acuerdo sobre los mares territoriales y sus zonas limítrofes, tomado en Ginebra en 1958, después de discutir con todas las potencias interesadas, trató precisamente de que esta libertad de navegación fuera reconocida internacionalmente. Uno de los artículos de este acuerdo declara que no debe llevarse a cabo 'una suspensión del tráfico neutral de buques extranjeros a través de los estrechos que son utilizados por la navegación internacional entre un punto de alta mar y otro punto de alta mar o de los mares territoriales de un Estado soberano'.

"Este artículo fue violado por los egipcios de varias formas. En otro artículo del mismo acuerdo se define el

pasaje neutral como el que 'no es perjudicial para la paz, el buen orden, o la seguridad del Estado costero', cosa que los egipcios argumentan que es el caso con las mercancías estratégicas que llegan a Israel por esta vía marítima. Por otra parte, también se argumenta que aunque Egipto participó en las negociaciones de Ginebra, no ratificó el acuerdo. Un tercer argumento expone que, si se acepta el límite de doce millas para las aguas territoriales, resulta que todo el golfo puede ser considerado bajo esta categoría, y no como una zona de alta mar, susceptible de aplicársele el propósito del acuerdo de 1958. Finalmente, existe un argumento que abarca a todos los demás; es el de que Egipto está en guerra contra Israel y ya no se siente obligado por ningún acuerdo sobre los derechos de pasaje.

"Algunos de estos argumentos no pueden ser mantenidos legalmente: todos ellos van en contra del principio, internacionalmente aceptado, del derecho de acceso, que debe ser mantenido con independencia de lo que se piense sobre las crisis. El argumento del golfo, considerado como aguas territoriales, no es aceptado por la ley internacional allí donde existen varios Estados costeros; lo que se aplica al puerto jordano de Akaba, también debe ponerse en práctica con respecto al vecino puerto de Eilat. El argumento de Egipto de que está en guerra con Israel va en contra de la resolución del Consejo de Seguridad en el que se habla sobre el alto el fuego egipcio-israelí, estableciendo su existencia como un Estado permanente, aun cuando no se llegue a un acuerdo. Por otra parte, Egipto no intenta mantener unos derechos beligerantes en ningún otro puerto y de ninguna otra forma. Finalmente, la Convención de Ginebra ha sido ratificada por veintidós países interesados, entre los que se encuentran Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña, así como por la fuerza de dos siglos de evolución internacional.

"Si se aceptan los derechos reclamados por Egipto sobre el estrecho de Tirana, se produciría un alejamiento de este principio aceptado. Además, no sólo existe el ejemplo de Turquía y los accesos al Mediterráneo por parte de Rusia, Rumania y Bulgaria. El Báltico es un mar que podría ser cerrado si Suecia y Dinamarca decidieran aplicar el argumento geográfico que emplea Egipto en el estrecho de Tirana. Cuando Israel, Gran Bretaña y Estados Unidos exigen la libertad de navegación por el golfo, tienen tras ellos el peso de la ley internacional."

Por otro lado, tampoco se puede negar que, en lo que se refiere al problema del estrecho de Tirana, Egipto se encuentra en una fuerte posición legal. Desgraciadamente, no existiría ningún tribunal internacional imparcial que pudiera aclarar la cuestión.

En una carta dirigida al Times *con fecha de 29 de mayo, Talib el-Schibib, representante de la Liga Arabe, defendió muy bien la causa egipcia, presentando cuatro puntos que no dejan de tener su lógica:*

"1.° La existencia de una línea costera israelí en el golfo de Akaba es el resultado inmediato de un acto de violencia israelí que está en contradicción con el plan de división de Palestina elaborado por las Naciones Unidas en 1947. La ocupación del puerto de Eilat y de esta línea costera por parte de Israel, es un ejemplo de la política expansionista que lleva a cabo Israel, a despecho de las decisiones de las Naciones Unidas.

"2.° La entrada al golfo de Akaba tiene menos de nueve millas de anchura y, por tanto, entra dentro de las aguas territoriales de doce millas de anchura. Como consecuencia del estado de guerra existente entre Israel y Egipto, se negó el paso por el estrecho de Tirana a los buques israelitas hasta 1956, y eso por motivos bien conocidos y aceptados. El hecho de que dichos buques navegaran a partir de 1956 por el golfo fue el resultado de la agresión perpetrada contra Egipto, que las Naciones Unidas condenaron ex profeso, y cuyas últimas consecuencias deben ser eliminadas. Sin duda alguna, sería injusto permitir que un agresor condenado disfrutara de los frutos de su agresión.

"3.° Una y otra vez, Israel ha hecho caso omiso de las resoluciones de las Naciones Unidas y ha obstaculizado sus esfuerzos por alcanzar la paz. En 1957 se negó a permitir la entrada de las tropas de la ONU en su zona territorial fronteriza, y desde entonces ha boicoteado a la comisión mixta de la ONU encargada de asegurar el alto el fuego.

"4.° Los ataques militares de Israel contra diversos Estados árabes vecinos —por los que ha sido condenada en seis ocasiones por el Consejo de Seguridad—, son buenos ejemplos de esa ley de fuerza que practica Israel. Su intento de conseguir simpatías basándose en la legalidad y en el derecho internacional no es más que la expresión de un cinismo extremo."

(*Citado de Randolph S. y Winston S. Churchill:* Y vencieron al séptimo día.)

Preparados para todo: luchadores de la poderosa y activista organización de guerrilleros palestinos, El Fatah, el movimiento por la liberación de Palestina. Aceptados por las masas árabes como luchadores por la libertad y héroes del pueblo árabe, para los israelitas no son más que terroristas. Estos guerreros, que están dispuestos a sacrificar su vida para liberar a su patria, se preocupan de que los frentes del Cercano Oriente no estén nunca tranquilos. El método que emplean es la guerra de guerrillas, y sus maestros son Mao Tse-tung, Che Guevara y Ho Chi-minh, siendo sus ejemplos a seguir el FLN argelino, y el Vietcong en el Vietnam del Sur. Su objetivo: "Sabemos que no podemos vencer al Ejército israelí con nuestras granadas de mano y cargas de plástico. Pero podemos impedir o disminuir la inmigración de sionistas, las inversiones extranjeras y el turismo. Les podemos quitar la sensación de contar con un Estado normal que vive en paz. Ellos se darán cuenta de que no existe seguridad, de que nunca habrá un final. Les cansaremos, les obligaremos a emplear la represión en las zonas ocupadas y poco a poco llevaremos a nuestra gente allí donde no haya colaboración con ellos, pasándose después a las demostraciones, a la desobediencia abierta y a la resistencia. Socavaremos la posición internacional de Israel y haremos que los países extranjeros se pregunten: ¿Y todo esto por qué? Los israelitas deben llegar al punto en que se den cuenta de que no vale la pena seguir, a menos que se entiendan con nosotros." Contando con más de 15.000 combatientes, El Fatah es la mayor de las organizaciones para la "liberación de Palestina", que en la actualidad suman más de veinte. Después de la guerra de junio, los guerrilleros se convirtieron en una potencia propia con la que deben contar todos para alcanzar la paz en el Cercano Oriente.





A las tres y media de la tarde Dayan se trasladó en helicóptero a Tel Aviv y se dirigió de inmediato al centro de operaciones. Las unidades desplegadas en los frentes jordano y sirio recibieron instrucciones concretas: no atacar, sino limitarse a la defensa y mantener una línea de fuego compacto, y sólo en caso de la gran ofensiva avanzar y, amparándose en la seguridad de la ventaja estratégica, penetrar en territorio enemigo, ocupando algunas posiciones clave.

En Nueva York prosiguieron durante todo el día las conversaciones secretas para buscar una solución aceptable para el Consejo de Seguridad. Arthur Goldberg, delegado de Estados Unidos, no tenía muchas probabilidades de hacer triunfar la resolución norteamericana de poner término al "estado de guerra". Resultaba claro que aunque la mayoría de la asamblea se pronunciase a favor, el veto soviético acabaría por estropearlo todo. No obstante, Goldberg logró hasta la noche nuevos votos para su propuesta. Y aun cuando la resolución no podía zanjar definitivamente el problema, comportaba sin embargo una importante postura internacional.

Esa noche la ciudad de El Cairo se hallaba prácticamente desierta. Los periódicos y los bandos anunciaban que "la hora decisiva se halla próxima". Grupos de soldados armados custodiaban las emisoras de radio y televisión, y las embajadas. Mientras tanto, los pilotos de la base de Insha se hallaban en plena fiesta. Bajo la presidencia del jefe supremo de las fuerzas aéreas, mariscal Mohamed Sidki Mahmoud, la diversión se prolongó hasta bien entrada la madrugada.

A pesar del estado de alarma, los restaurantes, discotecas y clubs de oficiales de Damasco aparecían muy concurridos.

A las once de la noche se celebraba en Tel Aviv la última reunión del Consejo de ministros. Moshe Dayan pernoctó en el centro de operaciones.

Antes de acostarse, Dayan ordenó a uno de sus colaboradores que fuese a hablar con Ben Gurion para conocer la decisión del Gobierno. "Pregúntele usted si el Gobierno ha aceptado mi proposición."

El emisario se trasladó en plena oscuridad hasta la avenida Keren-Kayemet de Tel Aviv. El anciano estadista le abrió la puerta. Estaba en pijama, y su famosa cabellera blanca aparecía completamente enmarañada. El enviado le transmitió el mensaje de Dayan.

Ben Gurion titubeó unos instantes y dijo finalmente:

"—¿Está Moshe seguro de ello?

"—Sí —respondió el mensajero.

"—Pues en tal caso tiene mi bendición."

En las bases aéreas egipcias los pilotos fueron llamados poco antes del amanecer del 5 de junio y se dirigieron rápidamente hacia sus aparatos Mig estacionados en las pistas. Desde hacía varias semanas sus mandos les venían diciendo que los israelíes comenzarían la ofensiva con incursiones sobre las bases aéreas egipcias, sobre todo al amanecer. Por eso aquellos minutos eran los más decisivos de la jornada.

El sol asomaba ya por el horizonte. En el Estado Mayor y todas las divisiones israelíes reinaba febril actividad. La tropa plegaba sus mantas y los oficiales completaban las notas en su plan de operaciones. La radio israelí no había comenzado todavía sus emisiones, pero las emisoras árabes difundían ya sus himnos bélicos y sus monótonas marchas, en las que sonaban a cada momento los nombres de "Alá, Alá" y "Nasser". A las seis y siete minutos La Voz de Israel puso en antena su primer boletín de noticias:

"Triunfo de los neonazis alemanes en las elecciones de baja Sajonia. Sube el precio de la gasolina en Israel." Todo parecía desarrollarse en la más absoluta tranquilidad.

Sin embargo, eso eran sólo las apariencias. En el centro de operaciones de las fuerzas aéreas se reunieron los generales del Alto Estado Mayor con el ministro de Defensa en cabeza. A las siete y diez minutos el comandante en jefe de las fuerzas aéreas, general Mordechai Hod, se inclinó sobre el micrófono y pronunció las dos palabras que le abrasaban la lengua desde que los egipcios bloquearon el golfo de Akaba: "Moket-Go."

Desde varios aeródromos israelíes despegaron varias docenas de aparatos: Vautours, Mirages, Super-Mystères, Ouregans, que se distribuyeron en cuatro grupos. Los reactores seguían al segundo el plan trazado y se hallarían al mismo tiempo sobre sus correspondientes objetivos, distribuidos en territorio egipcio y en la zona del Sinaí; dichos objetivos eran las grandes bases aéreas de Nasser. Las 7.45: Todos los aviones sobre sus objetivos. De pronto, las máquinas pican al encuentro de los aeródromos enemigos. Una granizada de cohetes y bombas se precipita sobre los inmóviles aviones egipcios. Las bombas de grueso calibre abren enormes cráteres en las pistas de aterrizaje. Las bases aéreas egipcias se transforman en gigantescas antorchas.

De pronto se inician las comunicaciones entre los aviadores israelíes, que hasta entonces se habían encerrado en el más absoluto mutismo. Sus llamadas también rompieron el tenso silencio del centro de operaciones: "Todo arde... He destruido a tres Tupolev en tierra... Insha está en llamas." "Todo ha salido a la perfección", comentó el general Mordechai Hod.

El comandante en jefe del frente meridional,

general Gavish, llamó a los jefes de sus tres divisiones. "Paño encarnado", dijo, y no hizo el menor intento de ocultar su movimiento. "Repito, paño encarnado", expresión en clave que contenía la orden de marcha a las tropas acorazadas, que llevaban algún tiempo en espera de la voz de mando para iniciar las operaciones. La guerra comenzaría de un momento a otro.

Las 7.55: En todo el territorio israelí se oía el lúgubre ulular de las sirenas. Nadie se imaginaba lo que podía significar aquello. La gente marchaba por las calles en ruta hacia sus puestos de trabajo. Todo el mundo siguió adelante y los automóviles no redujeron su velocidad.

A las 8.10 se interrumpió la emisión de La Voz de Israel para intercalar esta noticia: "Comunicado del Alto Mando del Ejército. Desde esta mañana se libran violentos combates en el frente sur. Nuestras fuerzas armadas han entrado en acción para contener a las tropas acorazadas y de infantería egipcias que avanzaban en dirección a Israel. Nuestras fuerzas aéreas han asestado durísimos golpes a la aviación enemiga."

El general Gavish hizo uso del micrófono:

"—Adelante y mucha suerte."

Los carros de combate se lanzaron a la ofensiva.

La guerra de los seis días acababa de empezar.

Israel había comenzado la "huida hacia adelante".

A las nueve de la mañana las emisiones de la radiodifusión israelí comenzaron a informar de que la huida hacia adelante había sido un éxito, que se había desarrollado ya la batalla decisiva y podía decirse que la guerra estaba ganada.

¿Una guerra de seis días de duración? Quizá resultara más exacto llamarle una guerra de una hora. La primera acción decisiva, ya resuelta, pero no terminada todavía, fue la emprendida contra las bases aéreas egipcias. Este audaz golpe surtió efecto positivo, en una hora.

Los aparatos israelíes partieron en tres grupos, cada uno en distinto rumbo. El grupo salido en primer lugar se adentró en el Mediterráneo y luego viró en dirección sur y sudeste luego. Para cualquier observador egipcio debía parecer que dichos aparatos procedían del noroeste, es decir, de Creta.

Pero esta formación puede decirse que apenas era vigilada, puesto que las más poderosas instalaciones del radar egipcio estaban orientadas hacia el nordeste, sobre la frontera israelí. De ahí que ese "gancho derecho" fuera un golpe seguro, ya que abarcaba los aeropuertos militares de Abu Suweit, junto a Ismailía, y otras bases aéreas en el norte de Egipto, entre ellas la base central de El Cairo-Oeste.

El grupo de aparatos que había emprendido el vuelo en segundo lugar asestó un poderoso "gancho de izquierda". Los cazabombarderos de dicho grupo partieron del sur del desierto de Neguev, viraron rápidamente hacia el oeste, sobrevolando la península del Sinaí, y al llegar sobre el golfo de Suez torcieron hacia el norte. También en este sector fracasó el radar egipcio, en primer lugar porque la vigilancia era más débil en la zona meridional y también porque los israelíes aparecieron en vuelo rasante.

Este "gancho de izquierda" golpeó las bases aéreas de Hughada y Ras Barnas. Con ello se eliminó el mayor peligro que existía para Israel: el aeródromo de Luxor, ciudad famosa desde la época de los faraones, en cuyas proximidades se hallaban estacionados los bombarderos estratégicos soviéticos, los colosos supersónicos tipo Tupolev 16. Tenían el poder suficiente para destruir las ciudades israelíes, paralizar las comunicaciones terrestres y ocasionar grandes pérdidas a la población civil.

Pero el golpe más directo estaba reservado al grupo de aparatos que partió en último lugar. Para él se dejaron las bases aéreas enemigas de la península del Sinaí. En el norte El Arisch, Dechebel, Lbini y Bir Gafgafa. Más al sur El Schatt, Ras Sudr, Abu Rudeis, El Tor y Ras Umm Sidd. En ellos se hallaban desplegadas las escuadrillas de caza y apoyo a las fuerzas terrestres y, sobre todo, las que hubiesen podido detener la progresión de los carros de combate israelíes. De este modo quedó eliminado el peligro.

Las condiciones para este triunfo por sorpresa de los tres grupos de combate aéreos se dieron sobre todo por la cuidadosa elección de la hora en que aparecieron sobre sus objetivos. Las 7.45 de la mañana hora israelí significa para Egipto una hora más tarde. Era ya bien entrado el día. Según todos los manuales de estrategia, los ataques por sorpresa se llevan a cabo al amanecer, porque entonces el atacante se dirige sin vacilar hacia los objetivos que ya conoce de antemano y cuya posición tiene perfectamente señalada, mientras que los defensores se hallan en inferioridad de condiciones a causa de la escasa visibilidad.

Hacía días que los pilotos egipcios estaban alerta hasta las siete de la mañana, listos para despegar, montando la guardia en las carlingas de sus reactores. Este era pues el momento peligroso. Si los israelíes no se habían presentado hoy, ya no lo harían con seguridad. Sólo permanecieron junto a sus máquinas unos cuantos pilotos, los mínimos en alerta permanente, en tanto que los demás se dirigieron a gozar del bien ganado desayuno tras una noche de vigilancia.

Otro factor intervino en la elección de hora

por parte de los israelíes. En Egipto, las actividades burocráticas suelen iniciarse a las nueve de la mañana. Y si los israelíes se hallaban con sus aparatos sobre sus objetivos a las 7.45, teniendo en cuenta la hora de diferencia, eso significa que a esa hora los altos jefes militares egipcios y los funcionarios civiles se hallaban en camino hacia sus puestos de servicio. Por un lapso de tiempo de aproximadamente media hora por la mañana y otra media hora por la tarde, la dirección del país quedaba prácticamente abandonada, puesto que los altos personajes no se encontraban ni en casa ni en sus puestos de servicio.

Además de todo esto, el general Mordechai Hod, el jefe supremo de las fuerzas aéreas israelíes, conocía muy bien las horas de vuelo y la duración de los mismos de los aparatos soviéticos Mig 17 y Mig 21. Y puesto que éstos permanecían más horas en estado de alerta, sobre las siete y treinta agotaban el combustible y se veían obligados a aterrizar. Entonces sólo quedaban en el aire unas patrullas rutinarias.

En efecto, un reducido número de cazas egipcios fue atrapado a las 7.45 por los atacantes cuando rodaban lentamente por las pistas de aterrizaje, bien porque acababan de tomar tierra o porque se disponían a emprender el vuelo. Esos fueron los pilotos que Egipto perdió en esa primera hora, junto con un gran número de aquellos que hallaron la muerte en los refectorios del aeropuerto, en pleno desayuno.

Con todo, el cuidadoso plan del general Hod tenía sus puntos débiles, lo que no puede evitarse por meticuloso que sea. Dos potentes escuadras de la fuerza aérea egipcia estaban en vuelo, listas para intervenir. Una formada por veinte reactores sobre Hurghada, en el Alto Egipto, y otra compuesta por ocho aparatos sobre la península del Sinaí.

El primer grupo estaba formado por doce cazas Mig 21 y ocho Mig 19. No pudieron evitar el primer ataque por sorpresa, pero lograron abatir tres aviones israelíes sin tener bajas propias. Es el único caso de la guerra en que los egipcios lograron una clara victoria aérea. Y la causa reside en que los israelíes, en el primer momento, sólo trataban de cumplir la misión que les habían asignado: destruir las bases aéreas y gran parte de la aviación enemiga en ellas estacionada.

El comandante del grupo de combate egipcio tomó la única decisión adecuada al percatarse de que, no obstante la victoria alcanzada, el aeródromo bajo ellos estaba destruido. Ordenó la retirada, puesto que la toma de tierra allí era imposible. Mientras les quedase combustible tratarían de encontrar otra base donde tomar tierra. Pero en vez de tomar la dirección sur, rumbo a las bases de Ras Barnas o Luxor, optó por el norte. Dichas bases en el sur estaban mucho más próximas; podían alcanzarlas en pocos minutos. Pero tampoco hubieran podido aterrizar, aunque al menos les habría quedado combustible para seguir luchando e intentar luego un aterrizaje de urgencia.

El grupo de combate egipcio se dividió, para al menos tener alguna oportunidad de encontrar algún aeropuerto intacto. Sobrevolaron los del norte, pero estaban destrozados. Y el combustible estaba a punto de agotarse. Los cazas se vieron obligados a descender, y o bien se metieron a toda velocidad en los cráteres abiertos por las bombas israelíes o chocaron con los aparatos incendiados en las pistas, o bien fueron rematados por las armas ligeras de los aviones enemigos, que disparaban contra los hangares y depósitos de combustible. De los veinte cazas egipcios no salió indemne ni uno solo.

Cinco aparatos perdieron los judíos en combate aéreo. Los otros veintiún aviones fueron destruidos por las baterías antiaéreas egipcias y, cosa sorprendente, por las llamadas convencionales, no por el fuego de los modernos cohetes tierra-aire.

Los egipcios disponían de un cierto número de los más recientes cohetes antiaéreos soviéticos SA-2. Eran uno de los factores imprevisibles en el plan del general Hod. Se trataba de los mismos cohetes con los que la defensa antiaérea de Ho Chi-minh había causado tantas bajas a los bombarderos norteamericanos sobre el Vietnam del Norte, y aquellos mismos cohetes en que los sirios apoyaban sus bravatas de crear un "segundo Vietcong", pero árabe, para derribar la otra mitad de los aviones yanquis.

Esos cohetes maravillosos fracasaron contra los aviones israelíes. Aparte el hecho de que algunas de sus baterías cayeron intactas en manos de las fuerzas acorazadas israelíes, que avanzaron rápidamente, ningún cohete hizo blanco en los aviones israelíes. La solución del enigma la hallamos en los partes de operaciones de los pilotos israelíes. Uno de ellos escribe así: "Por el rabillo del ojo vi por debajo de mí, a la derecha, algo como un pequeño avión que ascendía con tranquilidad, como si quisiera colocarse a mi altura. Al fijarme más en él, me percaté de que se trataba de un cohete provisto de alas. Rápidamente lancé mi máquina en una curva hacia la derecha, es decir, de momento en dirección al cohete, pero luego a todo gas hacia arriba. El cohete elevó la proa con lentitud. El cohete aumentó la velocidad y se perdió en la primitiva dirección."

La explicación a esto no ofrece la menor dificultad. Los cohetes no tienen mucha velocidad inicial; eso lo sabe todo el mundo que haya visto

despegar cohetes espaciales de Cabo Kennedy. En las bajísimas alturas de ataque de los cazas israelíes, los cohetes SA-2, tan temidos en el Vietnam, resultan aún más lentos y perezosos. Los expertos israelíes calcularon, a tenor de los datos recopilados por la experiencia, que los cohetes soviéticos tierra-aire son casi inofensivos para cualquier hábil piloto de caza hasta una altura de 1.200 metros.

Además de la oportuna elección de la hora para el primer ataque, no hay que olvidar la parte que en el éxito israelí jugaron la extraordinaria preparación de los aviadores y del personal de tierra, así como la fabulosa organización. Los aparatos israelíes volaban sin interrupción sobre las bases aéreas egipcias. Nadie podía imaginar que cada hora eran los mismos aviones que volvían a la carga. Pero así fue en realidad.

El esquema rotatorio preparado por el mando de operaciones israelí referido a los bombardeos en la primera jornada aparece como ejemplo en el grabado para un grupo normal, que desde una base situada en el noroeste del Neguev tenía que atacar bases enemigas en la zona del canal de Suez.

El vuelo de ida hasta el objetivo duraba unos 22.5 minutos; la acción sobre el mismo unos 7.5 minutos, suficiente para tres o cuatro pasadas, entre soltar las bombas y hostigar con las armas de a bordo.

Camino de regreso, 20 minutos.

Tiempo de espera hasta un nuevo despegue: 7.5 minutos, y ésta es la cifra decisiva que nadie consideraba posible. En este breve espacio de tiempo se abastecía a un avión de combate cuyo aprovisionamiento es más difícil y complicado que el de los aviones de hélice de la Segunda Guerra Mundial. Se les tenía que repostar de combustible especial para reactores, dotarlos de municiones para las armas de a bordo y también de las correspondientes bombas.

El formidable rendimiento de organización, técnico y físico del personal de tierra israelí fue —junto al ardor combativo y la eficiencia de los pilotos— la causa de que los aeródromos egipcios no sólo resultasen inutilizados en la primera hora decisiva, sino que continuasen siendo machacados durante tres horas más. Y una vez fuera de combate las bases aéreas egipcias, los mismos aparatos con los mismos pilotos efectuaron ocho incursiones consecutivas sobre Jordania y Siria, puesto que Israel sólo disponía en realidad de doce aviones para la defensa del territorio nacional, ocho en el aire y cuatro más listos en las pistas de despegue.

Esta soberbia actuación fue la causa de que Nasser manifestara seguidamente que los israelíes habían puesto en liza una fuerza aérea tres veces más numerosa que la suya. Por eso creyó que los cazabombarderos embarcados en portaaviones norteamericanos e ingleses desplegados en aguas mediterráneas habían colaborado con los israelíes. Se llegó a espinosas gestiones diplomáticas, pues al principio Nasser estaba convencido de la ayuda yanqui-británica. No es difícil comprender que así fuera, puesto que Nasser, en vista de la instrucción y posibilidades de su propio personal de tierra, no podía comprender que los aparatos israelíes llevasen a cabo una rotación ininterrumpida con las mismas máquinas; él creía que empleaban una inmensa flota aérea.

También resultó destruido un reducido número de aviones egipcios que se hallaban a disposición inmediata del mando terrestre para intervenciones tácticas y que se encontraban en lugares próximos a las divisiones acorazadas en el Sinaí. Puede decirse que a las 10.30 de la mañana de aquel histórico lunes, la aviación egipcia había dejado de existir.

Pero justo al mismo tiempo, el mariscal egipcio Amer, antiguo compañero de armas de Nasser y, después de él, jefe supremo de las fuerzas armadas egipcias, cogía el teléfono y, por medio de la línea telefónica directa que había sido inaugurada un par de días antes, solicitó comunicación con el rey Hussein II de Jordania en la capital, Ammán. La conexión se ejecutó y del modo como se desarrolló la misma da cuenta nada menos que el propio monarca jordano en un libro que apareció un año y medio después con el título de *Hussein de Jordanie: ma guerra avec Israel.*

El mariscal de Egipto el lunes, 5 de junio de 1967, a las diez y media de la mañana, al rey de Jordania:

"Todo va de perlas, Majestad. Hemos destruido el 75 por ciento de los aviones israelíes. Intensos contraataques de nuestros aparatos destruyen en estos momentos las bases del enemigo. Nuestro Ejército de tierra ha iniciado su magna ofensiva y avanza hacia el desierto de Neguev. Ayúdenos, Majestad. Abran un segundo frente a retaguardia de los judíos."

El falso informe del mariscal Amer tuvo fatales consecuencias. Costó a Jordania toda su fuerza aérea, sus unidades acorazadas, una parte muy grande de su infantería y toda la zona situada al oeste del Jordán, incluidos los lugares santos del Islam en Jerusalén. Y esa mentira casi le cuesta el trono al rey Hussein II.

Este admite en su libro que, a pesar del pacto que le unía a Nasser, titubeó hasta el último instante en luchar al lado de los egipcios. Había cerrado el acuerdo más bien como un gesto de intimidación que por guerrear contra los israelíes en el caso de que éstos se lanzaran a la ofensiva:

"Sabía que los judíos estaban mucho mejor pre-

IMAGEN SUPERIOR: *Reactores Mirage israelitas volando hacia Egipto. Su gran éxito, con el que empezó la guerra de los seis días, era la condición indispensable para asegurar la victoria de Israel. Los aviones de los sorprendidos árabes fueron destrozados en el suelo en su mayor parte; los aparatos, así como los depósitos de carburante y municiones, fueron enteramente destruidos por el bombardeo y consumidos por las llamas (IMAGEN INFERIOR).* *ABAJO, DERECHA:* *Aún pueden reír. El presidente Nasser (izquierda) y su mariscal de campo Abdel Hakim Amer (derecha), rodeados por pilotos egipcios. La guerra no ha empezado aún, y los egipcios todavía no saben lo amarga que será su derrota. "Ahora que ha llegado el momento, debemos estar preparados para el triunfo, y no para una repetición de la come-*





dia que se desarrolló en 1948. Triunfaremos. Ahora estamos preparados para derrotar a Israel." "Hoy les decimos (a los israelitas): estamos en guerra con vosotros, y ardemos en deseos de que comience para vengar la traición de 1956." Estas palabras de Nasser no se convirtieron en realidad en junio de 1967. Al igual que ocurrió en 1948 y en 1956, los árabes también fueron derrotados en esta ocasión.



parados que los árabes. Estaba dispuesto a participar en la defensa común, pero nunca si ésta se mostraba infructuosa o suicida."

La llamada del "hermano" Amer convenció a Hussein. Creyó que ahora le correspondía a él asegurar la victoria árabe. Y él no podía eludir esta obligación.

Media hora después de la conversación telefónica ordenó a sus fuerzas aéreas —dieciséis cazabombarderos británicos Hawker-Hunter— que atacasen el aeródromo israelí de Nathania.

La incursión resultó bien, porque todos los aparatos israelíes se hallaban atacando las bases aéreas egipcias y prestando apoyo a las divisiones acorazadas que marchaban hacia el oeste.

Pero a las 14.30 llegó el momento del adiós para las fuerzas aéreas de Hussein. Ante las llamadas de ayuda de Nathania, varias escuadrillas de caza israelíes fueron retiradas del frente y persiguieron a los aparatos jordanos hasta sus respectivas bases en Ammán y El Mafrak. Mientras los Hawker-Hunter jordanos se hallaban en tierra repostando combustible y municiones, los israelíes les atacaron con bombas y armas de a bordo. No quedó ni un solo aparato jordano apto para el combate.

Entretanto, el general egipcio Riad, enviado a Ammán en calidad de jefe supremo de las tropas jordanas e iraquíes, dio la orden que llevó al desastre a las tropas acorazadas jordanas, como antes había ocurrido con la aviación.

El general Riad no tenía informes precisos de la situación y también creyó en las palabras del mariscal Amer. Y así puso en movimiento a las tropas acorazadas jordanas, para "aliviar el ataque egipcio sobre el frente occidental"; dichas tropas jordanas, dos brigadas acorazadas, habían permanecido hasta el momento en sus abrigos en espera de que el rey Hussein ordenase su intervención si se producía el ataque israelí.

Eran en total 176 carros de combate Patton M-48; los mismos que la República Federal Alemana había suministrado en su día a Israel. Sólo había una diferencia entre ellos: los enviados a Israel llevaban los más modernos sistemas electrónicos de comunicación, maniobra y dirección de tiro.

Los carros de combate jordanos abandonaron sus posiciones defensivas y avanzaron en dos formaciones cerradas por las carreteras de Nablus a Tulkarm y de Jericó a Ramallah en dirección oeste. Lo hacían por ambas carreteras porque avanzaban con más rapidez y además economizaban combustible.

No podía ocurrir nada porque la temida aviación israelí había sido ya destruida. Eso precisamente esperaban los "descalabrados" israelíes. Los aviones de entrenamiento franceses Fouga-

Magister se lanzaron uno detrás de otro sobre las columnas acorazadas jordanas. Los israelíes habían dotado a estos reactores de instrucción de un blindaje especial en el fuselaje para defenderlos del fuego antiaéreo; cada uno llevaba cuatro cohetes de 60 y 80 mm de ojiva rompedora, con objeto de aumentar su efectividad en el ataque. Hacia las diez de la noche el rey Hussein se quedó sin fuerzas acorazadas; seguro que se preguntaría quién las había destruido, si los israelíes o el mariscal egipcio Amer. Posteriormente se supo que Amer no dijo la verdad a su amigo y jefe de Estado, Nasser, hasta bien entrada la tarde.

Pero veamos cómo transcurrieron en otras latitudes los días cruciales de la guerra árabe-israelí



y cómo fue tomada la noticia del conflicto en las más importantes capitales del mundo y el efecto que produjo la misma.

En el Kremlin, el Politburó del partido comunista de la Unión Soviética, primera institución política del país, llevaba reunido desde la mañana. Un sólo tema en el orden del día: la guerra en el Cercano Oriente. Las noticias que llegaban a Moscú sólo eran fragmentarias y contradictorias. Los soviéticos no sabían quién había roto las hostilidades, dónde se hallaba la línea de fuego y quién ganaba o perdía.

El embajador soviético en El Cairo telegrafiaba por su parte que la guerra se había iniciado con una gran ofensiva israelí y con intensos bombardeos de la aviación judía y, por otra parte, hablaba de grandes victorias de los ejércitos árabes. Los comunicados oficiales egipcios hablaban de docenas de aparatos sionistas derribados y centenares de carros de combate aniquilados. Sea como fuere, el caso es que el Gobierno ruso estaba muy mal informado.

De pronto llegó al Kremlin el mensaje que el ministro de Asuntos Exteriores, Gromyko, acababa de recibir de su colega norteamericano, Dean Rusk. Kosyguin, representante de la fracción moderada del Kremlin, aprovechó la oportunidad que se le brindaba y propuso el empleo del "teléfono rojo" para dar la contestación.

El misterioso "teléfono rojo", más conocido en la prensa internacional por "línea caliente", se compone de cuatro teletipos. El Kremlin y la Casa Blanca utilizan dos cada uno, que están conectados en línea directa con otras extensiones en otros países. Dos de los teletipos son de fabricación rusa y tienen caracteres cirílicos, mientras que los otros son norteamericanos y el tipo de escritura es latino.

Gracias a esos teletipos, consecuencia directa de la crisis cubana en el otoño de 1962, los jefes de Estado de la Unión Soviética y Estados Unidos podían estar en comunicación en todo momento en el caso de surgir una grave crisis. Desde su instalación el 30 de agosto de 1963, la línea caliente no se había utilizado todavía, aparte de los controles periódicos a que la someten los técnicos rusos y norteamericanos; éstos transmiten a Moscú resultados de los partidos de béisbol y los soviéticos frases de la obra de Turgueniev, *Notas de un pintor,* a Washington.

La situación era bastante comprometida. El teletipo de la Casa Blanca comenzó a teclear rítmicamente:

"El primer ministro Kosyguin pregunta si el presidente Johnson se encuentra en sus habitaciones."

Las teclas automáticas se inmovilizaron durante unos segundos; luego prosiguieron su golpeteo sin esperar la respuesta:

"Por favor, transmitan al presidente Johnson el siguiente mensaje."

Johnson se dirigió con rapidez a la "sala de reuniones" y tomó asiento en la cabecera de la larga mesa. En aquel instante la máquina imprimía el mensaje de Kosyguin; la hoja amarillenta caía en una caja metálica con unas frases en ruso. Segundos después llegaba la traducción al inglés del texto. El mensaje era muy breve y Johnson se tranquilizó apenas hubo leído el texto:

"No se llegará a la conflagración mundial."

El presidente llamó a la cocina de la Casa Blanca para que le subieran café solo y panecillos. Luego se enfrascó en la lectura del mensaje completo. Kosyguin confirmó la recepción de la nota de Dean Rusk y manifestó la enérgica opo-

sición soviética a la guerra de agresión que Israel desarrollaba en el Cercano Oriente. Hacía responsable a Israel por la iniciación de las hostilidades y solicitaba del Gobierno de Estados Unidos que utilizara su influencia cerca de Israel para evitar las catastróficas consecuencias de su acción bélica.

Kosyguin añadió que la Unión Soviética estaba con los árabes amantes de la paz. En el caso de que Estados Unidos interviniese en favor de Israel, el Gobierno soviético se vería obligado a ordenar a sus fuerzas armadas que prestaran ayuda a los Estados árabes contra la agresión imperialista.

El ruso dijo al norteamericano de forma elegante:

"No deseamos la guerra. Lo mejor sería que ustedes y nosotros nos mantuviésemos al margen de la cuestión."

Tras una breve discusión, Dean Rusk y Walter Rostow redactaron la respuesta del presidente Johnson al mensaje soviético:

"Lamentamos sinceramente que se haya llegado a la guerra. Los Estados Unidos y la Unión Soviética deben conservar la serenidad en tan cruciales momentos y analizar cuidadosamente la situación. No poseemos suficiente información que nos garantice quién ha sido el iniciador de las hostilidades. Moscú y Washington deben gestionar sin demora un alto el fuego y trabajar juntos para que vuelva a reinar la paz en dicha zona. Los Estados Unidos y la Unión Soviética no deben intervenir en el conflicto, sino que deben aunar sus esfuerzos para que los combates cesen lo antes posible. Ambas potencias han de proponer un armisticio ante el Consejo de Seguridad y obligar a las partes en litigio a someterse a la decisión del alto organismo internacional."

Esa respuesta —no intervenir militarmente en el conflicto— no debió de resultarle muy difícil a Johnson, pues sabía a ciencia cierta que los israelíes no podían perder. El servicio secreto norteamericano tenía la seguridad de que las fuerzas armadas israelíes podían derrotar, no sólo a las egipcias, sino también a los restantes Ejércitos árabes. Lo que Johnson pretendía era, antes que nada, neutralizar a la Unión Soviética y evitar una confrontación directa con este país. Al evitar su intervención en la guerra, la derrota de los árabes sería la suya. El mundo entero comprendería que los mismos rusos que envalentonaban a los árabes durante el conflicto, emprendían la retirada tan pronto los cañones empezaban a hablar. Los países árabes derrotados se volvieron contra Moscú en amargo resentimiento.

A fin de cuentas, los rusos perdieron mucho en el conflicto árabe-israelí. La victoria de Israel favorecía pues los designios de la política norteamericana.

Desde las 7.45 se oía en El Cairo el sordo tronar del fuego antiaéreo egipcio casi sin interrupción, pero los habitantes no prestaban mucha atención a ello. Aquella mañana era muy hermosa y soleada. A las 9.50 Radio El Cairo difundió las primeras informaciones sobre el desarrollo de la contienda. A las 10.30 el locutor de turno no pudo reprimir un grito de alegría al leer:

"Queridos hermanos, la primera noticia triunfal. De fuente militar digna de crédito, han sido derribados veintitrés aparatos enemigos."

El entusiasmo popular crecía por momentos. Los habitantes de El Cairo no daban importancia a las acusaciones de la radio "por la pérfida agresión del enemigo, que ha atacado a la RAU por aire y tierra y ha bombardeado las bases aéreas." Para la masa sólo contaba el número de aviones enemigos derribados. A las 11.10 se dijo que eran cuarenta y dos los aparatos destruidos, a las 11.39 que eran cuarenta y cuatro, y a las 13.43 el número se aumentó a setenta.

Nasser pasó la mañana entera en su despacho, consultando los mapas y ocupado en leer los informes militares. A menudo pedía noticias de la situación por medio del teléfono. Pero se le ocultaban con celo las malas nuevas, a fin de no entristecerlo. Al término de la mañana envió al rey Hussein el siguiente telegrama:

"Ha sido rechazado el ataque israelí y ha comenzado la ofensiva aérea de la aviación egipcia sobre Israel."

Sobre el mediodía, el entusiasmo de la multitud llegó al máximo. Según la radio, los aviones egipcios habían derribado en combate aéreo a ochenta y seis cazas enemigos. A las cuatro de la tarde, un oficial de las fuerzas aéreas entró en el despacho de Nasser.

"Vengo a comunicarle que nuestra aviación ha dejado de existir", dijo el hombre con lentitud.

A las cuatro y media recibió Kosyguin por la "línea verde", entre París y Moscú, la contrapartida de la "línea roja", un mensaje del general De Gaulle. El presidente francés expresaba sus temores de que los acontecimientos en el Cercano Oriente hicieran peligrar la paz mundial. Repitió la propuesta de hacía tres días: inmediata reunión de los cuatro grandes para solucionar los problemas del Cercano Oriente; obligar a los contendientes a interrumpir las acciones bélicas y que se retirasen a sus antiguas fronteras.

Los soviéticos no habían prometido a los árabes ninguna clase de ayuda militar directa. En el intercambio de notas entre Moscú y El Cairo siempre dieron a entender que en caso de conflicto neutralizarían a los Estados Unidos y evitarían la intervención norteamericana. Y los

egipcios tampoco exigían más de los soviéticos.

Pero, no obstante, aquella noche el embajador egipcio salió de visitar a Kosyguin con gesto mohíno. En seguida envió un mensaje a su Gobierno. En una de sus frases expresó toda la amargura que sentía: "Esta gente sólo piensa en su seguridad."

"Esa gente" estaban ya al corriente de la verdadera situación en el Cercano Oriente; conocían el fracaso de sus protegidos y tuvieron que reaccionar con energía. En un comunicado, los soviéticos acusaron de agresión a Israel y exigieron la terminación de la guerra y la retirada de los israelíes detrás de sus fronteras. Pero los dirigentes hicieron algo más serio: usar el teléfono rojo para dirigir una dura nota a Washington en la que amenazaban a Israel con hacer uso de la fuerza para obligarle a retirarse.

Eran cerca de las siete de la tarde en Moscú, y las doce del día en Washington, cuando el teléfono rojo sonó por segunda vez aquel día, para transmitir un mensaje firmado por Kosyguin, aunque en esta ocasión era más bien un ultimátum.

El texto recordaba el del famoso mensaje ruso con motivo del asunto de Suez, el 5 de noviembre de 1956, dirigido a Gran Bretaña, Francia e Israel. En el mensaje se leía esta vez que la Unión Soviética disponía de terribles medios destructores y que si las fuerzas armadas israelíes no se replegaban a sus primitivas fronteras, el Ejército ruso tomaría las medidas oportunas para repeler la agresión. El Gobierno soviético no estaba dispuesto a permanecer impasible mientras se perpetraba una criminal agresión contra sus aliados.

Pero el terrible mensaje no surtió el efecto apetecido. En la Casa Blanca también se había decidido actuar. El presidente Johnson preparaba, junto con Walter Rostow, un plan de acción dividido en dos fases. En primer lugar acusó a Moscú recibo del mensaje de Kosyguin y, al mismo tiempo, ordenó a todas las unidades de la VI Flota que se pusieran en movimiento hacia el teatro de operaciones.

Pocos minutos después docenas de unidades de guerra norteamericanas, entre ellas varios portaaviones, se hallaban en camino hacia las costas de la península del Sinaí.

Se trataba de una significativa demostración de fuerza. Las imágenes de la Flota norteamericana se dibujaron en las pantallas de radar de las unidades soviéticas que patrullaban el Mediterráneo. El comandante en jefe de la Shest —VI Flota soviética— informó en detalle a Moscó sobre la amenazadora maniobra de la Armada estadounidense.

Esto era justamente lo que deseaba el presidente norteamericano. Con la ayuda de Rostow compuso un mensaje con destino al primer ministro ruso. En él recordaba las obligaciones de su Gobierno y su compromiso de defender la integridad e independencia de Israel. "Estamos decididos a cumplir con nuestro deber —escribió el presidente— y desearíamos que la Unión Soviética hiciera lo propio. Ambas potencias tienen que mostrarse prudentes y mantener una actitud serena, esforzándose en poner fin a la guerra en esa parte del mundo."

El mensaje de Johnson llegó poco después que un alud de telegramas sobre la marcha de los acontecimientos en el mar. Todas las fuentes militares enviaban informes sobre el movimiento de la VI Flota norteamericana hacia el escenario de la lucha.

Los rusos comprendieron muy bien el significado de la maniobra y la advertencia que llevaba implícita. Cualquier acción militar contra Israel comportaría una reacción inmediata de la VI Flota yanqui, con la indudable secuela de un enfrentamiento nuclear entre las dos grandes potencias.

Sin embargo, Moscú y Washington estaban de acuerdo: las terribles armas destructoras permanecerían en los arsenales: los soviéticos no enviaron tropas al Cercano Oriente y se limitaron a ayudar a sus protegidos por la vía diplomática. En primer lugar consiguieron de la ONU una resolución que implicaba la aceptación del alto el fuego por ambos bandos en liza, la pronta retirada de las tropas y el abandono de los territorios conquistados. Pero esta exigencia no iba dirigida a Israel, cuyas fuerzas habían penetrado muy profundamente en territorio egipcio. Además, Moscú pensaba romper las relaciones diplomáticas con Israel en el caso de que este país no acatara la orden de suspender las hostilidades.

Cuando el 5 de junio los rusos decidieron quedar al margen, la guerra estaba ya decidida desde el primer día.

Y es que no sólo la aviación egipcia había sido destruida, sino que las fuerzas terrestres israelíes habían aniquilado las más importantes posiciones adversarias y marchaban lanzadas hacia el interior de Egipto.

Poco después de la súbita y fulminante ofensiva aérea, los israelíes ordenaron el avance de sus tropas acorazadas y motorizadas; no disponían de infantería a la antigua usanza, como los egipcios. Todos los infantes iban montados en vehículos.

El general Gavish mandaba las fuerzas del frente sur; le apoyaba el Cuerpo acorazado norte a las órdenes del general de las tropas acorazadas, Israel Tal. Este grupo de combate tenía la misión de cortar la franja de Gaza en su extremo

meridional y luego volver hacia el sur para aniquilar a los egipcios. Entre esas tropas egipcias también se encontraba el Ejército de liberación palestino al mando de Achmed Shukeiri, un político que atizaba desenfrenadamente el odio contra Israel. Su Ejército de liberación constaba sólo de voluntarios y no estaba dotado de armamento ruso, sino chino.

Aparte de la destrucción de esas tropas enemigas en la franja de Gaza, el Cuerpo acorazado de Tal tenía la misión de conquistar El Arisch. La aviación israelí había destruido los aparatos egipcios en los aeródromos de la zona norte, pero en ellos las pistas eran aún utilizables y no faltaba el combustible. Los aviones israelíes debían pues servirse de dicha base; las fuerzas terrestres judías estaban muy seguras del triunfo. Luego, Tal, con el apoyo de los aparatos con base en El Arisch, marcharía hacia la costa en dirección a El Kantara, en el canal de Suez.

El grupo de combate central iba al mando del general de la reserva Abraham Joffe. Varias unidades también estaban formadas por reservistas. Esos hombres se conocían casi todos en la vida civil, incluidos jefes y oficiales; era frecuente el tuteo, se llamaban por sus nombres de pila.

Joffe, que fuera del Ejército era director general del Departamento de Protección de la Naturaleza, tenía orden de avanzar hasta Ismailía, junto al canal de Suez, pasando por Abu Agueila, Kuseima y Bir Gafgafa. Una vez tomada Kuseima, parte de sus efectivos tendrían que dirigirse al sudoeste y apoyar al grupo de combate sur mandado por el general de las tropas paracaidistas Ariel Sharon. Este grupo, partiendo del desierto del Neguev y Eilath, avanzaría dividido en dos cuñas de ataque sobre el Kuntilla y Ras en Nagb, para establecer contacto en A'Temed y luego, rebasando E'Nachl, avanzar paralelamente a la "antigua ruta de los peregrinos africanos" hacia el noroeste hasta llegar al canal ante la ciudad de Suez.

Al mismo tiempo, un comando de la Marina salía de Eilath hacia la zona sur del golfo de Akaba para adueñarse de Scharm el Scheik. Si el comando naval lograba su objetivo, el punto clave del estrecho de Tirana sería al mismo tiempo atacado desde el aire por las tropas paracaidistas. Luego, una vez alcanzado el canal de Suez, una unidad del grupo de combate sur avanzaría junto al litoral del desierto del Sinaí para conquistar Scharm el Sheik, en apoyo de las relativamente débiles fuerzas paracaidistas y de la Marina.

La potencia de los grupos de combate era completamente distinta y no se denominaban batallones, regimientos o divisiones, como es normal en casi todos los ejércitos. Los israelíes organizan sus grupos de combate a modo de elementos prefabricados; las unidades, según las necesidades de la campaña, se intercambian, ensamblan, dividen o se amplían, y también se pueden disolver sin la menor dificultad.



"Dayan es personalmente muy valiente y famoso por haber dirigido siempre a sus tropas poniéndose a la cabeza de las mismas. Cuando era jefe del Estado Mayor participó personalmente en el asalto de represalia contra el puesto jordano de policía de Scharafa, en agosto de 1956. Con un hombre como él a la cabeza, el Ejército israelí no tuvo gran dificultad en desarrollar un espíritu ofensivo." Así escribe el general Burns, militar canadiense al servicio de la ONU, estacionado en Palestina desde 1954 a 1957. Cuando, ante la presión de la opinión pública, Dayan fue llamado por el primer ministro Eschkol el 1.° de junio de 1967 para formar parte del gabinete, todas las señales indicaban ya el comienzo de la tormenta. El pueblo, y sobre todo el Ejército, confiaban en el "vencedor del Sinaí". Desde la guerra de los seis días se convirtió en la personalidad más popular en Israel.

Una brigada, por ejemplo, se compone de varios batallones acorazados y de infantería o de paracaidistas. Y a propósito de éstos: en el Ejército israelí Zahal es obligatorio para los jefes y oficiales, sin tener en cuenta el arma a que pertenezcan, la edad o la graduación, un entrenamiento completo como paracaidista; desde el ministro de Defensa, el jefe de Estado Mayor hasta

las reservas, no hay jefe ni oficial que no haya recibido una instrucción completa como paracaidista.

Además, dichas brigadas contaban con baterías de artillería, unidades de zapadores y transmisiones, y también grupos de reconocimiento de extrema movilidad. La intendencia estaba muy bien organizada y reducida al mínimo, disponiendo de un gran número de vehículos de transporte, casi todos particulares, llamados a filas con sus propietarios o conductores. Las columnas de abastecimiento israelíes resultaban muy fáciles de reconocer: había en ellas camionetas Volkswagen de reparto al servicio de panaderías, camiones volquetes de empresas constructoras, autocares de empresas de viajes y grúas de propiedad de talleres de reparación de automóviles.

Este refuerzo de los vehículos de la intendencia militar al principio de la guerra permitió a éstos una libertad de movimientos en el municionamiento de las unidades de modo que éstas disponían de todo para tres días de acción. No fue necesario reponerles de nada hasta el cuarto día de lucha. Sin embargo, los soldados israelíes no desaprovecharon el abundante material encontrado en los depósitos de intendencia egipcios.

De acuerdo con la misión que tenían asignada, las brigadas eran incorporadas a diversos grupos de combate. El sector medio del frente al mando de Joffe sólo se componía al principio de una brigada, porque el resto de los efectivos prestaban apoyo al sector meridional. Las brigadas gozaban de relativa autonomía porque los jefes divisionarios no tenían mando absoluto al estilo normal, sino que eran más bien coordinadores, y las divisiones se llamaban así porque no dejaban de ser "partes" de todo un sector del frente de batalla.

Este despliegue tan poco ortodoxo de las fuerzas se complementaba con lo que sucedía en los mandos. Los jefes cambiaban a menudo de unidad, según las necesidades de la contienda, sin que jamás surgiera el menor contratiempo por este motivo. La distribución de fuerzas se ajustaba a las necesidades siempre cambiantes de las operaciones; a veces, los efectivos de ciertas unidades llegaron a alcanzar el doble del normal, porque en el Ejército israelí no hay lugar para las unidades relativamente superfluas que hayan de ser "arrastradas" por el conjunto.

Ni que decir tiene que semejante flexibilidad en los esquemas tácticos requiere un mando de extraordinaria movilidad, una constante acción ofensiva y un servicio de reconocimiento rápido y eficaz, y además gran capacidad de resolución e iniciativa desde los mandos superiores al último soldado.

Todo eso estaba ya previsto en la organización y adiestramiento del Ejército israelí. Esta desviación de las tácticas normales son del todo imprescindibles porque Israel sólo puede llevar una clase de guerra: la ofensiva que, al mismo tiempo, ha de ser "relámpago".



El general Hod, al ser preguntado sobre las causas de tan rápida victoria, habló de un "trabajo de planificación de dieciséis años":

"Puede decirse que hemos vivido, dormido y hasta comido con el plan. Hemos trabajado sin descanso hasta la ultimación del mismo."

Según las previsiones del Alto Mando, Israel no podía llevar una guerra que durase más de una semana. Y para lograr el triunfo, Israel nece-

Dos fotografías de Jael Dayan: cuando tenía diecisiete años, de uniforme, recibió su instrucción militar en 1956, después de la crisis de Suez. En la segunda fotografía, aparece vestida con ropas civiles después de la guerra de los seis días, en la que participó como oficial del servicio israelita de información. Destinada a una división antes del comienzo de la guerra de los seis días, Jael Dayan escribió en su diario: "Subimos al jeep *y atravesamos nuestros campos de minas, dirigiéndonos hacia los muros amarillos de la ciudad nabatea. El sol se ponía y los restos de la cúpula de una iglesia bizantina despedían sus últimos reflejos. ¿Debía arrodillarme para rezar? ¿Y qué debía pedir? Creo que en este momento me di cuenta de que deseaba la guerra, pero no podía admitirlo. No deseo la guerra por la excitación que entraña, ni por la victoria que se pueda conseguir, sino como única salida de una situación que se ha vuelto insostenible; es la guerra, no para matar, sino para no ser matado. A primeras horas del viernes se me comunicó que mi padre había sido nombrado ministro de Defensa. Trato de permanecer lo más objetiva posible, pero no puedo dejar de notar que este nombramiento ha causado una transformación positiva en todas partes. Los oficiales y los soldados parecen sentirse más tranquilos y aliviados. Ahora saben que su espera ha valido la pena. Aunque no es muy justo poner al general Dayan en conexión con la decisión de empezar la guerra —algunas personas afirman que la guerra ya había sido prácticamente declarada con el bloqueo del golfo de Eilat—, todo el mundo tiene la sensación de encontrarse en el sitio más justo y de que pronto ocurrirá algo. Me tumbé durante unas horas en mi tienda, durmiendo, y cuando se puso el sol ya lo sabía. Nadie me dijo que la guerra había empezado. Me cambié las botas y busqué una nueva cantimplora. En el almacén de aprovisionamiento había cosas que nos habían faltado hasta ahora y pedí que me dieran un saco de dormir y una cartera de mapas. Me volví a quitar mis dos anillos —un zafiro y un sello griego—, así como la pulsera de oro. Me probé el casco; era molesto y pesaba mucho. A las 8.15 del 5 de junio lo jugamos todo a una sola carta. Lo que para cualquier otro país hubiera significado una simple derrota, para nosotros habría sido la destrucción total. No podíamos perder la guerra y sobrevivir, y cuando avanzamos hacia el oeste, cada cual era consciente de esto. Algunos lo sentían por su propia razón y por un cierto sentido para la historia, pero otros sólo lo notaban con el primitivo pero poderso instinto de la autoconservación."*

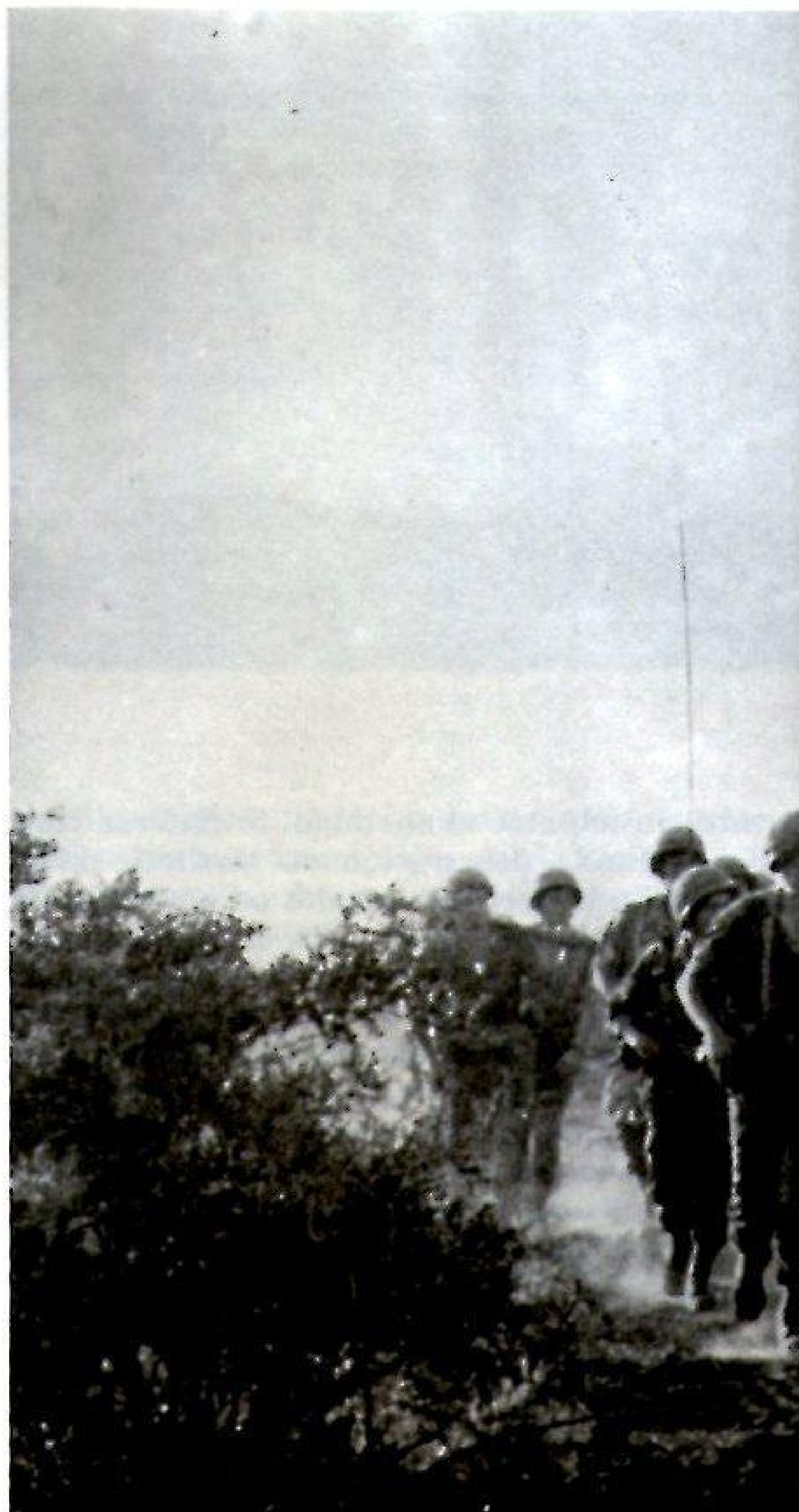


sitaba anticiparse al enemigo. Si éste realizaba una profunda penetración en territorio israelí significaba la derrota. Las dos columnas acorazadas jordanas que destruyó la "aniquilada" aviación israelí, según el mariscal Amer, eran las encargadas de llevar la ofensiva fatal a territorio enemigo. Su objetivo consistía en apoderarse de la "cintura" de Israel, es decir, la franja de cien kilómetros que se extiende desde la frontera jordana a la costa mediterránea que en algunos puntos sólo es de veinte kilómetros de anchura y ésta no es distancia para una poderosa cuña acorazada.

Por eso Israel no sólo se vio obligada a anticiparse a los movimientos del enemigo, sino a llevar una guerra total. Durante el conflicto la economía quedó absolutamente paralizada. Todos los medios de transporte se consagraron a la guerra. La mayor parte de los obreros, empleados, funcionarios, técnicos, médicos, enfermeras, etc., contribuyeron directamente al esfuerzo bélico. Israel es quizá el único país del mundo en que la mujer se halla sometida al servicio militar obligatorio.

Por tanto, una guerra debe ser corta, pues de lo contrario se desmorona el frente interior. No dispone de reservas, pues todos sus elementos hu-

Tras la destrucción de las fuerzas aéreas enemigas, las tropas terrestres israelíes ya no podían ser detenidas por nada. Superiores en decisión de lucha y en técnica, resultaron victoriosas en todos los frentes. Un soldado israelí recuerda: "Marchamos hacia adelante, andando o sentados sobre los tanques, disparando y luchando, al mismo tiempo que escuchábamos por nuestros transistores la retransmisión de la sesión de la ONU en Nueva York. A veces podría haberse vuelto uno loco con la cantidad de tonterías que se dijeron allí. Otras veces, lo que se decía al mundo desde Nueva York parecía grotesco. Y a pesar de todos aquellos discursos, nosotros continuamos luchando. Porque nuestra realidad era la guerra del desierto y no la batalla oratoria que se libraba en la ONU." Otro soldado israelí dijo: "En esta ocasión no se trata de obtener la paz con los árabes, sino de nuestra propia existencia. Por eso no hemos de preocuparnos por un futuro lejano. Lo único que nos importa es lo que ocurrirá en cada momento. La paz mundial no me importa en absoluto si para conseguirla debe dejar de existir Israel." La certeza de estar luchando por la existencia de su patria hizo que los soldados israelíes lucharan apasionadamente.



manos se hallan comprometidos en la suprema tarea de asestar un único y decisivo golpe al enemigo.

El plan resultó de acuerdo con lo dispuesto por el mando, y los tres grupos de combate del sector meridional alcanzaron sus objetivos. Cuando llegó el ultimátum acordado por el Politburó moscovita, los cien mil hombres del Ejército nasseriano en el Sinaí ya no tenían salvación. En el plan se habían destinado para ello cuarenta y ocho horas e igual período para alcanzar el canal, consolidar Scharm el Sheik, y ocupar Jerusalén y Jordania occidental. También resultó esta parte del plan.

Las tropas israelíes desplegadas en el desierto del Neguev, tras el frente de batalla, debían intervenir en el caso de un contraataque egipcio, pero fueron retiradas al segundo día de la campaña y enviadas a la frontera jordana, donde la guarnición era escasa, y en seguida se les confió la misión de tomar Jerusalén.

Esta ciudad cayó en poder de los judíos el jueves día 7 de junio de 1967. En dicha jornada el resto de los carros de combate egipcios, factor todavía a considerar, se encontraba en el paso de Mitla, como en 1956, que sería ocupado por los paracaidistas y las vanguardias acorazadas israelíes. A retaguardia de los cercados egipcios se hallaban los carros de combate israelíes que ya apuntaban al canal un día antes de lo previsto por el plan. La guarnición egipcia de Scharm el Sheik había emprendido la fuga ante los paracaidistas israelíes, y las baterías costeras, de las que Nasser había dicho unos días antes que impedirían el paso de los barcos judíos por el estrecho de Tirana, estaban servidas ya por los artilleros de la Marina israelí.

En la franja de Gaza huían a la desbandada los soldados del Ejército de liberación palestino ante el formidable martilleo de los cañones israelíes desde los naranjales. La ciudad de Gaza ha-



bía caído el día antes. Toda la franja era un hermoso campo de ruinas chinas. Armas destrozadas, latas de conserva con inscripciones en chino y en inglés: "Arroz con pollo" y entre las naranjas verdes las "palabras del presidente Mao" y los escritos de Ho Chi-minh sobre la "guerra de liberación popular" eran levantados por las explosiones de las granadas.

Mientras esto sucedía, los israelíes se lanzaron al ataque en el frente jordano y en Jerusalén. Tras los resonantes triunfos alcanzados en Egipto, no temían ya un segundo frente. De las faldas del monte Sión llegaba el fragor de la batalla, del huerto de Getsemaní emergían negras humaredas y por la carretera hacia Belén retumbaba el estrépito de las orugas de los carros de combate.

Al principio, los árabes lucharon con tenacidad, pero los israelíes tenían en Jerusalén la clásica ventaja de las "líneas interiores". Los enlaces para las transmisiones y la intendencia eran muy cómodos para los judíos, los cuales podían concentrarse en un solo y potente ataque, mientras que los jordanos no sabían por dónde se realizaría la ofensiva principal israelí, y así hubieron de desperdigar sus fuerzas al sur, este y norte de la ciudad.

La Jerusalén jordana fue cercada por el norte y por el sur. El grupo de ataque del sur avanzó en dirección al convento de los benedictinos que se alza en una colina próxima, a través del valle del Cedrón y al oeste del huerto de Getsemaní, por el sepulcro de María hasta el monte Olivete. El grupo norte lo hizo por la puerta del Almendro, que durante muchos años fue la única puerta abierta entre la parte judía y árabe de la ciudad. Pasando ante el Museo Rockefeller y la Puerta de Herodes marcharon por la carretera de Jericó hasta enlazar con el grupo sur en la Puerta de San Esteban. Y desde el este, los soldados israelíes siguieron la Vía Dolorosa, el camino de la Pasión de Jesucristo, abriéndose camino hacia el interior de la ciudad.

Su objetivo era el Muro de las Lamentaciones, los treinta metros que restan del muro del Templo de Salomón, el centro de la judería del mundo entero. La lucha fue encarnizada y llena de nerviosismo. Cada uno de los soldados quería ser el primero en llegar al Muro de las Lamentaciones. Muchos de ellos cayeron a causa de los disparos de sus propios camaradas. Testigos oculares de la batalla relataron luego que los árabes se retiraron de prisa ante el violento ataque de los israelíes. Marchaban en tropel al aproximarse al Muro de las Lamentaciones, ajenos a todo cuanto sucedía a su alrededor.

"En las colinas que rodean la ciudad se veían cadáveres por todas partes, sobre todo de mujeres y niños. Los soldados acudían en tromba, unos sangrando de las heridas, algunos apoyados en sus compañeros, otros disparando sobre los jordanos y muchos llorando sin avergonzarse de ello.

"En las calles se hacinaban los prisioneros jordanos, con los brazos levantados por encima de la cabeza. Los israelíes corrían en dirección a la plaza Mezquita de Omar y se detenían para echar una mirada al Muro de las Lamentaciones. Allí se cubrían las cabezas con pañuelos, periódicos y con todo lo que encontraban, y se detenían ante el muro, como si de pronto desapareciese el mundo que les rodeaba.

"Muchos soldados se acordaron luego de los gigantescos sillares del muro y reconocieron de pronto que habían alcanzado el objetivo que tanto soñaron sus antepasados. En ese cálido día, todo se desarrolló tan de prisa, que nadie había encontrado tiempo de prepararse para el acontecimiento."

Jerusalén, por la que tanto se había luchado en vano desde 1948, había caído en esta ocasión en manos de los israelíes en una sola jornada de combates, y para siempre, según juraron los israelíes.

Al mismo tiempo que el asalto a la antigua Jerusalén se iniciaba la batalla en toda la extensión de la frontera jordana. Sólo unos cuantos aviones y carros de combate del rey Hussein y contadas unidades del Ejército iraquí trataron de ofrecer cierta resistencia. El grueso de las fuerzas jordanas, sobre todo la aviación y las tropas acorazadas, habían sido aniquiladas el día anterior, o sea, el primero de la campaña. Bastaron cuatro días para que los israelíes alcanzaran las riberas del Jordán en todos sus puntos. Una vez allí se detuvieron, puesto que estaba logrado su objetivo.

También la reducida Flota de guerra israelí había sido lanzada a la batalla. Unas unidades de esta Flota cometieron un error que hizo cundir la alarma en Washington.

A las 14.05 un barco espía, *Liberty,* pasaba a diecisiete millas náuticas del minarete de El Arisch. El buque llevaba en los archivos secretos de la Marina la designación de *Elint Liberty* (Elint significa *electronic intelligence,* o sea, espionaje electrónico). Con las tres gigantescas y sensibles antenas podía captar mensajes a una distancia de ciento sesenta kilómetros. El barco llevaba un equipo completo de traductores, técnicos y oficiales del Cuerpo de transmisiones. Tenían la misión de captar y descifrar todos los mensajes de los Ejércitos israelí y egipcio de la zona del Sinaí. El buque dependía de la CIA y operaba con independencia.

De pronto aparecieron en el firmamento dos Mirage israelíes, dieron unas pasadas en torno a la nave y, por fin, la atacaron con bombas, cohe-

tes y armas ligeras. Luego se presentaron tres submarinos israelíes y obligaron al barco a que se identificase, pero no hubo respuesta. Todo el mundo se acordó de la leyenda del barco fantasma. Los submarinos israelíes abrieron fuego sobre el buque sospechoso. Un marinero apareció en cubierta, corrió hacia una pieza de grueso calibre y disparó contra los submarinos. Tras un breve intercambio de proyectiles, uno de los sumergibles lanzó dos torpedos contra el *Liberty*, uno de los cuales abrió un gran boquete en el costado de la nave, que escoró peligrosamente hasta que la tripulación reparó los daños en poco tiempo, evitando la pérdida del barco.

De pronto el *Liberty* izó en el palo mayor una bandera norteamericana, una de esas enormes banderas que normalmente se utilizan para celebrar la fiesta nacional. Los atacantes habían creído tener ante sí un buque egipcio y ahora se percataban de haber hostigado a un barco estadounidense.

Los israelíes quedaron consternados. Aquella mañana el comandante de la VI Flota les había comunicado que no había ningún barco norteamericano en las cercanías de la costa. ¿Acaso el que habían atacado no se negó a identificarse? Sólo cuando se hubo aclarado todo supieron los israelíes el carácter especial de dicho barco y el secreto que le rodeaba.

"¿Necesitan ustedes ayuda?", preguntó el comandante israelí de la flotilla de submarinos. Esta vez la respuesta del *Liberty* no se hizo esperar: "¡Váyanse ustedes al diablo!" Los israelíes se disculparon por el error cometido, que había costado la vida a treinta y cuatro marinos norteamericanos.

Las consecuencias dramáticas de este asunto se manifestaron a miles de kilómetros: en la Casa Blanca. Poco después de las nueve llegó a Washington la noticia del incidente. El mensaje era muy breve: "Un buque norteamericano ha sido atacado y averiado en el Mediterráneo."

El presidente Johnson se reunió con George Christian en la sala de reuniones, a la que llegaron sin tardanza McNamara y Dean Rusk. El mensaje cayó como una bomba.

"¡Ya ha sucedido lo que tanto temíamos!", exclamó el presidente. Desde el comienzo de las hostilidades una cosa tenía muy preocupados a los políticos norteamericanos. ¿Qué ocurriría si un buque ruso atacaba a una unidad de la VI Flota? El ataque a un barco perteneciente a una gran potencia por otro, aun impremeditadamente, podría ser la chispa que provocara un conflicto armado y tal vez una guerra nuclear entre las dos primeras potencias mundiales.

McNamara, Rusk y Johnson estaban convencidos de que el barco norteamericano había sido

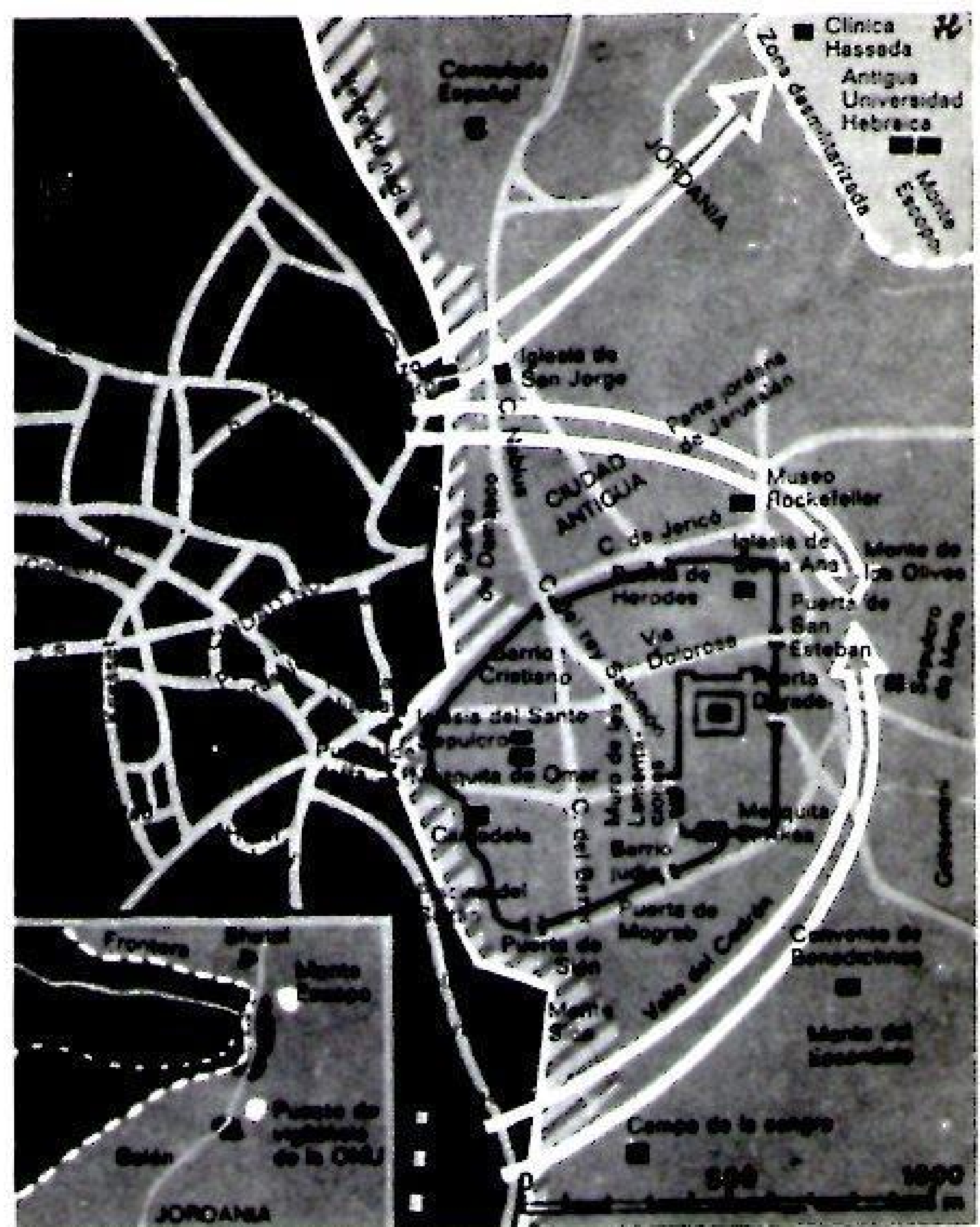


IMAGEN SUPERIOR: Conquista de Jerusalén. Las tropas israelitas han rodeado el sector jordano (la ciudad vieja) desde dos partes, en forma de tenaza (1 y 2), apoderándose al mismo tiempo de la zona desmilitarizada, con el monte Escopo (3).

IMAGEN DE LA DOBLE PAGINA SIGUIENTE: Paracaidistas israelíes ante el objetivo santo de los judíos, el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén.

"Nos encontramos en la montaña desde la que se divisa la ciudad vieja. Pronto estaremos en la ciudad. Es la ciudad vieja de Jerusalén, aquélla por la que suspiraron y soñaron tantas generaciones. ¡Paracaidistas, a Jerusalén!" El coronel Mordechai Gur ordenó el ataque contra la Ciudad Santa. En su diario de guerra se dice: "Eran las diez y cinco cuando, de pronto, un paracaidista que junto con su unidad había penetrado en la ciudad vieja por la puerta del León, gritó: 'El muro de las Lamentaciones; muchachos, estoy viendo el muro de las Lamentaciones. ¡Es el muro de las Lamentaciones!' Sus compañeros, con el rostro lleno de polvo y la barba sin afeitar, lloraron como niños pequeños. Algunos besaron el muro y otros introdujeron una nota, en la que exponían sus deseos, por entre las grandes piedras del muro. Comenzó entonces una verdadera emigración hacia el muro de las Lamentaciones. La gente arriesgaba su vida, pasaba sobre campos minados con el fin de llegar a los Santos Lugares para rezar. El ministro de Defensa de Israel, Moshe Dayan, que se encontraba allí, declaró: 'El Ejército israelita ha liberado hoy la ciudad de Jerusalén. Hemos unido de nuevo a la dividida Jerusalén, la capital de Israel. Hemos regresado al más santo de nuestros lugares para no abandonarlo nunca.' El ministro de Defensa también introdujo una nota entre las piedras del muro. Su deseo era: '¡Que la paz se haga sobre toda Israel!' El primer ministro Levy Eschkol declaró ante el muro de las Lamentaciones: 'Me considero como el enviado de muchas generaciones de nuestro pueblo que suspiraron por Jerusalén.'





agredido por sumergibles rusos. Según los que estuvieron presentes en la sala de conferencias, aquellos fueron los momentos más trágicos y alarmantes de la crisis de junio. ¡Los soviéticos habían atacado a los yanquis! Johnson se volvió y pronunció con lentitud:

"—Nuestro país ha entrado en guerra en dos ocasiones con motivo de agresión a nuestros barcos. La primera fue el *Maine* y la segunda el *Lusitania.* Tal vez nos hallemos ahora ante la Tercera Guerra Mundial."

Al mismo tiempo las pantallas de radar de los buques rusos en el Mediterráneo registraban multitud de señales correspondientes a las unidades de la VI Flota que acudían a castigar a los agresores del *Liberty.* En la Casa Blanca reinaba una actividad nerviosa y febril. Las fuerzas armadas estadounidenses debían hallarse en estado de alerta, incluso las bases de misiles. ¿Sería en realidad la guerra?

El tiempo transcurrido inmediatamente después de la recepción del mensaje llevaba una enorme carga de tensión.

Pero no tardó en llegar un segundo telegrama, esta vez enviado por el Gobierno israelí, en el que manifestaba al presidente de los Estados Unidos que se había atacado por error un barco norteamericano por el aire y por mar. Se disculpaban por el lamentable incidente que había ocasionado víctimas. El presidente Johnson recibió una sorpresa mayúscula; habría comprendido un ataque ruso o egipcio contra el *Liberty,* pero, ¿israelí? Apenado por las bajas sufridas por la dotación y los daños ocasionados al buque, Lyndon B. Johnson no dejó de lanzar un suspiro de alivio. Si los rusos no habían atacado, entonces no habría guerra.

Mientras tanto se perfilaba otro peligro. Sin duda informarían los barcos soviéticos a Moscú del paso de docenas de aviones norteamericanos en dirección a la península del Sinaí. Los rusos debían ser tranquilizados de inmediato. Por primera vez utilizaron los yanquis la línea caliente. Walter Rostow y Robert McNamara redactaron un mensaje a toda prisa. De este modo supo Kosyguin que los israelíes habían atacado por equivocación a un buque norteamericano en aguas mediterráneas. Y en seguida despegaron de los portaaviones varias escuadrillas para acudir en defensa del barco agredido. Pero su misión era puramente defensiva, o sea, que en modo alguno hostigarían a las unidades navales soviéticas desplegadas en el Mediterráneo ni a las fuerzas egipcias que luchaban en el Sinaí.

Para convencer a los rusos, Johnson mandó añadir el texto del mensaje enviado por el Gobierno israelí. No tardó en llegar la respuesta del Kremlin aceptando la explicación norteamericana. El incidente quedaba totalmente zanjado.

Entretanto, Nasser había enviado un mensaje desesperado a sus amigos del Kremlin. El Ejército egipcio estaba casi totalmente destruido y en el desierto del Sinaí se hallaba en curso uno de los encuentros entre unidades acorazadas más grandioso del mundo.

Nasser rogó encarecidamente a Kosyguin que hiciera todo lo posible para concertar un alto el fuego. Egipto no podía resistir más; si no ocurría pronto algo, los israelíes estarían en disposición de rebasar el canal de Suez y conquistar Egipto.

Kosyguin comprendió la gravedad de la situación. Y, sin andarse con formalidades diplomáticas, se dirigió al presidente Johnson por medio de la línea caliente o teléfono rojo, redactando el siguiente escrito: "Debe usted exigir a los israelíes que cesen las hostilidades. Es necesario que entre en vigor inmediatamente el alto el fuego. Ya no podemos consentir más que los israelíes mantengan la agresión."

Johnson respondió en seguida a su colega diciéndole que no tenía tanto influjo sobre Israel como imaginaba, pero aseguró que haría cuanto estuviese en su mano para que el Consejo de Seguridad adoptara la resolución de decretar un inmediato alto el fuego en el Cercano Oriente.

El embajador soviético Fedorenko exigió la pronta convocación del Consejo de Seguridad. En la reunión, los Estados Unidos apoyaron plenamente la reclamación soviética y, tras corto debate, se aprobó la petición. Se comunicó a ambos bandos que a las veinte horas del 8 de junio tendrían que interrumpir las hostilidades so pena de incurrir en graves sanciones. Israel fue el primero en acatar la orden emanada del Consejo de Seguridad. Al fin y al cabo, habían alcanzado los objetivos propuestos. La península del Sinaí estaba en sus manos, la gran batalla de carros tocaba a su fin en su propio beneficio; las fuerzas acorazadas egipcias quedaban aniquiladas. Scharm el Sheik estaba en poder de los judíos y sus barcos podían navegar libremente por el golfo de Akaba y utilizar el puerto de Eilat. Jerusalén, al cabo de más de dos mil años, volvía a ser judía. El salmo milenario había perdido validez para los israelíes: "Que mi mano diestra se seque si te olvido, Jerusalén."

También se había culminado la ocupación de Jordania occidental. Las tropas jordanas, incluida la famosa Legión Arabe, las mejores tropas del bando enemigo, huían desmoralizadas por el Jordán. Belén, Samaria, Nables y Ramalah eran ya israelíes.

El rey Hussein se puso al habla con su delegado en las Naciones Unidas para que comunicase a la asamblea general que aceptaba la orden de alto el fuego. Lo hizo justo a tiempo, pues su

trono vacilaba. Otra vez se hallaba en marcha una conjura, urdida por los militares amigos de Nasser; ni ellos ni el pueblo sabían nada de la trágica equivocación del mariscal Amer y ambos imputaban a su monarca la culpa de la derrota.

Y entonces se produjo un hecho singular: todos menos Egipto aceptaron la resolución de las Naciones Unidas. Los delegados de Egipto exigían la retirada de Israel de las zonas egipcias ocupadas, pues de lo contrario Egipto continuaría la lucha. En este caso también ofuscó a Nasser el deseo de no perder su prestigio antes que considerar la dura realidad y sus consecuencias.

Los dirigentes israelíes estaban ocupados en resolver un agudo e importante problema: Siria.

Siria había contribuido en gran manera a desatar la crisis. Al enviar a territorio israelí a los comandos de Al-Fatah hizo que aumentase la tensión y fue Siria más que ningún otro Estado árabe el que más odiaba a Israel. Desde hacía diecinueve años que venía hostigando a los *kibbutzim* establecidos cerca de sus fronteras. Fue el país menos perjudicado por la derrota de 1948 y, además, salió muy bien parado de las luchas de 1956. ¿Saldría bien librado otra vez, para seguir destruyendo y matando? Desde el principio de la guerra los sirios no cesaban de disparar contra los *kibbutzim* de Galilea con su artillería. También los carros de combate y las fuerzas terrestres sirias perpetraron una furibunda ofensiva contra el *kibbut* Dan retirándose seguidamente en cuanto los israelíes respondieron con un vigoroso contraataque. Desde entonces prosiguieron el fuego artillero desde sus inexpugnables fortalezas montañeras, lanzando toneladas de proyectiles sobre las localidades del valle.

Eschkol y sus ministros se pronunciaban por una ofensiva de gran estilo contra Siria, pero Moshe Dayan no era de la misma opinión por una serie de razones. Antes que nada, Dayan recordaba la compaña de 1956 y el asunto de Port Said. Cuando esta ciudad fue ocupada por franceses y británicos, el cónsul soviético aconsejó a los sirios: "Ríndanse y luego continúen luchando, pero no firmen ninguna capitulación."

Dayan ignoraba que los egipcios gestionaban el armisticio. "¿Qué ocurrirá —se preguntaba el ministro— si los egipcios se niegan a concluir el armisticio a pesar de nuestra rotunda victoria en el Sinaí? Entonces nos veríamos obligados, tal vez por mucho tiempo, a mantener un poderoso ejército en el frente egipcio y, por otra parte, no dispondríamos de efectivos suficientes para iniciar una ofensiva en el frente sirio. Tal vez pudiésemos llevar refuerzos al lugar y en el tiempo precisos, retirándolos del sector norte, más tranquilo. Pero, ¿qué sucedería si Egipto y Siria no aceptan el armisticio y tenemos que dividir nuestros ejércitos en dos para cubrir frente alejados uno de otro por varios centenares de kilómetros?"

Los miembros de la Junta de Defensa se reunieron bien entrada la noche del 8 al 9 de junio. Siria no sería atacada. Todo parecía indicar que se libraría de la suerte corrida por Jordania y Egipto.

Dayan había pasado la noche del jueves en su catre de campaña en el centro de operaciones. Se levantó a las seis de la mañana y solicitó de inmediato las últimas noticias. Un colaborador le mostró el telegrama más importante recibido aquella noche: Egipto aceptaba poner fin a las hostilidades. Esto variaba fundamentalmente la cuestión. La decisión de Nasser alejaba el temor de una guerra interminable. Dayan decidió actuar con rapidez:

"—¿Dónde está Jizhak Rabin?"

El jefe del Estado Mayor se hallaba ausente. El general Weismann tampoco estaba allí.

"—¡Póngame en comunicación con Dado! —el comandante en jefe del grupo de combate norte así llamaba a David Elazar."

Dayan obtuvo la comunicación; mientras tanto llegaron informes de que los sirios intensificaban el fuego artillero sobre varias localidades de Galilea.

"—Dado, tienes vía libre. Apodérate de la llanura siria —le dijo Dayan.

"—¿De toda? —preguntó en tono incrédulo.

"—Sí, de toda —le respondió Dayan."

El propio Nasser había dado la orden de respetar el alto el fuego; quería tomar sobre sí la responsabilidad de la derrota y dimitir. Su sucesor sería Zakaria Muhieddin, un hombre de clara tendencia pro occidental. Nasser hizo saber al pueblo su decisión por la radio y la televisión. El periodista francés Rouleau, judío, escribió lo siguiente:

"Vimos y escuchamos a Nasser por la televisión. Su semblante reflejaba la tempestad que agitaba su espíritu. Parecía completamente aniquilado. Hablaba con voz temblorosa y equivocándose muchas veces al leer. Anunció que se retiraba de la vida política. Nos hallábamos en el piso doceavo de una construcción muy elevada y, de pronto, oímos un sordo retumbar, como si se avecinase una tormenta; pero eso era imposible, porque el día no podía ser más hermoso y radiante.

"Nos asomamos al balcón y vimos a multitud de personas que salían de las casas y a mucha gente asomada en ventanas y balcones. Bajamos a la calle. El crepúsculo vespertino se abatía sobre la capital, que en poco más de media hora se vería envuelta en las sombras. El espectáculo que se ofrecía a la vista era algo insólito. La gente salía de todas partes gritando y llorando, en pi-



Gustav Däniker escribe: "Sólo quien haya mirado hacia las alturas sirias desde el valle del Jordán podrá comprender los sentimientos que animaban a la población del norte de Israel. Hacía decenios que desde aquellas alturas se lanzaban ataques por sorpresa contra los colonos judíos. Pero allí reinaba una situación verdaderamente insostenible desde el desgraciado trazado de fronteras de 1948, que concedió las alturas a los sirios y el valle a los israelitas. Desde aquellas alturas, que se elevan hasta novecientos metros sobre el nivel del mar, las aldeas israelitas, los campesinos, el ganado, las granjas y a veces hasta las ciudades, fueron bombardeadas con artillería y fuego de mortero. No se disparaba sistemáticamente, sino a breves intervalos de tiempo; la muerte y la destrucción podían extenderse en cualquier momento sobre los habitantes del valle, como consecuencia del odio que los árabes sentían por ellos. De vez en cuando moría un colono o quedaba destruida una casa. A los bombardeos se unían los



actos de sabotaje. Teniendo en cuenta las posiciones que ocupaban los sirios quedaban descartadas desde el principio las acciones de represalia a pequeña escala. Se tenían que ocupar todas las alturas, ésa era la única solución." Así ocurrió durante las últimas luchas de la guerra de los seis días. Las alturas sirias fueron ocupadas y a partir de entonces Israel no quiso devolverlas. La amenaza que se había extendido sobre los habitantes del valle debía acabar de una vez para siempre.

jama y con los pies desnudos, las mujeres en camisón, también había gran cantidad de niños, todos como acongojados por una pena inmensa:

"'Nasser, Nasser, no nos abandones, te necesitamos.' Este era el vocerío que tomamos por el fragor de una lejana tormenta. Las mujeres se arrojaban al suelo, como las plañideras de la antigüedad o las campesinas del Alto Egipto.

"He recorrido casi todo el mundo, pero jamás había visto a un pueblo tan apenado, presa de un dolor tan exaltado; al principio no me lo explicaba. Y, de pronto, El Cairo adquirió el aspecto de una colmena agitada con un palo. Centenares de miles de personas recorrían las calles y nuevas oleadas salían de las viviendas, decididas a todo.

"Tres densas oleadas se precipitaban sobre El Cairo. La gente gritaba: '¡A la Embajada yanqui, hemos de pegarle fuego, los norteamericanos han provocado la dimisión de Nasser!' No se profirió una sola amenaza contra Israel.

"La segunda oleada era una especie de asamblea nacional, pues la radio había dicho que los diputados se reunirían para decidir si aceptarían la dimisión de Nasser o no. En torno al edificio del Parlamento decenas de miles de personas gritaban: '¡Nasser, Nasser!' Si algún diputado se acercaba mucho al público, le cogían del brazo y le decían: '¡Si no votas para que Nasser no se vaya, cuando salgas te mataremos!' De la multitud surgían todo género de amenazas: 'Ya conocemos a esos tipos. Nasser nos ha llamado al Parlamento para que no haya trampa en los votos, pues ellos son los primeros en traicionarle.'

"En realidad, tras el anuncio de la retirada de Nasser, muchos diputados, entre ellos el vicepresidente de la Cámara, se habían apresurado a telegrafiar a Zakaria Muhieddin felicitándole. El empleado de la ventanilla, funcionario pusilánime, dijo al vicepresidente de la asamblea nacional: 'Usted es un traidor; no quiero saber nada de este telegrama.' Pero el vicepresidente, que daba la cosa por hecha, le espetó: 'Voy a llamar a la policía para que te detenga, por haber desobedecido al nuevo presidente de la República.' Sin embargo, el agente que acudió al punto se negó a arrestar al funcionario.

"La tercera oleada, de casi medio millón de personas, se congregó en la inmensa avenida de casi ocho kilómetros que se extiende desde las afueras de la capital hasta la quinta residencial del presidente en Machiat el-Bakre. Durante toda la noche la multitud bloqueó los accesos a la residencia para velar por Nasser y cuidar de que al día siguiente acudiese a la asamblea nacional y se retractara de su abdicación.

"Fue una noche muy agitada. En Port Said toda la población se reunió en la calle para ponerse en marcha hacia la capital, para tratar de

conseguir que Nasser no se retirase. El gobernador de la ciudad, ante los micrófonos que comunicaban con los altavoces esparcidos por toda la urbe, hizo saber a la población que si abandonaban Port Said, los israelíes la ocuparían sin tardanza. Por ello les invitó a permanecer en sus hogares, para contribuir a su defensa si llegara el caso; pero un grupo representativo podría dirigirse a El Cairo. En Tanta quedó vacía la ciudad. A la mañana siguiente muy temprano millares de hombres, mujeres y niños se pusieron en marcha hacia la capital, adonde llegaron al día siguiente, después de caminar durante toda la noche. ¿Cómo podría describir el aspecto que presentaba El Cairo? Millones de personas venidas de todos los rincones de Egipto para suplicar a Nasser que continuase en su puesto."

Nasser se quedó. Al día siguiente comunicó a la Asamblea Nacional que retiraba su dimisión, no sólo porque así lo deseaba el pueblo, sino porque se hallaba en curso una conspiración de los militares. El mando del Ejército ya no apoyaba a Nasser. El Rais sólo disponía de su escolta personal en la que se podía fiar. No se sabe si en realidad Nasser pensaba dimitir como presidente, tal como lo había anunciado. Sin embargo, era cierto que se trataba de una conjura militar, instigada al parecer por el mariscal Amer, antiguo compañero de Nasser. Se sabe que Nasser se dirigió con su reducida escolta hacia el Ministerio de Defensa en El Cairo, donde estaba el nudo de la conspiración. Nasser consiguió que toda la oficialidad le apoyase. Luego celebró con Amer una entrevista a puerta cerrada de dos horas de duración. Al día siguiente el mundo supo con estupefacción, por medio de la prensa, la radio y la televisión, que el mariscal egipcio Amer se había suicidado en su domicilio de El Cairo.

Por entonces, Israel había alcanzado ya sus objetivos militares en Siria. En durísimos combates y con las más fuertes pérdidas de toda la campaña, los soldados del Zahal se habían lanzado a la conquista de las escarpadas alturas sirias al este del valle del Jordán. Conquistaron la ciudad



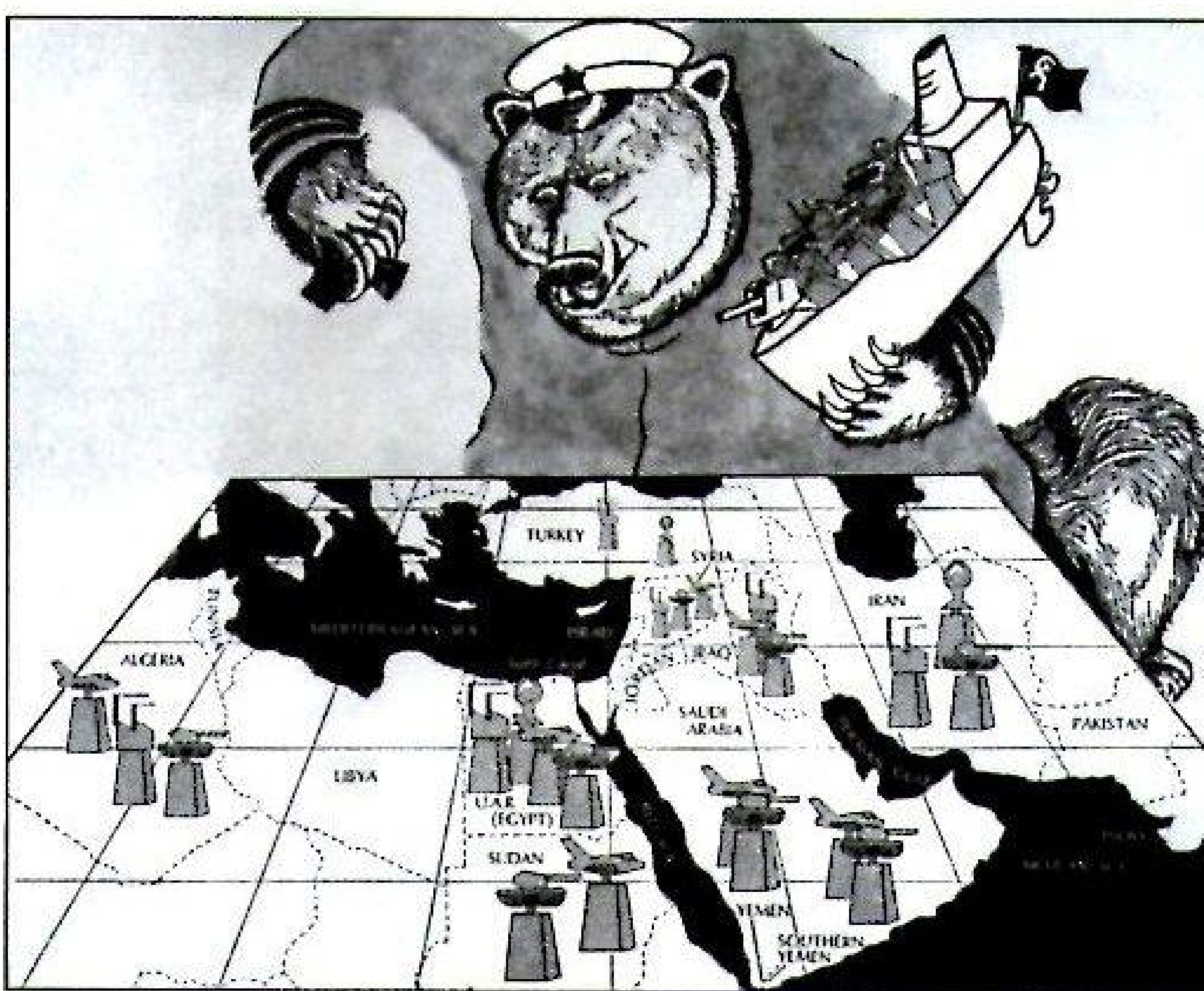


IMAGEN IZQUIERDA: "Moshe Adolfowitch Dayan." En una publicación satírica rusa se representa el parche del ojo de Dayan en forma de calavera de las SS, presentando al héroe nacional de Israel como a un segundo Adolf Hitler. Aprovechando sin miramiento alguno el conflicto árabe-israelí para sus propios propósitos políticos, la URSS se puso claramente al lado del nacionalismo árabe. Peter Meyer-Ranke escribe: "El desarrollo de las relaciones entre Moscú y Nasser es un buen ejemplo del éxito que ha alcanzado la política a largo plazo practicada por los soviéticos, con la concentración de armas y rublos. Después de muchas dudas y reveses, cuando Kruschev efectuó su largo viaje por Egipto en mayo de 1964, pudo contar a Nasser entre sus amigos y aliados. La visita del jefe del Estado soviético había sido acordada desde 1958, pero Kruschev tuvo que esperar seis años antes de convencerse de que en Nasser no tendría a otro Duce, sino a un faraón rojo que había dirigido a Egipto por el camino del socialismo y de la colaboración con Moscú. La concesión a Nasser de la Orden de Lenin y del título de Héroe de la Unión Soviética no se entregaba a un comunista, o a un Fidel Castro árabe, sino a un hombre que, en opinión de Moscú, había encontrado el camino correcto y creado las condiciones indispensables para conseguir una nación egipcia comunista."

IMAGEN DERECHA: "El oso ocupado", caricatura del Life *norteamericano sobre la creciente actividad de la URSS en el Mediterráneo. Willy Guggenheim escribe acerca de ello en el* Schweizer Weltwoche: *"En contraposición con la Europa central, donde una transformación de los dispositivos militares no representa un peligro inmediato, porque las fronteras entre*

de Kuneitra y la altiplanicie que sigue a ésta, situándose a sólo cincuenta kilómetros de Damasco, la capital de Siria.

En la mañana del 10 de junio Nasser se encontraba ocupado en El Cairo en su lucha con los sublevados; los dos teletipos de la línea caliente que funcionaban en el Kremlin comunicados con otros en la Casa Blanca iniciaron su rítmico tecleo. Kosyguin deseaba negociar personalmente con el presidente Johnson. Lo que Kosyguin quería decir, aparte de referirse a los dramáticos acontecimientos del primer día de la campaña, era una directa amenaza de guerra. El Gobierno soviético exigía categóricamente el cese de la agresión israelí contra Siria. Ya no amenazaba solamente con la ruptura de las relaciones diplomáticas, sino con las hostilidades. Aquel mismo día los judíos debían poner fin a la contienda o, de lo contrario, el Ejército ruso acudiría en ayuda de Siria. El invencible Ejército rojo aplastaría a los agresores.

La situación era realmente delicada.

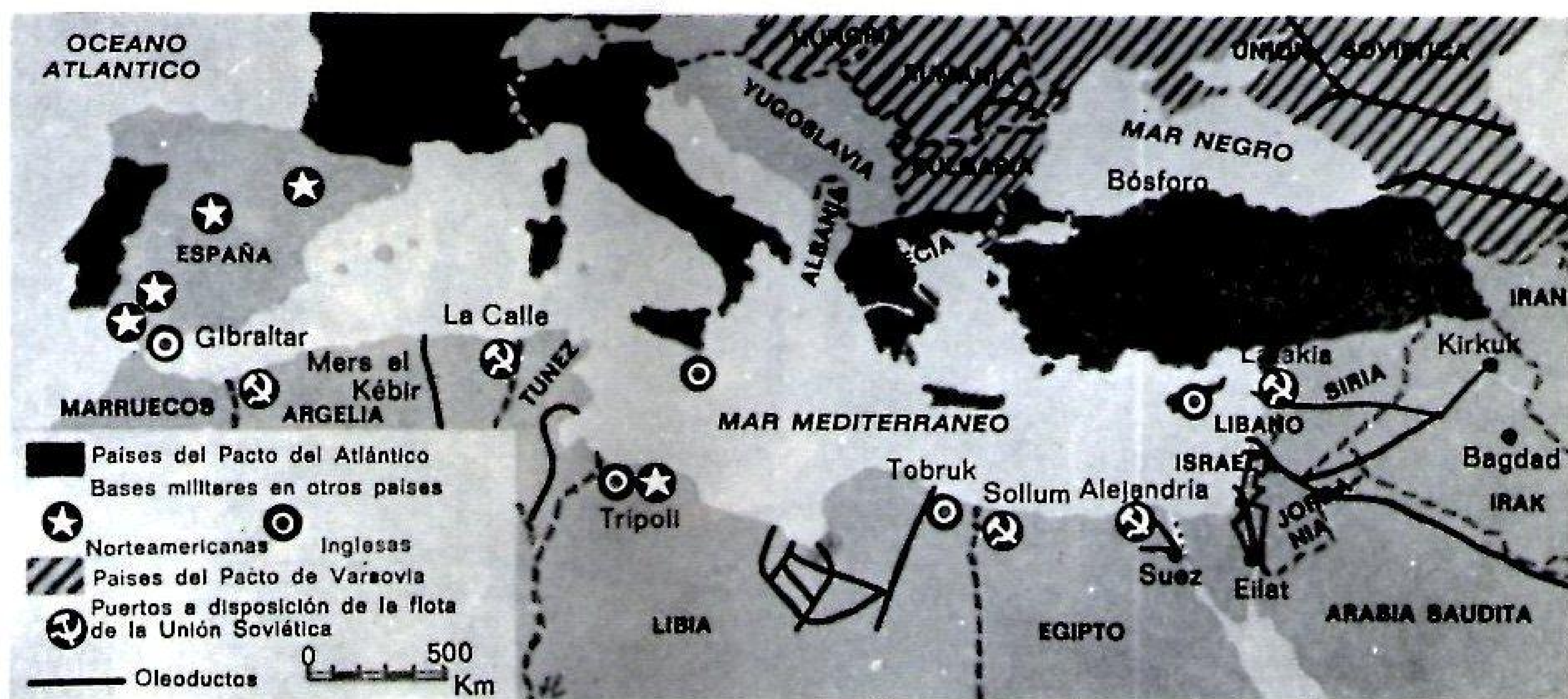
A las diez y media se inició la sesión en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. El delegado soviético en el Consejo de Seguridad trató de obtener la correspondiente resolución.

El delegado norteamericano, Goldberg, rogó a su colega israelí Raphael que se reuniera de inmediato con él. Washington le envió el texto del ultimátum soviético. "La situación es de suma gravedad —manifestó Goldberg al israelí—. Dentro de poco el delegado soviético comunicará a la asamblea que su país intervendría militarmente en Siria, si los israelíes no interrumpen su penetración en el país. Todos saben que los Estados Unidos se han comprometido a defender a Israel y supondrán que nos retiramos ante el ultimátum soviético. Es necesario pues que usted declare ante la asamblea que su país está dispuesto a aceptar el armisticio."

El embajador Raphael estaba consternado:

"—¿Cómo puedo hacer tal cosa? ¡No tengo instrucciones de mi Gobierno en tal sentido!

"—Entonces debe actuar bajo su propia res-



ambos bloques están perfectamente delimitadas, las orillas del Mediterráneo que pertenecen a países de la OTAN, y especialmente las del Cercano Oriente, forman una zona intermedia en la que, según las reglas de juego de la 'coexistencia pacífica' se puede desarrollar una amarga lucha. El objetivo de este peligroso juego no es sólo el petróleo y el dominio estratégico de Africa, sino que se trata más bien de amenazar el flanco sudoriental de la OTAN, y la seguridad de la Europa occidental. Esta tesis sobre la importancia política de la presencia rusa en el Mediterráneo tuvo un alto grado de probabilidad hasta el 21 de agosto. Pero a la vista de la tragedia de Praga debemos preguntarnos si el propósito de Rusia es el de "mostrar la bandera" en el Mediterráneo, aspirando a conseguir ventajas políticas, o se trata más bien de neutralizar a la Flota norteamericana, haciendo imposibles acciones como el desembarco de los marines *norteamericanos en el Líbano, en 1958. No obstante, muchos indicios nos inclinan a pensar que el Kremlin imagina de forma muy distinta el papel de su flota en el Mediterráneo. Miles de consejeros soviéticos controlan ya los Ejércitos de Siria, Egipto y Argelia. El último grito de las fuerzas armadas soviéticas ha sido la creación de unidades de fusileros de Marina, que son verdaderas tropas de intervención, que cruzan el Mediterráneo en portahelicópteros." Por ello, no es raro que hasta algunos nacionalistas árabes antioccidentales hayan llegado a temer a estas tropas rusas de intervención, porque, ¿quién garantiza a los árabes que estas tropas no serán utilizadas algún día contra un Estado árabe que, en opinión de Moscú, haya abandonado el camino correcto, como le ocurrió a Checoslovaquia?*

ponsabilidad —le contestó Goldberg—. No hay un minuto que perder."

En aquel instante avisaron a Raphael de que le llamaban por teléfono. Un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de Tel Aviv estaba al otro extremo. Comunicó a Raphael que el general sueco Bull, jefe de la comisión de la ONU negociadora del armisticio, había fijado la hora del alto el fuego para las 18.30 hora local, las 12.38 hora de Nueva York.

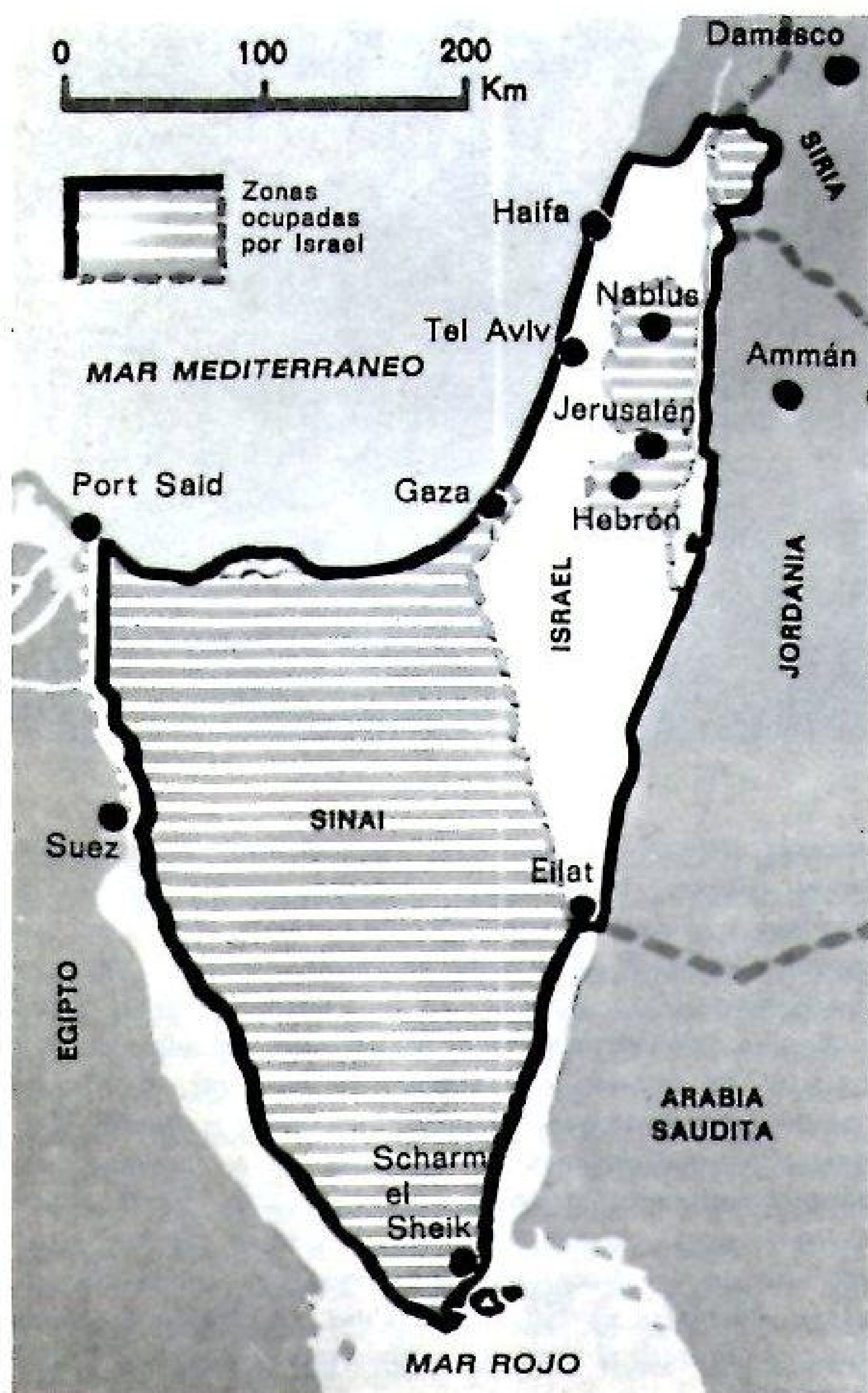
Raphael consultó su reloj. Eran las diez en punto. Todavía quedaban dos horas y media. Decidió cargar con la responsabilidad y volvió a la sala donde se hallaba reunida la asamblea.

Aun cuando el delegado soviético Fedorenko había conseguido que su resolución figurase en el orden del día, Hans Tabor, el presidente danés de la asamblea, concedió el uso de la palabra al israelí. Este declaró que su país estaba dispuesto a respetar la decisión de la ONU. Y añadió:

" —Y puesto que aceptamos el armisticio, me parece que queda lo suficiente aclarada la cuestión que figura en el orden del día, formulada por el señor delegado de la Unión Soviética."

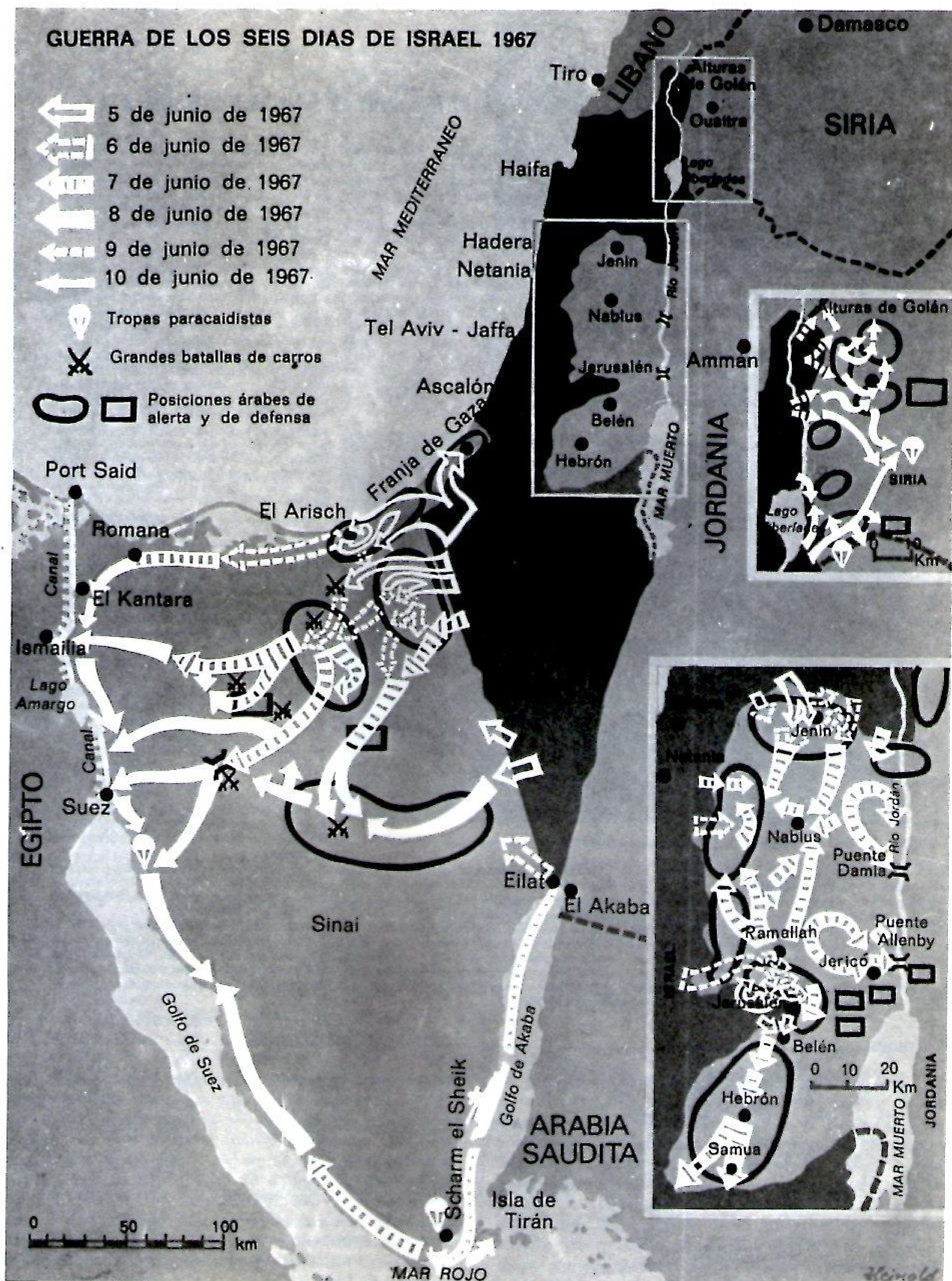
Fedorenko se irritó. Raphael, en unión del presidente de la asamblea, Tabor, le habían arrebatado un triunfo diplomático. Su desencanto aparecía bien manifiesto y Raphael no le dio tiempo a reaccionar. Con bien estudiado tono de admiración dijo a Fedorenko: "El delegado de la Unión Soviética parece desilusionado por la noticia del fin de la guerra."

PAGINA DERECHA: Las operaciones militares de Israel en la guerra de los seis días. ABAJO, IZQUIERDA: Los territorios árabes ocupados por Israel. ABAJO, DERECHA: El "trazado de fronteras" es el mayor problema para encontrar la paz entre árabes e israelitas. Mientras que Israel habla de una "frontera segura", los árabes exigen la retirada incondicional de los israelitas de los territorios ocupados. La opinión pesimista de Ben Gurion es la siguiente: "Si tuviéramos que elegir entre la paz y la anexión, nos retiraríamos inmediatamente de todas partes, excepto de Jerusalén. Sin embargo, conozco demasiado bien a los árabes. Quien aún crea en la posibilidad de esta elección no es más que un loco."





Le Pelley in The Christian Science Monitor


GUERRA DE LOS SEIS DIAS DE ISRAEL 1967
5 de junio de 1967
6 de junio de 1967
7 de junio de 1967
8 de junio de 1967
9 de junio de 1967
10 de junio de 1967
Tropas paracaidistas
Grandes batallas de carros
Posiciones árabes de alerta y de defensa
MAR MEDITERRANEO
LIBANO
SIRIA
Damasco
Tiro
Haifa
Hadera
Netania
Tel Aviv - Jaffa
Ascalón
Franja de Gaza
Jenin
Nablus
Jerusalén
Belén
Hebrón
Río Jordán
MAR MUERTO
JORDANIA
Amman
Alturas de Golán
Quneitra
Port Said
Romana
El Arisch
El Kantara
Ismailia
Lago Amargo
Canal
EGIPTO
Suez
Sinai
Eilat
El Akaba
Golfo de Suez
Golfo de Akaba
ARABIA SAUDITA
Scharm el Sheik
Isla de Tirán
MAR ROJO
0 50 100 km
Alturas de Golán
SIRIA
Lago Tiberíades
Km
Jenin
Nablus
Puente Damia
Río Jordán
Ramallah
Puente Allenby
Jericó
Belén
Hebrón
Samua
0 10 20 Km
MAR MUERTO
JORDANIA

Frank Giles sprach mit König Hussein:

«Freie Hand für Freiheitskämpfer»

Frank Giles: *Ihre Majestät haben schon manche gefährliche Situation sicher überstanden. Wie sehen Sie, aufgrund Ihrer Erfahrung, die heutige Lage im Nahen Osten?*

Hussein: Es ist die schlimmste Zeit, die ich je durchmachte. Ich bin sehr bedrückt. Die Lage verschlechtert sich zusehends, einen friedlichen Ausweg sehe ich kaum mehr. Die Stimmung in Israel ist gefährlich. Ganz offensichtlich ist es den Israelis heute gleichgültig, was die Welt von ihnen denkt. Sie sind das Opfer ihrer eigenen Stärke geworden.

Glauben Sie, dass Gunnar Jarring trotzdem noch etwas ausrichten kann?

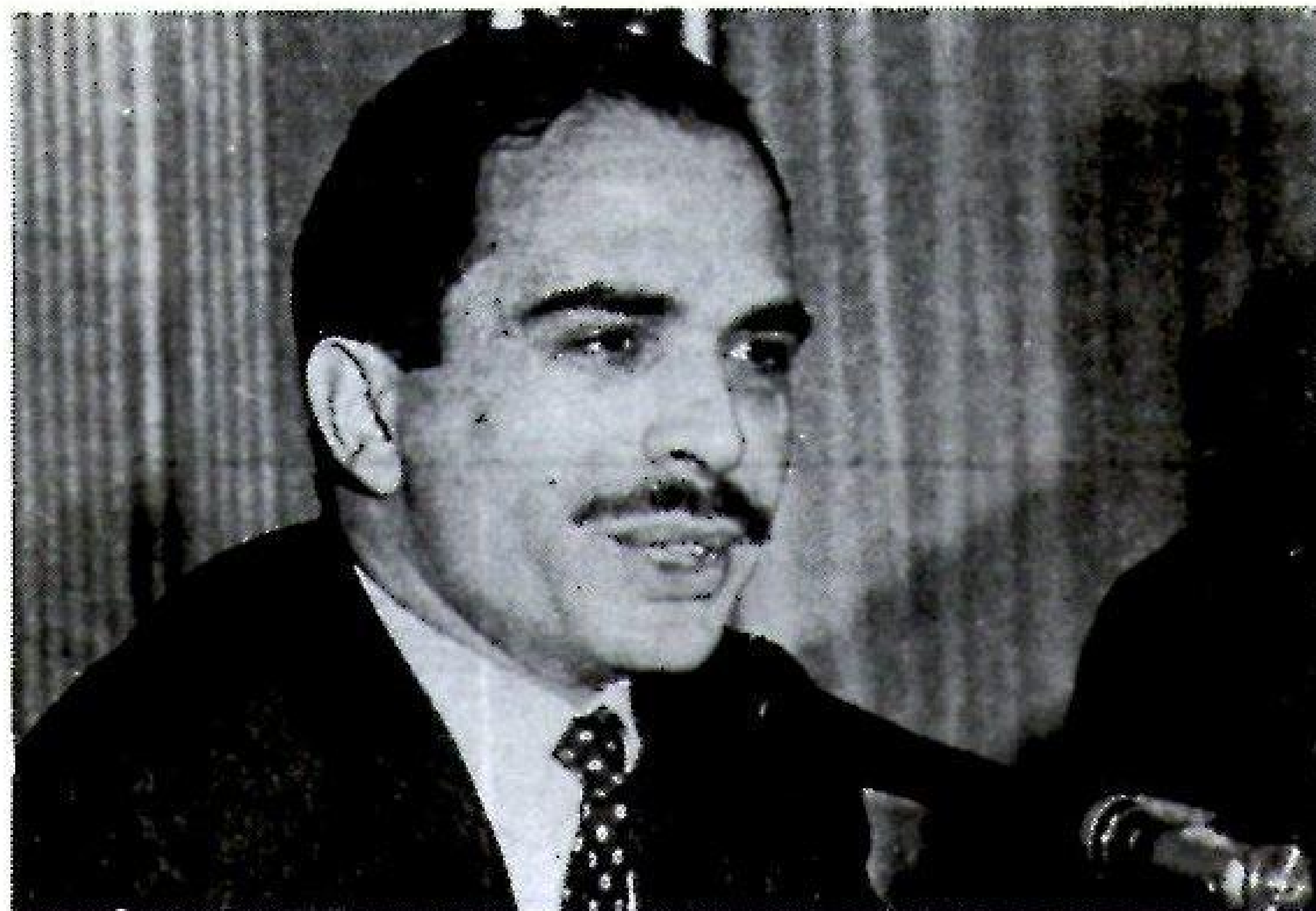
· O ja, vorausgesetzt, Israel akzeptiert die Resolution, die der Sicherheitsrat 1967 einstimmig angenommen hat. Wir Araber haben sie anerkannt, nicht aber Israel. Ich glaube, wenn die Israelis die Resolution anerkennen und den Willen, sie auch tatsächlich zu befolgen, bekunden würden, wären fruchtbare Verhandlungen auf der Basis von Jarrings Vorschlägen möglich.

Was aber will Israel? Es scheint gar keinen eigentlichen Friedensplan zu besitzen; es ist nur entschlossen, am Eroberten festzuhalten. Unter solchen Bedingungen ist ein Friede unmöglich. Und doch läge der Schlüssel zum Frieden in Reichweite, die Israelis müssten nur die Hand danach ausstrecken.

Wie gross ist das Risiko für einen totalen Krieg, wenn kein Friedensabkommen erreicht wird?

Die Gefahr liegt bei den Israelis. In den nächsten paar Jahren werden die Araber nicht den ersten Schlag tun. Die eigentliche Gefahr ist Israel mit seiner militärischen Ueberlegenheit und seiner Aggressivität. Auch hat sich die Stimmung in Israel und in den arabischen Ländern ins Gegenteil verkehrt: vor dem Krieg im Juni 1967 waren die Israelis, das Meer im Rücken, gezwungen, um ihre Existenz zu kämpfen. Jetzt sehen sich die Araber in der gleichen Lage. Sie haben keine Alternative, sie müssen weitermachen. Etwas wie der Geist von Dünkirchen herrscht jetzt unter meinen Leuten und bei allen andern Arabern.

Hat Ihre Regierung formelle oder informelle Beziehungen zu den palästinensischen Freiheitskämpfern, die auf jordanischem Boden ausgebildet werden und von hier aus operieren?



Jordaniens König Hussein: «Das habe ich nicht gesagt.»

Es gibt keine formelle Verbindung. Laut israelischer Propaganda bin ich ein Gefangener dieser Palästinenser, bin ich unfähig, sie im Zaume zu halten, auch wenn ich dies wollte. Das ist nicht wahr. Wahr ist, dass ich sie gar nicht überwachen oder unter Druck setzen *will*.

Sie sind die aktiven Elemente des palästinensischen Volkes, das seit zwanzig Jahren der grösste Leitragende im arabisch-israelischen Konflikt ist. Nach dem Sechs-Tage-Krieg schlossen sie sich zusammen und kämpfen nun, wie es ihr gutes Recht ist, um die verlorene Heimat.

Die Palästinenser bilden nun als organisierte Macht einen neuen Faktor im Nahostkonflikt; sie stehen aber auch für die wachsende Verzweiflung aller Beteiligten.

Sie sollen kürzlich gesagt haben, Sie wären, wenn dies dem Frieden förderlich wäre, bereit, auf die Souveränität über das Westufer des Jordans zu verzichten, wo in der Folge irgendein palästinensischer Staat oder eine «Einheit» aufgebaut werden könnte.

Das habe ich nicht gesagt. Ich kann weder auf das Westufer noch auf die Palästinenser verzichten. Der Gedanke einer «Einheit» ist völlig absurd. Die Araber wollen sie nicht, die Palästinenser wollen sie nicht, es ist nichts als ein israelisches Ablenkungsmanöver. Was ich hingegen bereit bin zu tun, ist — wenn das Westufer dem jordanischen Staat wieder angeschlossen ist — den dort ansässigen Palestinensern ein grösseres Mass an Dezentralisierung zu gewähren.

Die Welt muss begreifen, dass die Völker auf beiden Seiten des Jordans — Westufer und Ostufer — durch gemeinsame Interessen in einer gemeinsamen Sache zu einer geschlossenen Familie geworden sind.

Dann stimmt es also, dass Sie im Grunde gemeinsame Sache machen mit den Freiheitskämpfern?

Noch nicht. Solange auch nur der Schimmer von einer friedlichen Lösung besteht, werde ich mich nach keiner Richtung verpflichten.

In gewissen aussenstehenden Kreisen herrscht die Ansicht, dass Ihr Thron, ja Ihre Person von den Freiheitskämpfern zunehmend gefährdet wird.

Nein. Die Haschemitische Dynastie ist Teil der arabischen Vergangenheit, der Gegenwart und der Zukunft. Es ist dies zwar die schwärzeste Stunde meiner Regierung, aber nicht weil die Dynastie bedroht wäre.

WELTWOCHE 24. 1. 1969

La opinión del rey Hussein en su entrevista con Frank Giles, en la que dijo que, "al parecer, a los israelitas les da igual lo que el mundo piense de ellos", no es totalmente compartida por algunos círculos pro israelitas. Así, por ejemplo, el Times *de Londres escribe lo siguiente, con motivo de haber rechazado Israel la decisión del Consejo de Seguridad de la ONU sobre la situación de Jerusalén: "Las relaciones de Israel con países amigos, como, por ejemplo, Inglaterra y Francia, se verían facilitadas si los israelitas demostraran más a menudo un verdadero respeto por la opinión mundial. Aunque Israel siempre ha afirmado que su principal objetivo consiste en alcanzar la paz con los árabes, ha emprendido una y otra vez ciertas acciones incompatibles con este objetivo. No podemos esperar nunca que Israel esté dispuesta a dividir Jerusalén, pero con su propósito de anexionarse la ciudad, Israel pierde muy buenas oportunidades de llegar a un arreglo." La caricatura de la publicación suiza* Der Nebelspalter *(DERECHA) en la que la ONU pide a Israel que al menos deje a un lado el fusil, muestra lo difícil que es para este país seguir los consejos de la ONU.* *Véase en el Apéndice, pág. 536, la traducción del Documento de ARRIBA.*

16 de noviembre de 1967

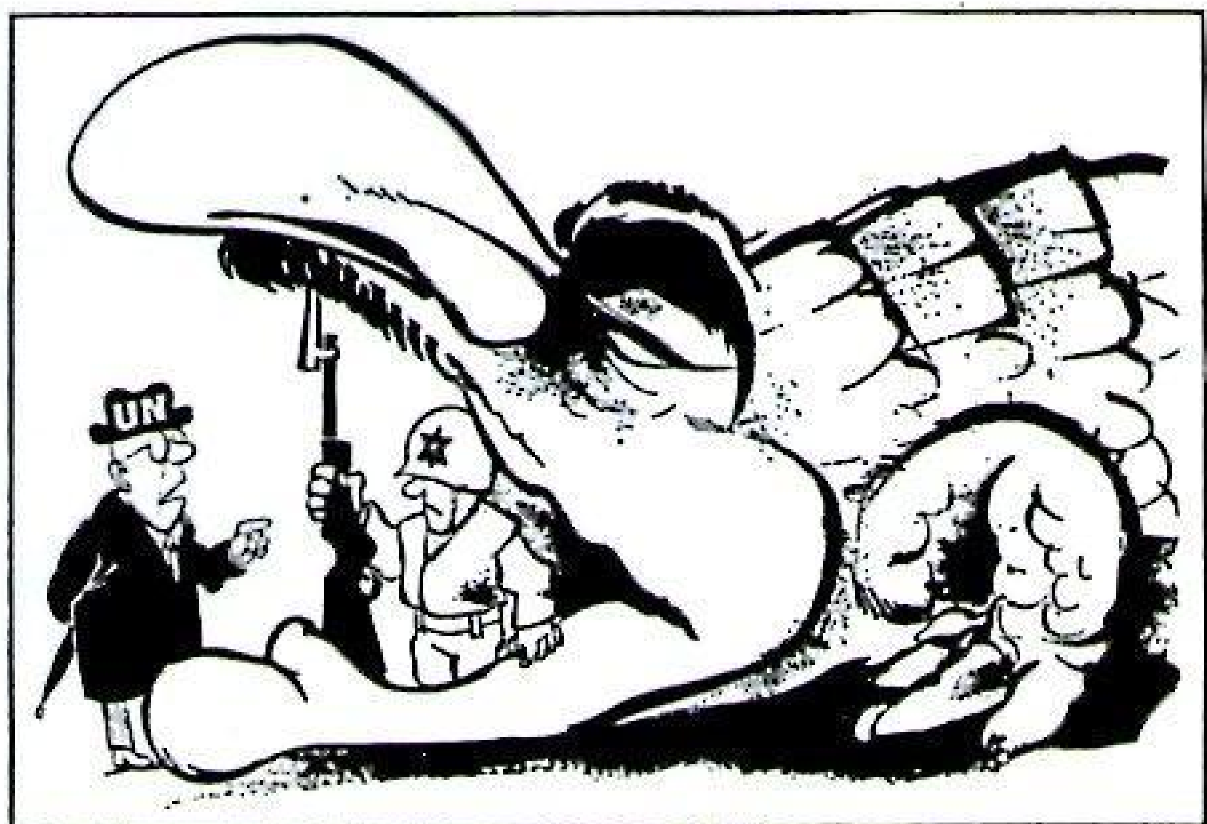
El Consejo de Seguridad continúa su debate sobre el conflicto del Cercano Oriente. El representante británico, lord Caradon, hace circular un proyecto de resolución en el que se exige la retirada de las tropas israelitas de los territorios árabes ocupados, así como poner fin a todo estado de guerra, y reconocer la soberanía, la integridad territorial y el derecho de todos los Estados de la región a vivir en paz dentro de unas fronteras reconocidas por todos. Además, se establece la necesidad de garantizar la libertad de navegación por los estrechos internacionales de la región, así como encontrar una solución justa al problema de los refugiados y garantizar la inviolabilidad territorial y la independencia política de los Estados de la región mediante la adopción de medidas como la creación de zonas desmilitarizadas.

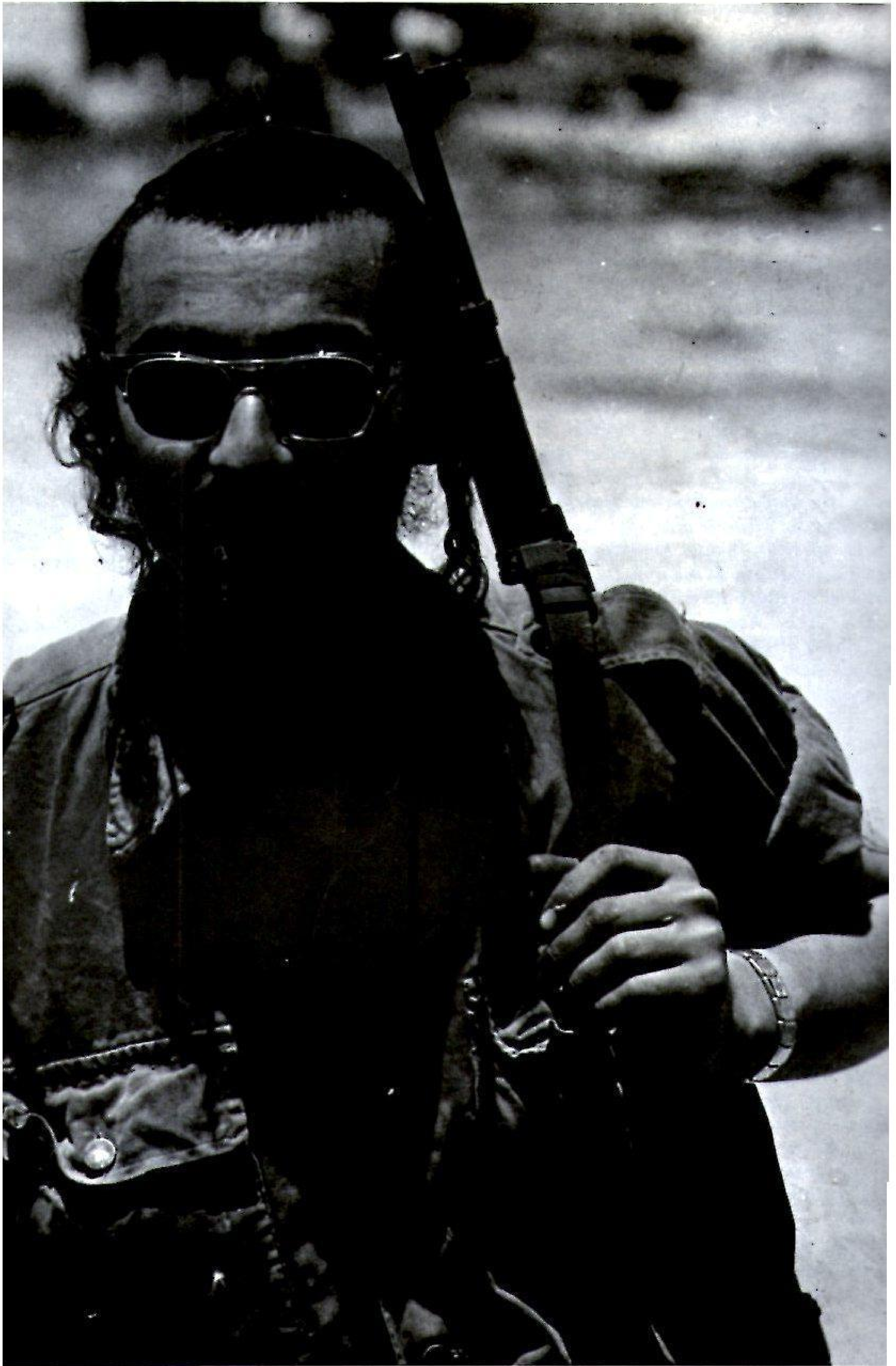
Se pide al secretario general, U Thant, que envíe al Cercano Oriente a un enviado especial. El ministro de Asuntos Exteriores de la República Arabe Unida, Mahmoud Riad, declara ante el proyecto de resolución presentado por Inglaterra, que los árabes nunca aceptarán la situación existente como consecuencia del resultado de la agresión israelita. La única solución posible estriba en una retirada de las tropas israelitas de todos los territorios ocupados. El ministro de Asuntos Exteriores israelí, Abba Eban, hace notar que durante el enfrentamiento armado de junio, Israel actuó por necesidad y que mantendrá las posiciones alcanzadas hasta que se alcance una paz duradera, basada en elementos seguros y reconocidos por todos los implicados en la cuestión. El 20 de noviembre, el representante del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Wassili Kusnezow, presenta un nuevo proyecto de resolución. En él se exige la retirada de las fuerzas militares de los países implicados en el conflicto a sus posiciones de partida del 5 de junio de 1967; el reconocimiento del derecho de todo Estado a su existencia; el reconocimiento de la independencia política y de la integridad territorial de todos los Estados de la región; una regulación justa del problema de los refugiados, y la garantía de libertad de navegación por las aguas internacionales de este territorio. Todos los Estados del Cercano Oriente deben terminar con el estado de guerra y con el rearme. Kusnezow declara que no puede haber paz en el Cercano Oriente mientras las fuerzas militares israelitas continúen ocupando territorios árabes. Los proyectos de resolución presentados por los Estados Unidos, la India, Malí y Nigeria son retirados el 22 de noviembre. Ese mismo día es aceptado por unanimidad el proyecto de resolución presentado por Inglaterra.

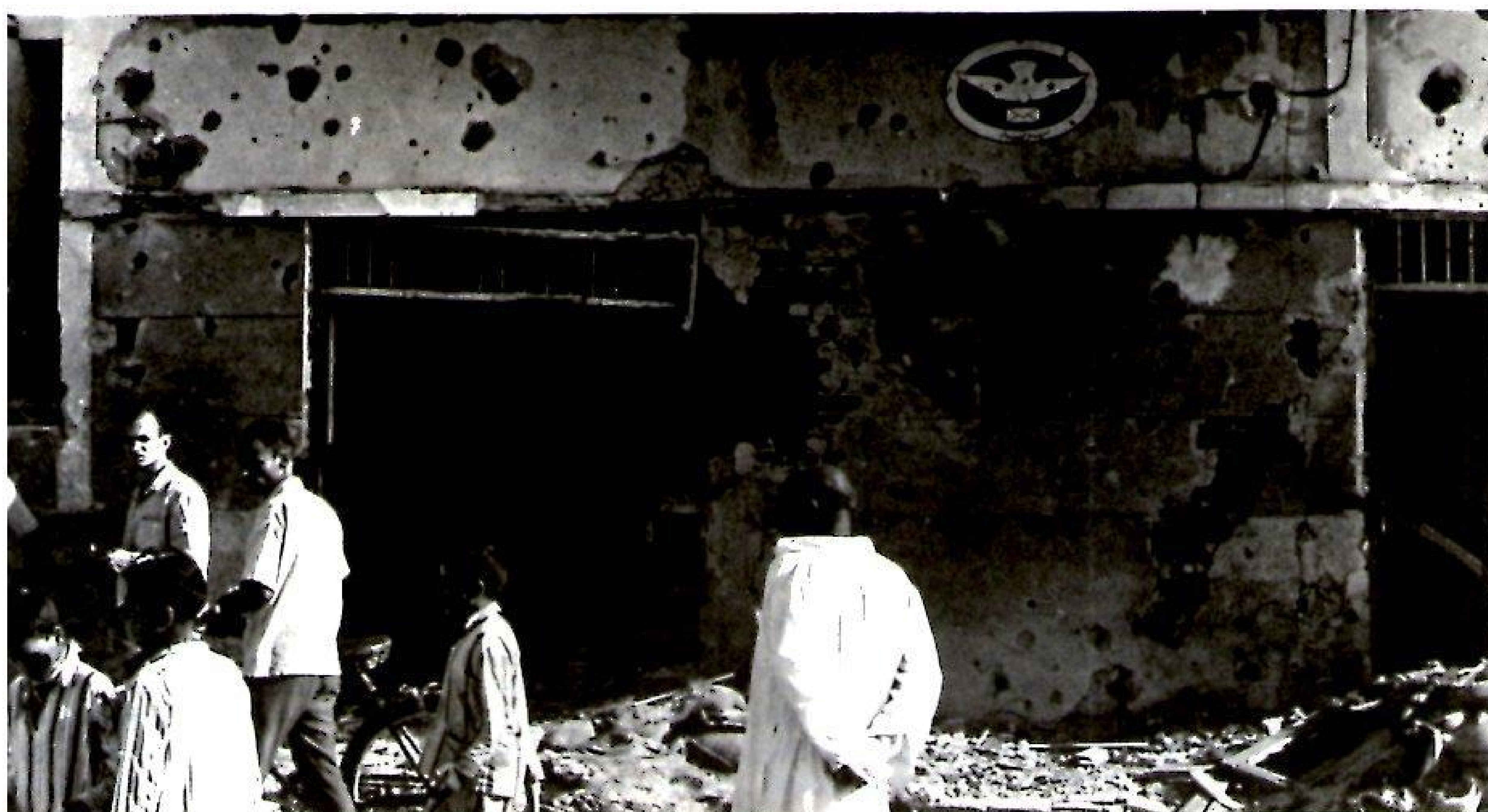
Los debates y resoluciones de las Naciones Unidas sobre el conflicto árabe-israelí se han multiplicado a partir de 1967, sin resultados prácticos para la paz. Israel retiene los territorios conquistados. Sólo acepta negociaciones directas con los países árabes afectados, lo que éstos rehúsan, pues equivaldría al reconocimiento del Estado de Israel.



"Ante el muro de las Lamentaciones", el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York. Hasta ahora, los árabes han clamado inútilmente ante él. Israel no está dispuesta a aceptar cualquier otra solución que no sean las conversaciones directas con los países árabes afectados. "Las negociaciones directas significan el reconocimiento de la existencia física y política, o sea, el reconocimiento de Israel como parte que interviene en las mismas, y eso es precisamente lo que no quiere Nasser. Quisiera recuperar todo lo que ha perdido sin tener que reconocer la existencia de Israel, sin tener que respetar el derecho de Israel a la existencia y la paz. La cuestión de las negociaciones directas no se plantea como procedimiento, sino por principios." Estas palabras de Eschkol, pronunciadas tras la guerra de los seis días, se han convertido en la actualidad en un axioma de la política exterior israelita. Su sucesora, la primer ministro Golda Meir, así como el ministro de Defensa, Dayan, rechazan todas las ofertas de paz que no sean tratadas directamente entre árabes e israelitas. Y mientras no suceda esto, las tropas israelitas no se retirarán de los territorios ocupados.







A LA IZQUIERDA: Soldado israelí, en el desierto de Neguev, días antes del comienzo de la guerra de los seis días. ARRIBA: La destruida oficina de Correos egipcia de Kantara, en la zona del canal, tal como quedó después de los bombardeos israelíes, en setiembre de 1967. ABAJO: Soldado egipcio capturado entre Rafah y El Arish.

El ultimátum de la Unión Soviética, que el enojado Fedorenko blandía en la diestra, no llegó a cumplirse. Ante la asamblea general de la ONU, Rusia no pudo demostrar, sin la menor duda, que estaba dispuesta a ayudar al "pueblo hermano de la República Socialista de Siria" para salvarle de las garras israelíes.

Como se había convenido, las tropas judías cesaron el fuego a las 18.30 en punto en la altiplanicie siria. Todos los objetivos militares habían sido alcanzados en Siria. Desde las abruptas laderas orientales sobre el valle del Jordán la artillería siria nunca más volvería a hostigar los poblados israelíes del llano.

Con este alto el fuego implantado a las 18.30 del 10 de junio de 1967 se terminaba la guerra de los seis días.

Pero no por ello acabó el enfrentamiento de los israelíes con su encarnizado vecino árabe. Completamente derrotado por la pequeña Israel en tan poco tiempo, la derrota del verano de 1967 resultaba más amarga todavía que la humillante del otoño de 1956. En esta ocasión se pudo velar al pueblo el tremendo fracaso, diciendo que Egipto hubo de inclinarse ante la intervención de Francia y Gran Bretaña. Pero ahora, en junio de 1967, no hubo excusa, Israel había ganado la batalla ella sola.

Sin embargo, los israelíes no habían logrado la paz con su gran triunfo. Ahora que se habían

"La alegría de nuestros soldados no es completa y sus cantos de victoria están empañados por la tristeza y el estremecimiento. Los hombres que han actuado en el frente no sólo han visto la fama del vencedor, sino también el precio de la victoria: los camaradas que murieron sangrientamente a su lado. El corazón de nuestros hombres también se ha visto estremecido por el precio terrible que tuvo que pagar nuestro enemigo." Estas palabras fueron pronunciadas por el jefe del Estado Mayor israelita, general mayor Rabin, después de la victoria. "Al principio sólo eran enemigos, seres extraños sobre quienes teníamos que disparar. Después, de repente, vimos acercarse hacia nosotros a un egipcio con la lengua



apoderado de grandes porciones de territorio árabe, éstos sentíanse más irritados y llenos de odio; la propaganda amenazaba con una "cuarta batalla" y una "cruzada" hasta la total destrucción de Israel.

"No podemos consentir una situación como ésta, que no es de guerra ni de paz. Hemos de obligar a nuestros vecinos árabes a que elijan entre el cese del terrorismo contra Israel o la guerra abierta contra nosotros. Esto podemos resolverlo de dos maneras: o efectuar nuestros golpes de represalia en pleno día, con aviones y carros de combate, o pasar la frontera y ocupar las bases de partida de los guerrilleros en territorio enemigo."

Los países árabes se negaban obstinadamente a reconocer la existencia de Israel. Los guerrilleros árabes recibían apoyo cada vez más intenso. Los ataques terroristas y las represalias israelíes agravaban la situación siempre tensa del Cercano Oriente. Los dos bandos rivales se erguían uno frente a otro, bien pertrechados.

¿Daría Moscú vía libre a una nueva ofensiva de altos vuelos? ¿Aspiraría Nasser a tomarse el desquite? ¿Serían capaces de garantizar la paz las dos grandes potencias?

Por desdicha, la tranquilidad entre árabes e israelíes es cosa que no se ve por ninguna parte. Siempre hay enemigos en torno a Israel que nunca dejan de incitar a la guerra.

agrietada por la sed y saliéndole de la boca, que murmuraba 'agua, agua', y de repente descubrimos en él al ser humano, y nos preguntamos si tendría familia. En otra ocasión encontramos junto a los cadáveres fotografías y cartas de El Cairo, de Port-Said, de Alejandría. Así, la guerra nos parecía otra cosa." Estas son palabras de uno de los muchos miles de soldados israelitas que combatieron en el frente. La muerte quita todas las diferencias entre vencedores y vencidos. La muerte de soldados y civiles, que son las verdaderas víctimas de la guerra, deben servir de advertencia a los políticos para conservar la paz por todos los medios.



Cuando en 1950 el presidente Truman ordenó "intensificar la ayuda militar a las fuerzas armadas de Francia y de los Estados asociados en Indochina, y enviar lo antes posible una misión militar para establecer un contacto más estrecho con estas fuerzas armadas", no se trataba de apoyar el colonialismo francés, sino de realizar su política de contención frente a la expansión del comunismo. Su sucesor, el presidente Eisenhower, no cambió en nada esta política de contención, aprobada por todo el mundo occidental, como tampoco lo hicieron los presidentes Kennedy y Johnson. Esta política obtuvo un gran éxito en Europa gracias a la actuación económica y militar de Estados Unidos, junto con la estabilidad interior de cada uno de los Estados europeos.

Sin embargo, cuanto más sólidos eran los frentes en la Europa occidental, tanto más insegura se convertía la situación en el sudeste asiático. Para no ser tachados de colonialistas, en 1954 se retiró la ayuda militar a los franceses y se permitió la división de Vietnam en dos zonas, dejando la parte norte en manos de Ho Chi-minh. Esta concesión a los comunistas debería ser la última. A partir de entonces había que defender todo el sudeste asiático. "Han colocado una serie de piezas de dominó y ahora han derribado la primera", dijo el presidente Eisenhower ante la prensa al comenzar su mandato. "¿Y qué ocurrirá entonces? La última ficha también caerá con rapidez." Con estas palabras nació la teoría del dominó, aceptada también por Kennedy: "En mi opinión, nuestra retirada no sólo significaría el desmoronamiento de Vietnam del Sur, sino de todo el sudeste asiático. Por tanto, permaneceremos allí." Lyndon B. Johnson también pensaba lo mismo. Los comunistas no debían comerse ninguna pieza del dominó.

Sin embargo, Vietnam del Sur empezó a tambalearse y Washington hizo todo lo posible para evitar su caída. El presidente Eisenhower sólo necesitó enviar ayuda económica y militar, así como "consejeros" norteamericanos. El presidente Kennedy ya tuvo que aumentar drásticamente el número de estos consejeros, así como el apoyo material a Diem. Sin embargo, la política de sus predecesores sólo se convirtió en un "amargo final" para su sucesor, el presidente Johnson. No se cumplieron las esperanzas de conseguir, con el derrocamiento de los Diem, un régimen menos autoritario y más democrático en el Vietnam del Sur con el que se pudieran obtener mayores éxitos en el frente político. Tras el asesinato de los hermanos Diem y Nhu, en Saigón reinó la ley de la selva. La situación era más caótica que nunca. En consecuencia, los comunistas multiplicaron sus actividades. Si en el verano de 1963 se contabilizaron un total de 500 acciones militares a la semana, este número había aumentado a 5.000 en abril de 1964.

Ante esta situación de rápido desmoronamiento de Vietnam del Sur, en la que no había posibilidad para Washington de ganar el conflicto en el frente político, el presidente Johnson decidió emprender la política de la escalada militar. Finalmente, más de 500.000 soldados norteamericanos se dedicaron a combatir al Vietcong en el Vietnam del Sur. Los aviones norteamericanos bombardearon noche y día la república de Ho Chi-minh. El "buscar y destruir" se convirtió en la misión principal de los soldados norteamericanos, y el número de los enemigos muertos determinaba el criterio del éxito en la guerra de guerrillas sin frente. Durante cuatro años, Johnson desarrolló una gran escalada en la guerra de Vietnam; los comunistas hicieron otro tanto. En la actualidad se puede decir que esto no representó ningún éxito para Washington. Los comandantes en jefe norteamericanos, generales Harkins y Westmoreland, se equivocaron al igual que Maxwell D. Taylor y McNamara. Clark M. Clifford, sucesor de McNamara, que fue el ministro de Defensa de Johnson durante los últimos meses de su mandato, expresó abiertamente el hecho amargo de la política de la escalada: está condenada al fracaso en Vietnam, dentro de la actual constelación política mundial.

Políticamente, Hanoi y el Vietcong ganaron la guerra en las montañas, bosques y campos de arroz. Gracias a los medios militares que Estados Unidos utilizó en Vietnam sin creer poner en peligro la paz mundial, este país se pudo sostener y no se vio obligado a doblegarse. Lo que quedó fue la política de la desescalada, introducida aún por el propio Jhonson. Su sucesor, Nixon, emprendió una política de "vietnamización" del conflicto vietnamita, aun teniendo en cuenta la posibilidad de que el Vietnam del Sur se perdiera y fuera a parar al campo comunista, cosa que ocurrió durante la presidencia de Gerald Ford.

La guerra en Vietnam

Un mes de plazo – El emperador Bao Dai – El tratado de Ginebra – Protesta solemne – El mayor burdel del mundo – Ngo Dinh Diem – Lucha contra las sectas – No hay elecciones libres – El tío Ho – Dieciséis mil pueblos – Terror selectivo – Ciclistas – La misión Taylor-Rostow – Guerra limitada – Pueblos defensivos – Organización básica de la población – Sí, quemamos el arroz y matamos el ganado – Método oil blot *– Matanza brutal – ¿Ha dicho usted cruel? – Cómo se parecen los cuadros – Gran placer en matar – La batalla de Ap Bac – Libélulas de hierro – Guerra psicológica – Optimismo oficial – San Nicolás detenido – Heridos y muertos – La crisis del budismo – Por fin Quang Duc cayó hacia atrás, y sus piernas ennegrecidas se movieron convulsivamente durante otro minuto – Madame Nhu – Intento de «putsch» – Variaciones en el ámbito personal – Diem y Nhu asesinados – En resumidas cuentas, no tenemos nada que hacer –* The ups and downs of president Johnson's Popularity *(Altibajos en la popularidad del presidente Johnson) –* Credibility-Gap *(Margen de confianza) – No hay estabilidad – Ky y Thieu – La teoría del dominó – Gion Sons – El golfo de Tonkín – Vietnam, banco de pruebas – Política de la escalada – Cada hombre y cada pueblo luchará para destruir a los lobos norteamericanos – Guerra aérea contra Vietnam del Norte – Admirados como selección – Khe Sanh – Laos – Amenaza y* Bullpup *– La ofensiva del Tet – La renuncia de Johnson, uno de los acontecimientos más dramáticos de la historia moderna norteamericana – Desescalada – ¿Qué será del Vietnam? – Desamericanización – Gobierno revolucionario comunista – A París con los bolsillos vacíos – Para expulsar del Vietnam a los intrusos extranjeros – Vencedor en Saigón.*

La encarnizada lucha por la fortaleza de Dien Bien Phu se hallaba en pleno auge, cuando se inició el 26 de abril de 1954 aquella conferencia de Ginebra que señaló el comienzo de la próxima etapa en la historia del Vietnam.

Los asuntos principales que discutieron las cuatro grandes potencias en la citada conferencia fueron: "la cuestión de Alemania", el "problema coreano" y "el asunto de Indochina". En cada caso se trataba de la división efectiva del país involucrado y de qué modo se lograría la reunificación.

Los temas de Alemania y Corea fueron eliminados del orden del día, puesto que la reunificación de tales países no era posible dadas las circunstancias. Ya se hablaría de ello con el tiempo, en el momento que se considerase oportuno.

El 8 de mayo, tras la capitulación de Dien Bien Phu, se iniciaron las negociaciones sobre la cuestión de Indochina. El general norvietnamita Giap había alcanzado la victoria en el momento oportuno. Ahí radicaba precisamente la importancia de la caída de Dien Bien Phu, no en haber sido el "Stalingrado del hombre blanco", sino en su sentido de medio de presión psicológico para entablar negociaciones diplomáticas. Los delegados de las dos Alemanias no debían tomar parte en la conferencia como miembros con igualdad de derechos, aunque se tratara del destino de su país. El representante de Ho Chi-minh, en cambio, no negoció con los cuatro grandes de igual a igual, sobre todo con su enemigo directo, Francia, sino como superior.

Los delegados de nueve países tomaron asiento en torno a la mesa de conferencias desde el 8 de mayo hasta el 1.° de julio: Francia, Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, República Popular China, Camboya, Laos, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. El 3 de julio Francia había concedido a "todo el Vietnam" la soberanía, pero, naturalmente, sólo pensando en el emperador Bao Dai.

De resultas de la caída de Dien Bien Phu se produjo en Francia un acontecimiento de orden interior que afectó a la marcha de la conferencia sobre Indochina. El Gobierno Laniel fue derrocado, celebrándose nuevas elecciones. El radical socialista Mendés-France prometió a los electores que la guerra de Indochina terminaría lo más tardar el 20 de julio, en caso de salir elegido primer ministro.

Mendés-France resultó elegido primer ministro en la asamblea nacional francesa del 17 de junio y procedió a formar nuevo Gobierno. Le quedaba sólo un mes para cumplir su promesa, no demasiado tiempo. La delegación francesa actuaba bajo la premura del tiempo, pues seguramente no podría concluirse el armisticio para el 20 de julio, máxime teniendo en cuenta que el flamante Gobierno francés estaba ya maduro para la caída.

Y, en efecto, exactamente el 20 de julio de 1954 se suscribió el único acuerdo de la conferencia de Indochina, el tratado de paz entre la República Democrática de Vietnam de Ho Chi-minh, que había sido reconocida por Francia por segunda vez, y la República francesa.

En el tratado figuraba una línea divisoria militar provisional que corría junto al paralelo 17. Se concedía un plazo de 300 días para que al norte de dicha línea, que en realidad no era una frontera entre dos Estados, no quedase un solo soldado francés y al sur de la misma ningún militar norvietnamita. En determinadas zonas el plazo de evacuación se limitó a veinticinco días.

Francia se apresuró a evacuar las zonas en torno a Hanoi y Haifong. Ho Chi-minh no pudo volver a su ciudad, porque las tropas francesas permanecieron en ella durante casi un año. El Viet Minh, por el contrario, tuvo que retirar inmediatamente sus fuerzas de las proximidades de Hué, la ciudad imperial, y concentrarlas al norte del paralelo 17.

Con esta ocasión apareció el 95 Regimiento comunista, dispersado unos años antes con motivo de la costosa Operación Camargue. Los soldados uniformados de negro salieron de sus antiguas posiciones subterráneas junto a la ruta número 1, la "carretera melancólica", a la luz del día, con todo su armamento, sin que nadie les molestara. Pasaron cantando ante los franceses, que les miraban con ojos llenos de furor, por la tan combatida ruta hacia el norte. Sólo mucho después se revelaría cuántos quedaron atrás ocultos como campesinos y pescadores, y la cantidad de víveres y armamento que dejaron en sus escondrijos para futuros combates.

Se había establecido la observancia de la tregua, la retirada de las tropas a ambos lados de la línea divisoria y otras condiciones importantes, como, por ejemplo, que no fuesen introducidas armas y municiones en ninguno de ambos Vietnam, ni tampoco efectivos humanos, por supuesto. Una comisión internacional formada por delegados polacos, canadienses e indios vigilaría el cumplimiento de dichos extremos. La India ostentaba la presidencia de la citada comisión.

Sorprendentemente, el ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular China contribuyó a la rápida conclusión del acuerdo mediante una serie de concesiones. Chu En-lai influyó en gran manera en la delegación de Ho Chi-minh, que al principio no deseaba participar en las negociaciones si no estaban presentes los delegados del movimiento comunista en Laos y Camboya. Chu manifestó que los Gobiernos anticomunistas que ostentaban el poder en ambos países sí que estaban presentes. El ministro de Asuntos Exteriores de Mao fue todavía más lejos. Pidió que las tropas comunistas del Pathet Laos y Khmer fuesen trasladadas desde Laos y Camboya respectivamente a Vietnam del Norte. Se comprende que la delegación norvietnamita encabezada por Pham Van-dong tomara parte en la conferencia ante la insinuación de Pekín, a pesar de su actitud inicial.

Mayores dificultades tuvieron las potencias occidentales con la delegación "imperial" sudvietnamita. Los representantes de Bao Dai figuraban solamente como asesores de franceses y norteamericanos. Para ellos no existía la República Democrática de Vietnam y, en consecuencia, no tenían nada sobre qué negociar. El Gobierno de Bao Dai protestó con energía por la decisión francesa de retirarse de Vietnam del Norte. Con ello Tonkín y el norte de Annam quedaban bajo el dominio comunista, y Vietnam escindido como Alemania y Corea.

Esa actitud de Bao Dai causó profunda irritación en Vietnam. En esta línea de conducta veían un espíritu más francés que el de los propios franceses. Bao Dai y su Gobierno parecían algo más que simples títeres de la odiada potencia colonial francesa y la soberanía concedida por los franceses no era sino papel mojado. El trono de Bao Dai volvía a tambalearse. El emperador buscó a toda prisa un hombre de paja y lo halló en su primo, el príncipe Buu Loc, que ocupaba el cargo de primer ministro. Buu Loc tuvo que retirarse el 15 de junio.

El emperador Bao Dai eligió a un nuevo hombre en quien el pueblo tuviese confianza y atrajera sobre su persona el odio que los agentes franceses, colaboradores con la potencia colonizadora, tenían al emperador. Este había encontrado al personaje hacía tiempo, pero el hombre había declinado siempre aceptar tamaña responsabilidad. El individuo de referencia, del que Bao Dai se prometía la salvación, residía en París, como también el emperador galante. Esta vez cedió a la proposición de Bao y regresó a Vietnam. Bao, ya tranquilo, emprendió el viaje de París a Montecarlo.

El 25 de junio de 1954, cuando la conferencia de Ginebra se hallaba en su plenitud, tomó tierra en Saigón el aparato especial que conducía a bordo al personaje en cuestión.

De igual modo que la habilidad de Ho Chi-minh dio buenos resultados para Vietnam del Norte, las del nuevo colaborador de Bao Dai no fueron menos prometedoras para el Vietnam del Sur. El decenio que iba a transcurrir sería decisivo para el futuro del Vietnam.

Ya va siendo hora de que aparezca el nombre del personaje tantas veces aludido: Ngo Dinh Diem. En modo alguno abrigaba la intención de ser el salvador del emperador Bao Dai. Cuando

se hizo cargo del puesto de jefe del Gobierno sólo pensaba en salvar al Vietnam. En realidad, transcurrido un año apartó a Bao Dai y se colocó en funciones de mandatario supremo, presidente dictatorial en la República formada por él.

Ngo Dinh Diem nació en el seno de una de las más antiguas estirpes de la nobleza vietnamita, que dio varios emperadores al país. La dinastía imperial Ngo se vio destronada en el siglo XV. Tal vez por esa razón la familia Ngo haya sido la primera de importancia en aceptar la influencia occidental. Mucho tiempo antes de que Francia hiciera.colonia suya a Indochina a mediados de la pasada centuria, la familia Ngo se había convertido al cristianismo. Así, la familia Ngo no sólo era una de las de más alcurnia de Vietnam, sino la más católica que se conoce.

El tránsito al catolicismo no excluyó que permaneciera en ellos la filosofía y la política de Confucio. Esta familia se vio a menudo perseguida por su nueva religión, sobre todo en el siglo anterior, cuando los misioneros y sacerdotes católicos franceses aparecieron junto al poderío colonial, puesto que la gente consideraba como agentes franceses a los convertidos a la religión del ocupante. Los católicos eran tenidos como sectarios de una religión de los franceses, y éstos eran unos colonialistas que pretendían expoliar al pueblo vietnamita; por tanto, los católicos eran enemigos del pueblo.

Ngo Dinh-kha, padre de Diem, fue coetáneo en sus años mozos de la última y sangrienta persecución contra los cristianos. Más de un centenar de miembros de su familia fueron encerrados en el templo católico de Pai Phong por la turbamulta budista, que pegó fuego a la construcción de madera con las personas dentro. Kha se encontraba entonces en Penang, donde se preparaba para el sacerdocio. Al recibir la triste noticia de la desaparición casi total de su familia, abandonó sus estudios de teología y regresó a Hué.

Kha recibió el título de mandarín imperial, lo mismo que el padre de Ho Chi-minh. Mientras el padre de éste era secretario de Estado para el ceremonial interior del palacio imperial, el padre de Kha era gentilhombre de cámara y celador jefe de los eunucos imperiales. Kha era un cabeza de familia muy riguroso. Tenía por las más elevadas virtudes la disciplina y la obediencia. Sin embargo, una vez abrazado el cristianismo y educado en la cultura francesa, se hizo relativamente progresista. Fue el creador de la escuela avanzada en la que los jóvenes vietnamitas no sólo aprendían francés, sino la nueva escritura y la fonética del Quoc-Ngu, con la que se redujo en gran manera el analfabetismo que facilitó la difusión de la cultura y la civilización occidental. Era la escuela a la que asistiría el joven Ho Chi-minh y también el que sería, con el tiempo, su ministro de Asuntos Exteriores, Pham Van Dong, así como el futuro jefe de sus fuerzas armadas, general Vo Nguyen Giap.

Diem, nacido en 1901, fue el tercero de nueve hijos. Lo mismo que su hermano mayor, Tuc —que alcanzaría la dignidad de obispo de Hué y jefe supremo de los católicos vietnamitas—, también Diem quería abrazar la carrera religiosa, pero finalmente se decidió por la Administración. Sin embargo, los rasgos básicos de su personalidad, los que le indujeron a hacerse religioso, determinaron su vida futura, en la que despreció los placeres, inmerso en un ascetismo poco caritativo que apenas comprendía las naturales debilidades humanas. Esta actitud tan rígida para consigo mismo y para con los demás, actitud que él consideraba como la de un verdadero cristiano, unida a la tradición confucianista de que ante todo estaba la familia, sería más tarde su perdición.

A los veintiocho años era Diem gobernador de una provincia. Cuando en 1930 y 1931 los franceses persiguieron con saña a los nacionalistas vietnamitas, Diem apareció como responsable solidario. Pero lo cierto fue que en la provincia de su jurisdicción arreció mucho menos el terror de los colonizadores. Diem era considerado por los franceses como una persona leal y de toda confianza, capaz de mantener por sí sola el orden en su territorio.

En 1933, el joven emperador Bao Dai, que tenía veintiún años de edad, llamó a Diem, once años mayor que el soberano, para el cargo de ministro del Interior. Diem sólo desempeñó el puesto durante un año. Como gobernador había cumplido al pie de la letra las instrucciones dictadas por los franceses. Suponía que las medidas que tenía por equivocadas no eran sino negligencias de los departamentos subordinados franceses. Pero cuando tomó posesión de su cargo ministerial, no tardó en comprender que la política francesa perseguía realmente la opresión y el saqueo de Indochina. Las continuas promesas de otorgar más independencia al Gobierno imperial no eran sino burdos embustes.

Por otra parte, el severo Diem era un estorbo para la existencia libertina de su emperador, que ya era entonces lo que hoy se conoce con el epíteto de *play-boy,* o si se prefiere una expresión más castiza, un don Juan. Bao Dai no se interesaba más que por sus placeres; todo lo demás le tenía sin cuidado. Diem se retiró y durante muchos años ni hizo nada por su pueblo, ni siquiera para sufragar sus gastos, sino que durante una veintena de años vivió a expensas de su familia. Se afanó por convertir su sueño en realidad. Imaginaba que Dios le había enviado para ser rector su-

premo del Vietnam, cuyo pueblo liberaría pronto. También estableció su propia filosofía, el "personalismo". Esta filosofía no es, en modo alguno, enteramente nueva, sino una mescolanza de preceptos cristianos y máximas políticas, muy emparentada con el fascismo.

En el prolongado aislamiento de la vida real Diem acentuó su mística creencia en su mesianismo. Ya en 1946, Ho Chi-minh le ofreció una cartera ministerial en su primer gabinete, pero Diem rehusó. No podía ser más que el número uno, nunca un subordinado, pues sólo él creía tener en sus manos el destino de Vietnam. El tenía que mandar y los demás obedecer. Este era su criterio, su convicción. Por eso un año antes estuvo en trance de aceptar el ofrecimiento japonés de nombrarle primer ministro, pero se dio cuenta a tiempo de que luego se vería despreciado como colaborador.

Un hermano de Diem, algo mayor, Khoi, fue designado gobernador en 1942 y, tres años más tarde, jugó un papel destacado en la persecución de los cabecillas del movimiento Viet Minh, llevada a cabo por los japoneses. Un comando del Viet Minh se apoderó de Khoi. Este y su hijo fueron semienterrados con vida y devorados por las hormigas. Diem, que había rechazado la oferta de Ho Chi-minh, no sólo era el "hermano del traidor Khoi", sino que un "tribunal popular" del Viet Minh le condenó a muerte. Diem tuvo que huir de Vietnam e inició un largo periplo que le llevó al Japón, Filipinas, Italia, Estados Unidos y, por último, Francia. Y ahora, cuando en la conferencia de Ginebra se ventilaba el destino del Vietnam, llegaba ese hombre de París dispuesto a desempeñar el papel principal que había soñado durante toda su vida.

El escritor australiano Denis Warner, presente en el aeropuerto de Saigón al arribar Diem, relata así el acontecimiento:

"—Cuénteme algo de Diem —rogué a un amigo vietnamita cuando la recia figura de aspecto juvenil caminaba por la pista, tras descender de la escalerilla del aparato. Mi amigo me refirió que la primera inclinación de Diem fue el sacerdocio, de ahí su vida austera posterior y los prolongados estudios que él solía convertir a diario en plegarias—. Me parece que es tarea harto difícil para un sacerdote sacar al Vietnam de este caos —comenté.

"—No es un sacerdote —respondió el vietnamita—. Al menos un sacerdote conoce muy bien el mundo a través del confesionario. Diem es más bien un monje que vive encerrado entre gruesos muros. ¡No sabe nada!"

Para Diem, incluso la Iglesia era demasiado flexible en comparación con su rígida voluntad. Su hermano Tuc, hombre sociable, aunque corrompido —pese a ser obispo católico—, tenía a Diem por demasiado rígido y terco.

Esos rasgos de su carácter y la pertinaz sordera mostrada a todo consejo obedecían más al confucianismo que a su formación católica. Siempre quería tener razón. El era el padre de su pueblo. ¿Cómo podía equivocarse?

El 7 de julio Diem tomaba posesión de su cargo de primer ministro. Por esas fechas huyó de Vietnam del Norte un contingente de casi un millón de personas para instalarse en Vietnam del Sur. En su mayoría eran católicos procedentes de las provincias del delta del río Rojo, de mayoría cristiana, y de las dos grandes urbes de Hanoi y Haiphong. Esta huida masiva de sus hermanos de fe ante el avance de las tropas del Viet Minh acentuó todavía más la obcecación de Diem. Juzgó como traición las concesiones francesas en Ginebra. Lo mismo que sus antecesores, Diem rehusó mostrarse de acuerdo con el resultado de las negociaciones de Ginebra, que por fin se cerraron el 20 de julio.

Al día siguiente tenía lugar la sesión final. El acta de la misma, que comprendía trece puntos, se denominaría equívocamente en lo sucesivo Tratado de Ginebra, de lo cual se derivaría enorme confusión. En este "tratado" se establecía la celebración de elecciones libres en todo el Vietnam. Por esta razón, Ho Chi-minh y luego el Vietcong han reclamado continuamente "la celebración de elecciones libres para la reinstauración de la unidad nacional", e incluso los anticomunistas occidentales arguyen que Ho Chi-minh y el Vietcong tienen perfecto derecho a invocar el Tratado de Ginebra, puesto que el Vietnam del Sur renunció a ello, vulnerando así dicho tratado.

Pero la realidad es distinta. En Ginebra sólo se suscribió un tratado, que corresponde al armisticio entre Francia y Vietnam del Norte. El acta de la sesión de clausura fue leída sucintamente por los asistentes y ninguno la firmó. En el acta figuraban, a diferencia del tratado, en el que se presumía la unanimidad de los reunidos, los puntos en que éstos disentían.

Sobre el importante problema de las elecciones libres se decía en el acta de clausura, designada a menudo como "declaración final" y con bastante claridad, que se "celebrarían elecciones generales para asegurarse de que había suficiente progreso para la reinstauración de la paz y que se daban las condiciones necesarias para que la voluntad nacional se manifestase con entera libertad".

El hecho de que Ho Chi-minh deseara las elecciones con urgencia —según la propuesta del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, después de una espera de dos años— se comprende fácilmente, lo mismo que la negativa de

Diem. En el territorio que se hallaba bajo la dominación comunista vivían unos dieciocho millones de norvietnamitas que no se hubieran atrevido a votar contra los candidatos presentados por Ho Chi-minh. Además, la influencia del Viet Minh en el sur era tan grande que también en este lugar la mayor parte de los votantes —bien por miedo al terror comunista o porque el Gobierno de Bao Dai era considerado como colaborador de los franceses— votarían por los candidatos nacionales, en realidad, los comunistas.

A los dos días de finalizar la conferencia de Ginebra, Diem pronunció un discurso por la radio en el que "protestó enérgicamente por la injusticia que había entregado a los comunistas todo el norte del país y cuatro provincias de la zona central del mismo". Diem dispuso tres días de luto nacional, con las banderas a media asta.

Diem manifestó después, en Ginebra: "El Vietnam se reserva completa libertad de acción para garantizar los sagrados derechos del pueblo vietnamita a la unidad territorial, la independencia y la libertad." Al mismo tiempo dirigió un llamamiento a la población de Vietnam del Norte, "para que se uniera al sur en la lucha por la independencia y la libertad".

El gran interrogante se planteaba así: ¿Cómo podría continuarse la lucha?

¿Militarmente tal vez?

Esto quedaba completamente descartado. Finalmente, el Ejército popular comunista había obligado a retirarse a las fuerzas de la potencia colonial, Francia. Los efectivos del sur eran muy débiles para luchar con posibilidades de éxito contra las tropas de Ho Chi-minh. Quedaba una solución, pero no resultaría fácil ganarse a los norteamericanos o a los británicos, y menos a los franceses, como aliados en una intervención militar.

El ministro de Asuntos Exteriores norteamericano, Dulles, que durante los combates por Dien Bien Phu había intentado ayudar militarmente a Francia, se encontraba ahora, después de Ginebra, con un Vietnam dividido. El colonialismo francés, había anunciado, era un gran obstáculo para combatir a los comunistas vietnamitas. La conferencia de Ginebra había sido un triunfo porque "se había logrado la independencia de Camboya, Laos y Vietnam del Sur". Y prosiguió como sigue: "Tenemos ahora (en Indochina) una base limpia salvo una gran mancha colonial." Ante eso se comprende que el ministro de Asuntos Exteriores norteamericano llegara a decir sobre Dien Bien Phu: "Lo de Dien Bien Phu ha sido una suerte en medio de nuestra desgracia."

Para Dulles aquello de "base limpia" significaba en principio el saneamiento económico y la democratización de Vietnam del Sur. En Estados Unidos se pensaba que en Asia, lo mismo que en Europa, una especie de Plan Marshall que garantizase el bienestar y las libertades políticas sería la mejor barrera para atajar el avance del comunismo.

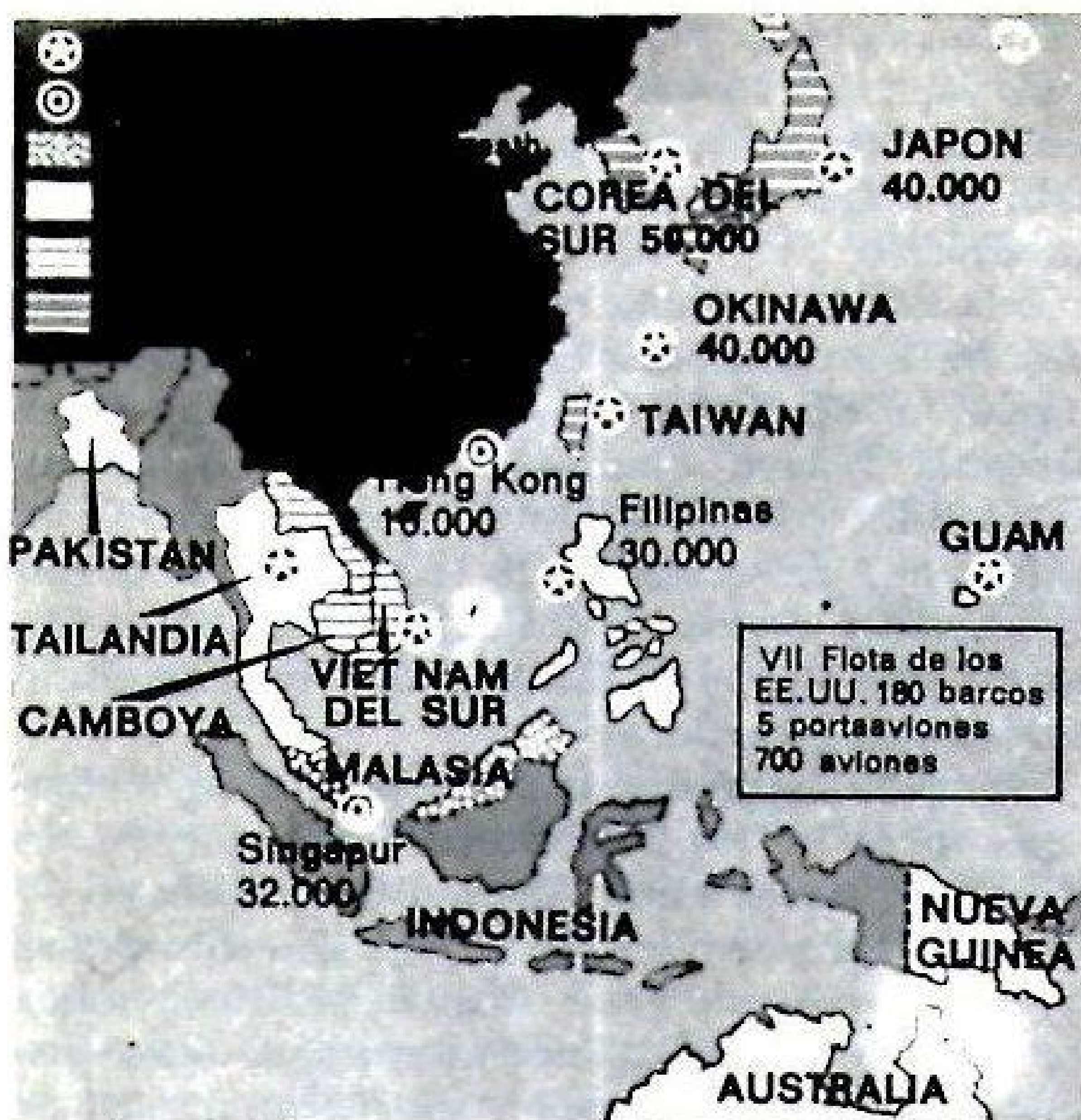
Si la OTAN se hizo cargo de la protección militar de Europa, para el sudeste asiático se formaría la SEATO. Australia, Francia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Thailandia y Estados Unidos constituyeron esta alianza el 8 de setiembre de 1954. Fascinados por el éxito logrado en el continente europeo, creían que en Asia se podría luchar contra el comunismo con idénticos medios.

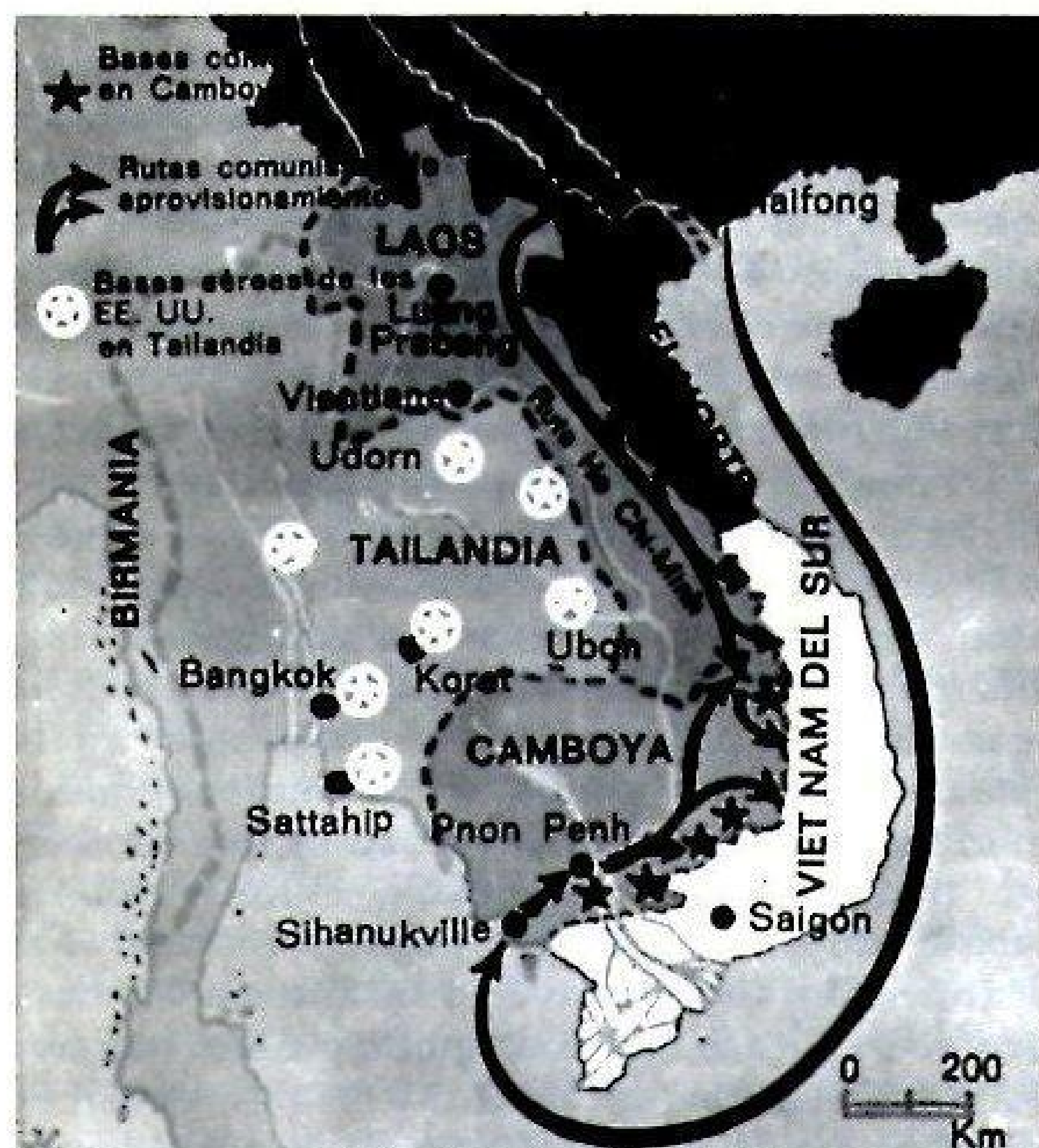
Frenar la expansión comunista ha sido el objetivo común de los presidentes norteamericanos de estos últimos años, Eisenhower, Kennedy y Johnson. Su proceder en el Vietnam sólo puede explicarse por este gran objetivo político, nunca por razones de justicia o de moralidad. Democratización, auge económico y un régimen popular de nacionalismo anticolonialista han sido las cartas de triunfo en el juego norteamericano, en el sudeste asiático, para detener el avance del comunismo. Si el presidente Nixon perdía o no ese juego dependía de los triunfos que le quedaban en la mano a los Estados Unidos. En Vietnam, durante su presidencia, fue un hecho la retirada de los norteamericanos. Cuando acudieron al Vietnam para salvar al país del comunismo en 1954 se hallaban todavía inmersos en el optimismo de Dulles, a pesar de los muchos aspectos negativos del hombre en quien iban a apoyarse en el país.

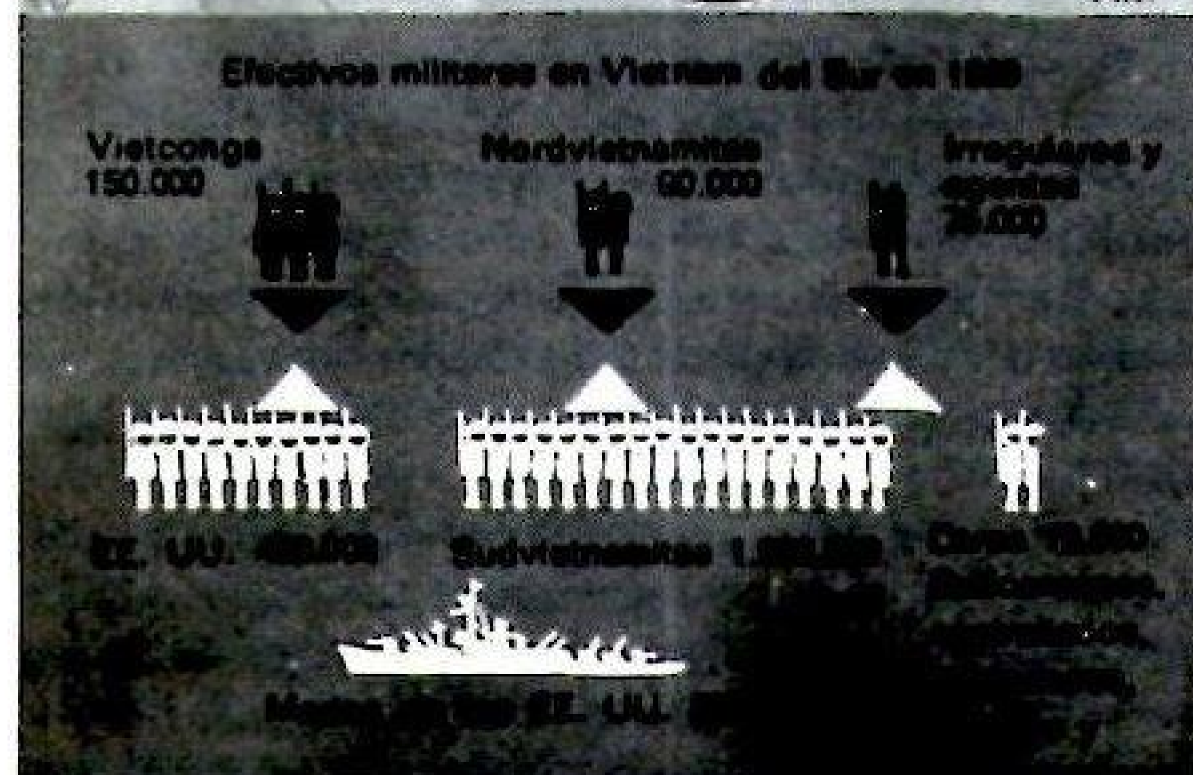
El dictador católico confucianista Ngo Dinh Diem distaba mucho de ser un demócrata convencido. La idea de ceñirse a las libertades políticas dictadas por otros le resultaba muy ajena a su modo de ser y pensar. El fundamento de sus opiniones era a fin de cuentas su propia filosofía del "personalismo": la persona, el individuo, lo decide todo. El desarrollo político y cultural se alcanza si los individuos se transforman interiormente. Y quienes han conseguido evolucionar con dicha transformación interior, no sólo tienen el derecho, sino la obligación de guiar a los demás en el camino de su transformación interior. Y esos otros deben obedecer. Diem se refiere a la historia vietnamita y dice "que nuestros sistemas políticos no se basan en el concepto de la salvaguardia de los intereses públicos por medio del pueblo o de sus representantes, sino más bien en un soberano ilustrado y un Gobierno competente".

Los norteamericanos y otros extranjeros occidentales, que exigen reformas políticas y económicas, fueron informados por los amigos de Diem sobre la filosofía de éste en forma oficial:

"El Vietnam ha de recibir antes que nada una







base *moral*. Pensar en la forma antes de lograr dicha sustancia es exponerse a un fracaso seguro. La misión capital del presidente Ngo Dinh Diem consiste en la supresión de las fuerzas que impulsan la desmoralización, por poderosas que sean. Sólo entonces podrá abordarse el problema de cómo se establecerá en el Vietnam una estructura democrática en el sentido occidental de la palabra."

Fiel a esta manifestación, Diem centró al principio su lucha destructora contra los elementos portadores de la "desmoralización", haciendo uso de los medios ilimitados de que dispone un gobernante dictatorial. Había sobre todo tres grupos muy influyentes que marcaban su huella en la vida pública: los Binh Xuyen, los Cao Dai y los Hoa Hao.

Los Binh Xuyen regentaban el prostíbulo mayor del mundo, el Palacio de los Espejos de Saigón, con mil doscientas "damas" que se dedicaban al oficio más antiguo que se conoce. La organización también dominaba y poseía la mayor parte de los garitos de juego del país. Antes de la Segunda Guerra Mundial esta organización había hecho muy arriesgada la navegación por el Mekong; después cooperó con los japoneses y ahora controlaba, como propietaria, toda la navegación del Vietnam del Sur, que había dejado de estar en manos francesas.

Los Binh Xuyen habían sido al principio los enemigos más peligrosos que jamás había tenido Diem, porque ellos representaban sin duda la inmoralidad. En realidad, los Binh Xuyen no eran una secta, sino una gigantesca organización de bandidos que muy poco tenían que ver con las cuestiones religiosas.

Los Binh Xuyen son contrabandistas, traficantes y distribuidores de drogas, y poseen sus propios locales donde fabrican el opio y la morfina. La organización posee también almacenes, entre ellos Nouveautés Catinat en Saigón, el más grande de Vietnam. El jefe de la banda, un individuo analfabeto llamado Le Van Vien, tenía a su disposición una pequeña tropa dotada del más moderno armamento. En 1945 había peleado con éxito contra los franceses y había sido aliado de Ho Chi-minh durante dos años. Pero la amistad se rompió cuando su gente eliminó a una serie de rivales de Ho Chi-minh y éste se negó a pagar el servicio.

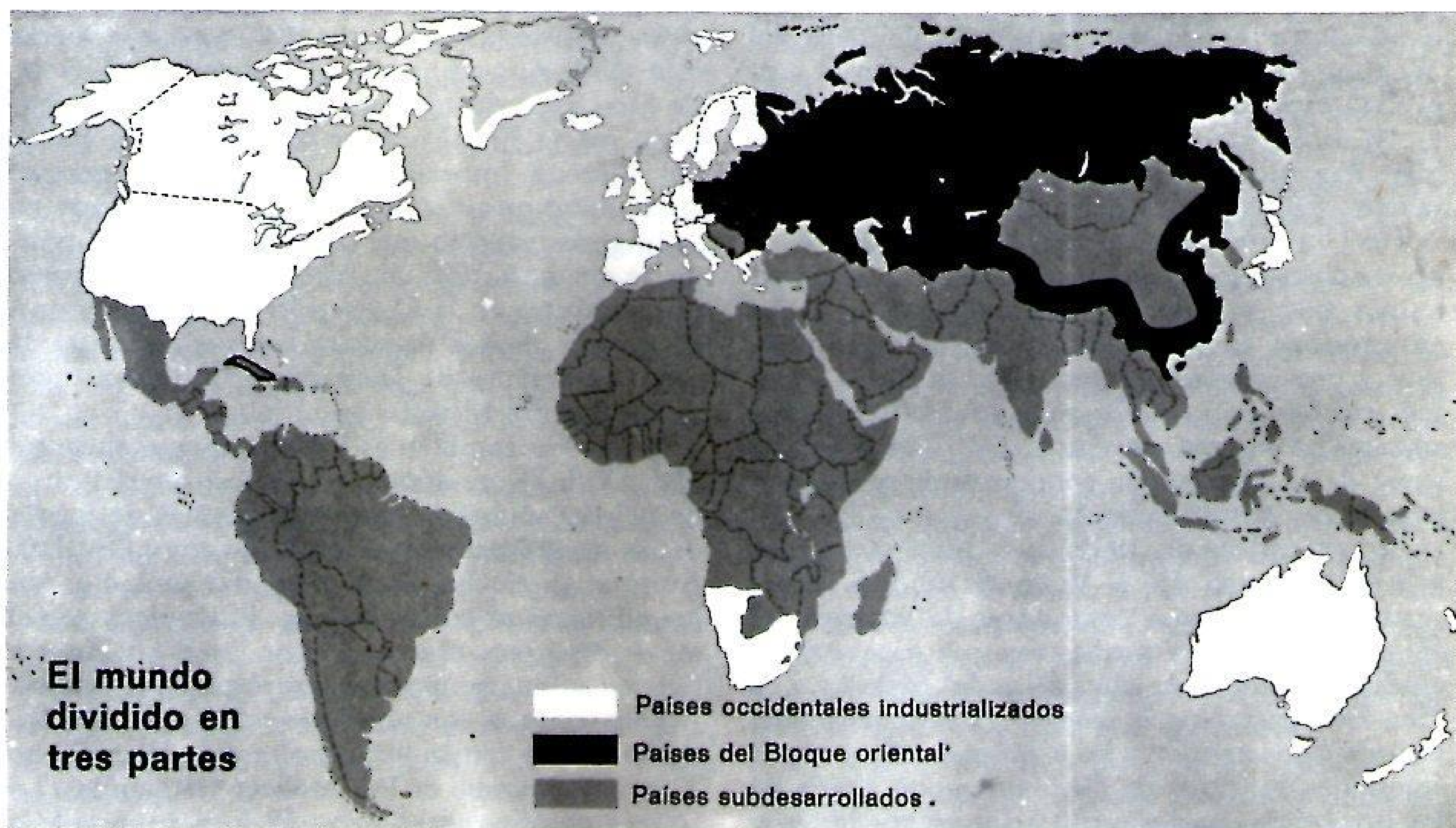
Vien no sólo prestaba apoyo a toda la policía de Saigón, sino que ocultaba a los miembros de la organización Binh Xuyen; además, y pese a su incultura, era el jefe del servicio secreto del Gobierno imperial. Eso se comprende porque el emperador Bao Dai obtenía de los Binh Xuyen los millones que necesitaba para su disipada vida.

Más poderosa era todavía la secta de Cao Dai,

fundada en 1919. Enseñaba a sus afiliados una mescolanza de espiritismo, budismo, taoísmo, confucianismo y catolicismo. Las formas externas las ha tomado de la Iglesia católica, pero el símbolo principal no es la Cruz, sino el "gran ojo de Dios que todo lo ve".

El sumo sacerdote Pham Con Tac se hacía llamar Santo Padre; él mismo se designó Sumo Pontífice e imperó sobre más de un millón de adeptos. También disponía de fuerzas armadas que, como las de Binh Xuyen, combatieron al principio en las filas del Viet Minh, pero que luego, a causa de las persecuciones religiosas en los "territorios liberados" por los comunistas se pasaron al lado francés. Y también como los Binh Xuyen, los Cao Dai recibieron ayuda de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial.

El tercer grupo de enemigos de Diem eran los miembros de la secta de los Hoa Hao. Tenía ésta mucha similitud con la que un siglo antes desató en China el famoso "levantamiento de Taiping". También en este caso, pero en 1939, un joven enfermizo tuvo visiones religiosas. Inmediatamente después de las visiones el joven Huynh Phu So sanó de pronto. Recorrió los poblados del delta del Mekong y sanó a los enfermos con simples signos de las manos o mediante frases mágicas



La guerra del Vietnam no fue sólo una guerra de vietnamitas entre sí; para las tres grandes potencias, Estados Unidos, Rusia y China, estaban en juego otras muchas cosas.
Dentro del ámbito de la política de coexistencia pacífica seguida por Moscú, cualquier tipo de guerra nacional de liberación es saludada con alegría. Kruschev acentuó lo siguiente: "Los comunistas apoyan esta clase de guerras justas por convicción interior; marchan en primera línea junto con los pueblos que luchan por una causa justa."
Para China, la guerra del Vietnam tuvo por objetivo demostrar al mundo que a pesar de la superioridad atómica de los Estados Unidos, las guerras de liberación nacional pueden desarrollarse con éxito en todos los países del tercer mundo. En marzo de 1966 Chu En-lai declaró: "En la actualidad, la guerra del Vietnam es el modelo de una nueva clase de guerra para todos los pueblos de color. Es el modelo de lucha para los jóvenes pueblos hambrientos contra los viejos saciados, de las naciones oprimidas contra el imperialismo." Y el primer ministro norvietnamita, Pham Van Dong, declaró: "Las experiencias de nuestros compatriotas en el sur atraen la atención de todo el mundo, y especialmente de los países sudamericanos. La lucha de nuestros conciudadanos en el sur representa una gran aportación a la revolución de los pueblos de todo el mundo."
Washington sabía muy bien la importancia que esta guerra tenía para Rusia y para China, y el oponerse a su estrategia política mundial fue uno de los motivos de la intervención norteamericana en el Vietnam. "En pocas palabras, nos hemos visto comprometidos en la guerra del Vietnam porque el futuro de Asia se veía amenazado por la agresión —dijo el presidente Johnson, resumiendo sus reflexiones—. Mi mayor esperanza es que la resistencia que los Estados Unidos están presentando en el Vietnam evitará futuras agresiones. Tenemos que tener presente una cosa: si los Estados Unidos desean abandonar su papel estabilizador, no harán más que despertar el afán de ataque de quienes ya en la actualidad están demasiado dispuestos a la agresión."

inspiradas por Dios. Al propio tiempo fue considerado como un adalid de la religión muy venerado y respetado. Los franceses lo encerraron en un sanatorio para enfermos nerviosos, pero convirtió a los psiquiatras en adeptos suyos y no tardó en estar libre. La comunidad religiosa que entretanto había fundado se denominó Hoa Hao, como su pueblo natal donde le había llegado la llamada de Dios.

Ngo Dinh Diem era al principio amigo del jefe de la secta, Huynh Phu So. Este le había mantenido oculto durante la guerra, cuando le acosaban los franceses. So también disponía de fuerzas armadas reclutadas en Vietnam del Sur, entre los campesinos, que confiaban en él y en su religión. El "general" de So, Tran Van Soai, combatió contra los franceses en la zona del delta del Mekong. Al mismo tiempo pregonaron él y su profeta Huynh Phu So la lucha por la liberación social de los campesinos, y en este aspecto también hay otro punto de contacto con el movimiento Taiping chino del siglo pasado.

Ho Chi-minh se preocupó por el Hoa Hao de un modo especial, pero So y su general Soai opinaban que los comunistas no liberarían a los campesinos, sino que los exclavizarían todavía más y procederían a colectivizar la tierra. Además estaban en lo cierto, pues su comunidad fue suprimida en una provincia del Viet Minh, a pesar de la propaganda comunista de que se respetaría la libertad religiosa.

En setiembre de 1945 tuvo lugar una sangrienta matanza. En el Vietnam del Sur los comunistas mataron a centenares de adeptos del Hoa Hao. La hecatombe tuvo por escenario la ciudad de Can Tho, en el delta del Mekong. Los Hoa Hao pasaron a la ofensiva, y el general Soai se dedicó a perseguir a los comunistas. Las tropas coloniales francesas de De Gaulle, con ayuda de los británicos, pusieron fin a las escaramuzas y aprovecharon la ocasión para establecer su dominio en el Vietnam del Sur, con el resultado de que el Viet Minh y el Hoa Hao se aliaron contra el enemigo común, Francia. Diem, que por entonces meditaba en un monasterio, anunció a So su amistad. Como militante católico había considerado siempre con menosprecio y desconfianza el movimiento religioso campesino del "profeta". Aunque él, Diem, era el hombre idóneo, el único que conocía el verdadero camino para liberar a los campesinos. A finales de abril de 1947 se terminó la amistad entre el Viet Minh y los Hoa Hao. El profeta So hizo muchos adeptos, a pesar de que las gentes del campo eran los más estrechos colaboradores de Ho Chi-minh. Este ordenó la captura del profeta, haciéndole liquidar sin pérdida de tiempo. Desde entonces, los Hoa Hao se alinearon con quien luchara contra los comunistas del Viet Minh, en primer lugar los franceses, a pesar del odio que sentían hacia ellos. El jefe de las tropas de Hoa Hao, Tran Van Soai, llevó a sus hombres consigo; el Gobierno francés le nombró "general de las fuerzas armadas de la Unión Francesa".

El emperador Bao Dai se sentía muy satisfecho con los ingresos que obtenía de delincuentes del Binh Xuyen y toleraba la secta de Cao Dai. Inmediatamente patrocinó al Hoa Hao, siempre que su ajetreada vida de aventuras le dejaba un resquicio. Los Hoa Hao eran lo bastante progresistas con sus ideas revolucionarias como para liberar a los campesinos, ideas que podrían prender en el emperador si apoyaba a la secta. Pero en realidad sucedía a la inversa: los numerosos elementos de la secta y sus tropas eran la fuerza más sólida que amparaba al monarca. El Ejército de Hoa Hao del profeta Huynh Phu So, asesinado por el Viet Minh, se convirtió en el núcleo del Ejército imperial. Los grupos de combate vietnamitas que con notable bravura formaron en la brigada francesa que combatió en Corea (grupo de combate 100) que ofrendaron su vida como paracaidistas en la Operación Camargue y que, al mando de los franceses, resistieron hasta la amarga derrota de Dien Bien Phu, eran todos miembros del Ejército nacional.

Y éste fue también el Ejército que se encontró Ngo Dinh Diem cuando tomó posesión del cargo de primer ministro. Disponía además del poder de las organizaciones de Binh Xuyen y Cao Dai. Aunque, de hecho, Diem no podía contar ni con los militares ni con la policía, ni siquiera con el servicio secreto manejado por los Binh Xuyen. Era, en suma, un hombre completamente inerme.

Sólo contaba con un sólido refugio: su familia. Podía contar con su hermano mayor, el arzobispo Tuc, jefe supremo de los católicos vietnamitas. La Iglesia católica estaba con él, aun cuando sólo perteneciera a ella el 15 por ciento de la población de Vietnam del Sur.

El hermano menor, Nhu, también le respaldaba con efectividad. Era éste un experto político e intrigante; sabía cómo indisponer entre sí a los adversarios políticos. Lo que a Diem le faltaba en habilidad para hacerse popular y lograr seguidores de su política, lo aportó Tran Le Xuan, esposa de Nhu, que se haría célebre como "madame Nhu".

Pero el apoyo decisivo lo encontró en Estados Unidos. "A partir de setiembre de 1954 —escribe Debia Warner—, Diem cayó bajo la dependencia de la ayuda norteamericana. Sin ésta habría sido derrocado mucho tiempo antes. Sin embargo, no admitía consejos ni compromisos. Lo que hacía era urdido, dirigido y ejecutado bajo la vigilancia de los estadounidenses.

"Eso no significa en modo alguno que los norteamericanos, tanto en el país como en Washington, se dejasen arrastrar por el complejo mesiánico de Diem. Muchos sostenían el parecer de que era un caso perdido. Pero siempre que veían una oportunidad volvían a la carga. ¿Otro experimento con Bao? ¡Por el amor de Dios! ¿O con el analfabeto, bandido y dueño de mancebía Le Van Vien? ¡Imposible! ¿El general Tran Van Soai acaso, que no le andaba a la zaga en cuanto a incultura al jefe de los Hoa Hao? ¡No y mil veces no! ¿Quizá el "Pontífice" Pham Cong Tac de la secta Cao Dai? ¡Sencillamente absurdo! Sólo Diem, y Diem tenía que seguir en el poder. Pero nadie estaba de acuerdo con ello. El general Lawton Collins, que reemplazó al embajador norteamericano, decidió apartarse de Diem lo antes posible. El Ejército, al mando del general Nguyen Van Hinh, también jefe del Alto Estado Mayor, se hallaba dividido. Diem sólo podía contar con dos batallones.

"El país atravesaba por una situación muy lamentable. Los canales, las carreteras, las líneas férreas, telegráficas y telefónicas estaban prácticamente inservibles. Los puentes y viaductos habían sido en gran parte volados. Algunas zonas del país se hallaban dominadas por el Viet Minh desde hacía nueve años y sólo podía irse a ellas en helicóptero.

"El Gobierno sólo lo era de nombre. Los Cao Dai controlaban el país al oeste de Saigón, los Hoa Hao la zona sur del delta y los Binh Xuyen reinaban en la capital. De vez en cuando el Viet Minh hacía sentir su presencia. Diem no disponía de medios para afirmar su autoridad. Franceses y vietnamitas se hallaban frente a frente, puñal en alto, listos para agredirse al menor descuido, y la administración civil pasaba por un trance calamitoso."

En el interín, el ministro de Asuntos Exteriores norteamericano, Dulles, se había enterado de la caótica situación en el Vietnam del Sur. La ayuda económica se filtraba por misteriosos canales. Dulles comprendió que no existía una "base sólida" para luchar contra el comunismo en el sudeste asiático, una vez desaparecido el imperio colonial francés. No quedaba más solución que ayudar directa e inmediatamente a Diem, incluso en el terreno militar si llegaba el caso.

Los Estados Unidos facilitaron al Gobierno Diem armas modernas y consejeros militares, que reemplazaron paulatinamente a sus colegas franceses. Los militares norteamericanos reorganizaron el Ejército nacional. El suministro de armas se dispuso de manera que sólo Diem o su hermano Nhu pudiesen servirse de ellas. Los Binh Xuyen, Hoa Hao y Cao Dai, que hasta entonces tuvieron en sus manos al Ejército nacional, dejaron de obtener armas. Sus amigos de antaño, los franceses, desempeñaban ahora el papel de simples espectadores.

Así fue incrementándose el poderío de Diem. Al principio tuvo que aceptar en su gabinete a los elementos del Cao Dai y Hoa Hao, pero poco a poco se afianzó en el camino del dominio personal. En esta tarea fue auxiliado por sus intrigantes y sobre todo por su hermano Nhu, que pescaba en todas las turbias aguas de la política, enfrentando diestramente unas sectas con otras.

No tardó en llegar a sus oídos que los enemistados jefes de dichas sectas trataban de ponerse de acuerdo para derribarle. El Gobierno de Estados Unidos venteó el peligro y entregó directamente a Diem una fuerte suma de dinero. Diem pudo así sobornar a los jefes de las sectas y a sus generales para contar con ellos en el momento oportuno, o por lo menos para tenerlos obligados a la inactividad. Al mismo tiempo supo, por mediación del servicio secreto clandestino, que su hermano Nhu había sido el instigador de las sectas contra él.

Cuando Diem se sintió lo bastante fuerte, provocó a sabiendas a los dirigentes de las sectas. Aun cuando la mayor parte de su Gobierno estaba formado por eminentes funcionarios de las sectas, él hizo caso omiso de esta circunstancia. En lo sucesivo todos los asuntos de Gobierno los decidió él solo y ni siquiera se molestaba en informar al gabinete. Los ofendidos ministros se dirigieron entonces al emperador Bao Dai, que, como siempre, se estaba divirtiendo en la Rivera francesa. El monarca, que temía por sus ingresos procedentes de los burdeles y garitos dominados por los Binh Xuyen, ordenó a Diem que compareciese en Cannes para una entrevista.

El Gobierno francés dirigido por Edgar Faure apoyaba al, para él, cómodo Bao Dai y manifestó oficialmente que el Gobierno Diem era incapaz y no gozaba en absoluto de la simpatía francesa. Sin embargo, Diem no se dejó embaucar, pues sabía que contaba con una ayuda mucho más poderosa: la norteamericana. Por este motivo escribió al emperador en términos groseros, negándose a trasladarse a Francia. Su puesto estaba en Vietnam, decía, y con ello criticaba veladamente al emperador, que prefería Francia a su patria.

En una misiva secreta, Bao Dai le exigió que presentara la dimisión de su cargo. Diem reaccionó de súbito, jugándoselo todo a una carta. Su hermano Nhu organizó una gran "asamblea popular" o "de todas las fuerzas democráticas y revolucionarias de la nación". Esta asamblea, celebrada en Saigón, eligió a un "Comité revolucionario" que recibió de la asamblea la tarea de apoyar las medidas de Diem en la lucha contra las sectas.



Cuando tras la derrota de los franceses, los norteamericanos empezaron a intervenir directamente en Indochina, uno de los propósitos declarados del Gobierno Eisenhower fue impedir que los países que habían obtenido su independencia, como Camboya, Laos y Vietnam del Sur, cayeran en manos de los comunistas. La reunificación del Vietnam, prevista por los acuerdos de Ginebra, por medio de elecciones libres, no fue una solución aceptable para Washington, ya que esto hubiera significado una victoria de los comunistas. Todos los presidentes norteamericanos, Eisenhower, Kennedy y Johnson, trataron de que el Vietnam del Sur se convirtiera en una muralla de detención anticomunista, apoyada en el nacionalismo anticomunista. Tras la retirada de los franceses, Dulles dijo: "Ahora comienza el desarrollo que conducirá desde el colonialismo hasta la independencia nacional. Los Gobiernos que han conseguido la libertad en esta zona (Indochina) deben ser capaces de apoyarse en la lealtad del pueblo para mantener su independencia, enfrentándose si es necesario con el colonialismo comunista."
Naturalmente, todos los presidentes norteamericanos sabían que este apoyo del pueblo sólo se podría conseguir mediante la adopción de medidas populares. En su promesa de proteger al Vietnam del Sur contra los "intentos comunistas de subversión y de agresión", Eisenhower expresó su esperanza de que con la ayuda norteamericana se llevarían a cabo "las reformas necesarias por parte del Gobierno del Vietnam".







Mientras Diem ponía toda su esperanza en Estados Unidos, la ayuda económica norteamericana no caía en terreno estéril. Los éxitos económicos conseguidos bajo el Gobierno Diem son irrefutables. Sin embargo, cuando aumentó la actividad comunista, los rasgos autoritarios y antidemocráticos del Gobierno Diem aparecieron cada vez con mayor claridad. En lugar de ganarse al pueblo, Diem perdió el contacto con las masas, que ya era de por sí bastante débil. Despreciando a los partidos políticos y confiando únicamente en su propia familia, delegó cada vez mayor poder en su hermano Nhu que despreciaba al pueblo y creía poder ganar la lealtad mediante la puesta en práctica del terror de un Estado policía. Sin embargo, no lo consiguió. Diem no fue ni un dirigente democrático popular, ni un dictador respetado. No pudo manejar la oposición que presentaban los budistas, ni estuvo dispuesto a pactar generosamente con ellos, ni tenía capacidad para romper la resistencia por medio de la violencia brutal. Abandonados por Estados Unidos, los hermanos Diem fueron derrocados y asesinados por los militares

IMAGEN SUPERIOR: La familia del "último mandarín". De izquierda a derecha: Ngo Dinh Nhu; Ngo Dinh Diem; el hermano de Diem, arzobispo Ngo Dinh Tuc; la hermana, Nguyen Von Am; madame Ngo Dinh Nhu; el hermano, Ngo Dinh Can; Ngo Dinh Luyen, embajador en la Gran Bretaña, y Nguyen Von Am, un cuñado de Diem. Ante los Diem, la anciana madre rodeada por los hijos de los Nhu.

ARRIBA. DERECHA: Entre estas dos imágenes se encuentra toda la tragedia de Diem que, personalmente y a pesar de todos sus errores, fue un hombre íntegro y un buen patriota, y que siempre quiso lo mejor para el Vietnam del Sur.

El presidente Eisenhower y John Foster Dulles saludan a Diem, su "hombre en Saigón", en el aeropuerto de Washington. Cuando Cabot Lodge se presentó a Diem para entregar sus cartas credenciales como embajador, Diem ya no era necesariamente el hombre de Estados Unidos, donde ya se había decidido la eliminación de su régimen.

ABAJO, IZQUIERDA: Ngo Dinh Nhu y su esposa, madame Nhu, posan con sonrisa fría ante los fotógrafos. "El poder es maravilloso." Estas palabras, atribuidas a madame Nhu, también pueden ser aplicadas a su esposo. Afirmaron su posición de una forma fanática, con gran voluntad y pocos escrúpulos. Nhu criticaba públicamente a su hermano. Decía que Diem era un dirigente demasiado débil porque se esforzaba por llegar a un compromiso con los budistas; él, por el contrario, creía que en tiempos de guerra sólo podía haber un medio para luchar contra los enemigos políticos: la violencia. El cinismo de los Nhu se refleja de un modo escalofriante en relación con las autocremaciones de los monjes budistas. Según madame Nhu, todo lo que hicieron los budistas fue "quemar a uno de sus monjes y ni siquiera lo pudieron hacer por sus propios medios, ya que tuvieron que emplear gasolina importada".

Esta evolución de los acontecimientos causó enorme sensación en todo el mundo. Buen número de participantes en la reunión eran comunistas, dos miembros del Consejo revolucionario —es decir, el nuevo Gobierno *de facto*— habían sido comisarios políticos en la primera organización Viet Minh de Ho Chi-minh. Ya se barruntaba que en realidad había muchos comunistas detrás de Diem, y Ho Chi-minh estaba alerta para cuando llegara el momento de hacerse con el poder en el Vietnam del Sur, entrando por la puerta trasera. Pero Diem —o mejor dicho, Nhu— sabía con exactitud lo que deseaba. Ya era lo bastante fuerte para prescindir de los ex comisarios del Viet Minh y neutralizarlos para que no pudiesen intrigar contra él desde la clandestinidad. Además, tuvo la habilidad de despertar en los partidarios del Viet Minh la impresión de un acendrado patriotismo, lo cual no impidió que al llegar a la cumbre de su poder, hiciera ejecutar a Nguyen Bao Toan, el antiguo comisario del Viet Minh y presidente de su propio Comité revolucionario.

El siguiente paso de Diem consistió en exigir a todos los jefes de sectas que pusieran sus ejércitos a disposición del nuevo Ejército nacional organizado por los norteamericanos. En cambio, el general Vy, de la secta Hoa Hao, hasta entonces comandante en jefe del antiguo Ejército nacional, había recibido orden del emperador Bao Dai en Cannes de reemplazar a Diem. En vez de ello, el general Vy fue desarmado y hecho prisionero por un grupo de oficiales adictos a Diem, entrenados por los yanquis. Eso ocurrió el 30 de abril, durante una pausa de las negociaciones con Diem. Bajo promesa solemne de reintegrarse a la vida civil, Diem mandó ponerle en libertad. Sin embargo, al día siguiente Vy manifestó que actuaba por encargo del emperador, el cual le había nombrado jefe supremo del Ejército, por lo que, según esto, se hallaba a cargo de todas las tropas vietnamitas que combatirían a Diem y destituirían a su gabinete.

El todavía presente Ejército colonial francés apoyó al general Vy por orden del Gobierno Faure, simpatizante de Bao Dai. El comandante en jefe de las tropas francesas en Indochina, general Ely, ordenó marchar por las calles de Saigón a más de cuatrocientos vehículos acorazados. Los zapadores franceses desmontaron las barricadas en torno al palacio del Gobierno para facilitar el asalto de las tropas de Vy. Diem no se dejó amedrentar y mandó a sus hombres que abrieran fuego sobre los franceses.

Diem tenía buenas razones para obrar con toda tranquilidad. Mientras los carros de combate franceses paseaban por Saigón en un alarde de fuerza, Diem había recibido un telegrama urgente del Ministerio de Asuntos Exteriores norteamericano. A París también se envió uno con el mismo texto. En el mensaje el Gobierno estadounidense aseguraba que cualesquiera que fuesen las circunstancias estaría al lado del gabinete Diem.

Rechinando los dientes de irritación, los franceses hubieron de retirarse a sus bases. Esta sería la última derrota de Francia en Indochina, infligida no por el Viet Minh, sino por sus propios aliados los norteamericanos. El proyectado asalto a la sede del Gobierno no se llevó a cabo.

Al contrario, fue Diem quien tomó la iniciativa. El telegrama de Washington le daba vía libre.

El 1.° de mayo de 1955, mientras las unidades acorazadas francesas se retiraban de las calles de Saigón camino de sus bases, el general Ty, que el día anterior pretendía derribar a Diem junto con su colega Vy, presentó testimonio de adhesión a Diem, en vista de la retirada francesa, y trajo consigo a dos hombres de toda su confianza, que mandaban sendos batallones escogidos de paracaidistas. El general Vy huyó en dirección a Dalat, donde estaba de guarnición la guardia imperial. De Cannes llegó en avión el general Hinh, quien ya en setiembre de 1954 tuvo la misión de derribar a Diem por orden del emperador Bao Dai. En esta ocasión el jefe del Estado Mayor imperial traía la misma orden. Supo a tiempo que Ty había pasado al otro bando y que Vy había huido. Como medida prudencial se bajó del avión en Pnom Penh, la capital camboyana.

El nuevo Ejército nacional de Diem había combatido ya desde finales de enero a los Binh Xuyen con suerte alterna. Pero ahora las mejores tropas del antiguo Ejército imperial mandado por Ty estaban con Diem, y éste actuó el mismo día, 1.° de mayo. Con la amenaza de la intervención armada, dejó que los franceses se alejasen completamente de las calles de Saigón y permitió que sus tropas salvaran los canales del Mekong para atacar sólo cuando los Binh Xuyen estuviesen en el delta del río, centro de su poderío.

Dirigió la ofensiva el joven general The, miembro destacado del Comité revolucionario y verdadero patriota, muy instruido, con buenas dotes de político y de gran bravura. Era el único hombre que, a pesar de su juventud, gozaba de la confianza del pueblo y habría podido reemplazar a Diem. The murió a bordo de una cañonera, aun cuando la nave no estaba luchando con las fuerzas enemigas en aquel momento. Su muerte no ha sido nunca aclarada del todo, si bien corrieron insistentes rumores de que el servicio secreto de Nhu lo había eliminado por orden de éste, porque The era un serio rival de su hermano Diem.

El Ejército nacional se hallaba comprometido en violentos combates en el delta del Mekong, donde conquistó numerosas bases enemigas. Le Van Vien, cabecilla de la organización delictiva Binh Xuyen, resultó herido y tuvo que refugiarse en los pantanos. Las otras sectas empezaron a sentir miedo y sus jefes trataron de reconciliarse con Diem.

Soai, el general del asesinado profeta de los Cao Dai, ofreció a Diem una parte de sus tropas para combatir a los Binh Xuyen. Diem rechazó la propuesta porque sabía que la victoria era inminente. "Su Santidad el Papa" de los Hoa Hao negó al fallecido general The, que pertenecía a su misma secta, las honras fúnebres de rigor. Pero con este acto no logró comprar el perdón de Diem.

En la lucha, la ciudad hermana de Saigón, la urbe habitada en su mayor parte por chinos, denominada Cholon, quedó casi completamente destruida. El fuego artillero prendió fuego a incontables edificaciones de madera, y las escasas tropas Binh Xuyen que quedaron se dedicaron a quemar el resto. Decenas de miles de fugitivos, que mucho antes habían huido de los comunistas norvietnamitas, perdían ahora hasta los pocos enseres que poseían. Entre la población hubo más bajas que entre las filas combatientes. Se estima que se produjeron más de un millar de muertos entre la población civil, además de numerosos heridos. La ciudad de Cholon quedó reducida a un montón de escombros.

Los Binh Xuyen fueron perseguidos hasta la frontera camboyana, donde para escapar ante las victoriosas tropas de Diem se unieron a las fuerzas de los Hoa Hao. No obstante, sus tropas coaligadas fueron derrotadas por el cada vez más poderoso Ejército nacional. El 16 de mayo de 1955, Diem manifestó, en una alocución radiada, que las sectas habían sido derrotadas.

En esta ocasión dijo algo más, que sería de gran importancia para los futuros acontecimientos:

"No hemos suscrito el Tratado de Ginebra. De ningún modo nos sentimos ligados a un acuerdo realizado contra la voluntad del pueblo vietnamita. No desaprovecharemos ninguna oportunidad de lograr la reunificación de nuestra patria y conseguir para ella una paz duradera; las proposiciones del Viet Minh no resultan aceptables para nosotros mientras ellos no demuestren que anteponen los intereses de la nación a los del comunismo."

Estas palabras fueron poco más o menos las mismas que pronunció el canciller Adenauer en un discurso sobre el problema de la reunificación de Alemania. Pero ahora viene la diferencia fundamental: mientras el Gobierno de la República Federal proponía elecciones libres en toda Alemania, a fin de lograr la unidad nacional, y los comunistas alemanes se negaban a aceptar dichas elecciones, en Vietnam sucedía todo lo contrario.

Diem rechazaba el armisticio entre Francia y el Viet Minh porque en el "acuerdo final" de Ginebra se hablaba claramente de unas elecciones libres que significaban la derrota para ellos. En el Vietnam, por el contrario, Diem contaba con una gran victoria comunista porque, con toda seguridad, las elecciones no serían "libres" ni secretas, y, aunque así fuera, los comunistas tenían todas las de ganar.

Esta negativa a unas elecciones generales vietnamitas por parte del Gobierno Diem ha sido hasta la fecha la principal arma propagandística de los vietnamitas del norte. Ho Chi-minh no se había inmiscuido activamente en un enfrentamiento con el sur. Estaba convencido de que el tiempo estaba a su favor y, por otra parte, se hallaba muy ocupado consolidando su propio Estado. Además, los franceses estuvieron hasta mediados de 1955 en Hanoi y Haipong. Ho Chiminh tenía que integrar primero a la población que había estado siempre bajo el dominio francés. Por otro lado se trataba como siempre de la táctica fundamental de la política revolucionaria, o sea, la de acumular fuerzas hasta tener la seguridad de ser más fuerte que el enemigo.

Mientras tanto, Diem se ocupaba de eliminar el Consejo revolucionario orquestado por él y su hermano Nhu. Al igual que los miembros de las sectas que formaban parte del Gobierno, fueron liquidados ahora los miembros del Consejo revolucionario. Y para simular que el pueblo entero apoyaba a Diem, su hermano Nhu reunió a las masas, esta vez en un congreso nacional que tuvo lugar a primeros de octubre. Nhu tuvo una idea muy astuta. El emperador Bao Dai hacía mucho que no ostentaba el poder efectivo y las antaño poderosas sectas que le apoyaban habían desaparecido de la circulación. El emperador sólo figuraba en los documentos y pasaba todo el tiempo en Montecarlo. Nhu hizo que el Congreso nacional convocara "elecciones libres" para el 23 de octubre.

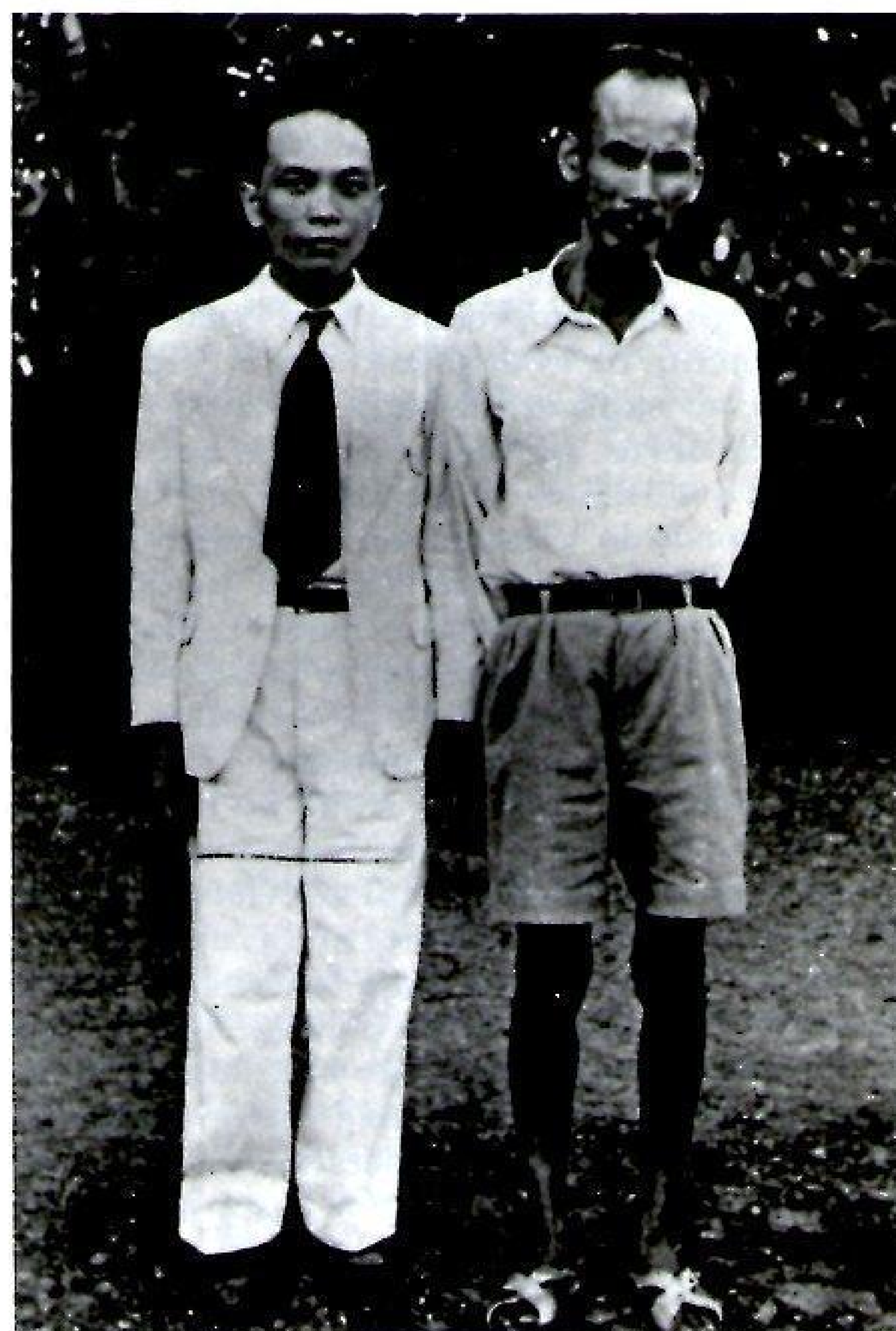
Estas elecciones o, para ser más exactos, plebiscito no estaba destinado a elegir unos representantes populares para que entrasen a formar parte del Gobierno. Nada de eso; lo que se dilucidaba era la cuestión que hacía tiempo flotaba en el aire: ¿debía ser destronado el emperador Bao Dai o no? Unido a esto se debatía también la cuestión de si el nuevo jefe de Gobierno podía ocupar el puesto que dejara vacante el emperador. El elegido, como es lógico, lo mismo podía llamarse Diem que de otra manera.

Aun cuando la respuesta a esta pregunta por



Ho Chi-minh se convirtió en un símbolo de la juventud entusiasmada. El no sólo era la bondadosa figura paternal, no sólo el idealista puro, sino también el victorioso político comunista, que utilizando todos los medios de la lucha práctica por el poder —incluyendo los aspectos negativos, como la traición y la crueldad—, alcanzó y consolidó su posición como jefe del partido y del Estado. Cuando Ho Chi-minh murió el 3 de setiembre de 1969 a la edad de setenta y nueve años, el mundo perdió a uno de los últimos grandes supervivientes de los buenos tiempos de la Internacional comunista. Pasó treinta años de su vida en el extranjero, y ningún dirigente comunista viajó tanto como él. Sin embargo, ya se encontrara en París, Londres, Nueva York, Berlín, Moscú, Cantón, Hong Kong, Bangkok o Singapur, en todas partes sólo vivía para su gran objetivo: la liberación de su patria. Es muy difícil saber qué predominaba en Ho Chi-minh, si su comunismo o su nacionalismo. Lo único cierto es que fue un fogoso patriota comunista. Si Gandhi es el símbolo de la no violencia, Ho Chi-minh se ha convertido en la actualidad en el símbolo de la guerra revolucionaria de liberación. Sin embargo, según sus propias declaraciones, a Ho Chi-minh le hubiera gustado más ser el Gandhi del sudeste asiático que el dirigente de una lucha armada. Pero primero el colonialismo francés y después el anticomunismo norteamericano, no le permitieron conseguir por medios pacíficos su gran objetivo: la creación de un Vietnam unido y comunista. Después de haber vencido a Francia y de habérsele escapado la victoria de las manos, a consecuencia del incumplimiento de los acuerdos de Ginebra exigió a Estados Unidos la retirada del Vietnam.
Sin embargo, sus mayores éxitos no los consiguió como jefe militar. "La primera gran virtud de Ho Chi-minh era sin duda alguna la de la organización. La mayor parte de sus victorias políticas en los días de predominio del Viet Minh eran el resultado de su técnica especial: creó, aprovechó y utilizó en beneficio propio toda una serie de organizaciones de frente cada una de las cuales se encontraba en un plano superior a la anterior, aumentando así el poder del partido, ampliando la base del poder, y eliminando a sus rivales. Su método consistía en crear una comunidad con objeto de ocultar su identidad individual, desplegando más tarde sus fuerzas. Esto conducía inevitablemente al desmoronamiento de la organización opuesta. Esta eliminación de organizaciones, en la que los dirigentes de unas pasaban a formar parte de otras, no eran nada nuevo y único en Vietnam, aunque nadie practicó este método con mayor habilidad y durante tanto tiempo como él. Vo Nguyen Giap quizá fue el genio del empleo de la violencia. No obstante, la clara victoria del Viet Minh se debió sobre todo a las brillantes maniobras de organización empleadas por Ho Chi-minh" (Douglas Pike: Vietcong). *El general Giap (ARRIBA) también escribió sobre los éxitos del Viet Minh, aunque sus palabras también se pueden aplicar al Vietcong: "La actividad política era más importante que las acciones militares, y la lucha menos importante que la propaganda." IMAGEN DERECHA: El primer ministro y el ministro de Defensa de Vietnam del Norte: Ho Chi-minh y el general Giap en el año 1945. Cuando el 28 de agosto de 1950 la revista norteamericana* Time *escribió que la estrella de Ho Chi-minh había desaparecido, y que había viajado demasiado y visto y hablado a demasiada gente, para conseguir la decisión que necesita un jefe político en tiempos de guerra, nadie suponía que diecinueve años más tarde el* New York Times *le llamaría el "mayor enemigo de Estados Unidos" con motivo de su muerte.*





parte de los electores estaba más que clara —muy pocos se decidirían a favor del odiado y despreciado Bao Dai—, las gentes de Nhu hicieron todo lo posible para que el resultado que esperaban fuera seguro. Las listas electorales fueron amañadas; en varios distritos se contaron más votos para Diem que electores figuraban en las listas; en resumen, Diem "venció" a Bao Dai por más del 90 por ciento de los votos. Para que se vea, estos resultados no son exclusivos de los países comunistas. Diem era ahora oficialmente jefe de Estado y dictador con poderes ilimitados. Todavía se hizo ratificar en sus funciones de presidente unas veces más y hacerse elegir por una asamblea nacional, que no podía ejercer los derechos que le correspondían según la letra de la Constitución. Siempre se daba alguna circunstancia extraordinaria que permitía a Diem actuar con premura y a su albedrío, pero siempre dentro de los cauces legales trazados a propósito. En resumidas cuentas, un Gobierno a base de decretos-ley, como en los tiempos de la República de Weimar, sólo que más patente y de acuerdo con la personalidad de un solo hombre, Diem, "caudillo del pueblo".

Hasta 1956 los comunistas de Vietnam del Norte esperaron a que fuera posible convocar elecciones generales en Vietnam, según lo dispuesto en el "párrafo final" del Tratado de Ginebra. Pero Diem seguía negándose como de costumbre. Poco a poco los comunistas empezaron a actuar en el sur. Los cuadros de mando del Viet Minh, inactivos hasta la fecha, empezaron a dar señales de vida.

Los franceses, mientras tanto, habían abandonado el país. Se comprende que el Viet Minh, en cumplimiento de lo dispuesto por el Tratado de Ginebra, no había trasladado todos sus efectivos del sur al norte. Lo más selecto de sus mandos políticos y militares se quedaron en el sur. En algunas zonas de Vietnam del Sur tenían grandes extensiones de territorio bajo su jurisdicción. Mientras Diem disputaba el poder a Bao Dai y a las sectas, tuvo que aceptar el hecho de la presencia del Viet Minh. Este se mantenía quieto, sin tratar de extender sus dominios.

Pero una vez instalado Diem en el poder de una manera sólida, el panorama cambió de pronto. El Ejército nacional sudvietnamita comenzó a efectuar incursiones en las zonas dominadas por el Viet Minh. Bajo la férula de éste se hallaban las provincias de Quang Ngai y Binh Dinh. Otra zona importante bajo mandato comunista era la llanura de los Juncos, al oeste de Saigón, y la que los franceses denominaban zona D, al noroeste de Saigón hasta la frontera de Camboya, que hasta hoy ha sido el más importante territorio en poder del Viet Minh, puesto que en él desemboca la Ruta de Ho Chi-minh que desde el norte pasaba por Laos oriental y Camboya. Por ella se transportaban los suministros de armas y víveres con destino a los guerrilleros en el corazón de Vietnam del Sur. A ello se sumaba gran parte de la península de Camau, al sur de la provincia fronteriza de Vietnam del Sur con el golfo de Siam, y una serie de distritos en la meseta y en el delta del Mekong, que ya limpios de elementos Binh Xuyen no podían ser dominados por el Ejército nacional.

Diem trataba ahora, una vez consolidado su poder en los territorios no comunistas, de eliminar al Viet Minh en el Vietnam meridional. Para ello veía dos caminos. Uno era la actuación militar y, el otro, la orientación moral del pueblo para que él mismo se apartara de los comunistas allí donde éstos dominaran.

Las actividades militares fueron parcialmente victoriosas en su primera fase, pero no condujeron a ninguna decisión. El Viet Minh avanzaba o se retiraba según las circunstancias, procurando siempre llenar los vacíos que dejaba el Ejército nacional. Este era más poderoso, cada vez, debido a la ayuda estadounidense, pero la situación militar continuaba siendo idéntica. Se decidió que por el momento interesaba más conquistarse al pueblo por la vía del saneamiento económico y la influencia psicológica.

El objetivo no podía ser más claro. Si Diem conseguía edificar algo mejor que los comunistas del norte sobre las ruinas del colonialismo, se granjearía el favor popular y derrotaría al Viet Minh en su propio terreno.

Claro, que Diem sabía, lo mismo que Mao Tse-tung y Ho Chi-minh, que el problema capital de Asia, y por tanto también del Vietnam, es el de los campesinos. Pero, ¿qué hacer para solucionarlo y conquistar a las masas campesinas?

"Diem podía haber movilizado a los campesinos en su favor —escribe Joseph Buttinger, analizando la situación de Diem— de haber emprendido una reforma popular, así como una drástica reducción de los arriendos (como primera medida para una radical reforma agraria), si además hubiese anunciado que sería legalizada la distribución de la tierra en los territorios dominados por el Viet Minh, y si hubiese concedido a los campesinos el plazo suficiente para pagar las constribuciones. Los campesinos hubieran saludado estas medidas legales como un regalo llovido del cielo. Los grandes latifundistas habrían combatido dichas reformas con toda su energía, pero se les hubiera resarcido de las pérdidas. La ayuda yanqui, que ya resultaba eficaz en el sostenimiento del Ejército y en el de las masas de refugiados procedentes del norte, también bastaría para sufragar los gastos de la reforma agraria, operación de enorme utilidad política para el

'mundo libre'. Pero Diem no escogió ese camino para alejarse del callejón sin salida político porque por temperamento y convicciones sociales era un hombre conservador. Las dificultades que entrañaba el intento, el ganarse el apoyo de las masas, llevaban implícito un gran riesgo político que incluso un reformador social realmente radical hubiera vacilado en aceptar. Diem hubiera autorizado dichas reformas, pero nunca las habría materializado. Ni siquiera habría permitido una rebaja de los arriendos, puesto que el Gobierno no disponía del personal capaz de llevar a la práctica dichas medidas a escala local. Las autoridades regionales, provinciales y locales procedían de los viejos Gobiernos corrompidos de Saigón y a su vez también eran venales. Esos hombres como característica común tenían, al igual que todo el funcionario vietnamita, una falta absoluta de miramiento por el pueblo; eran socios de los terratenientes en la explotación del campesinado y recurrían al terror, si era preciso, para obtener lo que deseaban. Un decreto que ordenó la imposición fiscal progresiva a los campesinos sólo tuvo un efecto: la elevación de los impuestos, pero la diferencia no iba a parar a Saigón, sino que se la repartían los funcionarios locales.

"Diem sabía que todo eso habría que cambiarlo, pero las medidas tomadas para reemplazar a esos funcionarios por su propia gente no resultaban de eficacia inmediata ni servían para atajar de raíz el mal. Habrían de transcurrir muchos años antes de preparar un número suficiente de funcionarios y, aún con todo, no había garantía de que fueran una gran ayuda para el pueblo o para el Gobierno, puesto que el mal no residía en la falibilidad humana, sino en el interior del sistema. Los medios para cambiar ese sistema no estaban a disposición de Diem, al menos por entonces. Esos medios consistían en la creación de instituciones locales por elección, que no sólo responderían ante el Gobierno, sino ante el pueblo. Pero aun suponiendo que Diem hubiese emprendido ese camino, no habría podido hacerlo en el verano de 1954. Las elecciones locales habrían dado la victoria al Viet Minh en la mayoría de las comunidades locales. Los Viet Minh no sólo eran populares, sino que ejercían de hecho el control político de vastas zonas, disponían de hombres y material en abundancia, hombres muy duchos en organización y hábiles en utilizar las posibilidades democráticas que ofrecía el régimen. Finalmente, la reforma agraria aplicada por Diem no le ganó el suficiente apoyo de la masa campesina. En la lucha decisiva por dieciséis mil pueblos en el Vietnam del Sur, tanto él como sus colaboradores no pudieron contrarrestar la hábil táctica de los comunistas, ni siquiera igualarla."

A finales de 1957 los comunistas empezaron a consolidar su influencia entre la población civil y a extenderla todo lo posible por medio del terror selectivo y de la propaganda política. De manera sistemática los jefes principales de la comunidad local y los funcionarios subordinados de la Administración fueron torturados, asesinados o secuestrados para intimidar a la población. Los atentados a las personas y las vías de comunicación, la voladura de escuelas y hospitales recién inaugurados, contribuyeron a minar los trabajos de reforma llevados a cabo por Diem, de inspiración norteamericana. En el año 1958, John F. Kennedy habló de cuatro mil víctimas del terror comunista. Antes de que los comunistas empezasen a operar militarmente en serio en el Vietnam del Sur, el 80 por ciento de las llanuras del país se hallaban bajo su dominio, la base que les facilitaría la victoria.

Ni en Washington ni en Saigón se concedió gran importancia a lo que aquí se preparaba lentamente. Se contentaban con registrar los triunfos económicos que sin duda conseguía Diem. "Las organizaciones Viet Minh serán paulatinamente eliminadas o reducidas a tan insignificante expresión, que no representarán el menor peligro para el Gobierno. Tales informaciones eran creídas en Washington en 1959. En realidad lo que estaba haciendo la organización Viet Minh era preparar el 'agua' para que los 'peces' pudiesen moverse con tranquilidad. En abril de 1959, Hanoi anunció oficialmente la 'reactivación de la lucha revolucionaria'. El 20 de diciembre de 1960 tuvo lugar la formal declaración comunista de que en 'un lugar del sur del país' se celebró un congreso para la formación de un Frente Nacional para la Liberación del Sur, denominado abreviadamente con las siglas inglesas NLF (National Liberation Front). El antiguo Viet Minh se convirtió en Vietcong, pues 'cong' significa comunista."

En el Comité central del Vietcong figuraban, lo mismo que en la organización anterior, una serie de elementos no comunistas. Eran los jefes de las sectas Cao Dai, Hoa Hao y Binh Xuyen, que volvieron a adquirir un nuevo brillo.

A Ho Chi-minh le resultaba cada vez más difícil dominar a sus camaradas de la extrema izquierda. Ahora, a fines de 1960 y comienzos de 1961, opinaba que había llegado el momento de lanzarse a la batalla abierta. A pesar de los muchos contratiempos, en el norte se había consolidado la reforma agraria. Pese a los dictados del acuerdo de Ginebra, el Ejército popular se había pertrechado a su gusto con material procedente de China, la Unión Soviética, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana. También la empresa francesa Peugeot envió a Ho Chiminh decenas de millares de vehículos de trans-

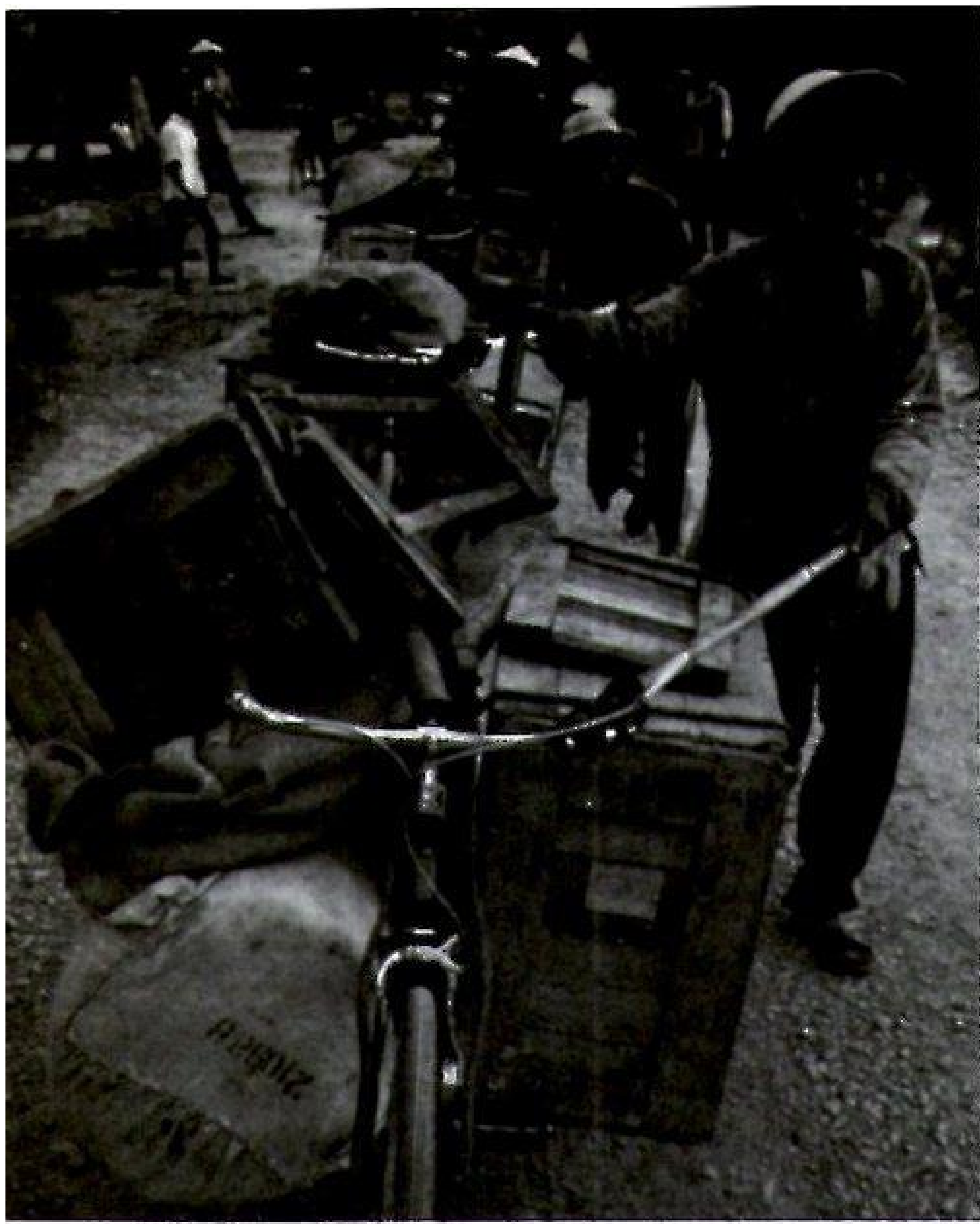


IMAGEN SUPERIOR: Los famosos convoyes de bicicletas de Ho Chi-minh. Atravesando los caminos más estrechos, podían transportar los abastecimientos a través de la jungla, salvando grandes distancias. El empleo de cazabombarderos y bombarderos modernos no pudo impedir el continuo flujo de estas bicicletas hacia el sur. Los comunistas del Vietnam no fueron obligados a doblar la rodilla ni siquiera ante el gran empleo masivo técnico y material de Estados Unidos, cuya macabra relación numérica queda reflejada por el hecho de que para matar a un Vietcong se necesitaba gastar alrededor de veinte millones de pesetas.
IMAGEN INFERIOR: Después de que un helicóptero divisara desde el aire a un vietnamita sospechoso de pertenecer al Vietcong, los hombres que transportaba podían desembarcar inmediatamente. Para el sospechoso ya era demasiado tarde para huir y no le quedaba más remedio que entregarse.



porte que circulaban por la ruta de Ho Chi-minh. No eran los autos tipo "403" y "404", sino las bicicletas que ya se habían hecho famosas en Francia y en Indochina.

El Vietcong se lanzó al ataque y con ello empezó la guerra del Vietnam. Los comunistas dicen aún hoy en su propaganda que en el Vietnam del Sur se produjo un levantamiento popular contra la dictadura de Ngo Dinh Diem, lo cual es tan falso como la versión norteamericana de que la guerra en el Vietnam es "el resultado de una agresión extranjera". Lo cierto es que en 1961 estalló la guerra civil en Vietnam, iniciada y dirigida por los comunistas.

El nuevo presidente norteamericano, John Fitzgerald Kennedy, no tenía más remedio que reaccionar ante las exigencias comunistas. Tuvo que mantener la promesa que hizo Eisenhower a Diem de "ayudar al Gobierno de Vietnam e impedir la subversión y la agresión con todos los medios militares necesarios".

Para obtener una idea concreta de la situación, el entonces vicepresidente Johnson fue enviado al sudeste asiático. El estado de cosas le pareció desesperado. No le pasaron desapercibidas ni las debilidades de Diem, ni el poco contacto que tenía con su pueblo, ni tampoco el hecho de que "estaba rodeado de gentes que no eran de fiar". No obstante, lo ensalzó como "el Winston Churchill del sudeste asiático".

De todas formas, Johnson notificó al presidente que no había obstáculo para edificar en Vietnam del Sur "un Estado sano que pudiera frenar el alud comunista e incluso rechazarlo". Y para eso no había tiempo que perder. "Es necesario tomar una decisión inmediata sobre el Vietnam. Hemos de hacernos a la idea de ayudarles con nuestras mejores fuerzas o bien retrasamos nuestras líneas defensivas hasta San Francisco y nos limitamos al concepto de la 'fortaleza americana'. En este caso anunciaríamos al mundo que no deseamos hacer honor a nuestros compromisos y que no deseamos ayudar a nuestros amigos. No creo que debamos seguir este camino y, por tanto, recomiendo dar un paso adelante y ayudar a esos países con todos nuestros recursos."

El mismo año, en octubre de 1961, una misión norteamericana, encabezada por Taylor y Rostow, se dirigió a Saigón. El general Taylor, primer consejero militar del presidente Kennedy, no estaba de acuerdo con la política de Eisenhower en el sentido de la "represalia masiva" y solicitó que se le relevara del cargo de jefe del Alto Mando del Ejército. A partir de sus ideas, Kennedy había llegado al concepto de "reacción flexible", que hizo propia.

Con el incremento del potencial atómico de la Unión Soviética la amenaza de una represalia

masiva había perdido su valor. ¿Quién tomaría en serio que las dos superpotencias se destruyeran mutuamente a causa de un pequeño conflicto? Pero justamente en sus conflictos menores, en las guerras de liberación propagadas por Moscú y Pekín, había visto Kennedy el nuevo campo de batalla entre el Este y el Oeste. La amenaza más temible no era la guerra nuclear, sino las pequeñas guerras limitadas, las agresiones indirectas y encubiertas, las intimidaciones, la revolución. Ataques que no resultan tan fáciles de descubrir y que no se pueden repeler así como así. "Queremos estar seguros de que no ocurrirá la catástrofe de una gran guerra —así rezaba la tesis de Taylor— así como de ganar la pequeña batalla con los medios de que disponemos." Ya no había tiempo de impedir la pequeña guerra en el Vietnam, de modo que Taylor, Rostow y el grupo de ayudantes que les acompañaban empezaron a pensar en los medios para ganarla.

La misión Taylor-Rostow llegó a la misma conclusión que el vicepresidente Johnson, es decir, que en el Vietnam del Sur había bastante sustancia interior como para recibir apoyo de los Estados Unidos. Eso quería decir que Diem recibiría más armas y grandes cantidades del más moderno material bélico. Acudieron también gran número de "consejeros" militares norteamericanos para manejar los helicópteros y técnicos para enseñar a los soldados sudvietnamitas los complicados aparatos. En la guerra del Vietnam del Sur eran de especial importancia los suministros procedentes de Hanoi. Mientras continuasen llegando al sur hombres y material del norte, mientras la victoria no se hallara a la vista, no tenían sentido las reformas sociales. Los movimientos comunistas en Malasia y Filipinas no pudieron triunfar porque carecían de suministros directos desde algún país comunista limítrofe. En Grecia sólo se logró derrotar a los guerrilleros cuando Yugoslavia cerró la frontera. Y para cortar los suministros al Vietcong, los norteamericanas iniciaron una serie de incursiones de bombardeo sobre el Vietnam del Norte. También intervinieron las tropas regulares estadounidenses, al principio solamente unos diez mil hombres, para ayudar al Ejército sudvietnamita cuya situación era casi desesperada.

Kennedy estaba dispuesto a enviar más dinero, más armas, más consejeros y a emprender cuantas reformas sociales fuera menester. Se disminuyó la intensidad de los bombardeos y el envío de unidades de infantería. Kennedy había leído entretanto a Mao Tse-tung y a Che Guevara. Sabía que la guerrilla era una lucha especial que no puede ganarse con los medios convencionales. Sabía también que la única fuerza en el sudeste asiático capaz de enfrentarse al comunismo era el nacionalismo, siempre que estuviera apoyado por la masa popular. "Sin la ayuda de la población no hay esperanza de triunfo en ningún país asiático." Tratar de detener al comunismo en "territorios alejados y fuera de los objetivos nacionales es exponerse al fracaso". Esta guerra asiática debía seguir siendo asiática, pues si se quería hacer de ella la lucha del hombre blanco, era una batalla perdida.

Hasta entonces, Eisenhower había mandado sus "consejeros" norteamericanos al sudeste asiático y un ejército adiestrado para la guerra al estilo clásico. Se temía una segunda Corea, es decir, un ataque directo del norte contra el sur. El presidente Kennedy y sus asesores creían, por el contrario, que este tipo de lucha no llegaría a producirse. La agresión comunista al Vietnam del Sur adquiriría la forma de "lucha subterránea" si querían tener posibilidades de éxito. Una guerra de tal naturaleza, en dos frentes, el político y el militar, había que combatirla adecuadamente en ambos frentes. Desde el punto de vista militar, la opinión de Kennedy y sus consejeros se inclinaba por la idea de que la lucha de guerrilla puede ser dominada con métodos flexibles de guerrilla, es decir, responder con las mismas armas. La formación antiguerrilla de las Special Forces en Fort Bragg, Estados Unidos; en Bad Tölz, Alta Baviera, Alemania, y en otros campamentos especiales, se realizaba con singular intensidad. Junto con los *rangers* sudvietnamitas, esas tropas especiales acosarían y destruirían a los pequeños y móviles grupos comunistas en la selva. Pero la victoria norteamericana-sudvietnamita suponía el triunfo previo de la lucha política por ganarse el favor de la población, sin lo cual no era posible sacar el "agua" donde vivían los "peces guerrilleros" y ganar así la guerra en el Vietnam.

El plan del jefe de los consejeros ingleses en Saigón, Robert K. G. Thompson, habría de producir un gran cambio en la situación. Como oficial de las tropas coloniales británicas, Thompson había servido muchos años en Malasia y había sido testigo de la derrota de los comunistas malayos en 1945. Tanto en Malasia como en las Filipinas, el aislamiento de los guerrilleros y la población había sido el factor decisivo para obtener paso a paso la victoria definitiva. Con su idea de "pueblos defensivos" Thompson creyó repetir el éxito en Vietnam. El principal objetivo del Vietcong no era dejarse llevar al pleno enfrentamiento armado, sino dominar los dieciséis mil pueblos del Vietnam del Sur. Las batallas y las victorias sobre el Vietcong significaban poco para el dominio de las poblaciones. Esa experiencia la habían pasado ya los franceses. A pesar de sus brillantes victorias militares, los comunistas logra-

ron extender sus dominios por medio de la propaganda y la persuasión, así como por el terror y el asesinato. Los poblados eran sus bases de aprovisionamiento, reclutamiento y obtención de impuestos. Numerosas localidades tenían dos Gobiernos, el francés durante el día y el comunista durante la noche. Los ocupantes franceses de las localidades no podían hacer nada para evitarlo. Los franceses se retirarían tarde o temprano, y los colaboradores y traidores serían eliminados sin compasión por los funcionarios comunistas. Mientras las guerrillas contaran con el apoyo de la localidad, ya fuera por temor a las represalias o por convencimiento, la lucha de guerrillas podría seguir siendo ilimitada. Y por mucha infantería, artillería y fuerzas aéreas que se sumaran a la batalla, nada podía hacerse para variar la situación. La única posibilidad de vencer a los guerrilleros consistía en separarles de sus fuentes de aprovisionamiento, es decir, aislarlos de la población. Mas para conquistarse a la población había que resolver antes que nada una cuestión fundamental:

El Gobierno combatido por la guerrilla tenía que estar en condiciones de garantizar la existencia física de la población.

Los grandes avances económicos, sociales y culturales no servían para nada si quienes colaboraban con el Gobierno temían ser asesinados por el Vietcong a cada momento. Incluso la más fuerte voluntad de defensa anticomunista servía de bien poco si no existían posibilidades de practicar esa defensa.

"Usted me pregunta sobre el Vietcong —respondió un campesino sudvietnamita a la periodista norteamericana Margaret Higgins—. Pues le diré que les odiamos, pero hemos de ser amables con ellos. No tengo nada que temer si les entrego cien piastras de impuestos anuales y un saco de arroz. Me resulta un gran sacrificio, pero entrego ambas cosas. La campesina que vive tres casas más abajo no quería que el Vietcong se llevara a su hijo. Le dispararon en la cabeza y en el vientre. Los representantes del Gobierno tienen ahora buenas intenciones. Nuestro jefe de distrito procuró que el año pasado me dieran un par de cerdos y un saco de estiércol. Durante el día, las tropas del Gobierno patrullaban las calles mientras el Vietcong se ocultaba en los arrozales. Pero al caer la noche, los soldados se encerraban en sus cuarteles y el Vietcong regresaba al pueblo y, si no hacíamos lo que mandaban, no tenían el menor escrúpulo en liquidarnos."

Por eso, los sudvietnamitas se vieron obligados a convertir sus poblados en baluartes defensivos. La población, indefensa hasta entonces frente al terror comunista, se hallaba ahora mucho mejor protegida.

Ramón Magsaysay, ministro de Defensa, que más tarde sería jefe de Estado filipino, había demostrado en la época de la lucha contra los huks, entre 1948 y 1954, de qué modo se acababa con los guerrilleros comunistas. Su triunfo se debió ante todo a dos métodos. Uno es el concepto de pueblos defensivos provistos de una peculiaridad estratégica que Magsaysay había aprendido de Mao y Ho Chi-minh: comenzaba por establecer unas cuantas colonias en territorio huk que por motivos especiales tuviera interés en la lucha contra los comunistas. En la mayor parte de los casos se trataba de pueblos ricos. Sólo cuando la base estaba completamente fortificada se iniciaban desde ella las incursiones por territorio comunista. Y Magsaysay logró que los pueblos ricos se convencieran de que su mayor interés radicaba en el bienestar relativo de los pueblos más pobres, para que entonces los comunistas tuvieran muy poca influencia en ellos. Y entonces Magsaysay mostraba el segundo método, que él mismo definió con el lema: "Amistad total o guerra total."

Esto no quería decir otra cosa que todos los habitantes del país podían contar con su amistad incondicional —también la guerrilla comunista y sus jefes— siempre y cuando abandonasen la lucha. Y al contrario que Diem, Ramón Magsaysay mantuvo siempre su promesa. El jefe del servicio de información norteamericano en Saigón, John Mecklin, que llevaba mucho tiempo asesorando a Ngo Dinh Diem, escribió a tenor del ejemplo filipino:

"Como corresponsal viví con Magsaysay su

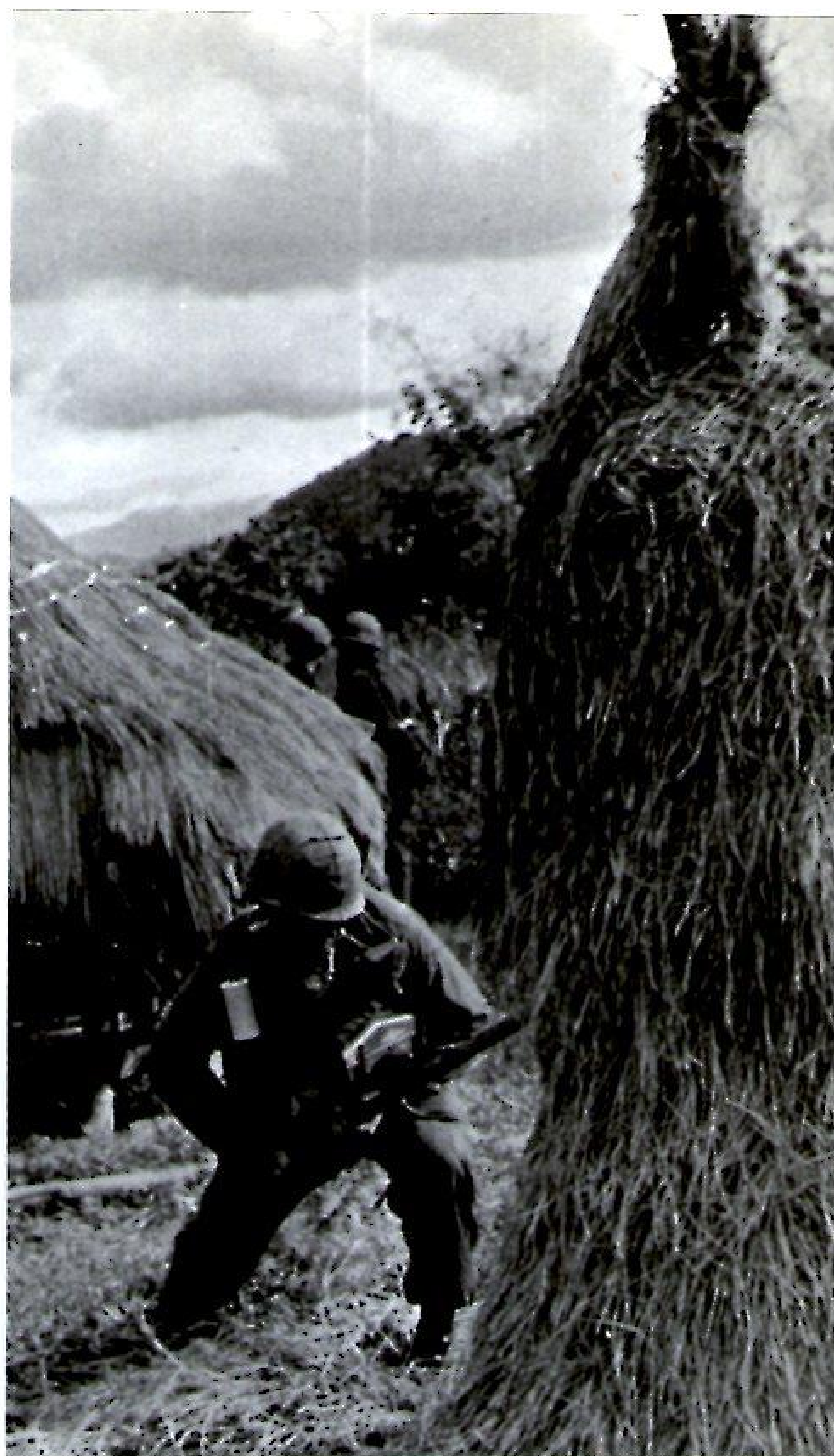
El Vietcong se oculta de sus enemigos en cuevas subterráneas que se encuentran en comunicación mediante sistemas de túneles y trincheras; en los árboles; bajo el agua de los campos de arroz, respirando a través de una caña. Su principal objetivo no es la lucha, sino el control político de la población, así como la "reconstrucción del orden social de la aldea, acostumbrando a los habitantes a gobernarse por sí mismos", escribe Douglas Pike, a cuyo libro Vietcong: organización y técnica de la lucha revolucionaria de liberación, *debemos agradecer la investigación más profunda realizada sobre el Vietcong. "Esta fue desde el principio la línea seguida por el Frente de Liberación Nacional, o sea, el aparato político del Vietcong. No se trataba, pues, de matar el mayor número posible de soldados sudvietnamitas, ni de ocupar un territorio determinado, ni de preparar una gran batalla en campo abierto al estilo de Dien Bien Phu, sino de la organización básica de la población campesina por medio del instrumento de autocontrol." IMAGEN SUPERIOR: Introduciendo un palo en una pila de heno para descubrir si en su interior se halla un escondrijo del Vietcong. IMAGEN INFERIOR: Dibujo esquemático de un escondrijo del Vietcong procedente de un manual de enseñanza perteneciente a las fuerzas armadas de Estados Unidos en el Vietnam.*

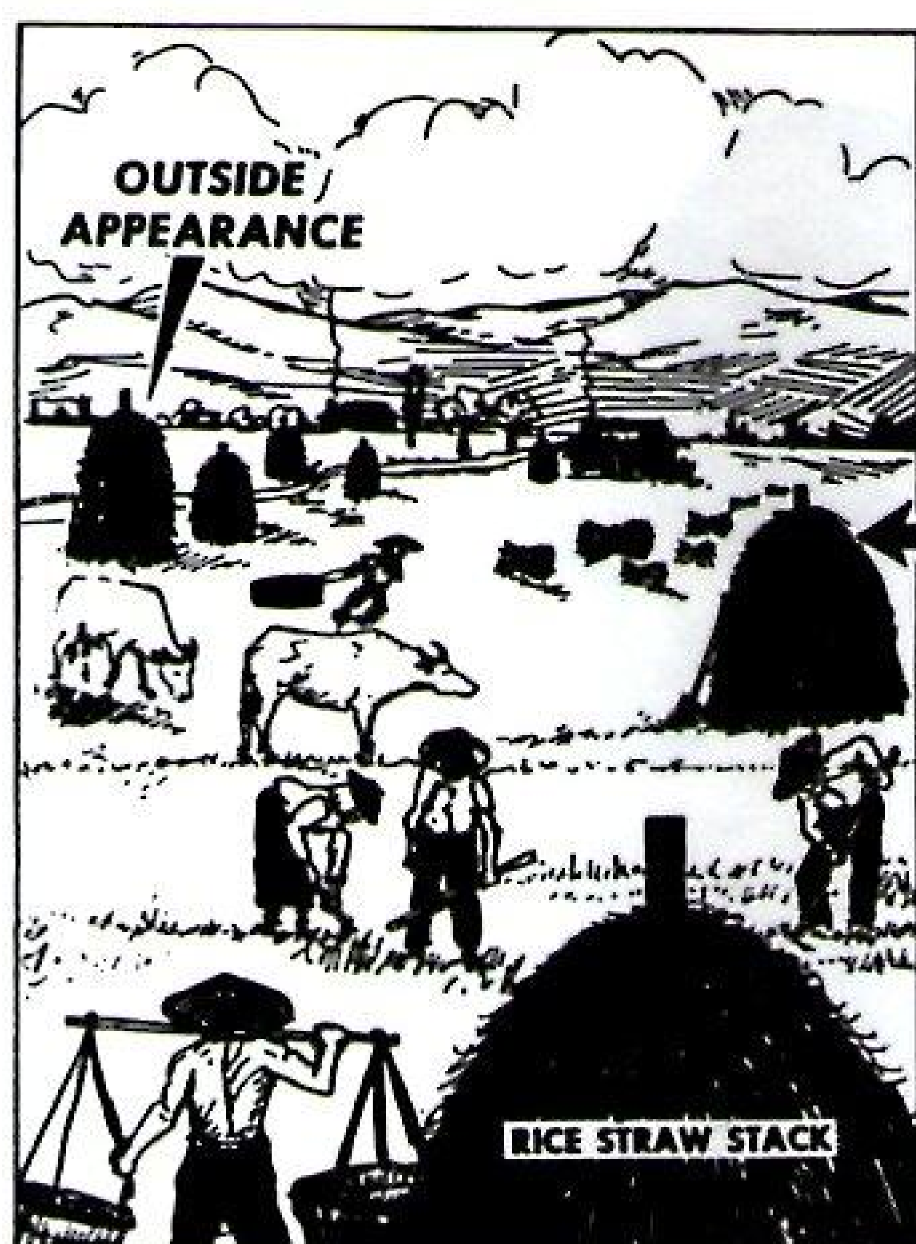
lucha con los huks y pude observar su conducta con los hombres de los barrios (pueblos). En realidad se puede aprender mucho de ese hombre.

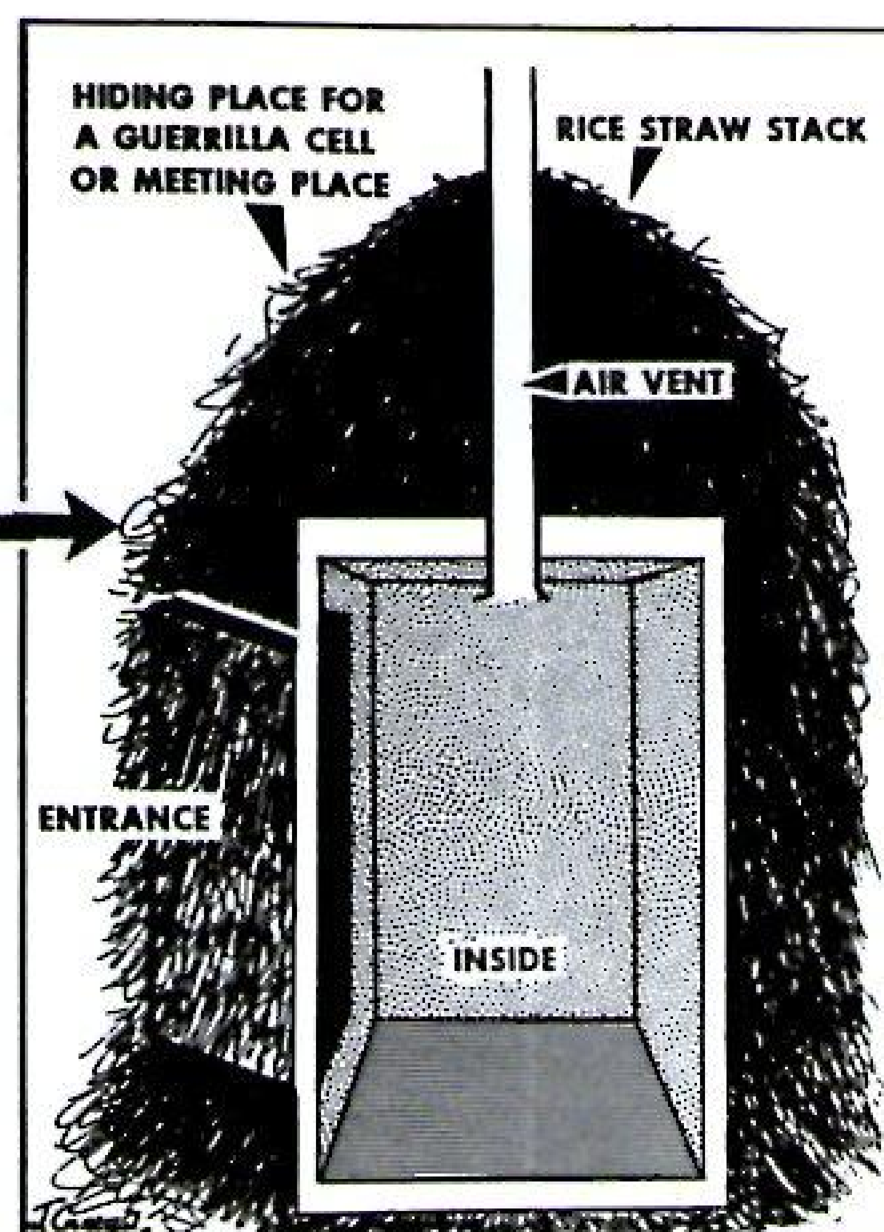
"En ambos puntos cumplió su promesa. A las personas no comprometidas de los barrios les dio escuelas, seguridad, cúidados médicos, ayuda económica y justicia. A los huks que se entregaban les concedía el perdón y ayuda económica para iniciar una nueva vida. Varios de sus más leales y eficaces colaboradores eran antiguos huks rehabilitados. Pero no había compasión para los huks que preferían seguir luchando."

Y puesto que la población agradecida le apoyaba cada vez más, sus tropas pudieron dedicarse a perseguir implacablemente a los huks, hasta que el movimiento acabó por ser destruido. Con esta misma política se habría podido vencer en el Vietnam, pero resulta que Diem no se parecía en nada a Magsaysay. Diem nunca fue capaz de entender una "amistad total hacia los campesinos". Se limitaba a ejercer el paternalismo desde arriba, y los campesinos tenían la sensación de estar obligados a obedecer; y ese sentimiento de obediencia forma parte importante de la filosofía del personalismo, que en caso necesario se acompaña de la fuerza, como el buen padre de familia llama al orden a los hijos descarriados.

Naturalmente, los funcionarios de Diem pensaban del mismo modo. Con este sistema sentían robustecida su autoridad. Sucede con frecuencia que los funcionarios responsables de una localidad ni siquiera residen en ella. Sólo aparecen de cuando en cuando para recaudar los impuestos y las multas, o para leer alguna consigna del













Cuanto más incapaz demostró ser el Gobierno de Vietnam del Sur para luchar políticamente contra el Vietcong, tanto más se trasladó la lucha hacia el sector militar. Cuanto más norteamericanos participaron en la destrucción de los guerrilleros Vietcong, cuanto mayores medios utilizaron, desde el napalm y los bombardeos hasta la artillería —con objeto de evitar la mayor cantidad posible de bajas propias—, tanto más empezó a sufrir la población civil. No se procedió según el método de "limpiar y mantener", sino con el de "buscar y destruir", y además sin contemplación alguna. Zonas enteras fueron declaradas free kill *(en las que se podía matar con entera libertad). Bajo unas condiciones de lucha como éstas, la población civil tenía más que perder y sufrir que el propio enemigo. La relación entre vietcongs y civiles muertos en el Vietnam es de uno a tres. Por tanto, no es de extrañar que la población campesina no pueda ser ganada para ninguna causa, pues el Vietcong destruye las aldeas conscientemente y arrastra a norteamericanos y sudvietnamitas a hacer lo mismo. Cuando las tropas se acercan a una aldea, basta que de ella partan un par de disparos para que, sin saber si en ella hay fuerzas enemigas o no, se dispare y se incendie la comunidad humana.*
ARRIBA, IZQUIERDA: Mientras una campesina vietnamita pone a sus hijos a salvo, una cabaña arde al fondo. Su aldea, de la que se sospechaba que servía de punto de apoyo a los guerrilleros del Vietcong, fue totalmente arrasada. Un soldado norteamericano escribió sobre la política de la "tierra quemada": "Incendiábamos cualquier cabaña que nos pareciera sospechosa. La población nos observaba indignada mientras quemábamos su techo y sus alimentos. Sí, porque también quemábamos todo el arroz, y matábamos el ganado." ARRIBA, DERECHA: Registro de una aldea. IMAGEN INFERIOR: En los territorios controlados por el Vietcong, las tropas norteamericanas y del Gobierno casi siempre se encontraban con ancianos, mujeres y niños; la población masculina hacía tiempo que había desaparecido en la selva. Los que habían permanecido en la aldea vivían bajo el constante temor de los fusiles, y afirmaban una y otra vez no saber nada por el miedo a las represalias, o por simpatía hacia el Vietcong.

Vietcong pintada en las paredes y lugares públicos.

Con gente así no se podía aplicar el sistema de pueblos defensivos, como declaró en Saigón el experto británico en guerrillas, Thompson. Este destacó ex profeso que sólo con el sistema del *oil blot* o mancha de aceite se podía aspirar a una victoria total. Una gota de aceite que podría extenderse lentamente en dirección a la selva.

Bajo la segura protección del Ejército se podía iniciar la acción en pequeñas zonas donde se dieran condiciones favorables. Grupos civiles bien preparados se instalarían en las localidades para atraer a los campesinos a su programa defensivo. Con su sensibilidad psicológica tenían que influir en los colonos para que dejaran sus casas y se trasladaran voluntariamente al núcleo principal de la población. Estas localidades estaban protegidas por zanjas, alambradas y empalizadas de bambú. Eran como pueblos castrenses, y la vida en ellos era en común, la vida económica, social y cultural, las escuelas, el regadío, el abono y los créditos. Sólo cuando en una zona determinada los pueblos defensivos funcionaban a la perfección y estaba asegurada la voluntad de los habitantes en defenderse contra los comunistas y colaborar con el Gobierno, eran retiradas una parte de las tropas regulares para la erección de un nuevo poblado defensivo. Pero incluso una vez establecida una zona de seguridad era necesario que ciertas unidades móviles defendieran los poblados de la zona, para que éstos no tuviesen que capitular ante el ataque de poderosas unidades del Vietcong. Sólo cuando las poblaciones locales tenían cierta seguridad de que sus vidas no corrían peligro, lograban la máxima eficacia las ayudas materiales del Gobierno. Las mejores fuentes, las mejores escuelas y los créditos otorgados en las condiciones más favorables no servían de gran cosa si se temía caer víctima del Vietcong aquella misma noche. De haberse garantizado al campesino sudvietnamita lo más querido para todo ser humano, es decir, la propia vida, se hubiera dado el primer paso hacia la victoria sobre el Vietcong. Y si se les hubiera convencido de que Saigón podía hacer más por ellos que los comunistas, se habría dado el segundo paso. Los campesinos informarían al Gobierno de todos los movimientos de las tropas del Vietcong a las que negarían víveres, reclutas y dinero. Entonces, privarían al Vietcong de sus fuentes de aprovisionamiento, convirtiéndoles en bandas desperdigadas y hambrientas, que se verían obligadas a emplear todas sus energías para subsistir. Serían años de penosa labor, pero se llegaría al punto de transformación a que se refería Thompson, cuando la mayor parte de la población estuviera por entero de parte del Gobierno; entonces podría darse por ganada la batalla contra la guerrilla. El cinturón de seguridad en torno a los pueblos defendidos se ampliaría cada vez más y los guerrilleros se internarían más profundamente en la selva. Para llegar a sus fuentes de aprovisionamiento, en víveres y hombres, tendrían que penetrar en las zonas de seguridad. Una población hostil se defendería con las armas, acudirían pronto los refuerzos y los guerrilleros se verían acosados por todas partes. Ya no sería cuestión de preparar emboscadas, sino que se retirarían pronto a la selva donde caerían en las celadas de las tropas gubernamentales. Una vez separados de sus vitales líneas de contacto, de sus numerosas carreteras y sendas entre los dieciséis mil pueblos vietnamitas del sur, su destino estaba sellado para siempre.

Estas ideas básicas de Thompson eran sin duda correctas. Washington y Diem aprobaron el programa de los pueblos defensivos. El hecho de que este programa estuviera condenado al fracaso en Vietnam del Sur no radicaba en sus premisas teóricas, sino en su aplicación práctica.

Con el desprecio de las decisivas "manchas de aceite", el hermano de Diem, Nhu, quien se había hecho cargo de la dirección del programa, había ido a demasiada velocidad. Con tanta prisa, que muchas localidades fueron preparadas a la vez y con poco esmero, tanto que en realidad no podían apenas defenderse por sí mismas, ni tampoco ser protegidas de forma adecuada por las fuerzas gubernamentales, ya que se hallaban situadas a excesiva distancia. Con ello no se realizó el principio básico de poblaciones fortificadas, perdiendo así los campesinos sudvietnamitas la sensación de amparo, de modo que el ambicioso programa estaba condenado al fracaso desde sus comienzos. Y tuvo que realizarse el traslado en forma brutal. A menudo los campesinos resistían a las amenazas, aunque muy a regañadientes dejaban sus casas, sus campos y al mismo tiempo las posesiones de sus antepasados, para afincarse en los pueblos fortificados. A la larga tampoco obtenían en ellos la seguridad y el apoyo material para no sentirse extraños. Tampoco los elementos, en buena parte corrompidos, de Diem mostraban ninguna delicadeza psicológica en su comportamiento, como para lograr la adhesión del campesinado. El Gobierno Diem no consiguió arraigar de manera positiva en la conciencia de los campesinos de los pueblos fortificados. La imposición autoritaria de la ejecución del programa no hacía sino favorecer la propaganda comunista. Así, los pueblos fortificados de Diem se transformaron en campos de concentración y sus armas contra los comunistas se convirtieron en armas dirigidas contra el propio Gobierno.

La cifra de más de siete mil poblados fortificados que Saigón había instalado a principios de

1963, no indicaba nada acerca de la verdadera situación de los campesinos sudvietnamitas. El corresponsal de la Associated Press, Malcolm W. Browne, escribió acerca de lo que en realidad sucedía en aquel país:

"Cuando estuve en Dam Doi por última vez, unos años después de mi primera visita, el lugar era poco menos que irreconocible. Los terrenos que fueron sede de la Administración estaban ocupados por minúsculas edificaciones en una espesura de bambúes. El edificio de la Administración era un informe montón de escombros; en lo que restaba de los muros se veían enormes agujeros practicados por las granadas de 57 mm de los cañones sin retroceso.

"Las veinte o treinta cabañas que para proteger a las mujeres y los niños se habían construido tras el edificio de la Administración estaban calcinadas por el fuego. Mientras caminaba por las ardientes cenizas tropecé con los cuerpos carbonizados de cuatro mujeres embarazadas. Habían quedado en tal estado que eran prácticamente irreconocibles. En el suelo embaldosado había una docena de cadáveres, algunos de cara a la pared. Otros yacían ante el edificio, sobre parihuelas de chapa ondulada, arrancadas de las techumbres por las explosiones. Todos estaban cubiertos por esteras de esparto y llevaban escrita una dirección. No faltaban los cuerpos sin vida de gran número de niños. Uno que había quedado con vida, de cinco años de edad, estaba arrodillado ante un gran bulto informe y lanzaba gritos desgarradores: era su madre.

"Los elementos del Frente de Liberación Nacional habían llegado subrepticiamente sobre las dos de la madrugada en sampanes. Sus tropas cortaron unas alambradas y penetraron con tal rapidez, que no tardaron en hallarse de nuevo en terreno libre, antes de que nadie supiese lo que había ocurrido. La lucha duró, sin embargo, varias horas hasta que la pequeña guarnición resultó aniquilada. Los cartuchos vacíos abundaban por todas partes, algunos de origen ruso y checo, municiones para ametralladora fechadas en 1962.

"Entre los muertos se encontraba el jefe del distrito, el tercero de su género que dejó la vida en Dam Doi. También él fue decapitado. Algunas unidades del Vietcong deben tener ya una buena colección de cabezas.

"Aquel mismo día visité la capital de otro distrito, situada a unas veinte millas, llamada Cai Nuoc. Aquí también sucedió algo durante la noche que costó la vida al jefe del distrito. Más de cuarenta defensores resultaron muertos. La forma de proceder fue la misma: los funcionarios y soldados, junto con sus familiares, cayeron brutalmente asesinados por los elementos del Vietcong. El resto de la población no sufría bajas, por regla general, a menos que los alcanzara una bala perdida.

"En otro lugar algo más al norte del delta del Mekong, el jefe de distrito (nuevo en el oficio y por tanto sin experiencia) intentó recaudar impuestos para el Gobierno y reclutar jóvenes para el servicio de las armas. Una noche penetraron los del Vietcong, le ataron a un poste en la plaza del mercado y obligaron a todos los habitantes de la localidad a presentarse; entre ellos se hallaban la esposa gestante de la víctima así como un hijo pequeño. Hubieron de presenciar cómo al hombre atado al poste le sacaban lentamente las entrañas. El niño fue decapitado a continuación. Por último, la viuda fue atada al mismo poste y sufrió igual tratamiento que el hombre.

"En muchos sitios hube de presenciar la misma escena, pero me juré a mí mismo que ésta sería la última vez."

El terror comunista y la incapacidad de Saigón son dos elementos decisivos en la lucha por el corazón y la mente de los campesinos de Vietnam del Sur. Añádase a ello la hábil propaganda del Vietcong. En su obra *Testigo en Vietnam*, John Mecklin escribió sus impresiones sobre un viaje por el Vietnam del Sur y, con ello, Estados Unidos y el mundo tuvieron noticia de lo desesperado de la situación:

"El campesino sudvietnamita ha nacido en la más absoluta pobreza; su vida es dura, pues ha de realizar un trabajo agotador entre el fango y el agua de los campos de arroz, y tanto uno como otro bando le arrebatan la cosecha. Y eso es para ellos como quitarles la vida. No piensa ni en sueños en un nuevo y democrático Vietnam, como muchos idealistas occidentales. La democracia significa tan poco para ellos como el comunismo. Una democracia nacional en el sentido occidental, para lo que es muy importante la difusión de los conocimientos sobre las cosas públicas, no tiene la menor oportunidad de éxito en un país en que incluso la noticia del asesinato del jefe de Estado tardó ocho semanas en llegar de Saigón a una localidad llamada Binh Yen Dong, a sólo treinta kilómetros de la capital. Pero lo que el campesino posee es un sentido innato de la justicia social, comprensible en un marco de vida pueblerino desde hace siglos, en donde se vive una existencia invariable, en la que por lo visto las cosas pequeñas lo significan todo. El Vietcong así lo comprende, pero el régimen de Diem no, y puesto que no existe esa comprensión, la ayuda estadounidense carece de efectividad, porque es como llenar de agua un depósito agujereado.

"Hay tres sendas que conducen al pueblo de Binh Yen Dong, se dice en un estudio del servicio de información USIS (cuyo jefe era a la sazón Mecklin). Una que lleva a la orilla del río, por

donde el Vietcong no puede irrumpir; su utilización se veía dificultada por un puente en muy malas condiciones, que a la gente le hubiera gustado ver arreglado. Los habitantes también habrían visto con buenos ojos que se hubiera aplanado otro de los caminos. Tal como estaban las cosas tenían que dar un gran rodeo para no tener que cruzar la hacienda de un rico terrateniente.

"Otro grupo de nuestra sección visitó el poblado de Binh Co, perteneciente también a la provincia de Long An (cerca de Saigón). Aquí las quejas se dirigían contra las intrigas del cabildo municipal. Aun cuando los concejales fueron elegidos, los habitantes del poblado no participaron en las elecciones. El concejo reunió sin recibo la suma de cincuenta piastras (unos 2,5 dólares) por familia para la instalación de una oficina municipal. Pero como jamás la hubo, la gente se preguntaba dónde habría ido a parar el dinero. Luego se pidieron diez piastras por familia con objeto de poner numeración a las casas. Pero esto no se hizo tampoco. El pueblo quería elegir a otro Ayuntamiento.

"Ignoro lo que haya podido suceder en ambos casos. Es probable que los funcionarios municipales de Diem fuesen destituidos por las autoridades superiores, toda vez que los opulentos hacendados de Binh Yen Dong y Binh Co eran leales al régimen.

"Pero también es posible que el Vietcong hubiese dicho a los lugareños de Binh Yen Dong: 'Ayudadnos y repararemos el puente y rectificaremos el sendero.' Y a los de Binh Co: 'Ayudadnos y castigaremos a los concejales, que además os devolverán vuestro dinero. También formaremos nosotros el concejo municipal y les pondremos numeración a las viviendas.'

"El Vietcong no sólo comprendía las inquietudes reales de la población, sino que sabía ante todo lo que necesitaban los campesinos de inmediato. Sus requerimientos eran en la mayoría de los casos tan exiguos que muchas veces los guerrilleros del Vietcong podían satisfacerlos en seguida. En cambio, Estados Unidos había invertido cuatro mil millones de dólares en el Vietnam, pero, naturalmente, no había visto la posibilidad de arreglar el sendero de Binh Yen Dong."

No hay duda de que la lucha por ganarse al campesino sudvietnamita ha sido ganada por el Vietcong. Sus métodos de terror selectivo, unidos a una diestra propaganda, ayuda directa y útil, junto a un auténtico conocimiento de las aspiraciones de la población campesina, han permitido el claro éxito comunista, tan claro como la derrota de Saigón. Si la situación de Diem en el frente político era desesperada, no le iba mucho mejor en el frente de batalla. Aun cuando la

"Nguyen Ngoc Loan es el hombre que durante los dos últimos años ha metido en presión a 4.000 guerrilleros Vietcong; el hombre que destruyó las organizaciones budistas, riéndose de las autocremaciones de los budistas y aconsejándoles el empleo de extintores; el hombre que detuvo ante la Embajada norteamericana a un correo del Vietcong que había sido invitado por la CIA. El hombre que horrorizó a los norteamericanos cuando durante los primeros días de la ofensiva del Tet asesinó a un Vietcong en la calle, haciéndose fotografiar. Esta acción la hizo sin previo juicio, inmediatamente después de haber cogido prisionero al hombre. El mismo impartió y ejecutó la pena de muerte, levantando su elegante pistola y disparando un solo tiro (IMAGEN SUPERIOR).

"No es ninguna casualidad que Loan sea el hombre más temido, odiado y aborrecido de Saigón, y quizá de todo el Vietnam.

"Cuando entré en su despacho, se levantó con los movimientos suaves de un felino, y me saludó. Sus dedos rozaron mi mano, como si fueran de terciopelo.

"El general se comporta como un caballero. Sus uñas pinchan como las espinas de una rosa, causando sólo pequeñas gotitas de sangre. Sus frases acarician el oído, como el rumor de un árbol al moverse. El ruido de la instalación climática ya las hace casi imperceptibles.

" — General, ¿quién podría imaginarse que es usted tan cruel?

" — ¿Cruel? ¿Ha dicho usted cruel? ¡Qué falso, qué injusto! ¿Cree usted que un hombre a quien le gustan las rosas puede ser cruel? Si en lugar de decírmelo a mí, se lo hubiera dicho a mis colaboradores, habría sido detenido por loco. Ellos siempre me dicen que soy demasiado blando, que debo ser más duro y desconsiderado. Pero yo les digo que lo primero es la amabilidad, siempre la amabilidad. Pienso que sólo se debe ser duro cuando los demás se niegan a obedecer. En nuestro trabajo nos ayuda la lógica, nunca la crueldad.

" — General, ¿cree usted que las torturas son lógicas?

" — A veces tenemos que ser muy rígidos. Pero sólo se debe hablar de tortura cuando se mutila a un prisionero. Los guerrilleros del Vietcong no son mutilados nunca. Algunos tienen que ser obligados a obedecer y a veces se les pega, pero eso no es una tortura. Sólo se trata de peces muy pequeños.

" — General, ¿y qué ocurre con los electrochoques en los genitales? ¿Y qué ocurre con ese otro método en el que al prisionero se le ata un paño húmedo sobre la boca y sobre la nariz hasta que se ahoga? ¿Cree usted que eso no es tortura?

" — Yo diría que en el hombre hay cierta capacidad para el mal. ¿Por qué pegamos a los niños? Quizá crea usted que es un error pegar a los niños, aun cuando sean maleducados. Pero a veces es necesario. Se les tiene que acostumbrar a no ser maleducados. Estos vietcongs son como niños maleducados... Bueno, así es la vida."

(Oriana Fallaci: "El suave verdugo de Saigón", en Die Zeit, *16 de agosto de 1968.)*

IMAGEN INFERIOR: Este artículo publicado en el órgano del partido Neues Deutschland, *de fecha 5 de febrero de 1968, es característico de la forma en que los ciudadanos de la Alemania oriental son informados sobre los acontecimientos bélicos en el Vietnam (véase la traducción en Apéndice, pág. 536).*

Berichte vom heldenhaften Kampf der südvietnamesischen Befreiungsfront

Aggressoren weiter im Feuerhagel

Neue Schläge der von der Bevölkerung unterstützten Befreiungskämpfer

FNL-Oberkommando: Großangriffe sehr erfolgreich

Saigon (ND ADN). Seit nunmehr einer Woche führen die südvietnamesischen Befreiungskräfte ihre großen Angriffsoperationen. Das Oberkommando der Befreiungsarmee bezeichnete die bisherigen Großangriffe als sehr erfolgreich. In dem Kommuniqué wird vor allem die umfangreiche Hilfe der Bevölkerung für die Befreiungskämpfer gewürdigt. Unter dem Eindruck der Erfolge der FNL hätten auch Tausende Offiziere und Soldaten der Saigoner Armee die Sache der Patrioten unterstützt. Die dem Gegner zugefügten Verluste seien die bisher größten seit Beginn der USA-Aggression. Erhebliche Mengen an Kriegsmaterial wären erbeutet worden. Neben vielen Kreisstädten werden die Namen von zahlreichen Provinzstädten genannt, in die die Befreiungskämpfer eindrangen.

Unter schweren Verlusten blieben auch am Sonntag die Angriffe der Aggressoren auf die von den Befreiungskräften besetzten Städte Kontum, Dalat, Hué, Ben Tre und Vinh Long im Mekongdelta stecken. Nach jüngsten Meldungen westlicher Nachrichtenagenturen sind mindestens die Hälfte der 44 Provinzhauptstädte Südvietnams nach wie vor hart umkämpft.

Wie die Agentur Befreiung am Sonntag berichtete, haben zahlreiche Soldaten und Offiziere der Saigoner Armee dem USA-hörigen Regime den Rücken gekehrt und patriotische Vereinigungen für den gemeinsamen Kampf um Frieden gegründet.

Die Kämpfer der Befreiungsfront haben am Wochenende einen neuen Schlag gegen den größten amerikanischen Luftwaffenstützpunkt in Südvietnam, Da Nang, geführt. Erfolgreich verteidigten die Patrioten auch ihre Positionen in Hué.

Die in Saigon mit Unterstützung der Bevölkerung operierenden FNL-Kämpfer verstärkten am Sonntag ihre Aktionen. Ihre Schläge richteten sich gegen ein großes USA-Militärlager, das Hauptquartier der Polizei des Marionettenregimes und weitere Polizeistationen. Zu heftigen Kämpfen kam es vor allem in der Innenstadt, im Stadtteil Cholon und in der Nähe des Flugplatzes.

Nach Mitteilung der USA-Militärführung in Südvietnam sind die Verluste in den eigenen Reihen hoch.

Unsicherheit und Furcht vor neuen Großangriffen der FNL herrscht im Oberkommando der USA-Aggressionsarmee. Der Chef des amerikanischen Militärgeheimdienstes in Südvietnam, Brigadegeneral Phillip Davidson, erklärte, man müsse sich darüber im klaren sein, daß die FNL noch nicht ihre „vollen Möglichkeiten entfaltet hat".

Diese Lage veranlaßte die Aggressoren wiederum „mutmaßliche Stellungen" der Befreiungsarmee im Norden des Landes ohne Rücksicht auf die Zivilbevölkerung zu bombardieren. Wie AP berichtet, wollen die USA weitere strategische Bomber in Vietnam einsetzen.





Wie sich die Bilder gleichen!

In Vietnam: Blutiger Terror der USA-Aggressoren und ihrer Marionetten gegen die Patrioten. Unter grausamem Bruch des Völkerrechts erschoß Polizeichef General Nguyen Ngoc Loan in Saigon einen gefangenen FNL-Freiheitskämpfer

In Westdeutschland Notstandspraktiken: Polizeibüttel schleifen bei einer Demonstration von Schülern und Studenten in Bochum ein junges Mädchen an den Haaren über die Straße

„RIESENSPASS BEIM KILLEN"

Amerikanisches Gerichtsdokument über Kriegsmethoden in Vietnam

„Extreme Foltermethoden" und makabre Kriegs-Späße gehörten zum Lehrprogramm, das der US-Leutnant Francis Theodore Reitemeyer, 24, nach eigenen Angaben an einer Geheimdienstschule für künftige Vietnam-Berater absolvierte. Der katholische Offizier, ehemals Student der Theologie, wurde zum Kriegsdienstgegner: Er verklagte die Armee, um als Wehrdienstverweigerer aus Gewissensgründen anerkannt zu werden und den Dienst quittieren zu können. Reitemeyers Marschbefehl nach Vietnam, auf den 3. Februar 1969 datiert, wurde bis zur Gerichtsentscheidung ausgesetzt. Einem Beweisangebot, das Reitemeyers Rechtsanwalt William Zinman dem Distriktsgericht von Maryland in Baltimore vorlegte, entnimmt der SPIEGEL folgenden Auszug.

Der Kläger (Reitemeyer) erklärt, daß sich aufgrund von militärischen Erfahrungen vom Frühjahr 1968 bis einschließlich Dezember 1968 sein Abscheu gegen eine Beteiligung am Krieg in jeder Form klärte und festigte.

Der Realität, daß eine grundlegende Nebenerscheinung des Krieges der Tod im Gefecht ist, wurde der Kläger erstmals konfrontiert, als er Details bei Beerdigungen getöteter US-Soldaten arrangieren mußte. So hatte er sich im Juli 1968 um die Beerdigung eines Mannes zu kümmern, dessen Körper in Vietnam von einer Mine zerfetzt worden war. Es mußte ein falscher Arm besorgt und ein Teil des Kopfes des Getöteten wiederhergestellt werden, damit — dem Wunsch der Eltern gemäß — die Trauerzeremonie am offenen Sarg durchgeführt werden konnte.

Vom 18. Oktober bis zum 6. Dezember 1968 nahm der Kläger, zur Vorbereitung auf spezielle Aufgaben in Vietnam, an einem Lehrgang in der Geheimdienstschule in Fort Holabird, Maryland, teil. Der Kläger wurde informiert, daß er in Vietnam als amerikanischer Berater im „Phoenix-Programm" arbeiten würde, dessen Ziel es sei, die kommunistische Infrastruktur in Südvietnam zu beseitigen.

Dem Kläger wurde gesagt, er solle in Vietnam 18 Söldner (wahrscheinlich Chinesen) beaufsichtigen und sie aus einem Sonderfonds bezahlen. Die Söldner hätten die Aufgabe, in einer Anzahl kleiner Dörfer so viele Vietcong-Sympathisanten wie möglich zu finden, gefangenzunehmen und (oder) zu töten.

Die Offiziere, die in Fort Holabird aus Vietnam berichteten, informierten den Kläger, daß er als Berater möglicherweise verpflichtet sei, eine „Kill-Quote" von 50 Menschen pro Monat einzuhalten.

In der Geheimdienstschule wurde dem Kläger ferner gesagt, er sei autorisiert, jede Technik anzuwenden oder durch seine Söldner anwenden zu lassen, um die Vietcong oder ihre Sympathisanten aufzustöbern. Häufig, berichten die Offiziere, seien extreme Foltermethoden nötig.

So wurde ein verdächtiger Zivilist in Vietnam von den Söldnern getötet, anschließend enthauptet und zerstückelt. Kopf, Augen, Ohren und andere Leichenteile stellte man vor dem Haus des Toten zur Schau — als Mahnung für andere Vietcong-Sympathisanten.

Eine Spezialtechnik, um Informationen zu erhalten, bestand darin, gefangenen und verwundeten Vietcong nur gegen Preisgabe der gewünschten Nachrichten ärztliche Hilfe zu versprechen. Wenn die Befragung dann vorüber war, ließen die Söldner den blutenden Verwundeten ohne ärztliche Hilfe liegen.

Am nächsten Morgen, als sie durch die Schreie des Verwundeten an seine Gegenwart erinnert wurden, enthaupteten sie den Gefangenen mit einem rostigen Bajonett.

Die US-Berater, die in zwölf Meter Entfernung frühstückten, ließen alles ruhig geschehen; der Tod des Soldaten wurde mit dem Vermerk „Während des Fluchtversuchs erschossen" offiziell gemeldet.

Ein militärischer Instrukteur in Fort Holabird meinte, es gebe auch „leichtere Vorfälle". Er erzählte beispielsweise, wie die Berater einmal zusammen mit südvietnamesischen Soldaten einen Teich umzingelten. Dort verbargen sich Vietcong-Soldaten unter Wasser, sie atmeten durch Schilfrohre. Die US-Berater schlossen sich den Südvietnamesen an und füllten den Teich mit Handgranaten.

Bei der Erzählung des Vorfalls sagte der Instrukteur zu den Kursteilnehmern, darunter dem Kläger: „Die Geschichte erscheint irgendwie grausig, wenn Sie nun im Klassenzimmer davon hören — aber eigentlich war es doch ein Riesenspaß, zuzuschauen, wie die Vietcong bei den Explosionen wie die Fische in die Luft flogen." Derselbe Instrukteur wurde daraufhin von einem anderen Lehrer als ein Mann beschrieben, „den es nicht mehr interessierte, ob wir gewinnen oder verlieren, solange wir nur Krieg zu führen haben".

Der Kläger wurde offiziell belehrt, daß sich das „Phoenix-Programm" weniger gegen feindliche Streitkräfte als gegen politische Feinde und Vietcong-Sympathisanten richte. Das Programm solle durch Gefangennahmen, Einschüchterung und Morde zu erreichen suchen, was die USA mit konventionellen militärischen Methoden bisher nicht erreichten — den Sieg.

Der Kläger wurde darauf aufmerksam gemacht, daß er bei einer Kriegsniederlage oder seiner Gefangennahme als Kriegsverbrecher nach den beim Nürnberger Prozeß und in der Genfer Konvention aufgestellten Grundsätzen verurteilt werden könnte.



Gefangener Vietcong, Peiniger: „Extreme Foltermethoden nötig"



IMAGEN SUPERIOR: En su libro La nueva cara de la guerra, *el corresponsal de la AP, Malcolm W. Browne, escribe que los soldados sudvietnamitas eran los que utilizaban los más terribles métodos de tortura en el mismo teatro de la lucha "para obtener de los prisioneros Vietcong, o de los sospechosos, las informaciones tácticas que necesitaban. Las torturas se basaban en pegar, cortar y cosas peores. Muchos corresponsales de guerra y consejeros militares norteamericanos han visto con sus propios ojos cómo a los prisioneros se les cortaban las manos con machetes. En ocasiones, los prisioneros también eran castrados o cegados. En más de una ocasión, los sospechosos de pertenecer al Vietcong fueron atados por las manos a un carro blindado y "paseados" por un campo de arroz. La víctima siempre encontraba la muerte, dentro de los más terribles sufrimientos".*



afluencia de asesores norteamericanos fue cada vez mayor —a principios de 1963 había ya catorce mil hombres que se disponían a americanizar la guerra— y a pesar de que el presidente Kennedy les suministraba las armas más modernas: carros de combate, piezas artilleras, cazabombarderos, vehículos anfibios y helicópteros, los éxitos militares sobre el Vietcong no responden ni de lejos al resultado esperado del empleo masivo de toda clase de elementos humanos y medios de combate, además de ingentes sumas de dinero.

La batalla por Ap Bac, que se inició el 2 de enero de 1963, es característica de la situación militar. Ambos bandos se declararon vencedores en dicha batalla. Pero en el caso de que el encuentro no hubiera sido un "ejercicio de tiro al blanco", sólo pudo haber en realidad un solo triunfador.

Cuál era ese vencedor depende de las circunstancias.

A fines de diciembre de 1963 se informó al Alto Mando vietnamita que una compañía de tropas regulares del Vietcong se había instalado en la localidad de Ap Bac, que se halla situada al oeste de Saigón, en el confín de la llanura de los Juncos a unos veinticinco kilómetros al noroeste de My Tho, población de cierta importancia que desde hacía algún tiempo era base de las tropas regulares comunistas. Al parecer, el Vietcong quería desplazar la "zona liberada" más hacia el oeste o sea, en dirección a la frontera camboyana.

Los sudvietnamitas y sus consejeros norteamericanos decidieron atacar a la compañía Vietcong con fuerzas muy superiores en número y armamento. Las fuerzas propias debían ser por lo menos cuatro veces más poderosas para, según las enseñanzas de Mao y Giap, lograr el triunfo con toda seguridad. Una vez decidido el comienzo de la ofensiva se supo que dicha unidad comunista no tenía los efectivos de una compañía, sino que se trataba de un batallón completo. Pero no de uno cualquiera, sino del Batallón 514, una unidad escogida, que había aniquilado o puesto en fuga a varias unidades sudvietnamitas de efectivos similares. Este famoso batallón era en buena parte el responsable de que los poblados fortificados cayeran en poder del Vietcong en un número cada vez mayor.

Había una razón muy importante para entablar combate con esta unidad especial. Una victoria sobre el célebre Batallón 514 tendría un considerable valor moral. Y no había que despreciar el aspecto propagandístico, pues a fin de cuentas, el Batallón 514 era el núcleo de las fuerzas comunistas de la "zona liberada" situada entre Saigón y la llanura de los Juncos. Si se conseguía aniquilar esta unidad, cabría la posibilidad de irrumpir en territorio del Vietcong o, por lo menos, reconquistar algunas poblaciones de importancia estratégica.

El comienzo de la operación fue señalado para el 2 de enero. El mando estaba a cargo del general Cao, que también era el comandante supremo de las tropas en torno a Saigón y el delta del Mekong, que formaban el IV Cuerpo de ejército. Su hasta entonces 7.ª División, la más famosa de las unidades sudvietnamitas, había asestado en su tiempo duros golpes a las tropas de las sectas y ahora estaba al mando del coronel Dam. Los "asesores" norteamericanos, que en realidad también eran combatientes según instrucciones del presidente Kennedy, tenían como jefe al coronel Vann, hombre de gran experiencia en el combate y un ejemplo constante para sus hombres, incluso en la batalla. Sus soldados eran en su mayoría suboficiales y oficiales.

El ataque sobre Ap Bac se inició la mañana del 2 de enero desde tres puntos.

Desde el oeste partió una compañía con todos sus efectivos, dotada además de una novísima arma estadounidense, el carro de combate anfibio M-113, construido especialmente para intervenir en el Vietnam. La tripulación la componían un comandante, que al mismo tiempo manejaba el vehículo, el artillero y los servidores al cargo de las piezas ametralladoras de 12,7 mm. Tras las planchas del blindaje cabían catorce soldados de infantería. El M-113 parecía una enorme caja de zapatos que cruzaba ríos y pantanos con toda facilidad y que gracias a sus orugas subía pendientes bastante acusadas, condiciones muy necesarias en un vehículo de combate para actuar en terreno vietnamita, sobre todo en los arrozales y en zonas surcadas por numerosos canales y corrientes de agua naturales.

IMAGEN IZQUIERDA: Un campesino vietnamita que ha informado falsamente a las tropas del Gobierno sobre los movimientos de los guerrilleros Vietcong es sacado de su escondrijo, amenazado con el machete y maltratado. En su obra La nueva legión, *Ronald Duncan, antiguo miembro de los Boinas Verdes, informa: "Eramos los jueces sobre la vida y la muerte de otros hombres. Nada tenía que ver con el derecho y la injusticia, ni con la moralidad, la democracia, la libertad o el amor. Las decisiones se tomaban mecánicamente y más tarde me intranquilicé mucho al comprobar hasta qué punto empezaba a pensar de una forma mecánica." Para muchos de los soldados que combaten en el Vietnam y que no están tan amargados como Duncan, que tampoco se cuentan entre los sadistas y que rechazan de plano las torturas, el terror es uno de los más crueles fenómenos que acompañan a la guerra de guerrillas. En una guerra sin frentes, en una guerra en la que no se diferencia con claridad al amigo del enemigo, en la que se depende de las informaciones obtenidas de la población civil local, la obtención de estas informaciones mediante la aplicación de la tortura se convierte casi en una necesidad en la lucha por la supervivencia.*

Los M-113 que atacaban Ap Bac todavía estaban mejor armados, pues montaban cañones de pequeño calibre y tiro rápido, lanzagranadas y cañón sin retroceso. Sólo ellos poseían cuatro veces más potencia de fuego que un batallón del Vietcong. El armamento del Batallón 514 ya era conocido: tres piezas de artillería sin retroceso, una media docena de ametralladoras pesadas, y armas de fuego manuales, entre ellas algunos fusiles automáticos norteamericanos, aunque en su mayoría eran fusiles sencillos.

Desde el norte avanzaba un batallón vietnamita trasladado en helicópteros a la línea de fuego; desde el sur partirían dos unidades especiales de la milicia, compuestas aproximadamente por un batallón cada una, para caminar hasta Ap Bac. Además quedaban las fuerzas de reserva, que en caso necesario podían ser transportadas en helicóptero hasta el frente de batalla: Concurrían pues todas las condiciones necesarias para lograr la victoria.

El frente de ataque de las tropas gubernamentales presentaba la forma de una tenaza que aún no estaba cerrada. Por el este se dejó adrede un "hueco", por el que se llegaba a un gran espacio abierto y llano, formado por arrozales bajos. Si los del Vietcong trataban de replegarse en esa dirección, resultaría fácil aniquilarlos con la artillería y la aviación, sin tener que lamentar apenas bajas propias. La cosa se presentaba como una simple cacería de liebres. Pero los Vietcong habían practicado túneles y refugios subterráneos en toda la zona de Ap Bac y observaron el aterrizaje del primer helicóptero repleto de soldados; se hallaban muy cerca, pues esperaban el ataque. De momento se abstuvieron de abrir fuego. El segundo aparato tampoco fue hostilizado, pero una vez que hubo aterrizado el tercer helicóptero comenzaron a disparar. Poco después los Vietcong se dirigían al sur para rechazar a la antigua usanza a un adversario superior en número y armamento.

En este lugar tropezaron al principio con uno, y luego, al intentar una maniobra diversiva, con el otro de los batallones de la milicia sudvietnamita. El comandante de los Vietcong, Duyen, decidió la retirada hasta el poblado para resistir allí, pues parecía factible la ruptura.

El coronel norteamericano Vann sentíase satisfecho. Por el momento todo se desarrollaba de conformidad con el plan trazado. Las ratas estaban en la trampa, de la cual no había escapatoria. Y para que no hubiera lugar a dudas, el coronel Vann, de acuerdo con el comandante sudvietnamita Dam, solicitó el envío de las reservas en helicóptero. Las tropas debían llegar a tierra al oeste de Ap Bac, entre los carros de combate M-113 y la localidad. Concentrando las fuerzas en el oeste, se dejaba el paso libre a los Vietcong para que avanzaran hacia los arrozales.

Sí, en realidad todo sucedía de conformidad con lo previsto, aunque de repente las cosas empezaron a torcerse. Los helicópteros que aterrizaron por el norte lo hicieron mucho más cerca del pueblo que la primera oleada y en seguida cayeron bajo el fuego enemigo. Varios de ellos lograron retirarse a tiempo; uno fue incendiado en el aire. En total resultaron destruidos cinco aparatos.

Los soldados que lograron apartarse de los helicópteros fueron un blanco fácil para las ametralladoras del Vietcong, cuando se disponían a escalar la pendiente. Los que aún tuvieron la fortuna de escapar debieron ocultarse en las acequias de los arrozales. Tan pronto como alguno se movía, crepitaban las ametralladoras comunistas.

El coronel Vann dio unas vueltas sobre Ap Bac en un avión de reconocimiento, sin dejar de ser hostigado por los Vietcong. De pronto ordenó al grupo de carros M-113 que iniciara la ofensiva de inmediato. Pero el coronel Dam había mandado al mismo tiempo a los carros de combate que se trasladasen al lugar donde habían sido abatidos los helicópteros. Por último, Dam enmendó la orden y dejó que decidiera el coronel norteamericano.

El comandante del grupo de carros M-113 era el capitán Ly Tong Ba, inteligente y soberbio aristócrata de religión católica, a quien el mismo Diem había designado para el cargo. Ba se negó de plano a obedecer la orden del yanqui, aun cuando su propio jefe, el coronel Dam, hubiera cedido a la decisión de su colega norteamericano. Ba no se movió de donde estaba con sus carros, lejos del fuego adversario. Cuando, por fin, el coronel Dam se puso en contacto con Ba por medio de la radio desde su Cuartel general, el capitán le dijo que sus unidades acorazadas no podían avanzar porque había un canal que entorpecía el camino, si bien los M-113 estaban construidos para salvar esa clase de obstáculos. El capitán Scanlon, uno de los "consejeros" norteamericanos, encontró por fin un vado en el canal, por donde cruzar un vehículo normal. Cuando al cabo se dio la orden de marcha, tras intentar convencer a Ba, transcurrieron cuatro horas antes de que los carros llegasen ante las posiciones Vietcong. Luego el coronel Vann efectuó el mismo recorrido con un M-113 y sólo necesitó quince minutos para cubrirlo.

Pero lo que hizo el capitán Ba con sus carros era completamente inútil. Iba de un lado para otro sin orden ni concierto, los ametralladores se escudaban en el blindaje y disparaban al aire sin apuntar. Los artilleros obraban de igual modo

y sus tiros se perdían en los arrozales del este, poniendo sobre aviso a los Vietcong de que en esa dirección era imposible retirarse. Los norteamericanos se arriesgaron mucho para rescatar a los heridos de los helicópteros y se arrastraban en dirección a sus carros bajo el incesante fuego enemigo.

El capitán Scanlon trató de reunir a los soldados vietnamitas a cubierto cerca de los helicópteros, a fin de iniciar un asalto contra las posiciones comunistas, que se hallaban tan próximas que bastaba una breve carrera para alcanzarlas. El teniente vietnamita hizo como si no entendiera inglés y cuando el capitán le habló en vietnamita se limitó a encogerse de hombros.

En el sur las cosas iban todavía peor. Los grupos de milicias estaban al mando del comandante Lam Quang Tho, que iba al frente de dichas tropas territoriales porque era al mismo tiempo jefe civil del distrito y eso gracias a que políticamente era muy adicto a Diem. Había instalado su "puesto de mando" a muchos kilómetros del frente de batalla.

A instancias de coronel Vann, su colega vietnamita Dam ordenó desde su alejado puesto al comandante Tho que comenzara la ofensiva con sus dos batallones de milicianos. Sin embargo, Tho no pensaba ni remotamente en tal cosa. Estaba en su territorio y, por tanto, era el único jefe. Sus tropas esperarían a que los comunistas huyesen en dirección a ellos y, llegado el momento, los aniquilarían. Dam repitió por tres veces la orden de ataque; un teniente quiso atacar por su cuenta con la unidad a su mando, tratando en vano de arrastrar a sus colegas. Tho permanecía firme en su decisión de no mover un solo hombre.

Así transcurrió la jornada entera. Los Vietcong, bien resguardados, disparaban sobre los carros enemigos que en solitario y de manera esporádica, por su cuenta y riesgo, se aventuraban a progresar un corto trecho pero siempre acababan por retirarse cuando su tripulación comprobaba que se encontraba sola. Las pérdidas del grupo occidental aumentaron considerablemente, pues no contaba con más protección que las acequias en los arrozales.

Los norteamericanos exigieron la llegada de otro batallón aerotransportado al ver que cerraba el día y la situación permanecía estacionaria. El mencionado batallón taponaría el sector oeste para que el enemigo no pudiera retirarse por él al amparo de la oscuridad. De repente se inmiscuyó el general Cao, ordenando que las reservas tomaran posición en la zona oeste.

Así ocurrió, pero poco antes de anochecer, se entabló combate entre los vietnamitas sobrevivientes de la primera reserva y el batallón recién llegado. Los "nuevos" tomaron por elementos Vietcong a sus camaradas frente a Ap Bac y dispararon sobre ellos sin contemplaciones.

Los coroneles Vann y Dam habían convenido en iluminar por medio de bengalas la zona este y abrir fuego graneado de artillería y lanzagranadas sobre los arrozales, para evitar que los Vietcong intentasen la ruptura por aquella zona. Pero llegado el momento faltaron las bengalas, pese a no estar muy lejano el depósito de municionamiento y estar disponibles los helicópteros que habían transportado al segundo batallón de reserva.

Ocurrió lo que tenía que suceder: el poblado de Ap Bac estaba completamente vacío en la mañana del 3 de enero. El Batallón 514 del Vietcong sólo había dejado tres muertos. Las tropas gubernamentales penetraron en la localidad y su comandante en jefe dio parte de la victoria alcanzada.

Seis días, la bandera Vietcong ondeaba de nuevo en Ap Bac. Y otra vez se negaron los jefes vietnamitas a atacar con decisión; tampoco se hizo caso a las recomendaciones de los "asesores" norteamericanos, y otra vez logró el Vietcong replegar sus huestes a tiempo de eludir la destrucción. Resultaba notoria la impotencia de los consejeros norteamericanos, de quienes se desconfiaba incluso en las alturas, como le ocurría al mismo Diem.

Otra característica de la situación militar en Vietnam del Sur, y por supuesto también en la batalla de Ap Bac, la describe el periodista austríaco Kuno Knöbl en su libro *Victor Charlie:* "Se ha demostrado en Ap Bac que ni el dinero ni un *abundante y moderno* armamento pueden reemplazar dignamente al adiestramiento, al espíritu de lucha, la iniciativa y el valor. En Ap Bac las tropas del Gobierno sudvietnamita tuvieron la ocasión de reducir a un enemigo cuyas fuerzas eran mucho más débiles. Tres mil quinientos soldados gubernamentales se enfrentaban a unos doscientos cincuenta guerrilleros sin artillería, helicópteros, aviones de bombardeo y carros de combate.

"Se dieron todas las oportunidades para aniquilar a una escogida unidad enemiga que desde hacía meses sembraba el desconcierto en el territorio del delta del Mekong. Si no se aprovecharon las citadas oportunidades se debió a la capacidad de lucha de las tropas comunistas, así como a la escasa habilidad del mando sudvietnamita para derrotar a un adversario muy inferior.

"Una tropa suele reflejar la calidad de sus jefes. Mientras que el Vietcong disponía de unos mandos de primerísima calidad, los oficiales de Diem no habían ascendido de acuerdo con sus virtudes castrenses, sino en consonancia con su reputación política. La carrera ascendente de un oficial no

venía marcada por los triunfos logrados en la lucha contra los comunistas, sino por las complejas intrigas con que la familia presidencial mantenía en vilo a sus subordinados. Para la mayor parte de los oficiales del Ejército sudvietnamita, cuya mentalidad feudal se remonta a la época de los mandarines, su posición no significaba otra cosa más que la posibilidad de elevarse sobre sus subordinados.

"Y lo mismo que la oficialidad vietnamita fracasó en Ap Bac, el mando del Ejército fracasó en centenares de ocasiones."

Con todo, la batalla por Ap Bac fue considerada por el comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas, general Harkins, como "una victoria de nuestros aliados". Idéntica opinión sustentó el almirante Felt: "Ha sido un gran triunfo; se alcanzó el objetivo propuesto."

Aparte de estas manifestaciones de que "en Ap Bac se lograron los objetivos militares", Kuno Knöbl expone que lo que "hizo exasperar a los consejeros" fue el hecho de que tanto los altos jefes militares de Washington como los de Saigón estaban muy lejos de comprender los fundamentos de la lucha de guerrillas. El objetivo, para el almirante Felt, no era sino expulsar de la localidad a los guerrilleros y apoderarse del terreno.

"Incluso en la guerra convencional la toma de una población resulta a menudo indiferente comparado con un auténtico triunfo militar; en la lucha de guerrillas no significa nada. En este caso no se trata de apoderarse de un territorio, sino únicamente de localizar al enemigo y aniquilarlo. Son muy raras las ocasiones en que los guerrilleros se dejan llevar a una guerra de posiciones en la que, por regla general, se sufren numerosas bajas. Sólo lo hacen si se ven obligados por algún motivo político y propagandístico, y aun así sólo en el caso de que consideren llegado el momento oportuno. Los partisanos se limitan a combates esporádicos y fugaces, desaparecen y rebrotan cuando el enemigo abandona el campo de batalla. Eso fue exactamente lo que sucedió en Ap Bac, sencillamente ignorado por los militares de Saigón. Cuando el almirante Felt dijo que se había alcanzado el objetivo, todavía ondeaban en las ruinas del poblado las enseñas comunistas."

La verdad sobre el teatro de operaciones de Vietnam, tanto en el aspecto político como en el militar, no ha sido admitida por Washington. "Todos los datos cuantitativos señalan que ganaremos esta guerra", afirmó el ministro de Defensa, Robert S. McNamara, en 1962, tras una gira por Vietnam. En 1963, Kennedy confiaba en los informes de sus consejeros y manifestó "que la punta de lanza de la agresión vietnamita se ha embotado". Más tarde escribiría Arthur M. Schlesinger, jr., uno de sus consejeros especiales:

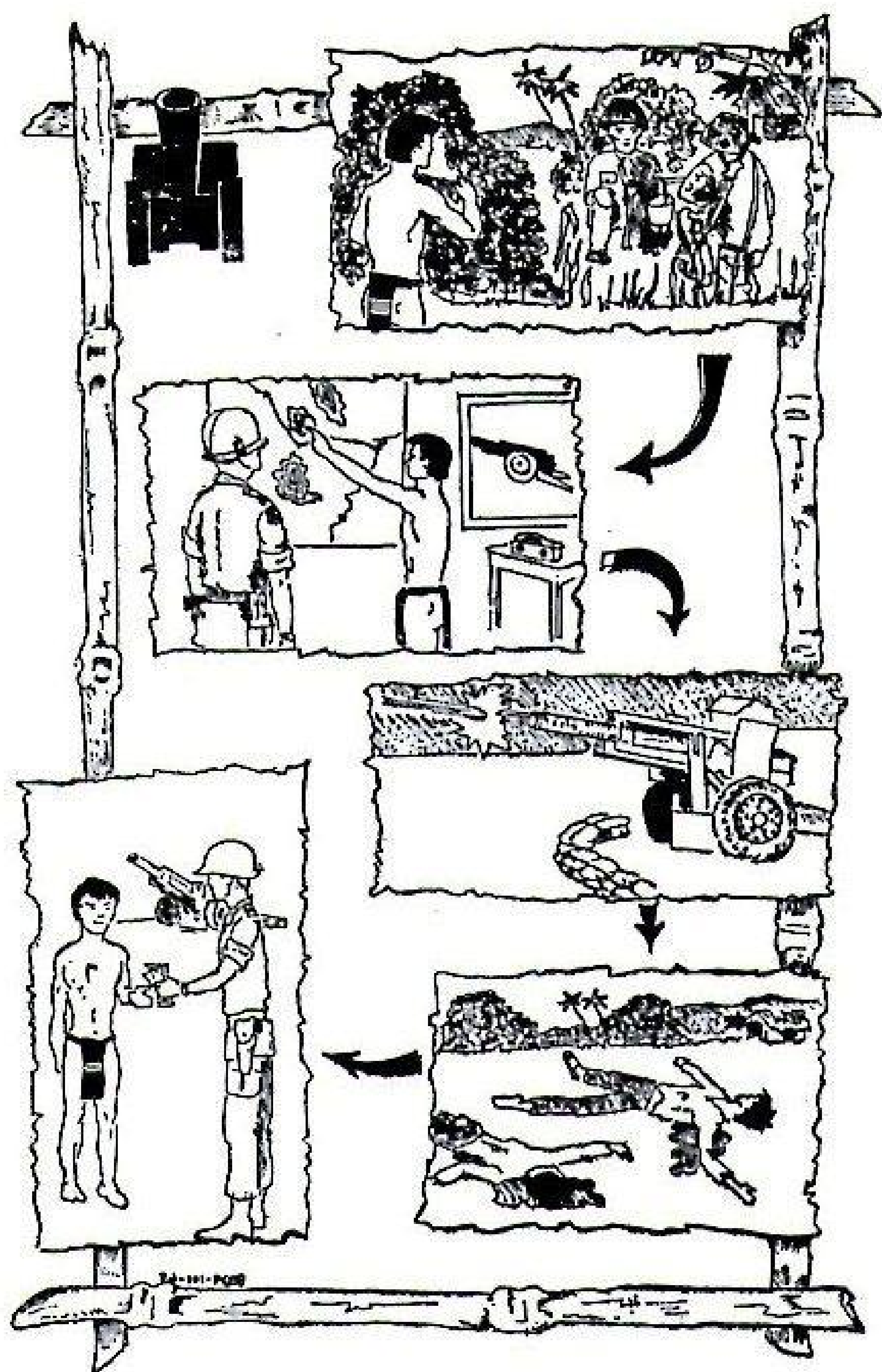


Helicópteros de salvamento, helicópteros pesados de transporte, helicópteros-grúas, helicópteros de combate ligeros, medios y pesados, helicópteros para usos múltiples: las "libélulas de acero" han demostrado su gran eficacia en la lucha contra el Vietcong. Werner Holzer, en el Süddeutschen Zeitung *de 25 de octubre de 1967, escribe sobre los hombres de la "caballería aérea", los héroes declarados de esta guerra, y sobre la estrategia de su actuación: "Las tropas de caballería que bajan de los helicópteros son las unidades más condecoradas que participan en la guerra del Vietnam. Según informó uno de sus psiquiatras a la revista* Overseas Weekly, *cuentan entre ellos con el menor número de acciones de cobardía o de negativa al cumplimiento*



de las órdenes. Pero, añadió el médico militar, 'a cambio contamos entre ellos con el mayor número de delitos violentos, como asesinato, violación y atracos a mano armada'. El espíritu de lucha de estos soldados es alabado a través de una bien concebida propaganda. Una de las unidades se hizo imprimir tarjetas negras de visita en las que se había colocado una calavera blanca y una inscripción: 'La muerte llega desde arriba.' El psiquiatra añade: 'Todo esto es un buen medio contra el cansancio de lucha, pero también ayuda mucho a aumentar el número de delitos de guerra porque deshumaniza a los hombres.'

"El método de actuación de estas tropas es relativamente sencillo y necesariamente mortal para el enemigo. En primer lugar despega uno de sus helicópteros, marcado con blanco, y vuela a baja altura sobre una zona donde se supone que se oculta el enemigo. Su objetivo es el de atraer hacia sí el fuego procedente de la jungla. Una vez que el Vietcong ha disparado, descubriendo así sus posiciones, entonces despegan los helicópteros marcados con rojo y provistos de artillería y cohetes. Su potencia de fuego es enorme. Los pilotos dicen: 'Arrasamos materialmente la jungla.' Pisándoles los talones, les siguen los helicópteros marcados con azul, que transportan a las patrullas fuertemente armadas." Las "libélulas de acero" se han convertido en la mayor amenaza contra el Vietcong en Vietnam del Sur.



Por medio de estas historietas primitivas, adaptadas a la capacidad de comunicación de la población local sudvietnamita, se la anima a que proporcione informaciones sobre las posiciones del Vietcong y de los nordvietnamitas. En el marco de la guerra psicológica norteamericano-sudvietnamita, todos los meses se arrojan desde aviones o se entregan en mano más de cinco millones de hojas de propaganda. Las radios miniaturizadas de transistores, con las que sólo se puede captar la emisora del Gobierno en Saigón, también son arrojadas como armas propagandísticas sobre las zonas dominadas por el Vietcong.

"Ese optimismo se mantuvo hasta 1963. En marzo declaró el ministro de Asuntos Exteriores que la guerra del Vietnam 'había dado un importante giro: las tropas del Gobierno han tomado la iniciativa en muchos lugares del país'. Un mes después señaló 'un movimiento permanente en dirección a un sistema constitucional basado en la aprobación popular', y añadió que 'el programa de localidades fortificadas había dado excelentes resultados elevando la moral del pueblo en todo el país'. Aseguró a sus oyentes 'que los campesinos sudvietnamitas no veían ya en el Vietcong al triunfador' y concluyó diciendo: 'Los vietnamitas se hallan en la ruta de la victoria' (se supone que se refería a los vietnamitas del sur). En mayo, el ministro de Defensa anunció: 'El giro favorable hacia el triunfo en Vietnam se ha iniciado sin ninguna duda.' Y el general Harkins auguró que 'la guerra se ganará dentro de un año'. 'Vietnam del Sur está en camino de vencer a las guerrillas comunistas', indicó en junio el embajador Nolting. Y en octubre, el general Harkins aventuró lo siguiente: 'El fin del conflicto ya está a la vista.' "

Pero una parte de la prensa norteamericana enjuiciaba la situación de forma muy distinta a como lo hacían los personajes oficiales. Especialmente David Halberstam, del *New York Times,* no remitía en sus duras críticas. Para él, el régimen de la familia Diem estaba tan corrompido que no había manera de sacar nada en limpio, y que sin el apoyo de toda la población no habría manera de vencer al Vietcong. Los informes de Saigón sobre la marcha y dirección de la campaña, que en Washington se aceptaban sin vacilar, había que considerarlos con extremada prudencia. No se podía confiar en los "embusteros y venales" hombres de la dictadura de Diem. Malcolm Browne, corresponsal de la AP, y Neil Sheehan, de la UPI, dos cultos y hábiles periodistas, criticaron siempre con agudeza los entusiastas pronósticos de los representantes del Gobierno estadounidense en Saigón.

Pero sólo un símbolo llameante en forma de monje budista que se inmoló por el fuego, estremeciendo a la opinión mundial, condujo a la reinterpretación de la política norteamericana en Vietnam, ligada en definitiva con la muerte violenta de los hermanos Diem y Nhu.

Durante la primera semana de mayo de 1963, Mgo Dinh Tuc, hermano mayor de Diem, celebraba sus bodas de plata como obispo de Hué, la capital annamita, que al mismo tiempo era la sede primada de Vietnam. Los católicos de Hué celebraron durante una semana el jubileo del jefe de su Iglesia. En toda la ciudad ondeaban los emblemas de la Iglesia con fotografías del arzobispo y crucifijos.

El domingo 5 de mayo terminaron las ceremonias en honor de Tuc, hermano de Diem. El 8 del mismo mès tenían que celebrarse otro tipo de solemnidades, como se hacía desde unos dos milenios. En dicha jornada los budistas del mundo entero conmemoraban el aniversario del nacimiento del fundador de su religión, Gautama Buda. En Hué se festejaba esta efemérides budista, según la tradición, con un magno desfile semejante a la procesión del Corpus, con plegarias colectivas en las pagodas, la exhibición de artísticos farolillos en los altares, calles y casas, acompañados de emblemas budistas.

Precisamente el 6 de mayo, una vez pasado el jubileo de Tuc, llegó a Hué un telegrama de la oficina presidencial de Saigón, en la que se recordaba a los budistas una disposición gubernamental, según la cual era obligatorio en las celebraciones religiosas la exhibición de la bandera nacional roja y amarilla, estando prohibidos los emblemas religiosos en público. Los jefes budistas protestaron ante el gobernador de la provincia contra la orden procedente de Saigón. El gobernador, al parecer con mayor sensibilidad para la opinión pública que los miembros del clan Diem, permitió bajo su responsabilidad que los budistas celebrasen su fiesta como lo venían haciendo desde muchos siglos atrás, es decir, con gran despliegue de enseñas budistas.

Desde hacía unos cien años se había establecido la costumbre de que la procesión budista saliera del centro de la urbe y cruzando el "río perfumado" llegara a la pagoda de Tu Dam. Pero el puente que cruza dicho río aún estaba adornado con los emblemas católicos el día 8 de mayo en que se celebraba el aniversario de Gautama Buda, o sea, tres días después de haberse recibido la orden de Saigón. Los budistas no deseaban quitar las banderas blancas y amarillas ni los crucifijos, pero tampoco cruzarían el puente en honor de Gautama Buda sin haber puesto antes sus enseñas en él, como de ordinario.

La situación era —con las salvedades de rigor— comparable a la surgida, por ejemplo en Alemania, donde una minoría religiosa, que contaba con la fuerza absoluta del Gobierno, adornó del 15 al 21 de diciembre las calles de pueblos y ciudades para honrar a su jefe de entonces, pero unos días más tarde, el 24 o 25 de diciembre, prohibía celebrar a todos los alemanes el nacimiento de Cristo, o sea, la Navidad. En las calles, plazas y almacenes la policía de la minoría religiosa retiró por la violencia los adornos navideños clásicos, clausuró los mercados y el Niño Dios y San Nicolás fueron detenidos simbólicamente.

El sumo sacerdote budista Trich Tri Quang (El Espíritu Radiante) encontró la solución de atravesar el río en sampanes, los grandes botes fluviales vietnamitas, evitando así tener que salvar el puente con adornos católicos. Ante la pagoda, Trich Tri Quang pronunció una arenga política en la que se quejó de la opresión violenta de la mayoría religiosa a manos de una minoría "enemiga del pueblo". Los participantes en la manifestación se disolvieron pacíficamente al terminar las ceremonias religiosas.

Pero al caer la noche, muchos de ellos se concentraron ante la pagoda de Tu Dam. Se trataba de quienes durante varios días no tomaron parte en las ceremonias conmemorativas en honor de Gautama Buda, porque el aniversario de dicho personaje había dejado de ser festivo en un Vietnam del Sur de mayoría budista desde el advenimiento al poder de Diem; en cambio, las solemnidades de la minoría católica se declararon fiestas oficiales. Sobre las ocho de la noche se reunieron unas diez mil personas, entre las que figuraban numerosos estudiantes. La policía trató de dispersar a la multitud valiéndose de chorros de agua, pero tan pronto como se agotaron las existencias del líquido elemento en los camiones cisterna de la policía, la muchedumbre volvió a formar grupos.

En aquel momento un comandante de artillería llamado Sy ordenó disparar por encima del gentío con proyectiles de entrenamiento. Hasta la fecha no se sabe con certeza cómo sucedió tal cosa. De todos modos los disparos en cuestión ocasionaron numerosos heridos y nueve muertos.

Al día siguiente, los estudiantes se manifestaron contra "el asesinato perpetrado por la camarilla fascista de Ngo Dinh". Intervino de nuevo la policía, en esta ocasión con inofensivos gases lacrimógenos. No obstante, muchos de los participantes estuvieron a punto de perder la vida. El "gas lacrimógeno" resultó ser un ácido peligroso que ocasionaba quemaduras vesicantes; algunos manifestantes perdieron la visión. Posteriores investigaciones demostraron que se trató de un desgraciado accidente: las granadas de gases lacrimógenos hacía tiempo que estaban al cuidado de las tropas coloniales francesas y en su prolongado almacenamiento habían generado el peligroso gas. Pero esta fatalidad sirvió para que la camarilla Diem fuera acusada de premeditación y alevosía. Su Gobierno era cada vez más intolerable para la gente, ya no podía soportarse más la arrogancia de la familia Ngo, única dueña del poder, y sobre todo del matrimonio Nhu.

Hacía ya un año que madame Nhu había convocado la seudoasamblea nacional para dictar unas leyes contrarias al modo de ser del pueblo vietnamita.

Tanto Nhu como su esposa no ejercían la menor función oficial, si exceptuamos el hecho de que madame Nhu, en unas elecciones celebradas al estilo de las democracias populares, obtuvo el 96 por ciento de los votos de su distrito electoral, representándolo como diputado en la asamblea nacional. El distrito en cuestión no lo visitaba nunca porque estaba dominado por los elementos del Vietcong. Nhu era, como "asesor del presidente", el segundo hombre fuerte de Vietnam del Sur, en ocasiones más poderoso que el mismo Diem. Por su parte, Diem estaba convencido de que no podía confiar en nadie más que en su familia. No se daba cuenta, como manifestaron numerosos observadores, de que no era más que un juguete en manos de los suyos.

Pese a todo, nunca se revolvió contra las maquinaciones de su intrigante hermano Nhu, ni contra la política autocrática de su ambiciosa consorte. Lo ocurrido ahora, después del primer encuentro entre budistas y la camarilla Diem a consecuencia de la discriminación religiosa, cosa que influyó negativamente en la población, terminó por empeorar debido a las leyes promulgadas a instancias de madame Nhu.

"Esta señora —escribía Malcolm W. Browne— declaró ilícitos el divorcio, el baile, los concursos de belleza, los juegos de azar, la cartomancia, las riñas de gallos, la prostitución e infinidad de cosas más que resultan tan tradicionales para los hombres vietnamitas. Ni su esposo ni su hermano, el presidente, habían osado nunca tomar semejantes medidas en Vietnam del Sur."

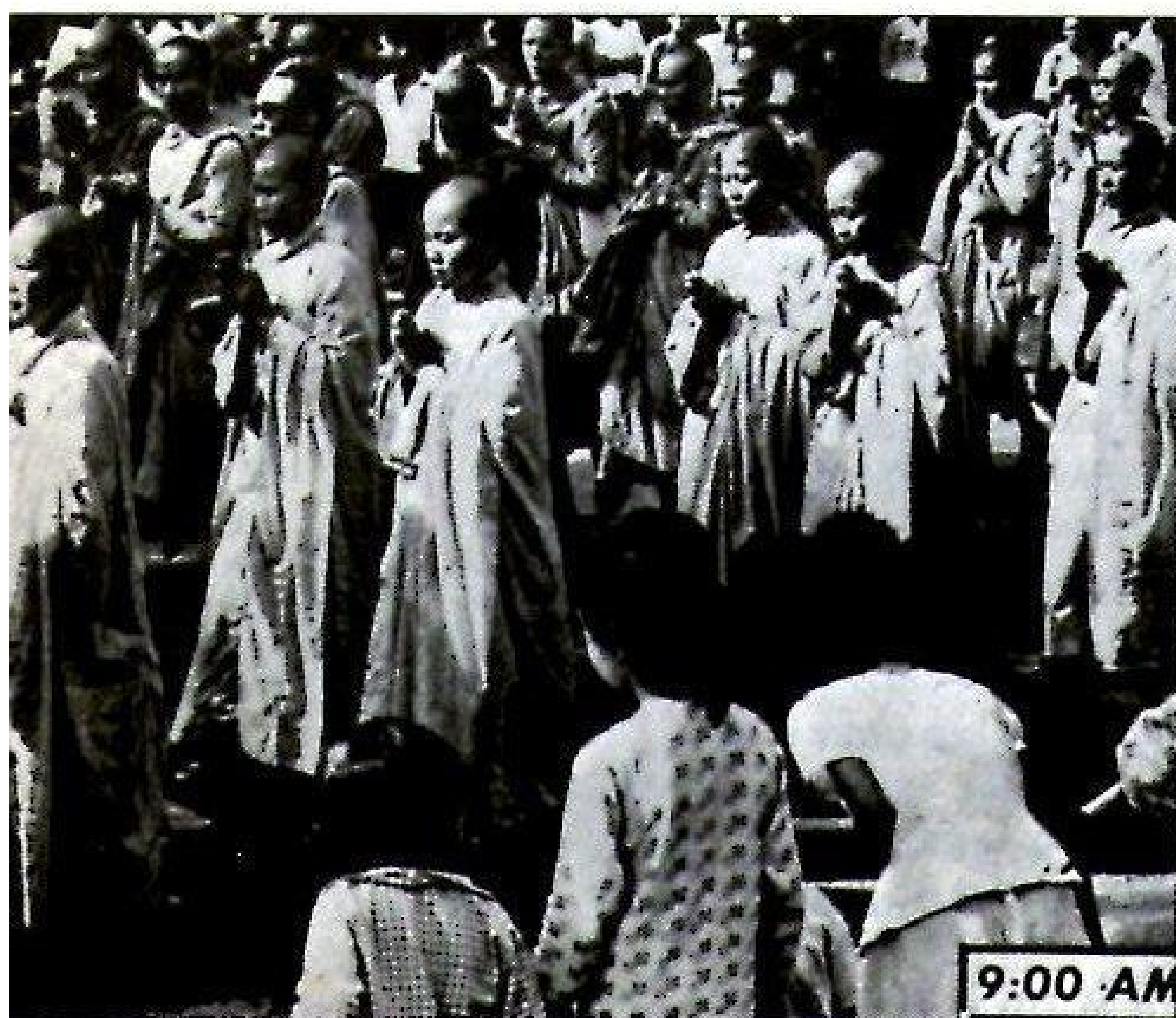
Por temor a la policía secreta de su esposo, su organización política masiva y sus fanáticas tropas que mantenían aterrorizados a los sudvietnamitas, la asamblea nacional aprobó una disposición según la cual hombres y mujeres sufrirían duros castigos si utilizaban anticonceptivos. Por orden de madame Nhu, la infidelidad conyugal se castigó con la prisión. Por tal delito también se entendía —según palabras de la ley dictada por madame Nhu—: "Exhibirse en público con persona de distinto sexo."

El creciente malhumor de la población, sobre todo urbana, del Vietnam del Sur, junto a las protestas de los monjes, dieron paso a la oposición abierta contra los Diem.

De unos catorce millones de habitantes de Vietnam, aproximadamente millón y medio son católicos y dos millones pertenecen a diversas sectas; el resto profesa la religión budista. Su budismo sigue las huellas de Mahayan, pero se mezclan con él elementos paganos derivados del culto a los antepasados y de las enseñanzas confucianas sobre el Estado y la sociedad. Así, por ejemplo, hay sudvietnamitas que por su comportamiento religioso externo siguen ritos budistas en el nacimiento, el matrimonio y la muerte, mientras que en razón de su credo religioso son confucianos. El número de los budistas activos y practicantes se estima en unos cuatro millones. Su organización jerárquica no existe, al menos comparable a la de las comunidades religiosas occidentales. No puede afirmarse que bajo la férula de Diem sufrieran persecución religiosa, aunque sí discriminación. Tampoco no todos los budistas se adhirieron al movimiento de protesta. Nada más que una minoría, limitada en gran parte a las ciudades de Hué y Saigón, se lanzó a la calle al mando de unos jefes radicales y ambiciosos.

"El levantamiento (de los budistas) —escribe Arthur M. Schlesinger, jr.— tenía al parecer motivos religiosos, pero en realidad se basaba en

El fotógrafo y corresponsal de la AP, Malcolm W. Browne, fotografió y describió uno de los acontecimientos más horribles ocurridos en el Vietnam: la autocremación del monje budista Thich Quang Duc: "Los monjes bajaron del coche; uno de ellos abrió el portamaletas y cogió una lata de gasolina de cinco galones, de plástico, que estaba llena de gasolina hasta los topes. Otros tres monjes avanzaron paso a paso hasta colocarse en el centro del círculo. Uno de ellos colocó un pequeño almohadón marrón sobre el pavimento y el monje que iba en el centro se sentó sobre él y cruzó las piernas, adoptando la tradicional posición budista conocida como la 'posición loto'. Este monje era el honorable Thich Quang Duc; sería







causas sociales y pronto se añadieron objetivos políticos. El movimiento comprendía a los monjes, estudiantes y militares jóvenes, hartos de la arbitrariedad, el desorden y el modo de enfocar la guerra que tenía el Gobierno Diem. Por último, la rebelión contra la estructura jerárquica tradicional de la sociedad vietnamita constituyó una gran sorpresa para los diplomáticos norteamericanos. El golpe iba destinado contra la vieja generación nacionalista vietnamita, que lo mismo que Diem y Nhu pertenecía al estrato superior, profesaba el catolicismo y hablaba francés. La oposición favorecía a la nueva ola nacionalista en su mayor parte salida de las clases media y baja, antioccidentales, radicales e impetuosamente comprometidas."

Joseph Buttinger llegó en esencia a la misma conclusión: "Los budistas, a quienes se les negaba toda satisfacción, estaban dispuestos a luchar. Se formó un gran movimiento colectivo y pronto se comprobó que una parte de su fuerza nacía de fuentes políticas: del odio del pueblo hacia el régimen, que para el movimiento de protesta budista era una válvula de escape que los jóvenes sacerdotes supieron aprovechar sin tardanza. El celo religioso budista quedó pronto envuelto en ocultas aspiraciones políticas. Cuando Thich Tan Chau dirigió un llamamiento a los budistas para que estuviesen dispuestos a afrontar el martirio, no se le podía culpar de que apelase a algo más que al fervor religioso. Pero de otro modo se comportó con los organizadores de manifestaciones, como Thich Tri Quang, un joven y activo monje de Hué, que como jefe del movimiento tomó parte, tanto directa como indirectamente, en todas las manifestaciones políticas."

El 10 de junio un portavoz de Thich Tri Quang hizo a los periodistas norteamericanos unas vagas alusiones sobre "algo muy importante" para la mañana siguiente. La mayoría de los reporteros no tomó en serio tal insinuación. Sólo el corresponsal y fotógrafo de la AP, Malcolm W. Browne, acudió a la cita con puntualidad. Y fotografió en todas sus fases la primera autocremación budista, la del monje Thich Quang Duc, en medio de una plaza de Saigón. Sus fotos dieron la vuelta al mundo y la opinión pública se estremeció.

La primera reacción de los Nhu ante la flamígera protesta sólo nos hace pensar en su cinismo. Madame Nhu declaró en público que se alegraría de que se "asaran" más monjes y de que el odiado corresponsal del *New York Times,* David Halberstam, debía imitar el ejemplo del monje. Su marido se expresó de modo igualmente cínico: "Cuando los budistas deseen más carne asada, les facilitaré encantado la gasolina."

conocido más tarde en todo el mundo como el primer santo vietnamita del budismo moderno. Los tres hombres intercambiaron en voz baja algunas palabras. Los acompañantes de Quang Duc trajeron con rapidez hacia el centro la lata de gasolina y vaciaron su contenido sobre la cabeza inclinada y los hombros del monje sentado. Después, se retiraron y dejaron la lata junto a ellos. Desde una distancia de unos siete metros pude ver cómo Quang Duc encendía una cerilla con un ligero movimiento de su mano. El fuego se elevó de pronto sobre su cuerpo, abarcándolo todo. Un grito de terror salió de las gargantas de monjes y monjas, muchas de las cuales se arrojaron al suelo en dirección a las llamas. De





Estas bromas macabras de los Nhu no consiguieron, como es natural, tranquilizar el ambiente, como tampoco lo consiguió la rígida actitud del Gobierno Diem. Cada semana crecía la tensión en el Vietnam del Sur, hasta alcanzar el cenit en agosto de 1963. En el curso de la misma semana se suicidaron otros tres monjes budistas en distintas ciudades sudvietnamitas, al estilo del de Saigón, Thich Quang Duc, para protestar con su muerte por la discriminación religiosa practicada por el Gobierno de Diem.

En Hué, la antigua ciudad imperial annamita, en la zona norte de Vietnam del Sur, tuvieron lugar enconados combates. Presurosas y con los nervios a flor de piel, las autoridades subordinadas a Diem decretaron el estado de sitio después de que un monje de setenta y un años de edad —la quinta víctima desde que se inició la crisis— se prendió fuego ante la gran pagoda de Hué. Tropas muy bien armadas acudieron al lugar del suceso y antes de que se congregara la multitud para dirigirse al lugar donde se encontraba el cuerpo ennegrecido del monje, dispersaron el gentío con gases lacrimógenos y cargas a la bayoneta.

Tanto el régimen de Saigón como el clero budista habían perdido por el momento el dominio de sí mismos, al parecer incapaces de sentarse a negociar. El presidente Diem, que parecía dispuesto a conceder algo a los budistas, con el fin de aportar un poco de respiro a la situación, ya muy peligrosa, provocó el furor de las masas con sus nuevas y rigurosas medidas.

Hasta entonces, las manifestaciones budistas se habían limitado a Hué, Saigón y otras pocas ciudades más. Si los disturbios se propagaban a la zona llana del país, donde residía la inmensa mayoría de los budistas, quedaría sellado el destino no sólo del régimen, sino de todo el pueblo vietnamita. Por entonces se recrudecían las actividades del Vietcong y tanto en Hanoi como en Pekín veían cómo maduraba la situación.

Pero cuanto más aguda y evidente se mostraba la oposición político-budista, menos se inclinaba Diem a las concesiones y más se acogía al camino de la violencia. Para Diem, el mandarín, sólo había un comportamiento aceptable para el pueblo: la obediencia a su persona y el apoyo incondicional en su lucha contra el comunismo. Quien opinara de modo distinto era comunista o simpatizaba con ellos, y trabajaba a su favor. Y con esa gente no había lugar para la complacencia. La disposición para el acuerdo no procedía en absoluto.

Tras la partida del antiguo embajador norteamericano y antes de la llegada del nuevo, Nhu organizó el golpe decisivo. La gran pagoda de Saigón, Xa Loi, era como siempre el centro de

vez en cuando un ligero soplo de viento apartaba las llamas del rostro de Quang Duc. Sus ojos estaban cerrados, pero los rasgos de su cara mostraban el increíble sufrimiento que estaba padeciendo. Con las manos recogidas sobre su regazo, permaneció derecho durante casi diez minutos, mientras la carne de su cuerpo y de su cabeza se quemaba. El desagradable olor a gasolina y a carne quemada se extendía sobre el cruce de la calle. Finalmente, Quang Duc cayó hacia atrás; sus piernas ennegrecidas se movieron durante un minuto más, de forma convulsiva. Después se quedó quieto, mientras las llamas se apagaban poco a poco." En los meses siguientes, varios monjes más siguieron el ejemplo de Quang Duc.







las actividades budistas. Miles de budistas se encontraban en ella practicando la huelga del hambre para tratar de conseguir sus reivindicaciones. Se había planeado expulsar a los budistas de su templo mayor, capturar al mayor número posible y luego arrasar la pagoda.

Antes de nada, Nhu entabló conversaciones con los altos jefes militares, destacadas personalidades sudvietnamitas y muy especialmente con periodistas norteamericanos, manifestándoles en tono confidencial que esperaba se produjese un golpe de Estado. Por ello había reunido en Saigón a las unidades especiales del Ejército que merecían toda su confianza, entre ellas al Regimiento de Comandos a las órdenes del coronel Le Quang Tung. Los oficiales y soldados de la mencionada unidad habían recibido instrucción especial en Estados Unidos; eran un producto *made in USA*. Los soldados habían sido escogidos tanto por su agilidad corporal y fuerza como por su capacidad intelectual; fueron adiestrados como los *rangers* y constituían el núcleo de la lucha contra los guerrilleros Vietcong con sus propias armas modernas y métodos de combate. Pero en vez de ello, Nhu se había quedado con este regimiento para convertirlo en su propia escolta y en la de su hermano. Si ahora empleaba a estas tropas "norteamericanas" en el asalto a la pagoda de Xa Loi podría hacer corresponsables a los estadounidenses, al menos desde el punto de vista psicológico. La empresa de Nhu tuvo éxito al principio. Al caer la tarde del 20 de agosto entró en acción el regimiento especial, así como los grupos muy bien pertrechados de la guardia personal de Nhu, su servicio secreto, su organización juvenil y su Partido Obrero. Nhu y su mujer se dirigieron a la pagoda con las fuerzas de vanguardia, a bordo de un vehículo blindado, con el propósito de dirigir la operación. Al mismo tiempo, las tropas de Nhu de guarnición en Hué iniciaron una especie de noche de San Bartolomé. Al día siguiente el Consulado norteamericano en Hué anunció que treinta sacerdotes budistas fueron asesinados y que varios monumentos budistas, entre ellos la conocida estatua gigante de Buda, famosa en Asia entera, fueron reducidos a escombros.

Nunca ha llegado a saberse con exactitud las víctimas habidas en Saigón debidas a la matanza. Pero Nhu no tuvo presente una cosa: la agencia norteamericana para el desarrollo internacional tenía su sede en el mismo distrito que la pagoda. Los jefes budistas fugitivos hallaron refugio primeramente en dicha agencia y luego en la Embajada estadounidense. Los funcionarios de la misma —el nuevo embajador Lodge no era esperado hasta el día siguiente— decidieron por propia iniciativa dar asilo a los budistas. Nhu consideró provocativa para él y para su hermano aquella actitud norteamericana.

Por su protesta contra el brutal comportamiento con los budistas, el padre de madame Nhu, Tran Van Chuong, fue desposeído de su cargo de embajador sudvietnamita en Estados Unidos. Vu Van Mau, ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno Diem, había puesto su cartera a disposición del gabinete y, en un gesto de simpatía hacia los budistas, se mandó rapar la cabeza. Dos militares de alta graduación del Ejército sudvietnamita se pusieron en contacto con sus colegas norteamericanos en Saigón para averiguar cuál sería la reacción de Washington en el caso de que se usara la fuerza contra Nhu y el régimen de su hermano Diem. Por dos veces se habían emprendido acciones militares contra la dictadura de la familia Ngo, aparte la resistencia de las sectas en la primera fase de gobierno de Diem.

Por primera vez intentaron derribar el régimen de Diem tres batallones de paracaidistas de guarnición en la capital sudvietnamita, que eran entonces las mejores unidades del Ejército de Vietnam del Sur. Eso sucedía el 11 de noviembre de 1960. Los iniciadores de este *putsch* se sintieron defraudados ya en aquella época del "personalismo" de Diem, quien siempre despreció la voluntad popular. Pero su intento estaba condenado al fracaso por tres razones:

Los honrados y relativamente jóvenes oficiales del Ejército, que no buscaban ventajas personales, resultaban un tanto débiles para dirigir un pronunciamiento, porque no tenían un objetivo concreto para "después", ni siquiera el beneficio personal que tan a menudo en la historia mundial persigue el cabecilla de un movimiento de este tipo.

En segundo lugar, porque los oficiales rebeldes y sus tropas nunca tuvieron la menor idea de involucrar a los habitantes de Saigón en la lucha contra Diem. Para ellos el "pueblo" era una masa amorfa, de tan poca importancia como la camarilla de Diem.

Y en tercer lugar porque se llevaron una sorpresa con la táctica de Nhu. Este había invitado a los comandantes de los tres batallones de paracaidistas a una reunión para tratar de las concesiones. Cuando Nhu les recibió para iniciar el diálogo, eran ya los dueños absolutos de Saigón. Desde el principio se habían apoderado de todos los puntos clave: la emisora cercana a la estación, ésta, el aeropuerto y la central telefónica. Pero mientras Nhu negociaba con ellos y, al parecer, les ofrecía razonables condiciones, el presidente Diem llamó por radio a las tropas del exterior, cuyos jefes le permanecían adictos. Esos generales y coroneles sabían que no eran nada sin Diem,

y se apresuraron a acudir en ayuda de los dos hermanos en el palacio presidencial de Saigón.

Los jefes rebeldes, separados de sus tropas, fueron inmediatamente desarmados, algunos ajusticiados, otros confinados en un campo de concentración de la isla de Con Son, varios de ellos expulsados del país y los restantes destinados a puestos civiles subordinados.

En el verano de 1962 dos jóvenes pilotos de cazabombardero, recién llegados de Estados Unidos, donde habían seguido un curso de perfeccionamiento, efectuaron un ataque nocturno contra el palacio presidencial. Sabían con exactitud en qué ala del palacio se hallaban situados los aposentos de la familia Ngo Dinh. Los instructores norteamericanos declararon luego con aire misterioso, pero con visible orgullo, que ambos habían sido los mejores alumnos del curso. Y podía creerse en sus palabras: el ala del palacio había desaparecido como segada por una gigantesca guadaña, mientras que el resto de la edificación no había sufrido daños de consideración, excepto la rotura de los cristales ocasionada por la onda expansiva de las bombas.

Por cierto que Diem y Nhu no se hallaban presentes por casualidad. Madame Nhu fue salvada por los niños, cuyo dormitorio se hallaba junto a la pared maestra. Uno de los niños se despertó por el zumbido de los dos cazabombarderos norteamericanos, se levantó, mamá Nhu corrió a su encuentro y en el preciso momento en que caía la bomba, ella cruzaba la puerta de comunicación entre ambas piezas. La que acababa de abandonar se desmoronó con toda el ala del edificio. Madame Nhu fue arrastrada por la succión del aire y cayó dos pisos más abajo, sobre los escombros, sufriendo leves heridas.

Los dos pilotos de los cazabombarderos se dirigieron a la "neutral" Camboya y, una vez en la capital, Pnom Penh, se pusieron bajo la protección del ex rey Sihanuk, quien más tarde sería jefe del Estado.

Los personajes civiles también intentaron en varias ocasiones limitar un poco al menos el poder de Diem. Sin embargo, nadie había sido capaz de salir airoso de la empresa. Diem prohibió la publicación de los diarios que no respondían a sus directrices. La emisora de Saigón se hallaba bajo su frecuente vigilancia. La oposición no disponía de ningún medio difusor con el que propagar su sentir, y una de las razones más importantes era porque Estados Unidos apoyaba la candidatura de Diem. Además de éste y su familia, no había ninguna otra personalidad que pudiera reemplazarle.

Desde Dulles hasta Kennedy ésta había sido hasta el momento la postura oficial de Washington. Sólo en Diem se había visto la única persona con categoría de jefe del nacionalismo anticomunista en el Vietnam del Sur, con el que se debía colaborar venga lo que viniere, con tal de impedir la expansión comunista en el Vietnam meridional. "Flotar con Diem o ir a pique con él", éste era el lema de la política norteamericana en aquella zona asiática. Para los yanquis, Diem era la clave de la estabilidad en Vietnam del Sur y deseaban captarse toda su confianza, lo cual sólo podía ser factible si Washington se mostraba benévola con él. Los frecuentes ataques de la prensa estadounidense y la acelerada presión por unas prontas reformas sociales no eran el mejor camino para conseguirlo. Con ello se aumentaba la siempre latente desconfianza de Diem, en detrimento de la política norteamericana en el sudeste asiático.

Pero la crisis de mayo puso fin a esa actitud de Washington. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores Dulles había dicho nueve años atrás que el colonialismo francés era el principal obstáculo para un Vietnam democrático y libre, también imperaba ahora la opinión de que el régimen dictatorial de Diem, enemigo del pueblo, era la causa principal de las dificultades surgidas en la lucha contra el comunismo.

Las cautelosas interpelaciones de altos jefes militares sudvietnamitas dispuestos a secundar la rebelión, añadidas a la ola de suicidios y al brutal comportamiento de los Nhu en el asunto de la pagoda Xa Loi de Saigón, provocaron serias dudas acerca de si con Diem se podría derrotar al Vietcong. Las cosas se analizaron bajo un aspecto completamente nuevo. De resultas de aquellas investigaciones salieron el 24 de agosto dos telegramas con destino a Saigón. Uno dirigido a la opinión pública, difundido por la Voz de América y retransmitido al mismo tiempo en lengua vietnamita a todo el Vietnam. La actitud del Gobierno Diem hacia los budistas era criticada con dureza y se amenazaba a dicho Gobierno con sanciones económicas.

En un comunicado dirigido al Ejército sudvietnamita, se decía así: "Altas personalidades norteamericanas culpan a la policía bajo el mando de Ngo Dinh Nhu, hermano del presidente Diem, de las medidas antibudistas tomadas en la República de Vietnam. A esos funcionarios, y no a los jefes militares de Vietnam del Sur, se les declara responsables de los asaltos a las pagodas efectuados durante la última semana, lo mismo que de la persecución masiva de estudiantes y monjes."

El segundo telegrama, secreto, iba dirigido al embajador Lodge. Daba vía libre a los jefes del Ejército sudvietnamita, tan vapuleados públicamente, para que se lanzaran a la sedición. Los Estados Unidos no deseaban continuar tolerando

el proceder de Nhu; les resultaba difícil hacer comprender a los generales dispuestos al *putsch* que no podían seguir apoyando económica y militarmente a Diem mientras que Nhu estuviera en "funciones" y no se diera satisfacción a los budistas por lo sucedido. Washington estaba dispuesto a seguir colaborando con Diem en el caso de que éste, además de separarse de Nhu, tolerase las implicaciones que de ellos se derivarían.

"Nosotros (los Estados Unidos) —manifestó el consejero jefe Roger Hilsman, que contribuyó en gran manera a la redacción de ese telegrama— no podemos participar en la planificación ni en las acciones. Pero en el caso de que se emprendiera algo, un Gobierno provisional anticomunista militar podría contar con la ayuda necesaria para la prosecución de la guerra."

A pesar de la clara postura de Washington, el esperado *putsch* de los generales no se llevó a cabo. Tal vez porque, como lo formuló Cabot Lodge, "al igual que casi todos los humanos, tenían miedo a la muerte". Sea como fuere, el caso es que en el verano de 1963 los militares de Saigón creyeron que el riesgo era muy grande.

Por el momento continuaban los debates en Washington. Los telegramas del 24 de agosto, enviados con mucha precipitación y no muy bien meditados, no fueron plenamente autorizados por el grupo de consejeros del presidente Kennedy. En el Consejo de Seguridad Nacional se enfrentaban al todavía indeciso presidente dos grupos que defendían opiniones distintas.

¿Podía aún el Gobierno Diem ganar la batalla contra el Vietcong? ¿Cuál era la situación real en el Vietnam, tanto en el frente político como en el militar? Si se originaba un *putsch* contra Diem, ¿estallaría la guerra civil entre los sublevados y los militares leales a Diem? ¿La guerra en el Vietnam era más un problema político que militar? ¿Se podía derrotar al Vietcong con la táctica seguida hasta el momento o se debía intensificar la acción antiguerrilla? ¿Hasta qué punto afectaba la oposición al régimen de Diem y a la marcha de las operaciones bélicas?

Harriman, Ball, Forrestal e Hilsman creían que esas preguntas merecían una contestación pesimista, mientras que McNamara, Taylor y otros altos jefes militares norteamericanos veían la situación con optimismo.

El acuerdo implícito contenido en el telegrama secreto del 24 de agosto seguía permaneciendo en el orden del día. Se debía inducir a Diem a que se separase definitivamente del radical Nhu, liberara a Saigón del espíritu maligno y organizase un desagravio a los budistas. Una decisión previa en tal sentido llevó a Kennedy a una entrevista ante la televisión el 2 de setiembre. Ante las cámaras de la CBS sostuvo las directrices indicadas y, además, se expresó de un modo más directo: "No crea que se puede ganar la guerra sin el pleno apoyo del pueblo, y, en mi opinión, el Gobierno ha perdido el contacto con la población en los dos últimos meses.

"Las medidas coercitivas tomadas contra los budistas no han sido precisamente un modelo de habilidad. Espero que el Gobierno lo comprenda y tome las medidas necesarias para reconquistar el apoyo del pueblo."

Ante la pregunta de los reporteros de si el Gobierno Diem tendría tiempo suficiente para volverse a ganar el apoyo del pueblo, siguió el pasaje decisivo de la entrevista:

"Por medio de cambios en la política y tal vez en el ámbito personal así debería ser. En el caso de que dichos cambios no se produjeran, me parece que las perspectivas de victoria no son muy buenas."

"Cambios en el ámbito personal." Para los iniciados estaba bien claro el significado de la frase: desposeer a la familia Nhu de su aventajada posición.

Ante esa clara advertencia no se reaccionó en Saigón de conformidad con el sentir del presidente norteamericano. En vez de iniciar la retirada, se mantuvo la ofensiva. Las manifestaciones budistas, estudiantiles y hasta populares fueron dispersadas por medio de la violencia. Se cerraron escuelas y Universidades, y se practicaron numerosas detenciones. Las fotografías de policías azotando a los niños manifestantes y, por último, llevándoselos en camiones norteamericanos salieron en casi todas las televisiones del mundo y eran las imágenes que menos hubiera deseado contemplar Kennedy.

En otra reunión del Consejo de Defensa Nacional, celebrada el 6 de setiembre, el ministro de Justicia Robert Kennedy discutió de nuevo con los asesores especiales del presidente las cuestiones básicas sobre la participación norteamericana en el Vietnam. Aparte del objetivo principal, a saber, impedir que los comunistas se adueñasen del poder en aquella zona del sudeste asiático, había que preguntarse antes que nada si había un gabinete capaz de evitar que los comunistas se salieran con la suya. De no ser así, ya iba siendo hora de retirarse definitivamente de Vietnam; en caso contrario, el embajador Cabot Lodge debería disponer de medios suficientes para introducir las necesarias variaciones para desarrollar una lucha triunfal contra el comunismo.

Si estas consideraciones resultan muy claras y terminantes, no lo eran tanto en el sentir de los expertos del Consejo de Seguridad Nacional. Sólo se acordó mandar otra misión al Vietnam del Sur, para llevar a cabo otro *fact-finding tour*. Dos buenos conocedores del Vietnam, el general Kru-

lack y Joseph Mendenhall, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, fueron los encargados de llevar a cabo dicha misión. Cuando el 10 de setiembre presentaron un informe de su viaje ante la comisión, el presidente Kennedy preguntó, no sin fundamento, "si los dos señores habían visitado en realidad el país", dadas las diferencias de interpretación existentes entre Krulack y Mendenhall. Mientras el general se deshacía en alabanzas sobre los avances logrados en el terreno militar, alegando que el modo de conducir la guerra no entrañaba ningún serio peligro, el diplomático llegaba a la conclusión de que el Gobierno Diem atravesaba por una situación desesperada y que los Nhu tenían que alejarse de inmediato de toda función pública. Total, que todo quedaba como antes de emprender esta nueva misión investigadora. Para obtener una visión realista del estado de cosas en el Vietnam del Sur, se decidió enviar otra comisión, en esta ocasión formada por el ministro de Defensa y el primer consejero militar de Kennedy, el general Taylor. A poco de su regreso se supo en la Casa Blanca el resultado de la comisión McNamara-Taylor:

"Hemos de proseguir nuestra colaboración con el pueblo y el Gobierno de Vietnam del Sur, con objeto de impedir que el país caiga en manos de los comunistas."

El ministro McNamara y el general Taylor compartían la opinión de que la parte principal de las obligaciones militares de los Estados Unidos se habrían cumplido a finales de 1965. Informaron de que al terminar dicho año, la instrucción del Ejército sudvietnamita se hallaría tan avanzada que podría iniciarse la evacuación de un primer contingente de soldados norteamericanos.

"La situación política en el Vietnam del Sur continúa siendo difícil. Estados Unidos ha demostrado bien a las claras que es contrario a cualquier clase de opresión. Si a pesar de las medidas tomadas, las operaciones bélicas no toman un cariz favorable, es posible que en el futuro..."

En líneas generales, todo parecía indicar que Estados Unidos deseaba proseguir la colaboración con el Gobierno Diem. El presidente Kennedy manifestó en una alocución ante las cámaras de la televisión, el 13 de setiembre: "Apoyaremos todo cuanto ayude a la realización positiva de las operaciones y estaremos en contra de todo cuanto las obstaculice." Y precisamente con esa interpretación oficial pública se quiso ocultar ante la opinión norteamericana el juego que Washington se traía entre manos. El método era el mismo que empleara Kennedy con motivo de la crisis cubana, es decir, no acorralar innecesariamente al enemigo permitiéndole que salvara la faz y hacer que un acuerdo no pareciera una capitulación. Y el arreglo a que se refería Kennedy en este caso concreto era la separación absoluta entre Diem y su hermano Nhu. Sólo después de neutralizar a este intrigante se podría normalizar la situación en el Vietnam del Sur.

Y para hacer ver a Diem lo delicado de la situación, Kennedy mandó frenar un poco la ayuda pública económica estadounidense a Vietnam del Sur. Esta decisión no fue hecha pública por Washington. La presión sobre Saigón se ejercería de un modo que no se apreciase desde el exterior, de manera que el prestigio Diem no sufriera menoscabo. El embajador Cabot Lodge recibió instrucciones de efectuar esta política en Saigón. El orgullo del mandarín Diem se enfrentaba con el propio:

"Ellos (Diem y Nhu) no han hecho nada de lo que les he sugerido. Saben muy bien lo que deseo. ¿Por qué he de cansarme de rogar? Que sean ellos los que vengan a pedirme algo."

Cuando a finales de octubre hubo indicios de que tal vez Diem se doblegase a pedir algo era demasiado tarde: su caída ya estaba decretada.

El 1.° de noviembre, a la una y media de la tarde, cuando en el Vietnam la mayoría de la gente disfrutaba de la obligada siesta, los militares rebeldes iniciaron su acción. En Saigón flotaban en el aire los rumores de un levantamiento. Se especulaba asimismo sobre los planes de Nhu en el sentido de organizar un *putsch* contra el Gobierno, para aplastar el *putsch* "neutralista" y presentarse ante los norteamericanos como el "salvador de la patria" y verdadero anticomunista.

Queda por averiguar hasta qué punto se habrían influido ambos pronunciamientos. Lo que es seguro es que los auténticos rebeldes contra Diem dispusieron meticulosamente sus planes y los militares bien situados fueron ganados para la causa o neutralizados. Los amotinados lograron captarse a su colega el general Thon That Dinh mediante una lista de privilegios, halagando con ello su vanidad.

El joven general era un favorito especial de Diem y Nhu. Era el único militar de elevado rango que se había sometido a Nhu antes del golpe contra los budistas el 21 de agosto y que también había participado activamente en el asalto a la pagoda de Xa Loi. Se ufanó de haber efectuado este "servicio" ante el nuevo embajador norteamericano. Sus compañeros, los generales Kim, Don y Minh, este último hombre de confianza de los norteamericanos y por su cuerpo voluminoso conocido entre los vietnamitas por Big Min, le convencieron para que solicitara a Diem el cargo de ministro del Interior que estaba vacante. Dinh mordió el anzuelo y propuso a

Diem que le nombrara ministro del Interior. Diem se quedó sin habla. Nadie hasta la fecha le había sugerido una cosa así y ahora el joven Dinh, al que siempre había loado y tratado mucho mejor que a los demás, le venía con descaro con semejante petición. Dinh lo había hecho con mucha rudeza, que es lo que precisamente deseaban los rebeldes. Como era de esperar, Dinh sintióse muy ofendido por la negativa y juró vengarse de Diem y Nhu por la humillación sufrida.

Los tres camaradas le enteraron del plan y le aseguraron por su parte el cargo de ministro del Interior. Dinh aceptó. Era un elemento de gran importancia para los otros, pues mandaba el Tercer Cuerpo de ejército de guarnición en la capital, tropas de gran importancia para el *putsch*. La mayor parte de los otros mandos, hasta el jefe de la Marina y el general Cao Ky, a quien se imputó la "victoria" de Ap Bac, estaban ya al corriente y de acuerdo.

Ya nada se oponía al *putsch*. En el curso de dos horas fueron ocupados todos los puntos estratégicos de Saigón y del resto del país. Luego se inició el asalto al palacio gubernamental. Cuando Nhu recabó la ayuda de su fiel Dinh, éste se hallaba junto al teléfono y mandó decir que no estaba en casa.

A diferencia de lo ocurrido en 1960, Diem no podía recurrir ahora a ninguna tropa en Saigón; sus frecuentes demandas no obtuvieron eco. Por último, los hermanos —madame Nhu se había marchado a realizar un viaje de buena voluntad por Estados Unidos— abandonaron el palacio utilizando un pasadizo subterráneo. En la mañana del 2 de noviembre fueron descubiertos en un templo católico y liquidados por los rebeldes que se dirigían al Cuartel general en un carro de combate M-113. Distanciado del pueblo, traicionado por los jefes de las fuerzas armadas y abandonado a su suerte por Estados Unidos, el régimen de Diem llegó a su fin en el Vietnam del Sur. Es natural que por simple humanitarismo se lamentara en Washington la muerte violenta de los dos hermanos, pero en lo que se refiere a los acontecimientos políticos todo marchaba como se había previsto en la capital estadounidense. A pesar de ello, Kennedy no se mostraba satisfecho.

"Hablé con el presidente poco después de la muerte de Diem y Nhu —escribe Arthur M. Schlesinger—. Se sentía atormentado y bajo una honda impresión. No le había visto nunca tan deprimido desde lo de la bahía de Cochinos. Sin duda veía con claridad que el asunto del Vietnam era el gran fracaso de su política exterior, un problema que en realidad necesitaba de mucha atención. Pero el hecho de que los vietnamitas estuviesen dispuestos a luchar le indujo a pensar que había una razonable posibilidad de triunfo, pero entonces perdió el optimismo concebido en 1962. Sin embargo —siempre había tenido en la memoria el recuerdo francés de Indochina en 1951—, quedaba un punto en el que nuestra intervención había atraído la enemistad de los nacionalistas vietnamitas por haber convertido una guerra civil asiática en conflicto del hombre blanco. Cuando llegó a la presidencia había dos mil soldados norteamericanos en Vietnam, que ahora se habían convertido en dieciséis mil. ¿Cuántos más se podría mandar antes de alcanzar el punto peligroso?"

John F. Kennedy ya no pudo contestar a esta pregunta. Tres semanas después de la muerte de Diem y Nhu caía en Dallas víctima de las balas. Su sucesor, el presidente Johnson, recogería la "amarga herencia".

Porque, en esencia, la eliminación de Diem no modificó mucho las cosas en el Vietnam del Sur, a pesar de haber liberado de su encierro en la isla de Con Son a los budistas y políticos detenidos en los últimos nueve años. También fueron disueltas todas las organizaciones de tipo fascista. En primer lugar, los dos partidos de parecida estructura, con los que Ngo Dinh quería constituir un sistema bipartido: el Movimiento de Revolución Nacional y el Can Lao o Partido Obrero de Nhu. Ambos grupos, así como un cierto número de "independientes" situaron a ciento veintitrés diputados en el Parlamento, que a las pocas semanas del *putsch* se había formado de nuevo mediante "elecciones".

También fue disuelta la organización Movimiento Solidario Femenino que contaba con un millón de afiliadas y había sido fundado por madame Nhu. Este movimiento militante femenino y las organizaciones juveniles caídas en el descrédito no significaban ninguna ayuda efectiva en la tarea de contrarrestar al Vietcong en las provincias campesinas y en las ciudades, pues se limitaban a reforzar el poder personal de Nhu. Su disolución se llevó a cabo sin dificultades, lo cual prueba la tibieza de su adhesión a Diem.

A pesar de las medidas tomadas, los generales que dominaban la situación no podían garantizar la estabilidad. En el fondo reinaba la misma mentalidad antidemocrática que en los tiempos de Diem y Nhu, y no había manera de ganarse la confianza del pueblo. Además, los nuevos amos se mostraban tan incapaces como el derrocado Gobierno para luchar victoriosamente con el Vietcong. Y, por si fuera poco, existía tanta desunión y rivalidad entre los generales que el sufrido pueblo vietnamita tuvo diez gabinetes distintos hasta 1965.

"Todos los Gobiernos —resume Joseph Buttinger— de la época posterior a Diem fueron rechazados por las masas y algunos de ellos cayeron

No tenemos nada que ver con ello

Cuando, tras su regreso, el embajador Lodge concedió una entrevista al New York Times *(publicada el 30 de junio de 1964), dijo: "Los Estados Unidos no tuvieron nada que ver con el derrocamiento de los hermanos Diem. Lo único que hicieron los Estados Unidos fue intentar impulsar un cambio en la actitud del régimen Diem, que se tradujera en transformaciones personales. Y esto lo queríamos conseguir utilizando medios políticos legales.*

"El derrocamiento del régimen Diem fue una cuestión puramente vietnamita. No tomamos parte en la planificación. Nunca dimos un consejo en tal sentido. Nunca tuvimos que ver algo con ello. Hubo oportunidades para participar en la planificación y aconsejar, pero no lo hicimos. Llevamos mucho cuidado para no sobrepasar este límite."

Con estas palabras, Lodge admitía sin lugar a dudas que el golpe de Estado no le sorprendió. Y, además, por ellas se desprendía que él conocía a quienes lo habían planeado. En esto puede radicar la explicación de por qué Lodge aplazó en el último minuto un viaje a Washington que estaba previsto para el 11 de octubre. En Saigón corrían rumores acerca de un golpe de Estado, y Lodge se había enterado de ello una semana antes, comunicándoselo al presidente Kennedy. La participación norteamericana en la conjura hubiera estado en contra de la actitud de Lodge, que rechazaba de plano los "métodos coloniales". Por otra parte, sabiendo que los principales jefes militares del Ejército sudvietnamita estaban detrás de la conspiración, comprendió que la intervención norteamericana no era necesaria.

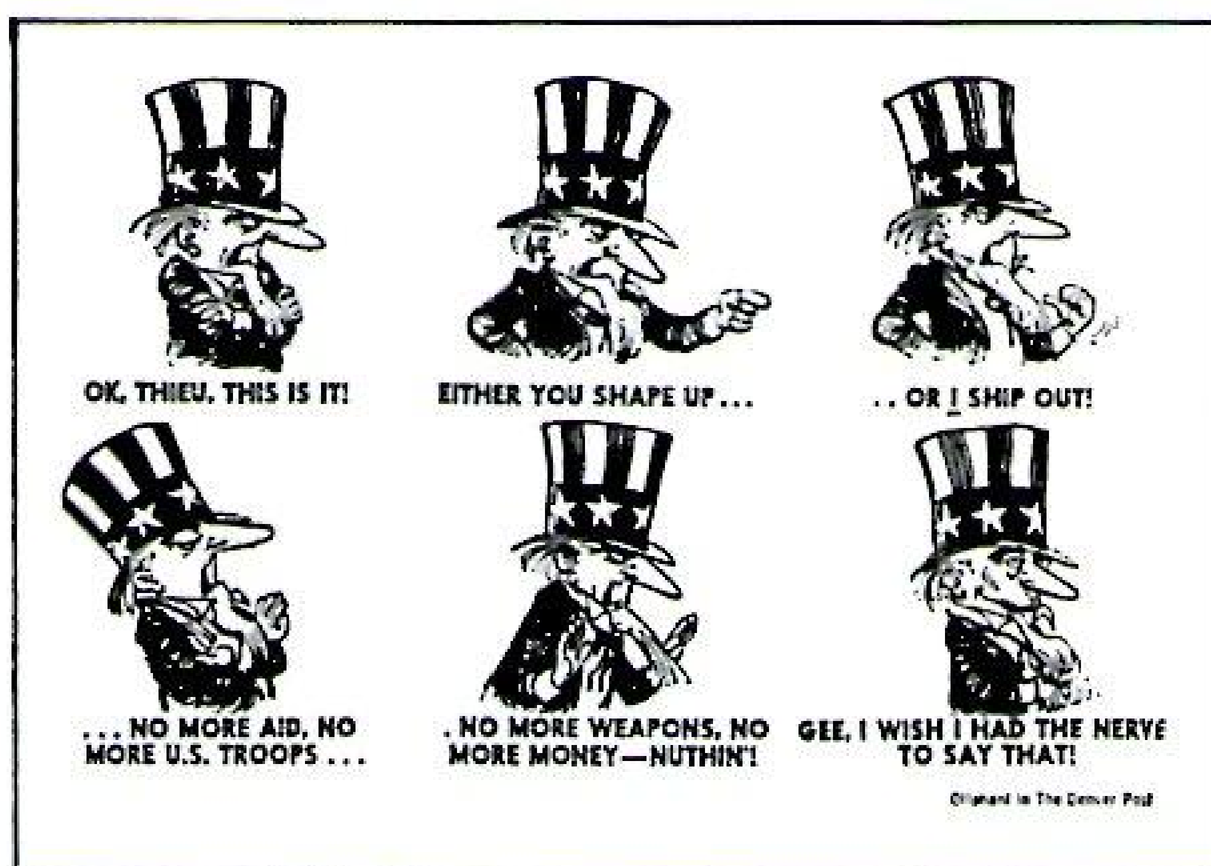
Pero de eso, a asegurar que los Estados Unidos "no habían tenido que ver nada con el golpe de Estado", hay tanta diferencia como cuando un vigilante nocturno de un Banco que ha sido robado afirma su inocencia, a pesar de que le ha dicho a un conocido ladrón de Bancos que en aquel momento se marchaba a tomarse una cerveza.

Recopilando lo sucedido, podemos establecer lo siguiente: se trataba de un país que se encontraba en guerra con un enemigo muy fuerte, contra el que no conseguía grandes éxitos. Este país dependía con toda claridad del apoyo masivo de Estados Unidos. Su Gobierno era débil, y atravesaba por grandes dificultades en sus relaciones con la población, como consecuencia de los disturbios budistas. El Ejército sudvietnamita ya había intentado dar un golpe de Estado en el año 1960, que no salió bien por muy poco. Algunos de los más importantes oficiales de las fuerzas armadas sudvietnamitas informaron secretamente a Estados Unidos de que estaban dispuestos a intentar un nuevo golpe de Estado, con lo que prácticamente pidieron la aprobación de los norteamericanos. Además, en todo el Vietnam se sabía que el Gobierno ignoraba por completo los consejos norteamericanos con respecto a cuestiones que se consideraban muy importantes en Estados Unidos.

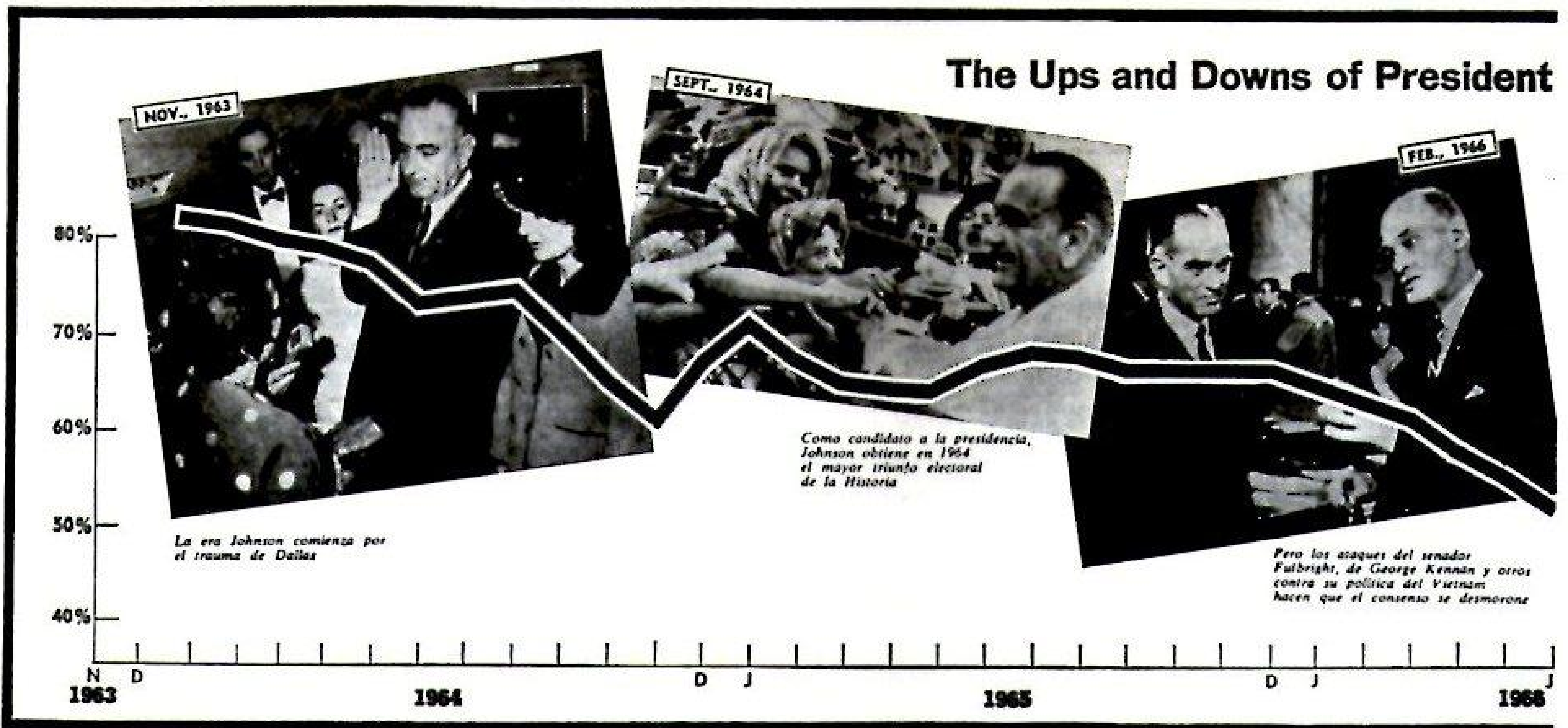
Teniendo como telón de fondo esta situación, sucedió lo siguiente: 1.° El Departamento de Estado manifiesta públicamente su "sentimiento" por los ataques perpetrados por el Gobierno contra las pagodas; 2.°, entre los altos oficiales del Ejército sudvietnamita se hace correr la voz de que Nhu debe ser apartado del Gobierno; 3.°, el presidente Kennedy pide públicamente un cambio de política y de personas; 4.°, los Estados Unidos reducen y cortan sus programas de ayuda, sin los que el país apenas tiene posibilidad de subsistir. A todo ello se añade el rumor muy extendido de que en el mes de agosto el embajador Lodge había declarado a los generales que los Estados Unidos no se opondrían a un golpe de Estado. Y, finalmente, un último detalle: la intervención norteamericana en el Vietnam era de tanta importancia para los sudvietnamitas que, con toda seguridad, Lodge hubiera podido impedir el golpe de Estado en el caso de haberlo querido hacer, y siempre y cuando lo supiera con antelación (como afirmó en sus declaraciones al New York Times*).*

Por lo demás, "no tenemos nada que ver con ello."

(De John Mecklin: Testigo en Vietnam.)



Lo que el Tío Sam hubiera querido decir desde hacía tiempo. El presidente Nixon ha convertido en realidad esta caricatura del Denver Post, *del 8 de noviembre de 1968. El presidente Johnson, atado aún por la política de la contención en el sudeste asiático, a toda costa, se encontró muy a su pesar a merced de la incapacidad del Gobierno de Saigón. Nixon, que ya no se sentía obligado por esta política, puede aceptar en la actualidad una victoria comunista en el Vietnam.*



The New York Times (by George Tames) Associated Press, United Press International.

"Los altibajos de la popularidad del presidente Johnson." En este gráfico del New York Times *se demuestran los altibajos de la popularidad de Johnson desde la trágica muerte de John F. Kennedy, en noviembre de 1963, pasando por el anuncio, hecho en marzo de 1968, de que no se presentaría a la reelección, hasta el final de su período de Gobierno en enero de 1969. En la actualidad, apenas si existe algún observador político que no esté de acuerdo en que el presidente Johnson fracasó en el problema del Vietnam. Cuando aún era vicepresidente, en 1961, y durante un viaje informativo por el Vietnam, dijo: "La intervención de tropas norteamericanas no sólo no es necesaria, sino hasta poco deseable." Como presidente, y aparte de la "gran sociedad" y el saneamiento sociopolítico de Estados Unidos, se impuso dos objetivos: "No seré el primer presidente de Estados Unidos que pierde una guerra", y: "En este cargo sólo quisiera alcanzar una cosa: unificar al pueblo." Esta apetecida unidad se rompió por completo con la guerra del Vietnam. La política de Johnson, la llamada "escalada", hizo que el país se dividiera irremisiblemente en "halcones" y "palomas". Esta "profunda y notable división de la nación" fue una de las razones principales que le aconsejaron no presentarse a la reelección para presidente. Para no ser el primer presidente norteamericano que perdía una guerra, Johnson creyó que no tenía más posibilidad que enviar tropas combatientes a Vietnam. IMAGEN INFERIOR: "Tras muchos años de escalada, el enemigo aún puede mantenerse. A pesar de que en Vietnam ya hay más de 500.000 soldados norteamericanos, aún no se vislumbra un final." El interrogante colocado por la revista* Newsweek *tras la curva de escalada, en su publicación del 18 de marzo de 1968, fue contestada aquel mismo mes por el presidente Johnson. El anuncio de la suspensión temporal de los bombardeos fue su primer paso hacia la desescalada.*

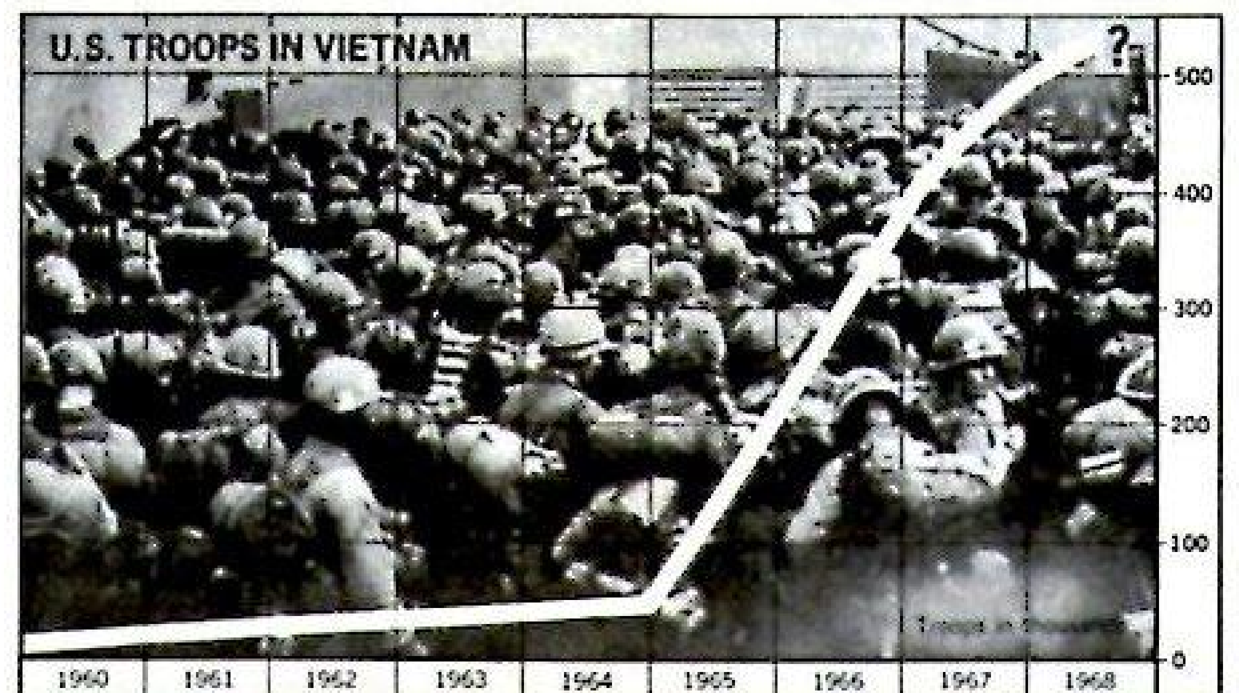
Su política de la escalada no le pudo proporcionar la victoria, y su renuncia a presentarse como candidato presidencial a las nuevas elecciones no evitó en modo alguno que pueda ser considerado como responsable directo de una eventual derrota en el sudeste asiático. Su imagen se vio comprometida durante los últimos años de su mandato por las críticas masivas que eran la consecuencia de una verdadera indignación moral, del propio interés nacional, pero también de las reflexiones políticas de sus enemigos, tanto dentro de su propio partido como en el partido republicano. Y, sin embargo, hasta un crítico tan mordaz de Johnson, como lo fue Arthur M. Schlesinger, no deja de tener en cuenta su difícil situación en el libro La herencia amarga:

"Vietnam es una tragedia sin forajidos. Ningún norteamericano honrado puede dejar de mostrar su simpatía por el presidente Johnson, mientras él reflexiona sobre las amargas alternativas que tenemos ante nosotros."

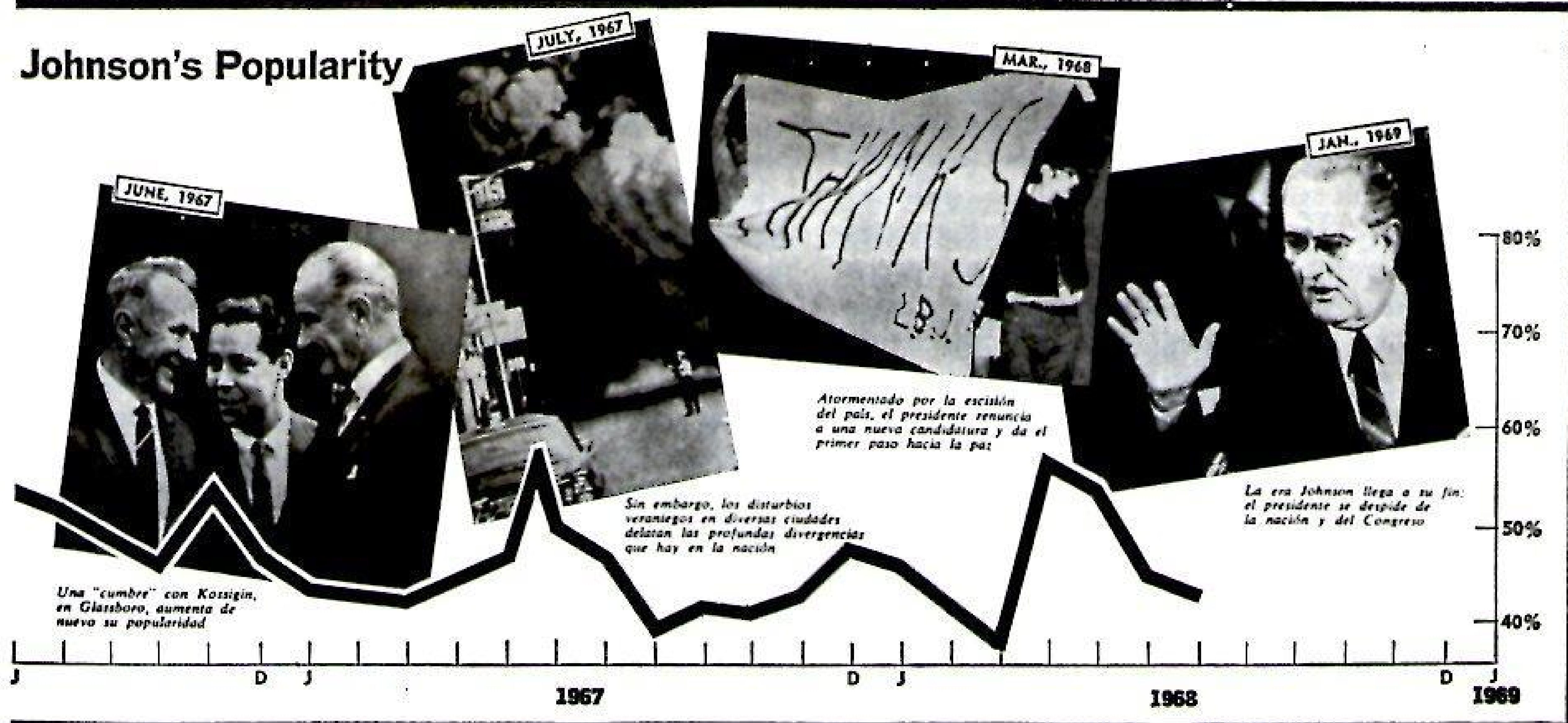
El mismo presidente Johnson ve su papel de la siguiente forma:



New York Herald Tribune

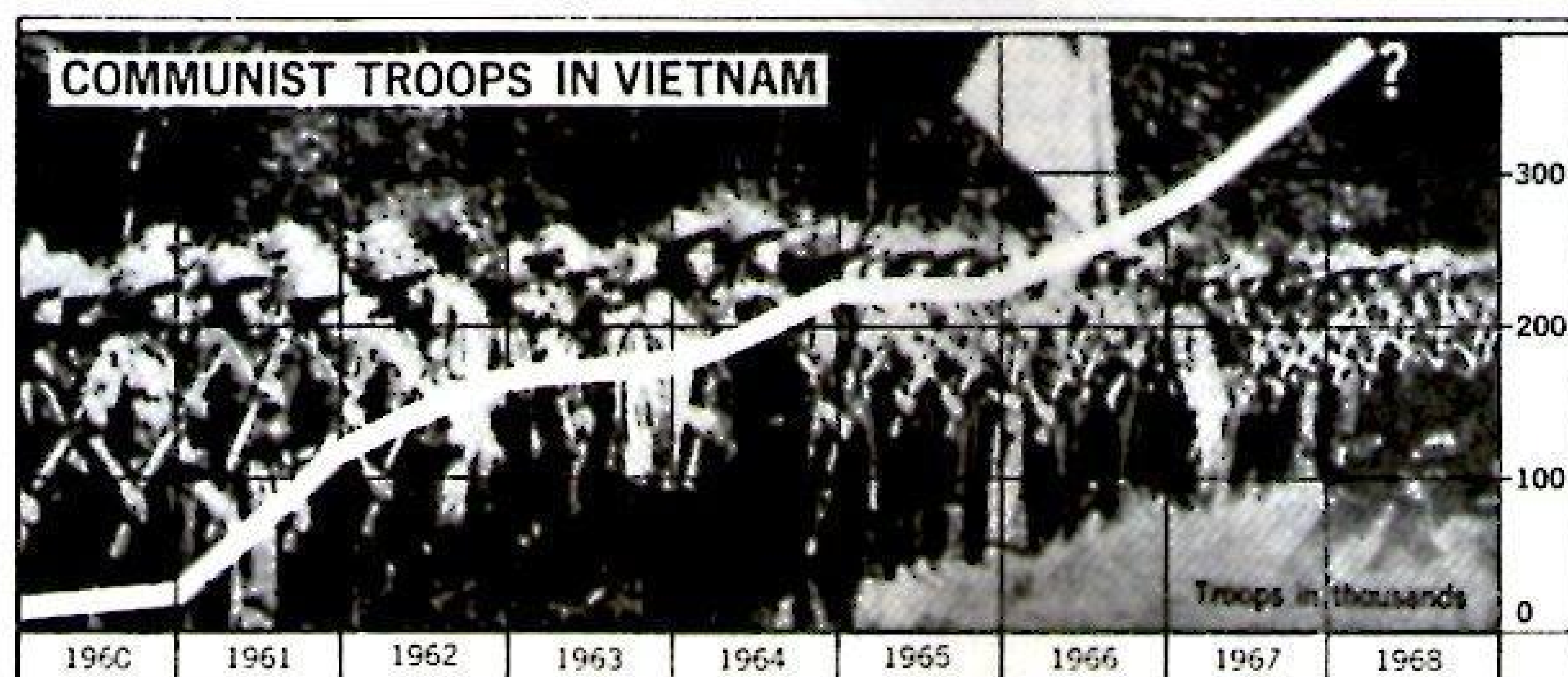


Newsweek—François Sully. Chart by Bresnan



"Apenas si puedo imaginar a un presidente que al principio de sus esfuerzos haya recibido un apoyo tan amplio, serio, predispuesto y desinteresado. Sin embargo, lo que tanto dificulta y martiriza a un presidente de la segunda mitad del siglo XX durante el ejercicio de su cargo, es el hecho de que el mundo no quiere permitir a quien ostenta este cargo —así como al pueblo norteamericano—, que dedique sus fuerzas divididas a las necesidades de su sociedad, independientemente de los objetivos políticos interiores que persiga. El ser un "presidente de guerra" era lo último que hubiera deseado ser. Había otras muchas cosas que hacer, tanto en mi propio país como en establecer lazos más estrechos con Europa y con los países subdesarrollados. No obstante, la historia hizo que recayera sobre mí la terrible decisión de intervenir o retirarnos del sudeste asiático. Esta decisión no pude apartarla, ni dar un rodeo para evitarla. El castigo que se me impuso porque cumplí con mi deber en Vietnam fue bastante alto, pero no era nada en comparación con lo que hubiera tenido que soportar en el caso de no haber hecho lo que hice."

ABAJO, IZQUIERDA: "El abismo de la credibilidad", que durante los últimos años de la actuación de Johnson como presidente, fue su compañero inseparable, fue uno de los principales responsables de enterrar la popularidad del presidente. Frente a su enemigo de elecciones, el "halcón" republicano Barry Goldwater, apareció en 1964 como la "paloma" democrática: "Hay gente que dice que debemos volar sobre el norte, arrojar bombas o intentar cortar las vías de abastecimientos, y estas personas creen que esto conduciría a una escalada de la guerra. No queremos que nuestros jóvenes norteamericanos hagan una guerra que deben hacer los jóvenes asiáticos. No queremos vernos envueltos en una guerra con una nación que cuenta con setecientos millones de habitantes, como tampoco queremos vernos involucrados en una guerra terrestre en Asia." Sin embargo, cuatro meses más tarde, fue el propio Johnson quien ordenó el bombardeo de Vietnam del Norte. Las discrepancias entre las profecías optimistas y el desarrollo real de los acontecimientos, así como el empeoramiento de la situación en Vietnam, que se oponía a las afirmaciones contrarias del Gobierno, ayudó mucho a provocar una crisis de confianza en el presidente Johnson. Ya en el otoño de 1967, un 70 por ciento de la población norteamericana creía que Johnson no decía toda la verdad sobre el Vietnam. Ya había quedado muy atrás el año 1965 en el que el presidente Johnson aún pudo decir a sus críticos: "Estudien ustedes cualquiera de los últimos cincuenta años de la Historia norteamericana y díganme cuándo se ha conseguido progresar tanto como ahora." ABAJO, DERECHA: La paloma de la paz, tocada con el sombrero tejano, hace oscilar el ramo de olivo. La larga carrera política de Johnson, llena de éxitos, que comenzó como maestro en Tejas y llegó a presidente en Washington, terminó con un fracaso.



Eastfoto; Newsweek chart by Bresnan



por la declarada oposición del pueblo. Se demostró que los generales no contaban con las bases necesarias para fundar un Gobierno que mereciera el consenso popular. El fracaso de los titulares civiles en los puestos gubernamentales demostró que las antítesis bajo los no militares nacionalistas eran demasiado profundas y destructivas de modo que no podían superar las trágicas debilidades políticas de las fuerzas anticomunistas. Las debilidades eran en parte una explicación de por qué los Estados Unidos a fin de cuentas se decidieron por la dictadura militar estable de Nguyen Cao Ky, que se hizo cargo del poder en junio de 1965."

Tras las elecciones del 3 de setiembre de 1967, Ky debió ceder su puesto de presidente a su rival Nguyen Van Thieu, mientras que él tuvo que contentarse con la vicepresidencia. Ante la incapacidad, o mejor dicho, la imposibilidad de instituir en el Vietnam destrozado por la guerra un Gobierno democrático, las cosas no habían variado por ello. El régimen de Thieu-Ky sólo se mantenía gracias al favor de Estados Unidos. Sólo debía su poder en el Vietnam del Sur merced a la firme voluntad de los norteamericanos de no permitir el triunfo del comunismo en el sudeste asiático. Esa voluntad de frenar al comunismo no fue puesta en entredicho por Johnson. Lo mismo que sus predecesores Truman, Eisenhower y Kennedy, creía que la expansión comunista debía ser enérgicamente combatida en interés de Estados Unidos. La teoría del "dominó" formulada por Eisenhower para el sudeste asiático —toda la zona sería inevitablemente comunista si se perdía una sola de las fichas—, que también había aceptado Kennedy, se ajustaba también a las ideas de Johnson.

"No creo que el presidente Eisenhower viera otra posibilidad que la de decidirse por la intervención de Estados Unidos. Tampoco creo que el presidente Kennedy haya podido actuar de otra manera, sino reforzar la intervención cuando los agresores comunistas no hacían sino intensificar su campaña de conquista. Las opiniones críticas han manifestado que el Vietnam del Sur no perjudica de ninguna manera los intereses norteamericanos. Pero cada presidente estadounidense que ha calibrado bien la situación ha llegado a opinar de una forma bien distinta. Como ya recalcó John F. Kennedy en marzo de 1963, si los Estados Unidos se inhibiesen de sus obligaciones equivaldría a dejar a los comunistas el dominio de todo el sudeste asiático con la inevitable secuela de hacer peligrar la seguridad de la India y más adelante toda la zona hasta el Cercano Oriente."

Al hacerse cargo de la presidencia, Johnson creía poder seguir la política tradicional sin grandes contratiempos. ¿Acaso no había pronosticado McNamara en fecha reciente que la guerra sería ganada en menos de un año?

Sin embargo, en realidad era el Vietcong quien llevaba la iniciativa. En el delta del Mekong y en el Vietnam central se había adueñado de provincias enteras que hasta hacía poco eran dominadas por las tropas del Gobierno. Atacaban los "pueblos fortificados" en mayor número cada vez, habiendo destruido muchos de ellos, mientras que lograron infiltrarse en otros. En Saigón y otras zonas del país no cesaban los sabotajes de toda especie y los atentados con bombas, y aumentaron después de que el presidente francés Charles de Gaulle reconociera a la China Popular. Con estos actos de terror se confiaba en destrozar los nervios a los sensibles norteamericanos, que ya consideraban la evacuación de los familiares de sus consejeros militares residentes en Saigón. La "neutralización" de Vietnam propuesta por De Gaulle no entraba en los cálculos estadounidenses, que veían que, tarde o temprano, el sudeste asiático caería en manos de los comunistas. El ejemplo de Laos, donde el desarme y neutralización de los grupos rivales no se había logrado, parecía ser una clara muestra de ello. Allí también fue la Francia de De Gaulle la que con su negativa de adherirse al pacto de la SEATO hacía imposible una actitud solidaria por parte de Occidente.

El reconocimiento francés de Pekín y el plan de neutralización de Vietnam había escindido el campo occidental y mermado su firmeza.

En las semanas y meses siguientes llegaban a Washington en rápida sucesión las noticias alarmantes. En Saigón se sucedían las visitas relámpago de los políticos y militares norteamericanos. En Vientiane, Laos, se reunieron los embajadores de los países occidentales, neutrales y neutralistas. En París, Londres o Washington se celebraban entre bastidores conversaciones con los rusos. Con cierto temor, todo el mundo evitaba enfrentarse con la potencia cuya sombra gigantesca se proyectaba sobre todos los acontecimientos en el sudeste asiático: la China Roja.

Los pueblos del sudeste asiático vivían bajo la sombra de China. Hasta 1954, primero Francia, luego Estados Unidos e Inglaterra, les habían garantizado durante los dos últimos decenios que no permitirían que cayesen bajo la férula de los comunistas. Laos, Camboya, Vietnam del Sur y Thailandia. Pero el concepto de "libertad sin temor" hacía ya tiempo que resultaba una contradicción en los poblados de la selva laosiana y en los de las zonas pantanosas del Vietnam.

Por otra parte, la neutralización de Laos no se alteró en lo más mínimo, como tampoco la creciente ayuda militar a Vietnam del Sur. Y desde

1961 el Vietcong había mejorado y aumentado de tal modo sus pertrechos, que podía anular la superioridad aérea de las tropas gubernamentales. El número cada vez mayor de helicópteros y cazabombarderos derribados, mientras hostigaban las líneas de abastecimiento entre Laos y el territorio dominado por el Vietcong, minaba la moral de las fuerzas gubernamentales. La inseguridad de Saigón hacía que se retuvieran unidades del Ejército "por medidas políticas de seguridad".

El Ejército, con la ayuda de los consejeros norteamericanos, trató de emprender su reorganización táctica. Para la guerra en la selva se formaron unidades bien instruidas y armadas para operar en grupos independientes a retaguardia de los comunistas.

Esta táctica suponía que las guerrillas del Gobierno eran políticamente de plena confianza y que podrían captarse la simpatía de los habitantes de las localidades. Como primera medida, Saigón aumentó la paga de los suboficiales y clases de tropa del Ejército y la milicia.

Entretanto, la propaganda comunista llevó a la práctica la tercera fase de su dirección de la guerra. Se efectuarían los últimos ataques desde territorio liberado. Su objetivo declarado era la caída del Gobierno, y la reacción de Washington fue la firme resolución de sostenerlo.

Ya no resultaba posible para Johnson seguir fiel a su política de contención; en lugar de ello se imponía la escalada, es decir, enviar más consejeros a Saigón, más helicópteros, más lanzagranadas y más bombas napalm.

A principios de 1963, y según cálculos norteamericanos, las fuerzas regulares del Vietcong ascendían a unos doscientos mil hombres. Poco a poco se habían infiltrado unos veinte mil hombres del Vietcong, y una cifra casi igual de mandos políticos para la formación de una administración en las "zonas liberadas", para el adoctrinamiento político y la recaudación de impuestos (tanto estas cifras como otros datos sobre Vietnam del Norte no son en modo alguno incontestables. Según el estado actual de las investigaciones, no es posible la obtención de informes fidedignos).

En enero, el servicio de información norteamericano determinó que en la altiplanicie annamita, cerca de Kontum, había una División norvietnamita completa, la 325 División de infantería, con armas semipesadas, entre ellas cañones de 7,5 cm.

El coronel norteamericano Patsch manifestó al periodista austríaco Kuno Knöbl: "Los nordvietnamitas aparecieron de pronto, y tan de prisa, que no pudimos contarlos. Parecía como si quisieran cubrir toda la meseta en una gran ofensiva."

La era de la "escalada" había empezado. El continuarla como hasta entonces habría conducido al fracaso. Los poblados fortificados, las reformas sociales, la democratización, el esfuerzo bélico del Ejército sudvietnamita y Saigón no merecían confianza. El único elemento realmente estable en Vietnam del Sur que los norteamericanos dominaban y manejaban a voluntad era sus propios hombres, sus tropas.

"En invierno y en la primavera de 1965 los nordvietnamitas extendieron la guerra, mientras que miles de grupos de combate procedentes del norte se infiltraron por Laos y Camboya hasta la zona desmilitarizada. Tenían al parecer la intención de dar el golpe de gracia." Así describió Johnson la situación y el terrible acontecimiento. "A mediados de 1965 recibí de mis consejeros el informe siguiente: 'Para nuestro proceder en Vietnam del Sur existen tres posibilidades:

'1.ª Podemos resignarnos a sufrir bajas y retirarnos en las mejores condiciones posibles, condiciones que muy probablemente resultarían humillantes para Estados Unidos y perjudicarían sensiblemente nuestra futura actuación en el escenario mundial.

'2.ª Podemos intensificar la presión militar sobre el Vietcong en el sur y sobre los nordvietnamitas en el norte y, al mismo tiempo, iniciar una enérgica ofensiva en el terreno político conducente a entablar negociaciones.

'3.ª También se podría mantener la presente situación y limitar las fuerzas armadas de los Estados Unidos a setenta y cinco mil hombres en espera de que las cosas se desarrollen favorablemente.'

"Hemos decidido poner en la balanza todo el peso de nuestras fuerzas aéreas contra el Vietnam del Norte y hacer intervenir a nuestras tropas en los combates terrestres."

La política de la "escalada" era ya un hecho. Ahora se llevaría una guerra de nuevas dimensiones. Ya no se podía detener la tan temida "americanización" del conflicto vietnamita.

Se habían olvidado los lemas propagados en las elecciones de 1964: "No queremos a los muchachos norteamericanos a quince o dieciséis mil kilómetros de la patria, para hacer lo que los jóvenes asiáticos pueden hacer por sí mismos." Los *boys* asiáticos habían fracasado, así que los *boys* norteamericanos tenían que saltar a la brecha.

El centro de gravedad de la contienda se centraba ante todo en el sector militar. Ya no se trataba de ganarse a los campesinos sudvietnamitas, sino de saber a cuántos comunistas se podían aniquilar para obligar a Hanoi, "la fuente de la agresión", a sentarse a la mesa de las negociaciones presionada por la constante escalada militar.



El presidente Johnson nunca hizo suya la idea de los "halcones" de que había que bombardear el Vietnam del Norte, hasta que este país "regresara a la edad de piedra". A pesar de todas las escaladas, su dirección de guerra siempre fue limitada; su objetivo nunca fue el de vencer militarmente al Vietnam del Norte. Tampoco correspondía con los planes de Washington llevar a cabo un bombardeo masivo de las ciudades y de la población civil, al estilo del que se efectuó contra Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Los únicos objetivos de los bombarderos norteamericanos eran los cuarteles, depósitos de municiones y de carburante, almacenamientos, centrales eléctricas, instalaciones portuarias, estaciones de ferrocarril, aeropuertos, bases militares, fábricas de armamento, empresas siderúrgicas, puentes y vías de comunicación. Sin embargo, hasta un bombardeo de precisión tan cuidadoso como el norteamericano no puede impedir que las viviendas se conviertan en escombros, y que hombres, mujeres y niños caigan víctimas de los bombardeos. Las reflexiones que impulsaron a Johnson a ordenar el bombardeo de Vietnam del Norte en febrero de 1965 fueron las de perturbar la infiltración de soldados y material hacia el sur, la de presionar a los comunistas nordvietnamitas, elevando al mismo tiempo la moral de los sudvietnamitas, y no la de desarrollar una campaña de terror contra la población civil.



Sobre ningún país de la tierra se han arrojado tantas bombas como sobre Vietnam del Norte. Y, sin embargo, el resultado del bombardeo "limitado", también fue limitado. Desde luego que se dificultó la infiltración de hombres y material procedentes del norte, pero no por ello se consiguió detenerla. La moral de lucha del Ejército sudvietnamita no se elevó, y en lo que se refiere a la presión que se pretendía ejercer sobre Hanoi, el propio McNamara llegó, a finales de 1967, al siguiente resultado decepcionante: "Existen muy pocos motivos para pensar que las acciones convencionales por aire y por mar, a excepción del bombardeo continuado y sistemático de los centros de población, harán desaparecer el espíritu de lucha de los nordvietnamitas, así como los esfuerzos de su Gobierno para apoderarse del Vietnam del Sur."

IMAGEN SUPERIOR: Gion Sons *(Johnsons, o "hijos de Johnson"), como se llama burlonamente en el Vietnam del Norte a los bombarderos norteamericanos. Hasta la detención definitiva de los bombardeos en noviembre de 1968, murieron o fueron hechos prisioneros un total de 600 pilotos.*

IMAGEN INFERIOR: La "selva es desfoliada" con agentes químicos. De este modo se piensa hacer más difícil la guerra de guerrillas para el Vietcong.

La posibilidad de "poner en la balanza el peso de nuestras fuerzas aéreas y las tropas en los combates terrestres" lo venía diciendo el presidente Johnson desde agosto de 1964, en la llamada Resolución de Tonkín, aprobada por el Congreso y cuya materialización no era ya discutida.

El 2 de agosto avisó el destructor norteamericano *Maddox* al jefe de la Flota del Pacífico que había sido atacado por torpederos norvietnamitas, pero que había logrado dispersarlos.

Dos días después, el cielo del golfo de Tonkín sobre la costa norvietnamita apareció cargado de nubes y sin luna. Al destructor *Maddox* se le unió su gemelo, el *Turner Joy*. El primero volvió a comunicar que había tenido contacto con el enemigo. El comandante en jefe de las fuerzas navales del Pacífico preguntó al comandante del *Turner Joy* cómo marchaban las cosas para él. Mientras tanto, del *Maddox* llegaba un mensaje según el cual había hundido dos torpederos enemigos, cosa que al día siguiente confirmó el Vietnam del Norte al protestar por una violación de las aguas jurisdiccionales por los "agresores norteamericanos".

El jefe de las fuerzas navales del Pacífico completó su primera pregunta con la que sigue: "¿Puede usted confirmar el hundimiento de dos torpederos enemigos?"

El jefe de la flotilla respondió al poco tiempo: "He revisado el desarrollo de las operaciones en las que se han producido varios contactos con el enemigo y se han registrado disparos de torpedo... Desde el *Maddox* no se ha avistado al enemigo. En próximas intervenciones se procurará realizar una comprobación a fondo."

Se destacaron de inmediato varios aparatos de reconocimiento que no descubrieron ni rastro del enemigo. Poco después, testigos presenciales declararon que no habían comprobado la presencia del enemigo. Pero mientras ocurría todo eso, lo único real e importante fue que el presidente Johnson había dado la orden de bombardear Vietnam del Norte. Desde la isla de Guam, donde en agosto de 1945 despegaron los aparatos con la bomba atómica para atacar Hiroshima y Nagasaki, emprendieron esta vez el vuelo sesenta y cinco gigantescos reactores del tipo de bombarderos atómicos B-52 supersónicos, para realizar el primer ataque sobre la República de Ho Chiminh. Bombardearon con maravillosa precisión la mayor parte de las importantes instalaciones defensivas costeras.

Tres días después, Johnson propuso ante el Congreso la resolución formulada meses antes, que el viceministro de Asuntos Exteriores Katzenbach describió "como equivalente a una declaración de guerra". Bajo la impresión de "los pérfidos ataques" comunistas contra los barcos norteamericanos, hasta el enemigo tradicional de Johnson, el senador Fulbright, apoyó la resolución para demostrar la "unidad de la nación" en la lucha contra el "agresor comunista". La resolución de Johnson le convirtió en el señor absoluto de la guerra, con poderes dictatoriales que antes que él sólo había disfrutado Roosevelt. Su propuesta fue aprobada por la mayoría.

Pero casi cuatro años después, una subcomisión investigadora del Senado presumió que el presidente Johnson no empleaba correctamente los medios a su alcance. Los dos destructores antes citados no realizaban una patrulla rutinaria. Iban pertrechados de un modo similar al *Liberty*, hundido erróneamente por los israelitas, y al barco *Pueblo,* capturado por los norcoreanos. Eran buques-espía dotados de los más modernos sistemas electrónicos. Su misión en los días 2 y 4 de agosto: apoyo activo a una operación terrestre sudvietnamita en la costa enemiga. El *Maddox* y el *Turner Joy* escucharían las comunicaciones de radio norvietnamitas y advertirían a los del sur sobre las medidas tomadas por los comunistas; debían neutralizar los radares de las defensas costeras enemigas para atraer su atención, con objeto de que la maniobra sudvietnamita pudiera desarrollarse sin ser molestada.

Esto era una participación activa en un hecho bélico. Además, como se comprobó cuatro años después, nadie había visto en realidad un ataque norvietnamita. No se habían producido serios daños por una acción del enemigo, excepción hecha de algunos heridos. Y Johnson había ordenado ya a sus bombarderos que atacasen Vietnam del Norte, mientras que el jefe de operaciones de la Flota del Pacífico aún no sabía con certeza si en realidad los dos destructores habían sido hostigados en el golfo de Tonkín.

No se han acallado aún los rumores de que Johnson provocó el incidente de Tonkín para iniciar una política escalatoria proyectada desde hacía mucho tiempo. Sea lo que fuere, provocación, preparativo o simple aprovechamiento de las circunstancias, el caso es que la resolución de Tonkín sirvió para justificar la intervención masiva norteamericana en la guerra del Vietnam.

La intervención masiva norteamericana, que por parte de Estados Unidos permitía dar una vuelta más en el tornillo de la escalada, no ha sido en modo alguno una operación a tontas y a locas, un asalto sin meditar en una aventura militar que se aparte de lo corriente en el arte castrense.

"En febrero de 1965 —escribe el general Maxwell D. Taylor en su libro *La prueba de Vietnam* sobre la nueva estrategia norteamericana, en cuyo perfeccionamiento tomó parte activa— ya

no cabía la menor duda: debíamos proceder contra el foco exterior de agresión por dos motivos principales, que tuve que recordar —porque olvidamos muy a la ligera cuáles han sido las razones que nos han forzado a iniciar la guerra aérea contra Vietnam del Norte—. En primer lugar la población de Vietnam del Sur tendría la satisfacción, después de once años de guerra, de que, al fin, los causantes de sus sufrimientos recibirían duro castigo. Los sudvietnamitas sabían con exactitud que Hanoi y los jefes comunistas tenían la culpa de ese conflicto, y que la intervención de nuestras fuerzas aéreas, bien que limitada, influiría poderosamente en la moral de los sudvietnamitas y que cada vez lo haría en mayor grado.

"La segunda causa de nuestra ofensiva aérea obedecía a razones militares. Utilizábamos nuestra superioridad en el aire para atacar y destruir objetivos militares para evitar, o al menos restringir, las infiltraciones de tropas y material hacia el Vietnam del Sur. Ningún jefe militar se ha formado la idea de que nuestros aparatos podrían evitar por completo esa infiltración, pero teníamos la certeza de que por lo menos estaríamos en condiciones de reducirla considerablemente.

"La tercera razón de nuestra ofensiva aérea podía considerarse muy importante a largo plazo. Queríamos demostrar a los hombres de Hanoi, de quienes recibían órdenes los Vietcong, que con nuestro bombardeo progresivo les haríamos pagar un precio muy elevado por su agresión al sur. En una palabra, nos ateníamos al principio militar de que en una guerra casi todo es permisible para estorbar las operaciones del adversario. Estábamos convencidos de que nuestras incursiones aéreas influirían en la voluntad del enemigo y llevaría el convencimiento a los jefes de Hanoi de que su derrota era inevitable y de que el coste de proseguir la agresión les resultaría muy difícil de soportar.

"La cuarta y última parte de nuestra estrategia afectaba al frente diplomático. Los esfuerzos de nuestros superiores en probar a amigos y rivales que no deseábamos otra cosa que obtener una solución pacífica del conflicto en condiciones honorables.

"La estrategia de Estados Unidos —resume Taylor— se destaca por su lógica interna y por su unidad de conjunto. Teníamos que romper el núcleo principal de las fuerzas guerrilleras en el Vietnam del Sur. Con nuestros continuos ataques aéreos debíamos probar a Hanoi que la cuestión sería cada vez más peligrosa para ellos."

Es decir, que según expresión del Pentágono, el "coeficiente de sufrimento" aumentaría constantemente debido a la intensificación de la presión militar hasta que Hanoi, destrozada y sin esperanzas de victoria, se mostrara dispuesta a negociar o proseguir la guerra entre sus fuerzas y las de Vietnam del Sur hasta que se tuviera que retirar del territorio meridional.

Con el objetivo de no alcanzar un completo triunfo militar sobre el Vietnam del Norte, sino ante todo "garantizar la independencia y seguridad ante los posibles ataques de Vietnam del Sur", la escalada militar de 1965, que duró tres años, fue la respuesta de Johnson a las exigencias comunistas.

En febrero de 1965, con lanzagranadas y ametralladoras pesadas, el Vietnam del Norte atacó una importante base norteamericana: el aeródromo de Pleiku en la meseta. Resultaron muertos nueve yanquis y heridos ciento cuarenta y seis. Al mismo tiempo se emprendieron golpes de terror contra los estadounidenses y atentados con bombas contra los edificios norteamericanos en Saigón. Murieron un total de sesenta yanquis, y se destruyeron aviones y material por valor de varios millones de dólares.

El presidente Johnson ordenó de inmediato "las correspondientes represalias a cargo de la aviación" contra el Vietnam del Norte. Tres semanas antes los cazabombarderos norteamericanos habían intensificado sus ataques contra la ruta de Ho Chi-minh y todos los caminos de enlace en Laos, y en el "cordón de seguridad", en el paralelo 17.

Ahora reanudaban sus vuelos los gigantescos B-52. El 7 y 8 de febrero de 1965 se efectuaron los primeros grandes ataques sobre objetivos situados en la zona media de Vietnam del Norte. El 9 de febrero los cazabombarderos hostilizaron las posiciones y líneas de abastecimiento comunistas en Laos. Y de nuevo un día más tarde, el 10 de febrero, los especialistas del Vietcong, que por lo visto aún continuaban infiltrándose en el Sur, volaron un cuartel del Ejército norteamericano. Eso pasó en Qui Nonh, a unos cuatrocientos kilómetros al nordeste de Saigón. Más de cuarenta soldados resultaron muertos y hubo centenares de heridos.

Y al día sigliente se produjo la tercera "represalia" norteamericana. Más de 150 aviones de combate atacaron con bombas, cohetes y armas ligeras de a bordo objetivos situados al norte de la línea divisoria y a 150 kilómetros al sur de la capital norvietnamita, Hanoi.

Puesto que dichos aparatos despegaban de

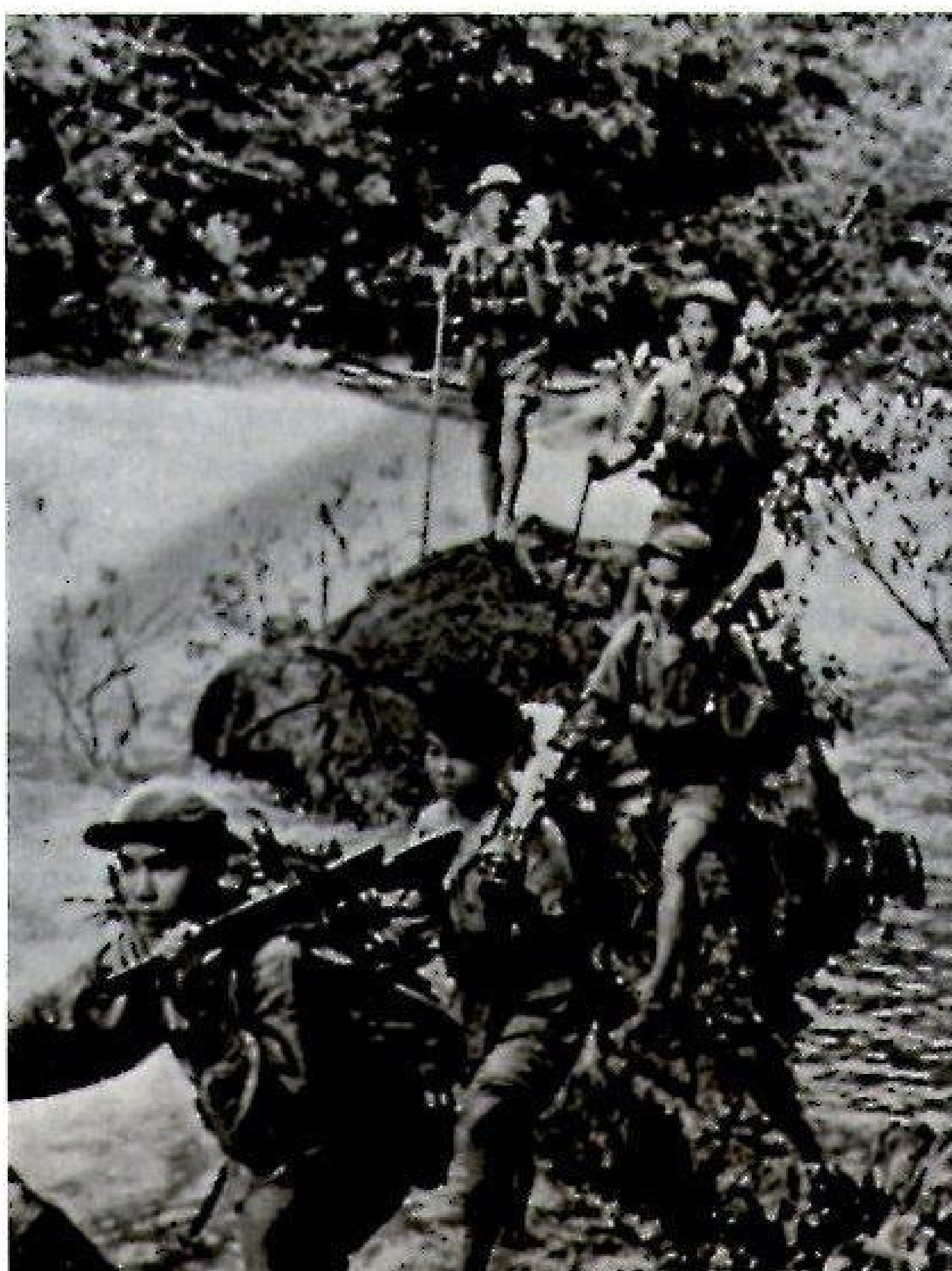
PAGINA SIGUIENTE: Imágenes con sus correspondientes epígrafes sobre la lucha en Vietnam, procedentes de la revista China en imagen, *editada en Pekín, que también es publicada y distribuida en los siguientes idiomas: árabe, chino, alemán, inglés, francés, hindú, indonesio, italiano, japonés, coreano, ruso, sueco, español, suahelí, urdú y vietnamita (véase la traducción en Apéndice, pág. 538).*

Durch ihre machtvollen Uberraschungsangriffe jagen die Volksbefreiungsstreitkräfte des Südteils von Vietnam die amerikanischen Räuber in die Flucht; in seiner Hast und Eile läßt der Feind alles zurück.

Nachdem der Held Nguyen Van Troi im Südteil von Vietnam von der USA- und Marionettenclique hingemordet worden war, gelang es seiner Frau, Phan Thi Quyen, aus Saigon zu entkommen; kühn wandte sie sich den Befreiten Gebieten zu und schloß sich dort der Befreiungsarmee des Südteils von Vietnam an; entschlossen tritt sie in die Fußtapfen der revolutionären Helden, die ihr Leben gaben, und leistet ihr Teil im Widerstandskampf gegen die USA-Aggression zur Rettung des Vaterlands. *Bild:* Phan Thi Quyen *(links)* und ihre Kameradin konzentrieren ihren Haß auf die Gewehrmündung, sie sind bereit, sich zur Vernichtung der amerikanischen Eindringlinge an die vorderste Front zu begeben.



Im Geist der Entschlossenheit zum Kampf und zum Sieg überqueren die Kämpfer der Befreiungsarmee des Südteils von Vietnam Gebirge und Flüsse, siegreich stürmen sie vorwärts.





Jeder Mensch, jedes Dorf kämpft zur Vernichtung der amerikanischen Wölfe. *Bild:* Partisanen in einem Kämpfenden Dorf des Südteils von Vietnam erteilen bei der Gegenwehr dem angreifenden Feind harte Schläge.

Durch den Transport von Munition an die Front erwerben sich die Kämpferinnen im Südteil von Vietnam bei jedem neuen Gefecht gegen die USA-Banditentruppen neue Verdienste.



Armee und Bevölkerung im Südteil von Vietnam kämpfen organisiert Schulter an Schulter im Herzen des feindlichen Gebiets, sie unterbrechen die Eisenbahnlinien der USA-Aggressoren und deren Marionetten, so daß die amerikanischen Räuber und ihre Kettenhunde in eine mit jedem Schritt schwierigere Lage versetzt werden.



Laos para dirigirse a Vietnam del Norte, el Gobierno comunista exigió la inmediata retirada del país de la comisión internacional de control, distribuida en varios puntos de observación, puesto que se había demostrado la poca utilidad e ineficacia de la citada comisión internacional. También se pidió la evacuación de los puestos de vigilancia situados en la frontera chino-norvietnamita, que debían impedir que pasaran por ellos pertrechos bélicos con destino a Vietnam del Norte.

Al mismo tiempo, el ministro chino de Asuntos Exteriores, Chu En Lai, manifestó a los norteamericanos que cesaran en su agresión y entonces podrían celebrarse negociaciones. Por otra parte, la República Popular China estaba dispuesta a prestar ayuda a Vietnam del Norte. El ministro de Asuntos Exteriores estadounidense, Rusk, respondió que, por el contrario, eran ellos quienes debían interrumpir su agresión, antes de pensar en las negociaciones.

No cabía ninguna duda: la escalada, bien calculada por Johnson, no podía detenerse. La guerra en Vietnam se intensificaría, aumentando hasta lo indecible los sufrimientos de los vietnamitas, tanto del norte como del sur.

El 2 de marzo, el presidente Johnson ordenó por fin la total reanudación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, pues había pasado el tiempo de las represalias limitadas. En la misma jornada ciento sesenta aparatos de combate atacaron el puerto de Quang Khe y los depósitos de material de Xom Bang, en territorio de Vietnam del Norte. La novedad en este caso residía en que este ataque no obedecía a "represalia alguna" por una acción bélica del Vietcong o de los norvietnamitas contra el Vietnam del Sur, sino que por primera vez los bombarderos que atacaban el norte iban tripulados por sudvietnamitas.

Cinco días más tarde desembarcaron en la costa, cerca de Da Nang, unidades de infantería de Marina, los famosos "nucas de cuero". Fueron ellos —aparte de los paracaidistas de las fuerzas especiales— las primeras tropas regulares norteamericanas que se incorporaron al Ejército sudvietnamita para intervenir en los combates. El 9 de marzo se unió la segunda escuadrilla de helicópteros y el presidente Johnson declaró que la ayuda militar al Vietnam del Sur quedaba fijada en cincuenta millones de dólares.

Los bombardeos sobre Vietnam del Norte proseguían sin interrupción. El 4 de abril la guerra aérea en el Vietnam del Norte adquirió plena dureza. Por primera vez encontraron los pilotos norteamericanos y sudvietnamitas una intensa resistencia desde tierra, por medio de cañones antiaéreos, cohetes y cazas soviéticos del tipo Mig 21. Unidades especiales del Ejército soviético procedieron al montaje de emplazamientos de cohetes para la defensa antiaérea en torno a Hanoi, que hasta entonces no había sido atacada, como tampoco el importante puerto de Haifong.

Un año después escribía el corresponsal de guerra Knöbl:

"A los 'nucas de cuero' siguieron la 1.ª División de infantería (Big Red One), la 1.ª División de caballería aérea, la 25 División de infantería, la 173 Brigada aerotransportada, la 1.ª Brigada de la 101 División aerotransportada y otras unidades, todas ellas escogidas, con las que se esperaba darle la vuelta al conflicto de Vietnam. Por estas fechas había ya unos 350.000 norteamericanos en el Vietnam, de los cuales una tercera parte luchaban contra los comunistas. Con el aumento de los efectivos en combate se incrementaron asimismo el número de bajas de los norteamericanos. 'Es posible que a fines de este año (1966) hayan caído unos 10.000 yanquis —se me dijo en Saigón— y que haya entre 60.000 y 70.000 GI heridos.' Los estrategas norteamericanos calculan que para fines de 1966 habrá en el Vietnam entre 400.000 y 500.000 soldados norteamericanos. Los Estados Unidos emplearán en el sudeste asiático más hombres que en la guerra de Corea. Y, sin embargo, para alcanzar una superioridad de 1:6 (proporción que se considera la mínima necesaria para que las tropas regulares puedan derrotar a las guerrillas), Washington debería lanzar a la batalla unos dos millones de soldados, o sea, que prácticamente tendría que poner en Vietnam casi todo el Ejército de los Estados Unidos.

"Los comunistas también aumentaban sus efectivos a medida que lo hacían los norteamericanos. En la actualidad (mediados de 1966) había en el sur por lo menos tres divisiones de infantería completas, la 304, la 308 y la 325, aparte de una serie de regimientos que operaban con independencia, los llamados grupos móviles (grupos de combate motorizados) y unidades especiales. El Vietcong disponía de 350.000 hombres, cifra que me fue confirmada por los miembros del Frente de Liberación Nacional. A ello se sumaban entre 60.000 y 70.000 soldados norvietnamitas. En total casi los mismos efectivos totales que el Ejército sudvietnamita. Pero mientras las tropas comunistas, como siempre, además de la lucha en el frente se dedicaban a las tareas propagandísticas, el concepto básico de su actuación no se había modificado apenas, la misión de las nuevas fuerzas norteamericanas estaba fijada de antemano: se ocuparían de la guerra y nada más. Debido a las peculiaridades de la guerra vietnamita, dejarían las misiones más sutiles para los combatientes especialmente adiestrados para ello:

"'Somos soldados, y nuestra tarea consiste en

localizar al enemigo y aniquilarle. Lo demás no nos interesa', me dijo el coronel Moore de la 1.ª División de caballería aerotransportada en Bong Son."

La política de intensificación de la presión militar y el aumento del "coeficiente de sufrimiento" se incrementaba hasta lo indecible. En marzo de 1965, el número de soldados norteamericanos en Vietnam era de 27.000; en julio era ya de 75.000, para rebasar el medio millón a finales de 1967. En febrero de 1966 se realizaron 1.935 incursiones sobre Vietnam del Norte, en abril 5.183, en junio 7.357, en julio 9.765 y en setiembre 12.673. En cuatro años de bombardeo sobre Vietnam del Norte se arrojaron un total de 2,8 millones de toneladas de bombas, casi el doble de las lanzadas sobre Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, lo mismo en el Vietnam que en Corea, se puso de relieve la limitada capacidad destructora de las incursiones de bombardeo. Naturalmente que dolió mucho a Hanoi ver reducidas a escombros las instalaciones industriales montadas a costa de ímprobos esfuerzos. Pero si no se destruía eso, ¿qué otra cosa tenía que perder Vietnam del Norte?

Pero entre los distintos visitantes de Hanoi, como el segundo redactor jefe del *New York Times,* Harrison E. Salisbury, el escritor alemán Peter Weiss y la famosa escritora norteamericana Mary McCarthy coincidieron en una cosa: que los bombardeos sobre Vietnam del Norte crearon ciertas dificultades a su economía, pero elevaron considerablemente la moral combativa del pueblo norvietnamita. El talento organizador y la capacidad inventiva subieron a cimas elevadísimas, que hicieron del Estado comunista un bloque monolítico; hasta los antiguos enemigos del comunismo se colocaron con patriótico entusiasmo al lado de Ho Chi-minh.

La guerra aérea de Johnson no logró influir decisivamente en el suministro de hombres y material desde el norte al sur. En este país no existe una tupida red de carreteras y vías férreas cuya destrucción le hiciera especialmente vulnerable, de manera que los bombardeos no dieron el resultado apetecido. Las más importantes industrias bélicas fueron descentralizadas y emplazadas en zonas selváticas en construcciones a prueba de bombas, y numerosos porteadores, bien a pie o en bicicleta, transportaban todo género de suministros al frente de batalla; las bombas norteamericanas no lograban cercenar el flujo de material a las zonas de operaciones.

El itinerario de la ruta de Ho Chi-minh, en muchos tramos oculta por la naturaleza, no era precisamente un objetivo cómodo para los bombarderos.

Las incursiones aéreas contra el Vietnam del Norte no hacían sino aumentar el odio de la población hacia los norteamericanos y su intervención en la lucha terrestre contra el Vietcong, en el Vietnam del Sur, les granjeó muchos más enemigos que simpatizantes.

Los cazabombarderos que volaban sobre los arrozales entre los 400 y los 600 kilómetros por hora, ametrallando cuanto se movía, raras veces alcanzaban a los guerrilleros del Vietcong; las víctimas eran casi siempre los campesinos y sus familias. Los incendios prendían fácilmente en las míseras cabañas, y entre las llamas no salían huyendo los Charlies (nombre con que los soldados norteamericanos designaron a los guerrilleros del Vietcong), los cuales se habían retirado a tiempo o permanecían ocultos en sus escondrijos subterráneos. Los campesinos, con sus escasas pertenencias, sin techo y sin hogar, eran los que lo perdían todo, incluso la vida.

Un piloto norteamericano manifestó: "No estoy muy seguro si con nuestras incursiones destruimos más Charlies o por el contrario hacemos que broten más cada día."

Y esto también era válido para otra arma aérea, los helicópteros. La intervención en masa de helicópteros en la lucha de guerrillas se ha mostrado como un arma de gran eficacia militar. Las escuadrillas de helicópteros pueden trasladar con rapidez de un lugar a otro a pequeñas unidades, circunstancia muy importante en la táctica de la guerrilla con la súbita aparición y retirada de los combatientes.

Los helicópteros, a diferencia de las otras máquinas volantes, pueden ser equipados con armas pesadas de infantería, descubrir al enemigo en su vuelo de mayor lentitud e incluso atacarle en sus cobijos en muchas ocasiones. Los helicópteros tampoco se hunden en los arrozales como sucede con los vehículos de transporte terrestre, no trepan por las pinas laderas, como hacen los M-113, tampoco caen en refinadas trampas y no les obstaculizan caminos ni senderos.

Los helicópteros se han mostrado especialmente importantes para la moral combativa de los soldados. En toda la historia de la guerra no ha habido conflicto en el que hayan muerto tan pocos hombres a consecuencia de las heridas recibidas en combate como los norteamericanos en el Vietnam. Casi siempre, aún mientras la lucha está en curso, los helicópteros del servicio de sanidad acuden a la zona de operaciones en unos quince minutos para evacuar a los heridos directamente al hospital más cercano. El cuadro típico de la Segunda Guerra Mundial, donde los heridos se amontonaban en puestos de socorro y clasificación, y en el que permanecían varias horas antes de poder ser atendidos, ha desaparecido. Si las

heridas son graves o si se considera necesario por otras razones, son transportados en reactores a otros establecimientos sanitarios más alejados, de manera que los heridos pueden encontrarse en el mismo día que se ha librado la batalla, en Guam o Hawai, lejos del teatro de operaciones.

También son los helicópteros los que actúan a menudo como elementos de rescate urgente para los pilotos. Si es derribado un avión norteamericano, la salvación para el aviador llega en poco más o menos media hora. Los pilotos norteamericanos llevan un mapa de la zona de operaciones, un espejo de señales y un pequeño emisor cosido al traje de vuelo. Sólo necesitan señalar de inmediato su posición, dando marcha a la emisora que lanza al éter señales que recoge la vigilancia aérea ejercida por los helicópteros de salvamento; el que acude al rescate, una vez situado sobre la zona, conoce la posición exacta del piloto cuando éste usa el espejo. Por medio de un cable largan una cesta de salvamento —todos los teleespectadores habrán seguido las operaciones de rescate de los astronautas norteamericanos— que es izada a continuación.

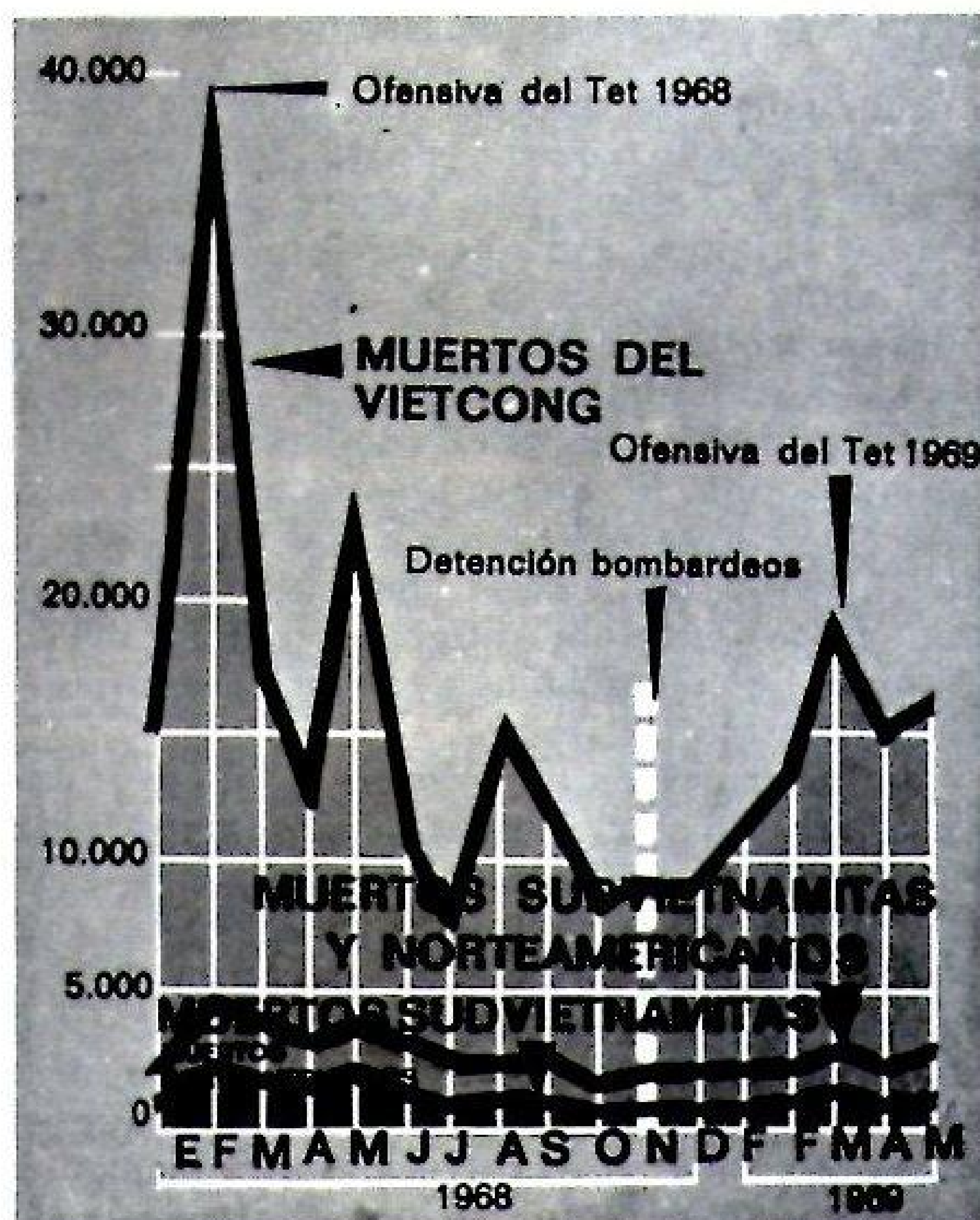
Las tripulaciones de los helicópteros son admiradas sin envidia por los soldados y consideradas como de élite. Pues con excepción de los aparatos que ayudan a los otros, o que actúan en el salvamento de heridos, tienen un porcentaje de bajas mucho más elevado que el de la infantería.

Las ventajas del vuelo lento se transforman en inconvenientes, pues cuando el helicóptero sobrevuela una posición enemiga cae de inmediato bajo un intenso fuego. Estos aparatos llevan escaso blindaje, pues las planchas de acero le restarían capacidad de carga y maniobrabilidad, disminuyendo el espacio para el transporte de hombres y material. Una ráfaga disparada por una ametralladora que no ha podido descubrir a tiempo puede significar su fin.

La mayor parte de los helicópteros destinados al apoyo de las fuerzas de tierra van dotados de dos ametralladoras pesadas fijas. El piloto apunta con los movimientos de todo el aparato. Además, por encima del tren de aterrizaje van montados unos cohetes teledirigidos que el copiloto se encarga de manejar. Si transportan fuerzas de infantería disponen, como es lógico, de las armas de los infantes. Los soldados pueden hacer fuego sobre el adversario desde las aspilleras practicadas en el fuselaje con el fin de limpiar el terreno donde ha de posarse el helicóptero. Se comprende que los Vietcong sientan gran temor hacia los helicópteros. Muchos guerrilleros capturados han declarado que se festejaba como una importante victoria el derribo de un helicóptero y, además, las tripulaciones de esos aparatos eran fusiladas poco después de su captura.

Los helicópteros más empleados son los Bell UH 1, A y B, que sirven como transporte de tropas, de suministro y apoyo, y como artillería ligera volante. Llevan cuatro ametralladoras pesadas M-60 accionadas por medio de la electricidad, montadas en unas cúpulas blindadas y lanzacohetes de 7 centímetros más arriba del tren de aterrizaje. Tanto el carro M-113 como el helicóptero UH-1 han sido adoptados por el Ejército de la República Federal Alemana. Además se ha fabricado en los talleres Bölkow de Munich un tipo modernizado, el UH 1 D, que le supera en armamento, equipo electrónico y técnica de vuelo, de los que en 1969 se suministraron ciento cincuenta unidades al Ejército federal alemán.

En el conflicto vietnamita se han probado cierto número de nuevas armas. La propaganda comunista declara en ocasiones que los norteamericanos hacen la guerra en el Vietnam por las mismas razones que treinta años atrás Hitler y Mussolini intervinieron en la guerra civil española: para ensayar nuevas armas y métodos de combate. En el Vietnam los norteamericanos



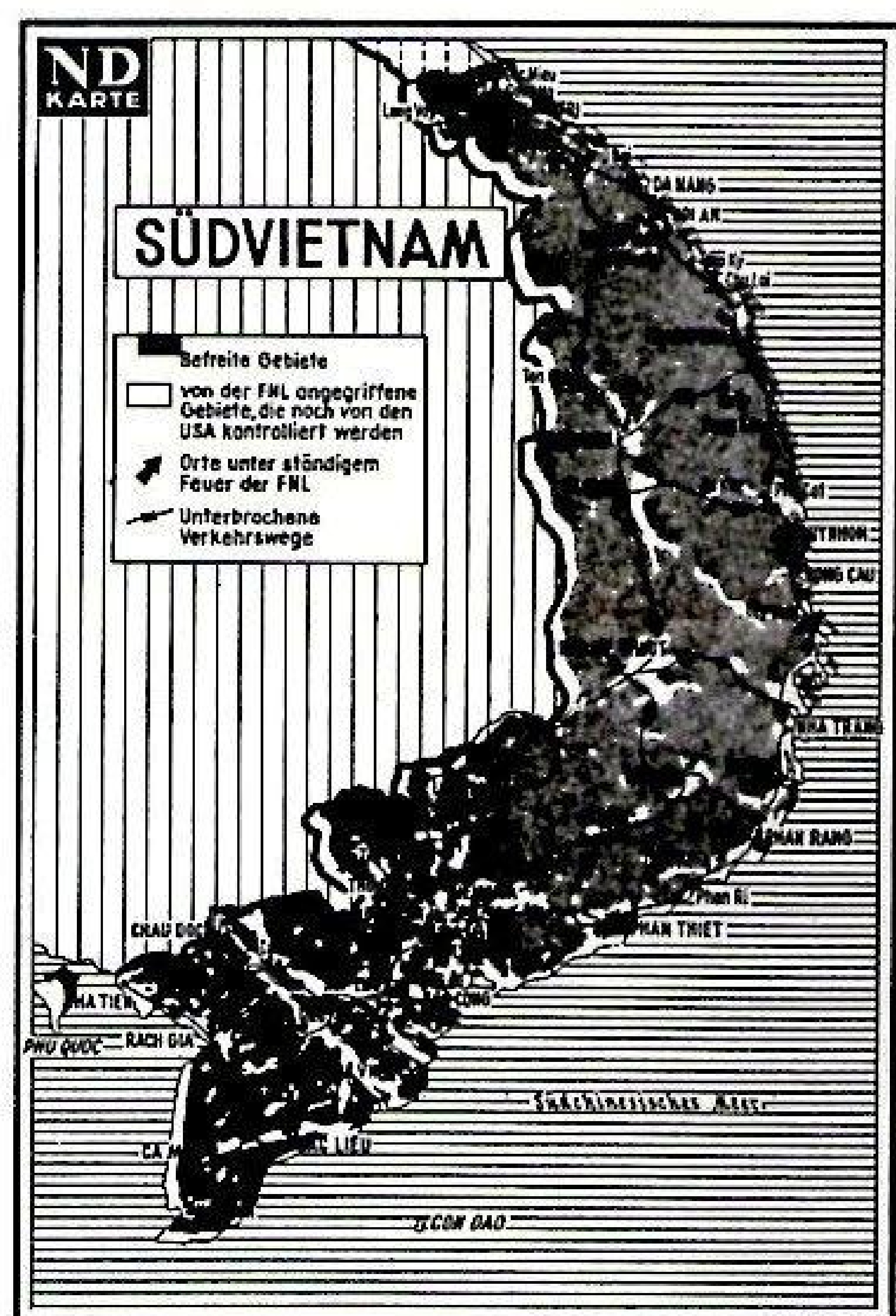
Cuanto menores eran los éxitos en los esfuerzos de pacificación de Estados Unidos en Vietnam, tanto más se quería obligar al Vietcong a reducir sus actividades militares, por medio de altas pérdidas en hombres. Sin embargo, lo que Ho Chi-minh profetizó para los franceses, también se puede aplicar a los norteamericanos: "Vosotros mataréis a diez de los nuestros, y nosotros sólo a uno de los vuestros. Pero a pesar de estas cuentas, no podréis mantener la

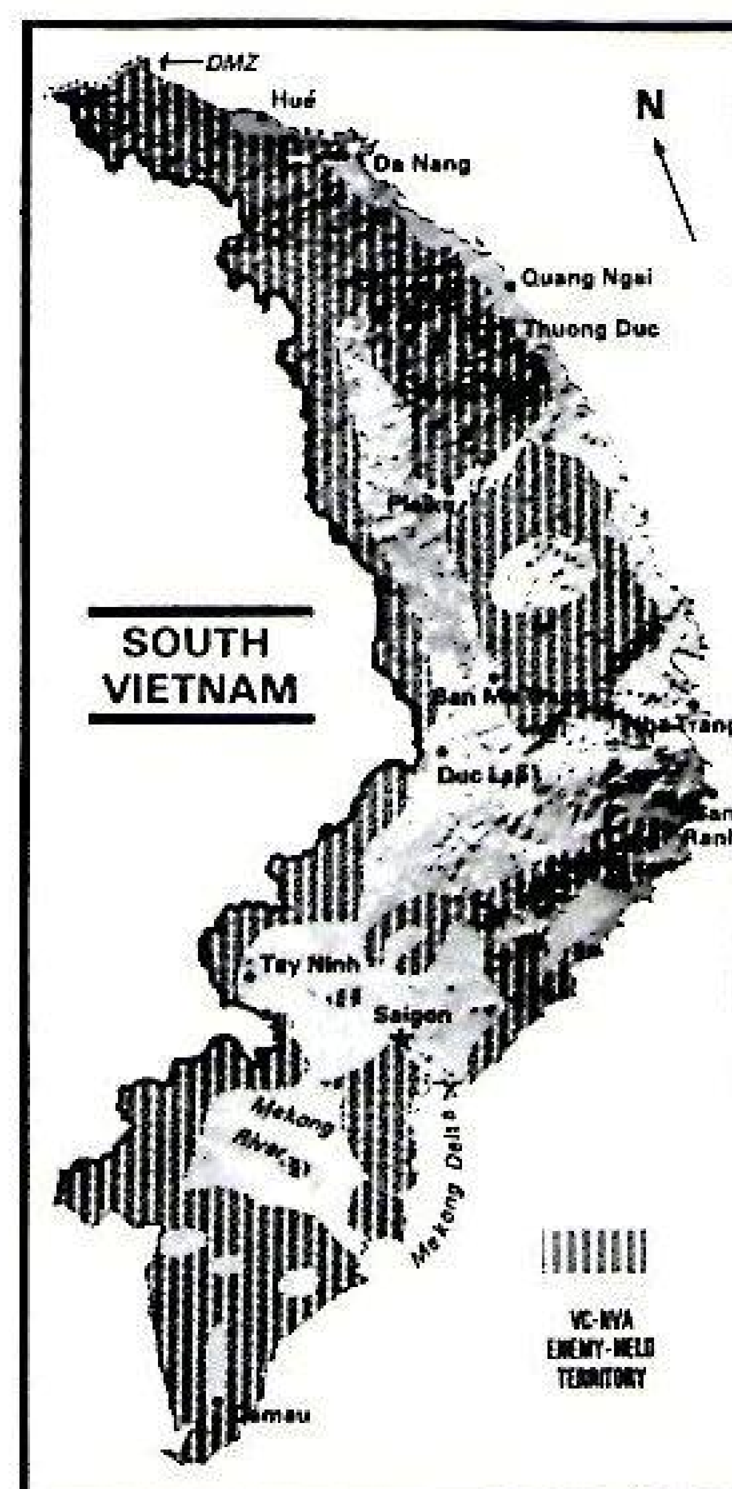
emplean a sus hombres como sujetos de experimentación.

Nueva arma es en primer lugar la "defoliación". Los helicópteros y otros aparatos aéreos rociaron las zonas pobladas de densa vegetación con un líquido que producía la muerte de todas las plantas que tocaba. Dicho líquido es en realidad un abono muy enérgico, tanto que genera en las plantas una absorción extraordinaria de materias alimenticias, de modo que el vegetal se "sobresatura" y muere en dos o tres días, porque en tan breve lapso de tiempo ha consumido todo cuanto hubiera necesitado normalmente en todo su período de desarrollo.

Contrariamente a lo manifestado por los comunistas, el producto no resulta dañino para las personas y los animales, y en solución muy débil es un abono de gran calidad para las plantas. Otra cosa muy distinta es responder la cuestión del efecto de esa "arma" empleada en la guerra. Porque no sólo se ha empleado en las zonas boscosas en las que se escondían los Vietcong para permitir su fácil localización, sino que también se usaba en lugares donde se sospechaba que se escondían los guerrilleros. No cabe duda de que la "defoliación" destruía asimismo la mísera cosecha de los inocentes campesinos, en lugar de revelar el escondrijo de los guerrilleros. El Gobierno de los Estados Unidos ofrecía una compensación por los daños ocasionados, pero casi siempre iba a parar a manos de los venales funcionarios del Gobierno sudvietnamita, bien en la oficina central de Saigón o en la propia localidad.

La defoliación resultó completamente eficaz sólo a unos centenares de metros a izquierda y derecha de una carretera, pues con ello se quitaba a los Charlies su táctica más querida, sencilla y efectiva: el bloqueo de los medios de transporte mediante emboscadas, que siempre tendían en puntos diferentes. Con la defoliación desaparecía el magnífico refugio que ofrecía la fronda de la selva, los cañaverales, los bambúes o los arrozales próximos a la carretera. A menudo, los campesinos pagaban las consecuencias, puesto que numerosos poblados se alzaban junto a los caminos y carreteras.





guerra y nosotros siempre mantendremos la supremacía." Según los cálculos norteamericanos, hasta mediados de 1969 resultaron muertos más de medio millón de guerrilleros Vietcong, aunque este número no puede ser confirmado, como ninguna estadística procedente de Vietnam.

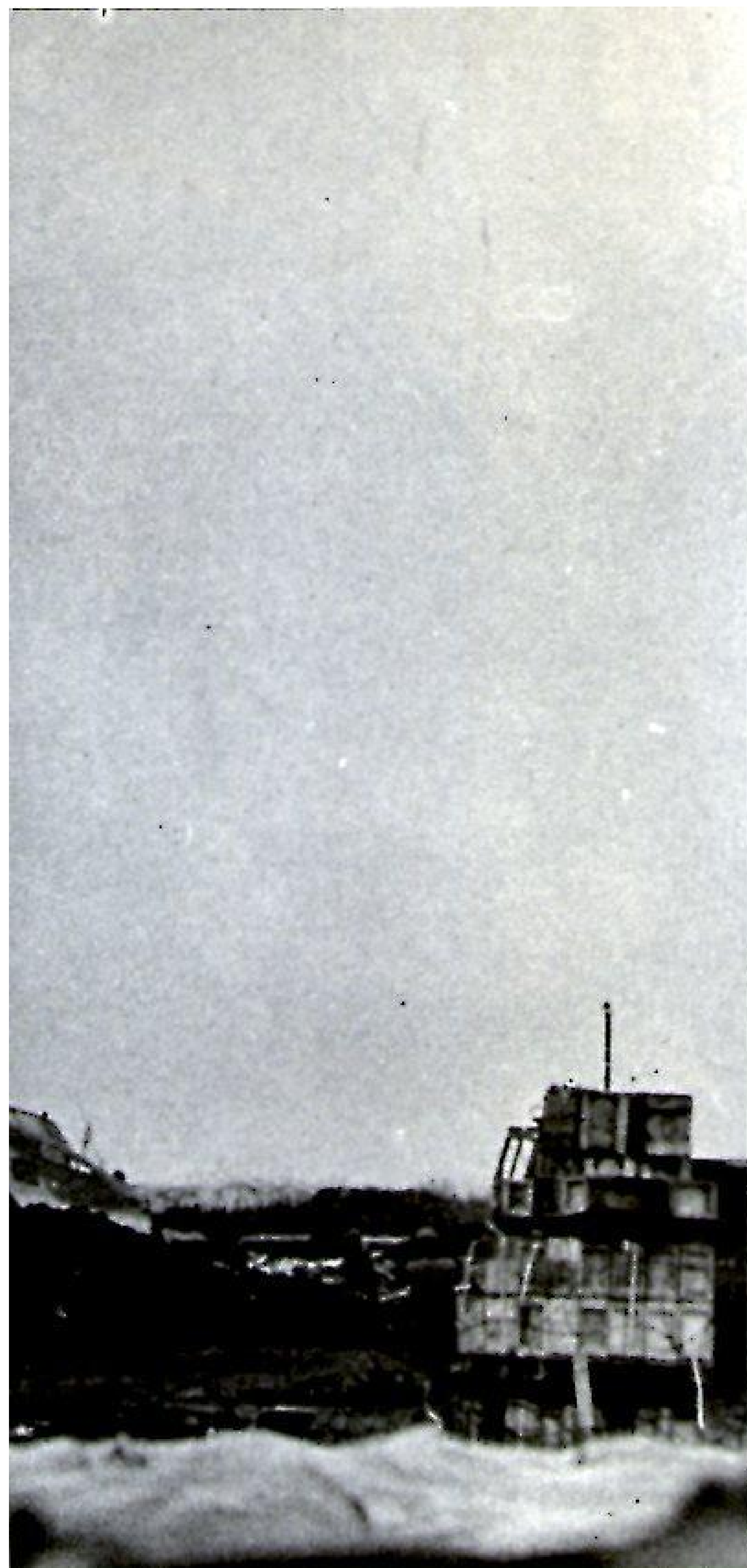
IMAGEN IZQUIERDA:

"En el Vietnam del Norte, la gente se agolpaba ante este mapa de Vietnam del Sur durante los días de la ofensiva del Tet." (Neues Deutschland, *órgano del partido comunista alemán, 4-9-1968.)*

IMAGEN DERECHA:

En cambio, según los cálculos norteamericanos, el Vietcong no controlaba unas zonas tan amplias del Vietnam del Sur, como Hanoi daba a entender de cara al exterior (Newsweek, *11-11-1968).*





Cuando tras el sorprendente inicio de la ofensiva del Tet a principios del año 1968, quedó rodeada la fortaleza de Khe Sanh, que se encontraba en la zona central de los combates, todo el mundo volvió a pensar en un Dien Bien Phu. Los norteamericanos, convencidos de que podían mantener su posición bajo cualquier circunstancia, deseaban una gran batalla a campo abierto para preparar al general Giap un "segundo Verdún". Sin embargo, aunque se hubiera entablado una batalla decisiva, y aunque la hubiera ganado Giap o los norteamericanos, nada habría cambiado en la situación militar de Vietnam del Sur, dominada por la guerra de guerrillas. IMAGEN SUPERIOR: Llegada de provisiones, a la fortaleza sitiada, ocupada por unos 20.000 hombres. IMAGEN IZQUIERDA: Un infante de Marina herido es llevado hacia un helicóptero. Los norteamericanos sufrieron unos 300 muertos y casi 3.000 heridos. IMAGEN DERECHA: Sacos de arena y trincheras; una imagen típica de Khe Sanh, aunque no tanto en lo que se refiere a la guerra de Vietnam.



LAOS

Cuando el presidente Kennedy (a la derecha, con el príncipe Souvana Fuma) se hizo cargo de su puesto en 1961, no fue Vietnam el país del sudeste asiático que le proporcionó preocupaciones, sino Laos. El príncipe pro comunista Soufanouvong, su hermanastro neutralista, príncipe Souvana Fuma, y el príncipe pro occidental Boun Oum competían por conseguir el poder sobre el reino de Laos. El anticomunismo de Dulles, en el que no había lugar para el neutralismo, impulsó momentáneamente al neutralista Souvana Fuma hacia los brazos de su hermanastro comunista. Apoyado por la Unión Soviética, éste comenzó en el año 1961 con su Pathet Lao (Laos Libre) una gran ofensiva que a la larga no podría ser resistida por las tropas del príncipe Boun Oum, apoyadas por Estados Unidos. El presidente Kennedy, que no estaba dispuesto a abandonar el país a los comunistas, tuvo que enfrentarse a la seria cuestión de intervenir con tropas armadas norteamericanas. Pero, a diferencia de Dulles, él descartaba la tesis del "neutralismo amoral" y no pretendía que Laos fuera atraída a toda costa hacia el campo anticomunista. Kennedy veía en el neutralismo una especie de fenómeno "inevitable", al que había que ganar como aliado para los propósitos propios, no tratándolo como a un enemigo. Por eso, antes de que los Estados Unidos intervinieran por la fuerza de las armas se debía intentar llegar a un acuerdo diplomático con la Unión Soviética para neutralizar el país. Y aunque las fuerzas de Pathet Lao se encontraban en clara ventaja militar, en la Conferencia de Ginebra que se celebró entre los años 1961 y 1962 sobre Laos, Moscú se mostró finalmente de acuerdo en garantizar un status neutral del país. Sin embargo, lo que no se mantuvo fue el paso decisivo dado en el Acuerdo de Ginebra sobre Laos, el de "prohibir la permanencia en Laos de tropas extranjeras, regulares o irregulares, así como del personal extranjero paramilitar y el de los consejeros militares". En la lucha por el Vietnam, las tropas nordvietnamitas penetraban en Laos para asegurar su ruta de abastecimientos, la famosa "ruta Ho Chi-minh". Por ello, los Boinas Verdes norteamericanos actuaban aquí en una lucha antiguerrilla. Pero al igual que en Vietnam, en Laos tampoco se consiguió vencer al Pathet Lao. En el verano de 1969, sus tropas dominaban dos terceras partes del país, y ni siquiera se podía plantear la cuestión de un vacío de poder en Laos tras la posible retirada de las tropas norteamericanas del sudeste asiático, por la sencilla razón de que los comunistas ya lo habían llenado. Desde luego que el presidente Kennedy pudo ganar a un país neutral para que afirmara su posición contra los comunistas, con la ayuda norteamericana, pero en política interior, el neutralista Souvana Fuma parecía ser demasiado débil para poder mantenerse en su puesto sin la presencia directa de los norteamericanos.

La aviación estadounidense pronto dejó a los sudvietnamitas la tarea de esparcir el líquido defoliador. Pero éstos lo emplearon para destruir las cosechas del territorio Vietcong, con la idea de vencerlos por hambre. Y, como siempre, la víctima principal fue la población civil, aunque en realidad en la zona dominada por el Vietcong los habitantes, al menos una pequeña parte, eran combatientes activos. Las protestas del Alto Mando norteamericano en Vietnam no sirvieron de nada. Los Arvin utilizaron el líquido para destruir las cosechas hasta que cesó el suministro de dicho producto a la aviación sudvietnamita. Los Arvin, en contraposición a los Charlies, es el nombre con que designan los norteamericanos al Ejército vietnamita y sus hombres. Esta sigla proviene de la expresión inglesa abreviada de Army of the Republic of Vietnam.

También en la guerra aérea contra el norte se emplearon armas inéditas, por ejemplo el "abejorro", como han denominado los norvietnamitas a un pequeño cazabombardero no tripulado. Varios de ellos fueron soltados de sus aviones nodriza, teleguiados electrónicamente. Atacaban con las armas de a bordo los objetivos terrestres, podían efectuar varias pasadas y cuando se agotaban las municiones se empleaban como una bomba que se guiaba hasta su objetivo, pues llevaban una potente carga explosiva.

También fue una novedad la bomba llamada *bull-pup,* especialmente concebida para "objetivos vivientes". Una gan envoltura contenía varios centenares de bolas del tamaño de una pelota de tenis. Cuando hacía explosión a poca distancia del suelo, cada bola contenía, mezcladas con carga explosiva, cientos de diminutos proyectiles.

Las bombas de rayos infrarrojos autodirigidas, dotadas de motor de reacción, buscaban en la noche su objetivo tanto en las instalaciones industriales del norte como en las posiciones enmascaradas del Vietcong en el sur. La cabeza buscadora de rayos infrarrojos no discernía entre el calor emanado por un motor de explosión y el que emitía una casa habitada, ni tampoco entre la fogata de un campamento Vietcong y la que ardía en la choza de un campesino.

Pero ni esa nueva colección de armas, ni el creciente número de soldados norteamericanos combatientes en el Vietnam, ni los bombardeos sobre el norte se mostraron decisivos para la marcha de la guerra, que para los yanquis no es sino una lucha convencional contra un agresor, siendo para los comunistas una guerra revolucionaria para la liberación de los campesinos.

Los norteamericanos y sus aliados Arvin obtuvieron ciertas victorias sobre los guerrilleros del Vietcong, sobre las tropas regulares del Frente de Liberación Nacional y sobre las unidades del Ejército regular norvietnamita. A partir de 1967 hubo tropas de otros países que, codo a codo con los Arvin, lucharon contra los comunistas. Australia, Nueva Zelanda y Corea enviaron tropas y la propaganda norteamericana, lo mismo que en la Segunda Guerra Mundial o en Corea, habló de la "lucha de los aliados" contra un agresor. Sin embargo, todo esto no alteró para nada la innegable potencia del Vietcong, cada vez en aumento.

El Vietcong y el Ejército popular dispusieron un gran golpe a principios de 1968. Iniciaron la ofensiva del Tet, que si en 1951 les llevó a la conquista de Hanoi, para la fiesta del Año Nuevo vietnamita celebrada en febrero les conduciría, según sus planes, a la toma de la ciudad imperial de Hué. El objetivo previsto fue alcanzado. Tras breve y encarnizada lucha las tropas sudvietnamitas y norteamericanas se vieron arrojadas de la ciudad. El Vietcong trató durante cuatro semanas de conservar la plaza, negándose a abandonar el fruto de su victoria. Sin embargo, en una gran batalla abierta, librada en torno a la ciudad, acabó por triunfar la superioridad numérica y material de los "aliados". Cercados durante varias semanas, los Vietcong, que estuvieron peleando hasta el postrer minuto, no tuvieron más remedio que entregarse. Varios grupos lograron abrirse camino tierra adentro, mientras que los restantes, en gran parte heridos de gravedad, acabaron por rendirse.

Por el contrario, la batalla por la fortaleza de Khe Sanh, en la llanura occidental, importante sostén para la protección de la frontera camboyana, se celebró como una sonada victoria comunista. En este sector las tropas norvietnamitas cercaron a las estadounidenses, reforzadas aquéllas por unidades del Vietcong. Pasadas varias semanas de violentos combates el mando norteamericano decidió evacuar la fortaleza. Gran parte de la guarnición fue retirada mediante helicópteros que iban y venían de forma ininterrumpida. Lo que quedaba de municiones, artillería y otro material fue volado para evitar que cayera en poder del enemigo.

La decisión del éxito de la ofensiva Tet no recayó sin embargo sobre Hué ni Khe Sanh, sino, como menos se esperaba, sobre el mismo país. Mientras que en el mundo occidental se exhibían en las pantallas de televisión los combates por la ciudad imperial y por la fortaleza de la llanura alta, el Vietcong se apoderaba de una localidad tras otra y de una provincia detrás de otra. Las tropas norteamericanas y aliadas estaban empeñadas en todas partes y al mismo tiempo en una dura lucha contra las guerrillas, que incordiaban de forma extraordinaria. A principios de marzo se perfilaron los resultados de la estrategia: las

tropas del Vietcong no lograron retener la ciudad imperial, pero la ofensiva había sido un triunfo. Incluso el presidente Johnson tuvo que doblegarse ante tan dolorosa realidad. Las tropas del Frente de Liberación Nacional exhibieron gran número de vehículos blindados y artillería pesada. El Ejército norvietnamita ante Khe Sanh empleó armas pesadas y aviación como cualquier Ejército convencional. El objetivo de la ofensiva aérea contra el Vietnam del Norte, que no era otro que el de debilitar la resistencia del Vietcong, no había sido alcanzado y, por el contrario, el enemigo se había hecho más fuerte en el sur.

No rodaban mejor las cosas en otros aspectos de la escalada política. La disposición de Hanoi en el sentido de poner fin a la lucha acatando las condiciones norteamericanas parecía más lejana que nunca. La voluntad de los combatientes sudvietnamitas de pelear con más entusiasmo contra el Vietcong una vez que los yanquis ponían toda la carne en el asador, tampoco se veía por ninguna parte. Más de un millón de soldados "aliados" no podían conseguir la tan ansiada victoria militar sobre el enemigo comunista. El Vietcong evitaba las grandes batallas, pero cuando se enzarzaba en ellas los norteamericanos tenían que retirarse, a pesar de su superioridad numérica. Por lo que se veía, la lucha de guerrillas podía continuar por tiempo indefinido. El hecho de que durante la ofensiva del Tet se registraran acciones en ciento dos localidades al mismo tiempo, demuestra que el Vietcong era poco menos que omnipresente en el Vietnam del Sur.

Uno de sus elementos decisivos consistía en mantener por tiempo indefinido la lucha de guerrillas; agotar la paciencia del enemigo, factor muy importante en la estrategia general de Giap. La duración del conflicto socavaba poco a poco la moral del soldado estadounidense, cuyos efectos en el pueblo yanqui no se podían menospreciar. Claro que, por otra parte, la decisión de Estados Unidos de proseguir la guerra en el Vietnam venía apoyada por su colosal poderío económico y militar. "Estamos dispuestos a no dejar que el Vietnam del Sur caiga en poder de los comunistas, aunque la guerra haya de durar veinte o cincuenta años." Sin embargo, conviene no olvidar que un primer magistrado norteamericano no es en modo alguno un dictador. Después de todo, la decisión sobre la guerra del Vietnam no residía en lo que los Estados Unidos podían, sino en lo que el pueblo quería hacer. Y la voluntad norteamericana tendía, cuanto más se prolongaba la lucha sin éxito, cada vez más hacia la paz.

Al principio era sólo una escasa minoría de estudiantes la que se pronunciaba contra la guerra en Vietnam. Pero poco a poco la protesta de esos *vietniks* adquiría proporciones alarmantes. Personajes tan calificados como Walter Lippman, J. William Fulbright, George Kennan, Edwin O. Reischauer y John Kenneth Gailbraith mostraban cada vez mayor escepticismo y condenaban pública y apasionadamente la política de escalada del presidente Johnson.

Argumentos religiosos, morales, económicos, militares y políticos contra la guerra destruían el *consensus,* la gran identificación del pueblo norteamericano, el mismo que había votado a Johnson en 1964 con motivo de las elecciones presidenciales. El gran objetivo de Johnson había sido conquistar *consensus* y, en calidad de "presidente de la paz", resolver los problemas internos a la cabeza de un pueblo unido. Sin embargo, faltaban los dólares que se volatilizaban en la guerra del Vietnam para materializar su ideal de la "gran sociedad".

Si bien es cierto que ningún presidente norteamericano ha hecho tanto por los negros, ha sido poco en comparación con las aspiraciones de la minoría de la población de color. Los "cálidos veranos" transformaron los barrios negros de las grandes urbes norteamericanas en sangrientos escenarios de lucha civil.

El problema racial en casa y la guerra en el lejano Vietnam ocasionaron el lento e inexorable descenso de la popularidad del presidente Johnson. Las bajas estadounidenses aumentaban cada año y la consiguiente elevación del "coeficiente de sufrimiento" de Hanoi no se convertía en resultados tangibles. Los Estados Unidos no podrían soportar por mucho tiempo tal estado de cosas. Los seguidores del presidente Johnson se desmoronaron paulatinamente. La conciencia antivietnam y antijohnson se había extendido de tal modo entre el pueblo norteamericano que Eugene McCarthy, senador por Minnesota, colega en el partido demócrata con Johnson, luchó para aspirar a la presidencia como el candidato de la paz. Su sorprendente victoria en marzo de 1968, en la campaña preelectoral en New Hampshire, permitió también al demócrata Robert Kennedy presentarse como rival de Johnson. La posibilidad de que Kennedy se presentara como candidato demócrata a la presidencia en el caso de la renovada nominación de un candidato republicano era para Johnson un serio peligro muy digno de tener en cuenta. En un país escindido en "halcones" y "palomas", sin contar con el pleno apoyo de su partido, y contando con una popularidad cada vez menor entre el pueblo norteamericano, el 36 presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, veía llegado su momento decisivo el 31 de marzo.

En ese mismo día, a las nueve de la noche, el presidente se dirigió al pueblo norteamericano por radio y televisión:

"Esta noche les hablaré de la paz en el Vietnam y el sudeste asiático. No hay cuestión que preocupe tanto al pueblo como ésta. Ninguna otra llena el pensamiento de 250 millones de personas que habitan este hemisferio. Ningún otro objetivo mueve a la política norteamericana en el Vietnam del Sur en la medida que lo hace éste.

"En la confianza de que esas medidas (las relativas al bombardeo sobre el Vietnam del Norte) desembocarán pronto en negociaciones, tomo esta noche el primer paso de la desescalada. Reduciremos, y de forma importante, la presente situación de hostilidad. Y lo haremos unilateralmente y sin tardanza.

"Hoy he ordenado a nuestros aviones y barcos que no efectúen ningún ataque al Vietnam del Norte, con excepción de las zonas situadas al norte de la zona desmilitarizada, donde la penetración continua del enemigo amenaza las posiciones avanzadas de los aliados y en las que sus movimientos de tropas y suministros entrañan un peligro constante para nosotros y nuestros aliados.

"En esos territorios donde han tenido lugar nuestros ataques habita casi el 90 por ciento de la población norvietnamita y representa la mayor parte del territorio del Vietnam del Norte. A partir de ahora no se llevarán a cabo más incursiones sobre dichos territorios densamente poblados y desde donde se obtienen los medios alimenticios para el Vietnam del Norte."

El discurso se aproximaba a su fin; nadie esperaba ninguna sorpresa. El presidente Johnson dirigió una mirada a su esposa, se pasó la mano por la frente y tomó luego con ambas manos la hoja de papel. Todas las miradas se posaron en la familia presidencial cuando sonaron las palabras de tan serias consecuencias: "No me esforzaré por la nominación de mi partido para una nueva etapa presidencial, y tampoco la aceptaré."

La sensación se había logrado en toda su plenitud. El *New York Times* comentó la renuncia de Johnson como "uno de los acontecimientos más dramáticos de la actual historia norteamericana". Ningún observador en Washington había contado con esa renuncia voluntaria. Johnson había escalado durante cuatro años la guerra del Vietnam y ahora era él mismo quien daba el primer paso hacia la desescalada. Le quedaban aún trescientos días para luchar con todas sus fuerzas en pro de la paz.

Tres días más tarde, el 3 de abril, Hanoi se aprestó a entrar en contacto directo con Estados Unidos, para "acordar el cese incondicional de los bombardeos aéreos y todo acto hostil contra nuestro Gobierno, con objeto de iniciar conversaciones".

Seis semanas después se iniciaban las conversaciones en París. Por el momento no se trataba del alto el fuego ni de la paz. En principio había que arreglar la cuestión de procedimiento. "Ta ta, t'an t'an (luchar, luchar; hablar, hablar)" y según esta máxima de Mao Tse-tung, las conversaciones se prolongaban hasta la exasperación. Y mientras en París se discutían en torno a la mesa redonda las cuestiones planteadas, los norteamericanos en el Vietnam del Sur tenían que luchar con tesón para defender Saigón de la ofensiva Tet.

Cuando Hanoi y Washington, tras veintiocho sesiones en París aún no habían llegado a un acuerdo en los problemas fundamentales, cruzándose ofensas más o menos hirientes, cuando habían caído ya unos 400.000 combatientes del Vietcong y casi 29.000 norteamericanos, el presidente Johnson decidió a principios de noviembre, cinco días antes de las elecciones para la presidencia, dar un paso más en el camino de la desescalada. Al cese parcial de los bombardeos del 31 de marzo siguió un alto total en las incursiones sobre el Vietnam del Norte. "Después de todo, las negociaciones son inmediatas, productivas, serias e intensivas."

Hubert H. Humphrey, candidato demócrata a la presidencia, no podía ayudar a Johnson en semejante decisión que fue muy aplaudida; bastante labor tenía el vicepresidente con la política vietnamita del presidente. El republicano Richard M. Nixon, que fue vicepresidente bajo el mandato de Eisenhower, resultó elegido nuevo presidente norteamericano.

El deseo de los electores no podía ser más claro; la voluntad del pueblo norteamericano se inclinaba por liquidar la "triste herencia" de la guerra vietnamita. También estaba ya decidido el camino para la terminación del conflicto de Vietnam. No entraba en consideración una nueva escalada, y la política de la desescalada iniciada y dirigida por Johnson no era posible, dadas las circunstancias.

En junio se reunieron en las islas Midway los dos socios tan dispares, los presidentes Nixon y Thieu. Y mientras que éste, en medio del Pacífico, se oponía a la propuesta de Washington de retirar hasta el mes de agosto unos veinticinco mil hombres del Vietnam, en algún lugar de Vietnam del Sur se reunían ochenta y ocho delegados y setenta y dos invitados del Frente de Liberación Nacional, con todos los negociados de un gabinete clásico, incluyendo ministerios de Hacienda, Justicia, Cultura y Regiones Devastadas.

Tras nueve años de lucha y organización los comunistas vietnamitas podían atreverse a dar ese paso. Como una tela de araña, extendieron su Administración sobre la masa campesina y en los



Cuando Francia estaba a punto de retirarse de Indochina en 1954, Richard M. Nixon, un representante de la línea dura, era el vicepresidente de Eisenhower: "Si queremos impedir una mayor expansión comunista en Asia y en Indochina, debemos aceptar el riesgo de hacer entrar en juego a nuestros jóvenes. Creo que esta decisión política impopular recae sobre el poder ejecutivo, que debe tomarla." Por aquel entonces, Lyndon B. Johnson, dirigente del partido demócrata en el Congreso, era uno de los más agudos enemigos de la intervención norteamericana en el Vietnam. Unos diez años más tarde fue precisamente el presidente Johnson el que "hizo entrar en juego a nuestros jóvenes", Y otros cinco años más tarde, la tarea del presidente Nixon consistió en "sacar del juego a aquellos jóvenes", llevando a cabo su programa de "vietnamización" del conflicto de Vietnam. A principios de 1969, Henry Kissinger, consejero de Nixon en cuestiones de política exterior, escribió lo siguiente sobre qué era lo que le importaba a Estados Unidos en Vietnam en aquel entonces: "Muchos de los amargos debates que se han entablado en la actualidad sobre la guerra, se realizan según categorías que eran válidas en 1961 y 1962. El dilema de hoy descansa en parte en el hecho de que entonces no se supo valorar correctamente la importancia geopolítica del Vietnam. Hoy, cuando medio millón de norteamericanos luchan allí, sólo se trata de la confianza en la palabra empeñada por Estados Unidos. Sean cuales fueren las causas que nos comprometieron en esta guerra, e independientemente de como se pueda enjuiciar nuestra forma de actuar, es necesario, por la paz del mundo, que podamos salir con honor de este conflicto."

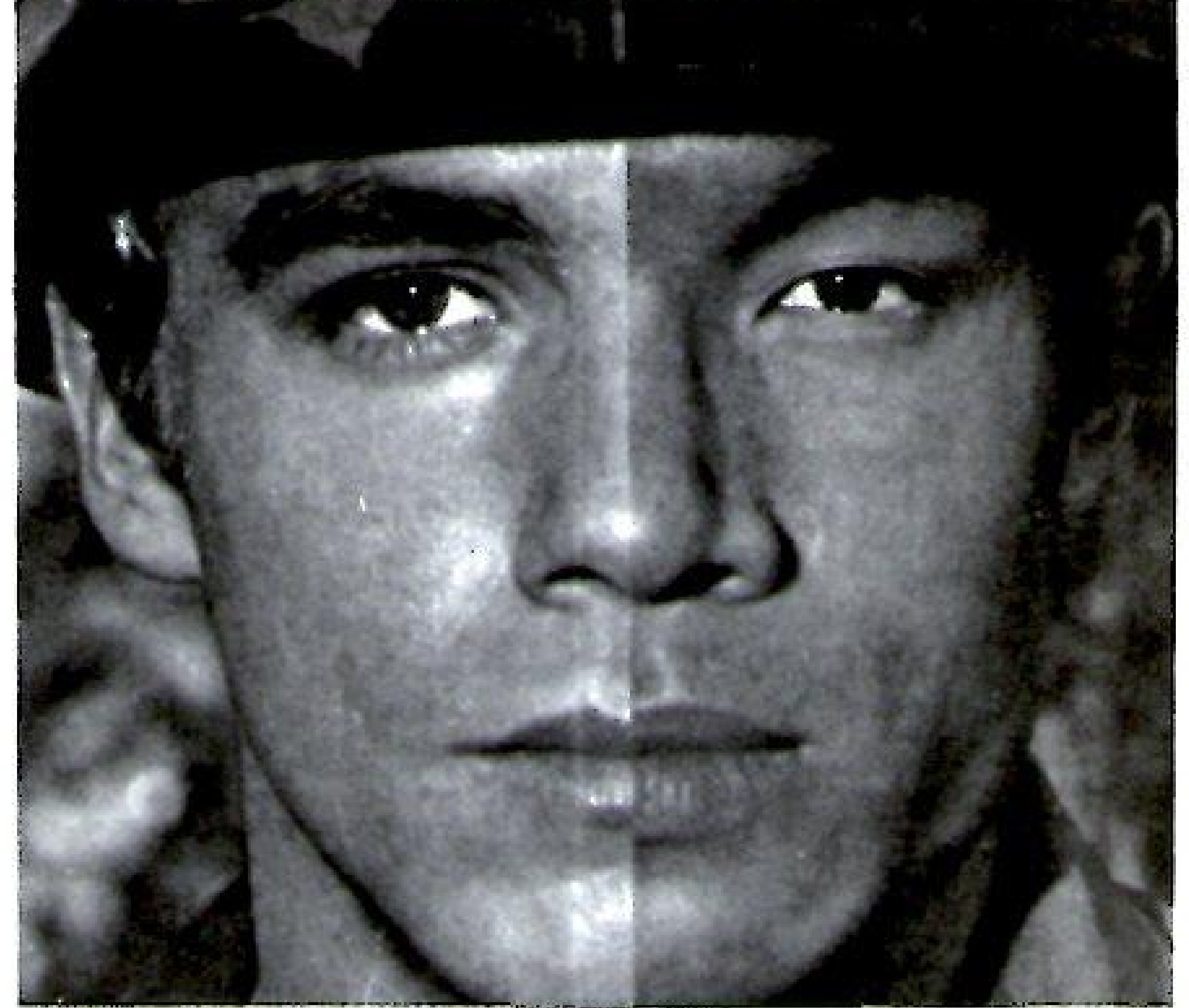
Poco después, Nixon tuvo que salir del Vietnam a cualquier precio. El mundo se sintió preocupado por dos cuestiones íntimamente relacionadas:

*Primera: ¿Qué será del Vietnam? Y segunda: ¿Qué nueva política asiática desarrollarán los Estados Unidos? ABAJO, DERECHA: El Presidente Nixon explica su política asiática (*New York Times *del 3 de agosto de 1969). De izquierda a derecha: el primer ministro del Japón, Eisaku Sato; el presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu; el primer ministro de Tailandia, Thanom Kittikachorn, rey de Tailandia; la primer ministro de la India, Indira Gandhi; el presidente del Pakistán Agha Mohammed Yahya Khan; el presidente de las Filipinas, Fernando E. Marcos, y el presidente de Indonesia, Suharto.*

Sea cual fuere la nueva política asiática de Estados Unidos, tendrá una premisa: "No más Vietnams." Nixon también tuvo que tener en cuenta las observaciones de su predecesor: "La experiencia más importante que debe tener un presidente, quizá sea la de llegar a la conclusión de que el poder de Estados Unidos para dirigir los procesos del mundo es limitado. De que nosotros, los norteamericanos, poseemos con nuestro arsenal de armas atómicas el poder necesario para destruir al mundo, por lo que mucha gente ha llegado a creer que también tenemos el poder necesario para darle la forma que queramos, obligando a los demás a colaborar con nosotros y a respetarnos."

ARRIBA, DERECHA: "¿Puede mantenerse solo el Vietnam?" Esta cuestión decisiva fue negada por la mayor parte de los observadores políticos, que valoraron la propaganda sobre "vietnamización" de la guerra como una oculta capitulación norteamericana. El plan original del general Westmoreland para acabar con éxito con la guerra, preveía cuatro fases. Primera: creación de un sistema norteamericano de puntos de apoyo y aprovisionamiento. Segunda: destrucción de las bases del Vietcong y de sus redes políticas sobre la población civil. Tercera: transmisión de grandes tareas operativas al Ejército sudvietnamita, consolidando al mismo tiempo un Gobierno democrático en Saigón. Cuarta: eliminación progresiva de la presencia norteamericana en Vietnam. Sin embargo, los Estados Unidos nunca han conseguido cumplir con las fases segunda y tercera, tan importantes para poner fin a la guerra. Ni se pudo destruir al Vietcong como potencia militar y como "Gobierno de los territorios liberados", ni se pudo crear en Saigón un Gobierno democrático estable. En el verano de 1969 existían en Vietnam del Sur un total de cincuenta partidos políticos, diferentes y opuestos entre sí, que sólo se muestran de acuerdo en una cosa: en su aversión hacia los norteamericanos. Porque la lucha por el pueblo, decisiva en la guerra de guerrillas, ya hacía tiempo que la había ganado el Vietcong; su infraestructura estaba tan bien consolidada que parecía imposible que tras una eventual retirada de los norteamericanos del Vietnam, pudiera establecerse en el Vietnam del Sur un Gobierno que no estuviera dominado por el Frente Nacional de Liberación.

ABAJO, IZQUIERDA: Sala de conferencias en París. Tanto para Hanoi, como para el Gobierno provisional comunista de Vietnam del Sur, aquí sólo se trataba de obtener la victoria total.





núcleos urbanos de Vietnam del Sur. Según cálculos propios fiscalizaban las cuatro quintas partes del país, cosa que no andaba muy lejos de la realidad, al menos durante la noche. Eran "administraciones fantasma de la noche". El Vietcong y sus comisarios políticos, junto con los Comités revolucionarios locales, dominaban amplios territorios que Saigón decía ser suyos. La constitución de un Gobierno provisional indica que el FLN ya no podía ser considerado como organización guerrillera clandestina, sino como una Administración estatal regular. Su objetivo no era otro que el situar a los comunistas en el poder en el Vietnam del Sur. El Vietcong no se tenía ya por un partido, por una parte que aspiraba a formar un todo con Saigón, sino como un Gobierno; y estaba dispuesto a ser el todo, aun cuando por razones de táctica mantenía velados sus deseos. La ministro de Asuntos Exteriores madame Nguyen Thi Binh, "hermana de la paz", repetía monótonamente en París la misma cantilena: "Retirada incondicional de las tropas norteamericanas en el Vietnam y de su Gobierno títere de Saigón."

Ante la formación de un Gobierno comunista revolucionario respondió el régimen de Thieu con una dura presión sobre los oposicionistas sudvietnamitas. Se decretó la prohibición sobre varios importantes periódicos de la capital e incluso se llegó a secuestrar el semanario norteamericano *Newsweek* en los quioscos de Saigón. La verdad de que los sudvietnamitas pudientes habían emigrado a Europa y a Estados Unidos no se quería ver propalada en el Vietnam del Sur para no acelerar el proceso. No convenía asimismo difundir las opiniones de los semanarios norteamericanos, que no correspondían con las del presidente Thieu. Ya en la primavera, su esposa había adquirido una mansión en Suiza y "a su regreso a Saigón dejó a sus tres hijos en Roma".

Las medidas de precaución contra la prensa ya no servían para nada. Con la retirada de los Estados Unidos el mundo parecía estar convencido del fracaso de Saigón. El 21 de julio, fecha histórica por el alunizaje de los astronautas estadounidenses, gran jornada para los Estados Unidos, describía *Der Spiegel* el deprimido estado de ánimo de Saigón: "En el mercado negro en torno a la avenida To Do de Saigón se ofrecían 205 y más piastras por un dólar americano, es decir, el doble de la cotización oficial. Los vietnamitas acomodados no querían saber nada de moneda de papel, sino que sólo buscaban el oro. Los propietarios no ofrecían terrenos ni casas en alquiler, sino sólo en venta.

"Quien en el Vietnam del Sur seguía invirtiendo dinero lo hacía solamente a corto plazo, por tres años a lo sumo. Un grupo de hombres de negocios saigonés renunció a la construcción de una fábrica de tejidos porque el capital invertido sólo podría amortizarse en diez años, y nadie deseaba operar a tan largo plazo desde que a partir del 7 de julio los primeros soldados norteamericanos comenzaron a abandonar el país. Estaba claro pues que los yanquis querían poner fin a la guerra en la selva a cualquier precio.

"Un pedazo de papel se convirtió en el bien más preciado: la autorización para viajar al extranjero, que no se concedía más que en contadas ocasiones. El citado documento no tardó en adquirir un precio exhorbitante en el mercado: siete mil dólares. Cada mes salían del país unos dos mil sudvietnamitas.

"Ya había advertido un alto jefe militar norteamericano en el Vietnam: 'Si comunicásemos oficialmente que en determinado plazo nos retiraremos, se relajaría la moral de la tropa y los mandos, y el problema de las deserciones sería aún mayor. Temo que no podríamos hacer nada para solucionarlo.'

"Sólo en 1968 desertaron ciento cuarenta mil de los novecientos mil soldados vietnamitas en armas. Sólo una fracción de los que se quedaron significaba una ayuda efectiva para los GI; gran parte de la oficialidad estaba completamente corrompida. Por otra parte, los norteamericanos sólo habían instruido parcialmente a los sudvietnamitas en los necesarios conocimientos técnicos para el manejo de las complejas armas modernas. Se necesitaba un año y medio para adiestrar a un piloto de helicóptero. El plazo perentorio del Gobierno de Saigón se acortaba por cada soldado norteamericano que salía del país, y los vietnamitas se colocaban en su lugar. Un arrocero de My Tho dijo que en el futuro sería más fácil para él; en lo sucesivo pagaría solamente los impuestos al Vietcong, y ya no necesitaba temer a los norteamericanos."

Analizando los "cuatro puntos" de Hanoi de abril de 1965, en los que Ho Chi-minh dio a conocer sus condiciones para negociar la paz en el Vietnam se observa que tales negociaciones giran en torno a la premisa de que las fuerzas norteamericanas sean retiradas del país. Esa era la firme actitud de Vietnam del Norte, antes de hablar o de aceptar condiciones; de otro modo les parecía respaldar el éxito de la política de la escalada llevada por el presidente Johnson.

"En París se ha evidenciado que Cabot Lodge, cabeza de los negociadores estadounidenses en las conversaciones con Hanoi, se encuentra en una

Un miembro de las guerrillas del Vietcong, capturado y muerto, es arrastrado por una unidad de combate norteamericana en Vietnam del Sur.


U S ARMY
12 BX 84
B-21



La situación política internacional, así como la estrategia y la táctica de la guerra de guerrillas, han jugado un papel decisivo en el hecho de que, primero Francia y después Estados Unidos, se tengan que retirar del Vietnam sin haber conseguido la victoria. Sin embargo, también fue decisivo el espíritu de sacrificio del Viet Minh y del Vietcong. Alessandro Casella escribe en la Weltwoche *del 4 de julio de 1969: "Durante la ofensiva del Tet fui hecho prisionero por un grupo del Vietcong. Durante el medio día que duró mi encierro, hasta que me pusieron en libertad, pareció como si viviera en otro mundo. Aquéllos sí que eran verdaderos campesinos vietnamitas, que se movían con rapidez y rectitud, uno de los cuales apenas si tenía dieciséis años, mientras que otro rondaba los treinta. No llevaban cascos, ni chalecos antibalas, ni zapatos con suelas blindadas. Sólo un par de viejos pantalones, una camisa sucia y raída, y unas sandalias de goma japonesas, reforzadas con unas hebillas. Su única arma consistía en un AK-47, un 'Colt' colgado de un cinturón norteamericano, y un pequeño*



saco sobre los hombros lleno de granadas de mano. Pero lo más asombroso era su actitud: bajo su tranquilidad exterior se notaba la más férrea disciplina, un adoctrinamiento y una decisión que no hubieran podido ser conmocionadas por nada del mundo. Les pregunté por qué luchaban. Me contestaron: 'Para arrojar del Vietnam a los invasores extranjeros.' Para ellos, todo parecía ser muy sencillo." NUESTRA IMAGEN muestra a un grupo de vietcongs caídos. Estos son los rudos, fanáticos y pequeños luchadores con sus vestimentas negras.

posición negociadora sin esperanzas —escribe el destacado columnista norteamericano Stewart Alsop—. Daba la impresión de alguien que trata de vender a otro una casa por doscientos mil marcos aun cuando sabe que al futuro comprador le consta que el vendedor se contentaría con sacar sesenta mil marcos e incluso que tal vez estaría dispuesto a regalarla.

"Cabot Lodge tenía la misión de negociar con Hanoi y el Frente Nacional de Liberación sudvietnamita una 'honrosa' solución política en el Vietnam a base de una mutua retirada de las tropas nordvietnamitas y estadounidenses, respectivamente.

"Pero los comunistas saben, o creen saber, que el Gobierno Nixon se halla empeñado en 'desamericanizar' la contienda y que la retirada unilateral de tropas parece inevitable. ¿Por qué motivo, en nombre de Marx y Lenin tendrían los comunistas que retirar las suyas, en vista de las circunstancias?

"Los comunistas son enemigos a los que conviene tomar muy en serio, como entretanto ha aprendido el mundo. Persiguen sus metas con una firmeza mortal, por ejemplo, el dominio comunista en todo el Vietnam y, con el tiempo, en todo el sudeste asiático, objetivo por el que han luchado durante más de una generación. Sería sencillamente absurdo pensar que seamos tan inocentes como para disminuir la presión militar, facilitándoles la tarea de lograr sus ambiciones.

"Un pueblo que ha perdido el entusiasmo por una guerra, llega poco a poco a perder esa guerra. Si esto ocurriera, sería interesante, aunque tal vez sobrecogedor, saber cómo reaccionaría el pueblo norteamericano ante su primera guerra perdida."

Lo que Stewart Alsop vaticinó respecto al pueblo norteamericano, era una certeza para el general Giap, el gran estratega de Ho Chi-minh:

"Después de la ofensiva del Tet, el Pentágono ha comprendido por fin que no puede ganar la guerra militarmente, que los norteamericanos la han perdido. El problema radica solamente en cómo saldrán de ella. En otras palabras: de qué manera la perderán."

La derrota por parte de los norteamericanos ha tenido la misma trascendencia que una clara victoria del Vietnam del Norte. Ho Chi-minh ya no vivirá para celebrar este esperado triunfo. El 3 de setiembre fallecía en Hanoi, a los setenta y nueve años de edad, el más grande patriota y revolucionario del Vietnam. La causa por la que luchó durante toda su vida entera, un Vietnam unificado y comunista, fue una herencia que sus sucesores llevaban en el corazón y que convertirían en realidad en el mes de abril de 1975.

"Desde 1945, o sea desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ha habido numerosas guerras en todo el mundo. Algunas llenaron el mundo de noticias e imágenes diarias de la miseria que provocaron. Cuando se olvide la sangre derramada, tampoco ellas habrán ayudado a resolver las cuestiones por las que empezaron.

"¿No debería existir desde hace tiempo en todo el mundo, y especialmente entre nosotros, la investigación científica de la paz, o sea, el estudio de sus premisas, incluyendo las estructuras sociales y económicas, así como los factores psicológicos, que deberían ser la base de toda investigación?

"Hasta ahora, el espíritu humano ha dado sus mayores rendimientos en la investigación y dominio de la naturaleza. Estos rendimientos forman la base vital de una humanidad en continuo crecimiento.

"El verdadero peligro para los hombres ya no es la naturaleza, sino el hombre mismo. Y, sin embargo, el hombre sabe menos sobre sus propias capacidades para poner la vida en peligro que sobre la naturaleza que nos rodea. Las causas de los conflictos entre los pueblos y de los impulsos humanos de agresión han sido menos investigados que las leyes del orden que reinan en el átomo.

"Al parecer, la guerra anida menos en el ánimo del individuo —aunque también se encuentra en él—, que en los órdenes y subórdenes de las comunidades humanas. A pesar de las voces bélicas que se levantan aquí y allá, sus causas no son de naturaleza privada, sino política.

"Aparecen como consecuencia de las costumbres, los prejuicios, los órdenes sociales y las formas de dominio. Por ello necesitamos una investigación sobre estas relaciones. Necesitamos que se lleve a cabo una investigación de la paz. Para ello también requerimos nuevos órdenes y nuevas costumbres, nuevas reglas del juego y nuevas formas de comportamiento.

"Entre esos nuevos órdenes a los que me refería, se encuentran las Naciones Unidas, a las que hay que fortalecer, tras el fracaso de la Sociedad de Naciones. Entre las nuevas costumbres hay que ejercitar la de enjuiciar un conflicto con los ojos del enemigo. Entre las nuevas reglas del juego debe encontrarse la predisposición hacia el compromiso, que debe sustituir al deseo de autoafirmación a cualquier precio por la decisión de transformar ese odio que se transmite de generación en generación, en un nuevo comienzo por ambas partes. Entre las nuevas formas de comportamiento hay que contar con la de participar en el miedo y la tristeza, en el orgullo y la sensibilidad del enemigo.

"La guerra no es ninguna ley natural, sino el resultado de la actuación humana. Por ello, se trata ahora de seguirle la pista a esa actuación.

"Pero la paz tampoco es una ley natural, nosotros mismos lo hemos vivido. ¿Acaso es una ilusión?

"¿Qué queremos y qué hacemos? ¿Hacia dónde se dirige la vida del hombre, y cómo ordena él su vida antes de que la guerra vuelva a aparecer con sus muertos y el temor de ser muertos? A esta pregunta no existe una contestación absoluta.

"Sin embargo, cualquiera puede responder que aquí se trata de fortalecer las fuerzas que persiguen una política convencida de paz, rechazando aquellas que, arrojadas en el manto del nacionalismo, predicen de nuevo el espíritu de la intransigencia.

"En cierta ocasión, Albert Camus dijo: 'Quizá no podamos evitar que esta Creación sea un mundo en el que los niños sean atormentados, pero sí podemos disminuir el número de niños atormentados.' Esto también se puede aplicar a la guerra. Por eso, en este día en que recordamos el 30 aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, recordemos estas dos cosas:

"Tenemos que encontrar un nuevo comienzo entre nosotros y nuestro vecino oriental, Polonia.

"Tenemos que rechazar con decisión el tormento de nuevas guerras."

(Del discurso pronunciado por el presidente de la República Federal Alemana, Gustav Heinemann, el 1.° de setiembre de 1969, para recordar el 30 aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.)



Apéndice

Traducción del documento de la pág. 153:

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

Sábado, 28 de marzo de 1959

El triunfal regreso del coronel Grivas a Atenas: el jefe de la EOKA con el primer ministro.

Al coronel Grivas se le tributó un recibimiento de héroe cuando llegó a Atenas el 17 de marzo, después de haber actuado durante unos cuatro años como evasivo jefe de la EOKA. Cuando abandonó el avión en el que había viajado desde Chipre, fue saludado por su esposa, a quien no había visto desde 1954, y por un grupo de recepción formado por el arzobispo Theoklitos, el primado griego; el señor Averoff, ministro de Asuntos Exteriores, y otros dos ministros del Gobierno. Grivas llevaba su uniforme de guerrilla, así como su revólver y unos prismáticos. El arzobispo le puso una guirnalda, como muestra de gratitud y admiración por parte del pueblo griego, y el coronel Grivas, visiblemente conmovido, presentó un terrón de tierra que, según dijo, se amalgamó con la sangre de sus camaradas y fue ofrecido como un vínculo de unión entre Chipre y Grecia. Expresó su gratitud al Gobierno griego por la ayuda prestada en la lucha del pueblo chipriota. Una gran masa de atenienses aplaudió al coronel Grivas a su paso en automóvil desde el aeropuerto hasta la ciudad, donde fue recibido por el señor Karamanlis, primer ministro, en el edificio del Parlamento, antes de emprender un recorrido triunfal por Atenas.

Traducción del documento de la pág. 170:

EL EXTERMINIO DEL PUEBLO EN BIAFRA

UN LLAMAMIENTO

Todo el mundo lo sabe, o lo puede saber: la guerra civil en Biafra se ha convertido en el exterminio de un pueblo. El bloqueo provoca diariamente la muerte de miles de personas a causa del hambre, principalmente niños. Nos encontramos ante el exterminio de ocho millones de ibos.

En una competencia económica y de poder político, los Estados europeos, tanto occidentales como orientales, fomentan un delito. Oriente y Occidente fracasarán en Biafra si no le dan al concepto de coexistencia un sentido humanitario por medio de la ayuda común. Las necesidades en Biafra exigen que todos tomen una decisión.

El 14 de agosto de 1968 estuvieron los firmantes en la Cruz Roja Internacional, en Ginebra. Sus indagaciones han dado este resultado: en estos momentos, la Cruz Roja Internacional actúa más diplomática que humanitariamente. Ha fracasado la última iniciativa del ministro Lindt. La única ayuda efectiva sólo ha llegado a través de organizaciones religiosas (Cáritas). La Cruz Roja Internacional se siente impotente, condenada por convenciones que sólo permiten la ayuda en caso de guerra entre Estados soberanos. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los llamados conflictos limitados han aparecido en forma de guerra civil. La población no beligerante sigue sin recibir ninguna protección.

Desde luego que el artículo tercero de la IV Convención de Ginebra intenta justificar esta situación ("En caso de conflicto armado que no tenga carácter internacional y que estalle en el territorio de una de las partes contratantes, cada una de las partes que participan en el conflicto debe implantar por lo menos las siguientes medidas...").

Sin embargo, como muy bien demuestra el caso de Biafra, este artículo no tiene la menor efectividad.

Como la guerra civil de Biafra nunca habría podido convertirse en el exterminio de un pueblo sin la ayuda militar de Gran Bretaña y la Unión Soviética, se ha de pedir la suspensión inmediata de todos los envíos de armamento a Nigeria (incluso los indirectos). Todo Gobierno que realice o permita envíos de armas a Nigeria se convierte en culpable ante la Historia de un delito tan imperdonable como el de Auschwitz.

Además, hacemos una llamada más amplia: la Cruz Roja Internacional debe poner en práctica el artículo tercero de la IV Convención de Ginebra en el sentido que le dio Henri Dunant y su idea humanitaria, y sin ningún compromiso. Esto quiere decir que la ayuda humanitaria debe imponerse aun en contra de la resistencia.

Todos los Estados miembros de la Cruz Roja Internacional deben poner a disposición de esta organización aviones de transporte y pilotos. La Cruz Roja Internacional calcula que son necesarios de 15 a 20 aviones para poder transportar un mínimo diario de 250 toneladas de alimentos y medicamentos.

Diversos periódicos europeos publican este llamamiento, apelando al mismo tiempo a sus Gobiernos para que actúen. Quien quiera proporcionar mayor fuerza

a esta petición mediante su firma, se le ruega que suscriba este texto. Las firmas serán enviadas a cada uno de los Gobiernos.

Marion condesa Dönhoff
Max Frisch
Günter Grass

Traducción del documento de las págs. 234 y 235:

LAS FRONTERAS DE LA UNION SOVIETICA SON INTOCABLES

Lo que vimos en la zona de la isla Damanski lo fotografiamos en estas imágenes. Aquí también hay fotografías del archivo de la frontera. Nos demuestran cómo los maoístas hicieron aumentar cada vez más la tensión en esta zona. Empezaron con demostraciones provocadoras a lo largo de la frontera. Primero arrojaron tiras de papel con citas políticas y, después, violaron la línea fronteriza. Nuestros soldados no se dejaron provocar; aunque en ocasiones se llegó a las manos, expulsaron de su zona fronteriza a los intrusos sin necesidad de recurrir a las armas.

Finalmente, los maoístas pasaron a las provocaciones armadas que atrajeron la atención de todo el mundo hacia el río Ussuri y la isla Damanski situada en él, apenas conocidos hasta entonces. Nuestros soldados derramaron su sangre defendiendo las sagradas fronteras del país soviético. Nunca olvidaremos nuestra última entrevista con el coronel D. Leonov, ni las últimas palabras que le oímos pronunciar, que siempre quedarán en nuestra memoria. El dijo:

"Todo estará en orden. Si intentan penetrar, les arrojaremos."

Vimos la firmeza y el valor de los jóvenes soldados que aún no habían participado en ningún combate. Y, aunque sólo se trate de un fragmento minúsculo de nuestro territorio, es infinitamente apreciado por cualquier soviético. Las fronteras de la Unión Soviética son intocables en todo su recorrido y en cualquier parte de éste. Y todo aquel que intente violarlas sufrirá una derrota destructora.

Reportaje de nuestros enviados especiales J. Koroljov y M. Natschinkin.

Arriba: puesto de mando de las tropas fronterizas soviéticas junto al río Ussuri. El teniente coronel A. Konstantinov da la orden de contraatacar.

Derecha: el teniente mayor W. Bubenin resultó herido y fue trasladado al hospital. El y el subsargento J. Babanski recibieron la medalla de oro de héroe da la Unión Soviética.

Abajo: el coronel D. Leonov y el teniente mayor I. Strelnikov. A ellos se les concedió el título póstumo de héroes de la Unión Soviética.

(Página 235.)

Demostraciones provocativas en la frontera soviética. Gritos amenazadores de los maoístas que finalmente cambiaron sus tiras de papel con citas políticas por los fusiles ametralladores. Este fue el principio. A continuación siguió la provocación armada y el asalto contra los soldados fronterizos soviéticos.

Gracias a la actuación de los soldados soviéticos se rechazó el asalto armado de los invasores chinos. Imágenes superiores: soldados fronterizos acuden a ocupar sus puestos en la zona de la isla Damanski. Comienza el contraataque.

La imagen inferior fue tomada en el hospital donde se encuentran los soldados fronterizos soviéticos heridos. Cada día llegan aquí numerosas delegaciones con regalos, procedentes de las más diversas localidades de la región.

Traducción del documento de las páginas 253 y 254:

CUBA

Rebelión

Estratagema con Fangio

A mediados de febrero, el corresponsal norteamericano Daniel Friedenberg informaba desde Santiago de Cuba: "Hoy tuvimos un día tranquilo. Diez hombres fueron descubiertos por la policía en una casa de la ciudad alta y fusilados. Explotaron ocho bombas. Vi a un hombre que había sido estrangulado junto a un árbol con un garrote vil de aspecto medieval. Pasé junto a dos cadáveres que estaban echados en la calle, boca abajo. Sus nucas habían sido voladas. La sangre había salpicado la calle, como si las víctimas fueran pollos que, con el cuello partido, hubieran andado aún unos pasos."

Era un día tranquilo si se tiene en cuenta el promedio de muertes que ocurren como consecuencia de las orgías de venganza con las que el dictador cubano, Fulgencio Batista, intenta ahogar la rebelión del rebelde Fidel Castro en la zona oriental de la idílica isla de las Antillas.

Desde hace quince meses se desarrolla una pequeña Argelia ante las costas de Estados Unidos. Pero el interés de la opinión mundial, que había sido relativamente poco atraído por los miles de muertos y torturados, se despertó de pronto cuando, durante la semana pasada, el campeón automovilista mundial Juan Manuel Fangio sintió una pistola entre sus costillas y fue secuestrado en el vestíbulo de un hotel de la capital cubana, a mil kilómetros de distancia de la zona del alzamiento, al este de la isla. El secuestro del famoso automovilista fue, al parecer, una idea del jefe rebelde, Castro, que así pretendía demostrar al mundo libre que estaba llevando a cabo una lucha por la libertad que no encajaba dentro del modelo anticomunista, al igual que las medias de señora y las películas sobre la Biblia sólo se pueden vender por medio de sensacionalismo publicitario.

Fangio había llegado a Cuba para participar en el "Gran Premio Automovilístico de Cuba", una caza sin tregua a través de los bulevares llenos de palmeras de La Habana, a la que todos los años llegaban numerosos yanquis generosos desde el continente. La noche antes de la carrera fue secuestrado por los rebeldes; con ello, Fidel Castro quería hacer notar a los norteamericanos que su paraíso tropical de vacaciones de invierno no era más que un infierno donde reinaban la falta de libertad y la opresión.

No obstante, la carrera comenzó, aunque tuvo que ser interrumpida después de cinco vueltas cuando el Ferrari del conductor cubano suplente, García Cifuentes, pisó

una mancha de aceite en una curva, se abalanzó sobre la multitud y causó cinco muertos y veintiocho heridos. A pesar del rápido mentís de la policía, el corredor Stirling Moss afirmó que habían sido los rebeldes quienes arrojaron aceite sobre la pista.

Mientras tanto, Fangio fue escondido entre lugares distintos, atravesando los cordones de la policía y de las fuerzas militares que vigilaban toda la ciudad de La Habana. El había cumplido ya con el propósito perseguido por los rebeldes, una vez acabada la carrera e impresos los titulares de la Prensa mundial; por tanto, fue entregado a un enlace de la Embajada argentina. Fangio reapareció sonriente y con el rostro imperturbable. Había sido tratado con toda caballerosidad y alojado cómodamente, según contó. Entre sus guardianes también había jóvenes bonitas. "Me explicaron el programa del movimiento rebelde. Sin embargo, les dije que no me interesaba la política."

Aunque el norteamericano medio tampoco se interesaba demasiado por la política, ahora comenzó, si no a conocer el programa, sí a tener en cuenta la asombrosa personalidad de Fidel Castro. Para el gusto de la juventud norteamericana, ansiosa de héroe, el rebelde barbudo competía con éxito contra el *rock and roll* y los Davy Crocketts. Sus hazañas eran cantadas en reportajes sensacionalistas y en los automáticos de música sonaba un cha-cha-cha llamado "Fidelito".

Pero el culto a Castro fue sustituido por la sangrienta realidad, porque ese culto ignoraba la lucha, cuya falta de clemencia hizo que el corresponsal Friedenberg y los pocos observadores que se atrevieron a penetrar en la sitiada provincia de Oriente, recordaran la guerra civil española de los años treinta.

Cuando el refugiado político Fidel Castro, acompañado por 81 fieles compañeros, salió de México en diciembre de 1956 a bordo de un yate de motor diesel, desembarcando en la isla y entablando salvajes escaramuzas con las tropas del dictador Batista, ante las que tuvo que huir hacia Sierra Maestra, nadie le concedía una sola probabilidad de salir victorioso. Sin embargo, pronto se demostró que tras la rebelión había algo más que el intento de un desarraigado de destruir la corrupción estatal de la camarilla gobernante.

Hombres jóvenes procedentes de todas las partes de la isla, desde estudiantes hasta trabajadores, se deslizaron hacia las montañas, hasta que las tropas guerrilleras de Castro contaron con más de mil hombres. Los asaltos audaces y el estallido de las bombas se multiplicaron, y numerosos campos de azúcar pertenecientes a ricos plantadores fueron incendiados. El ejército de Batista, compuesto por 25.000 hombres, acordonó la zona alrededor de las montañas, y sus aviones arrasaron con sus bombas y armas de a bordo las aldeas que se sospechaba ayudaban a los rebeldes.

Daniel Friedenberg informa: "Batista se encolerizó tanto al comprobar su fracaso en el intento de exterminar con rapidez a los rebeldes, que decidió dar un ejemplo en la ciudad de Santiago de Cuba (en la provincia de Oriente). Se declaró una verdadera guerra contra los jóvenes, contra los antiguos bachilleres, ahora estudiantes universitarios, que son el combustible de la lucha."

Batista mantuvo la supremacía gracias al terror, pero hizo que la rebelión se transformara definitivamente en una lucha a vida o muerte, diferenciándose profundamente del círculo vicioso y de opereta que predominaba en la política sudamericana. En la mayor parte de los casos, sólo se trata de sustituir a un político corrompido por otro general más corrompido aún, o a una junta por otra. Pero el sistema en sí, caracterizado por el predominio de los señores feudales, permanece inalterable. Pero con su juicio de sangre, Fulgencio Batista sólo consiguió que ya no fuera posible ninguna solución sencilla. Batista hizo que todo el sistema participara en la culpabilidad, por lo que el odio de la rebelión no sólo se limitó a la persona de Batista. Los ricos ya no tuvieron más elección que la de apoyar a Batista. La amenaza de su derrocamiento puede provocar un caos de venganza que también pondría en peligro a los ricos y sus propiedades.

Pero los norteamericanos también son, consciente o inconscientemente, culpables y se encuentran atados al destino de Batista. Los ciudadanos norteamericanos han comprado las mejores plantaciones de azúcar y ahora se encuentran obligatoriamente al lado de los corrompidos señores feudales. Y la prosperidad que proporcionan los dólares yanquis es la única esperanza de calmar la cólera de los descontentos e impedir que la rebelión avance hasta La Habana.

Batista se ha lanzado a una continua búsqueda de dinero para comprar a los cubanos. Cuba se ha transformado en el objetivo paradisíaco de los *play-boys* y de las viudas de los millonarios norteamericanos. Por entre las palmeras de La Habana se levantan hoteles gigantescos. Y mientras a un par de cientos de metros de distancia, en un edificio destartalado situado en la calle Theodoro Roosevelt, son torturados los sospechosos de pertenecer a la rebelión y condenados por series a diez y veinte años de trabajos forzados, los clientes que vienen del país de la libertad bailan en los hoteles de lujo junto al mar, al ritmo de las rumbas. La revista *New Republic* informa: "Los norteamericanos solteros lanzan atrevidas miradas a las atractivas damas del Mambo-Club, y los turistas suspiran y exclaman: '¡Qué paraíso!'."

Para aumentar aún más el bienestar y las ganas de gastar de sus visitantes, Batista se ha asegurado una ayuda experimentada: la de los bajos fondos norteamericanos. Mediante la concesión de una garantía de diez años libres de impuestos consiguió la ayuda de uno de los dirigentes de la Murder Incorporated, llamado Meyer Lansky (calificado por el Senado de Estados Unidos como uno de los seis *gangsters* más poderosos), para su proyecto de convertir La Habana en el mayor salón de juego del hemisferio occidental, construyendo allí una super-Las Vegas para los habitantes de la costa oriental norteamericana. Con esta concesión, los *gangsters* encontraron "la más rica cueva de oro" (según el *Time*), hasta el punto de que no dudaron en asesinar durante el pasado octubre a su compañero Albert Anastasia en una barbería de Nueva York porque había intentado disputar a Meyer Lansky la concesión del casino de juego del nuevo Hotel Hilton (cuyo coste era de 25 millones de dólares). El *Time* informó de que "los nuevos casinos de La Habana son los más elegantes y atrayentes".

Por su parte, el *New Republic* escribió: "Sin embargo,

a mil kilómetros de distancia del Luna-Park, la dictadura militar de Cuba domina la ciudad de Santiago como Rusia domina en Hungría. El saber esto le hace a uno estremecerse por nuestro país."

Traducción del documento de la pág. 450:

EL REY HUSSEIN DE JORDANIA: "ESO NO LO HE DICHO YO."

Frank Giles habló con el rey Hussein:
"Carta blanca para los guerrilleros."

Frank Giles: —*Majestad, usted ya ha pasado por alguna otra situación difícil. Basándose en esta experiencia, ¿cómo ve usted la situación actual en el Cercano Oriente?*

Hussein: —Es la peor época por la que he tenido que pasar. Estoy muy impresionado. La situación empeora cada vez más y apenas si veo ya una solución pacífica. El ánimo que predomina en Israel es peligroso. Es evidente que a los israelitas les da igual lo que el mundo piense de ellos. Se han convertido en la víctima de su propia fuerza.

—*¿Cree usted que, a pesar de todo, Gunnar Jarring podrá arreglar algo?*

—¡Oh, sí! Con la condición de que Israel acepte la resolución del Consejo de Seguridad de 1967. Nosotros, los árabes, la hemos aceptado, pero no así Israel. Creo que si los israelitas la aceptaran y, además, tuvieran la voluntad de cumplirla, se podrían entablar negociaciones fructíferas sobre la base de las propuestas de Jarring.

"Pero, ¿qué quiere Israel? Al parecer, no persigue ningún plan determinado de paz; sólo está decidida a mantenerse firmemente en los territorios conquistados. Bajo estas condiciones es imposible una paz. Y, sin embargo, la clave de la paz se encuentra al alcance; lo único que tienen que hacer los israelitas es extender la mano para cogerla.

—*¿Cuál es el riesgo que entrañaría una guerra total si no se consigue un acuerdo de paz?*

—El peligro se encuentra en los israelitas. Los árabes no darán el primer golpe durante los dos próximos años. El verdadero peligro está representado por Israel con su superioridad militar y su agresividad. La situación en Israel y en los países árabes se ha transformado por completo: antes de la guerra de junio de 1967, los israelitas se vieron obligados a luchar por su existencia, con el mar a la espalda. Ahora, los árabes se hallan en la misma situación. No tienen ninguna otra alternativa, deben seguir adelante. Entre mi gente y entre todos los demás árabes predomina un espíritu muy similar al de Dunquerque.

—*¿Tiene su Gobierno alguna relación formal o informal con los guerrilleros palestinos que han sido formados en territorio jordano y que operan desde allí?*

—No existe ninguna relación formal. Según la propaganda israelí, yo soy una especie de prisionero de estos palestinos, soy incapaz de mantenerlos a raya, aunque quisiera hacerlo. Esto no es cierto.

"Ellos son los elementos activos del pueblo palestino, que desde hace veinte años es el que más sufre a causa del conflicto árabe-israelí. Tras la guerra de los seis días se unieron y ahora luchan por su patria perdida, como es su derecho.

"En estos momentos, y como fuerza organizada que son, los palestinos representan un nuevo factor en el conflicto del Cercano Oriente; pero también ellos comparten la creciente desesperación de todos los comprometidos.

—*Se comenta que usted ha dicho que, si fuera necesario para alcanzar la paz, estaría usted dispuesto a renunciar a la soberanía sobre la orilla occidental del Jordán, donde, como consecuencia de ello, se podría crear un Estado palestino, o una "unidad".*

—Eso no lo he dicho yo. No puedo renunciar a la orilla occidental, ni a los palestinos. El pensamiento de una "unidad" es totalmente absurdo. Los árabes no la quieren, los palestinos tampoco; no es más que una maniobra diversiva israelita. Lo que, por el contrario, estoy dispuesto a hacer, una vez que la orilla occidental haya sido anexionada de nuevo al Estado jordano, es conceder una mayor descentralización a los palestinos que habiten esta zona.

"El mundo debe comprender que los pueblos que viven a ambas orillas del Jordán se han convertido en una familia homogénea como consecuencia de intereses comunes en una causa común.

—*Entonces, ¿es cierto que usted hace causa común con los guerrilleros?*

—Todavía no. Mientras no exista ni el menor destello de una solución pacífica, no me comprometeré en ningún sentido.

—*En ciertos círculos extranjeros predomina la opinión de que su trono e incluso su persona se encuentran en peligro a causa de los guerrilleros.*

—No. La dinastía hachemita es una parte del pasado árabe, del presente y del futuro. Desde luego que ésta es la hora más negra de mi gobierno, pero no porque la dinastía se encuentre en peligro.

Traducción del documento de las págs. 483 y 484:

INFORME SOBRE LA LUCHA HEROICA DEL FRENTE DE LIBERACION SUDVIETNAMITA

Los agresores con una nueva lluvia de balas

Nuevos ataques de los guerrilleros, apoyados por la población civil. Jefatura superior del FLN: éxito del gran ataque.

Saigón (ND ADN). Desde hace una semana, las fuerzas de liberación sudvietnamitas llevan a cabo sus grandes operaciones de ataque. La jefatura superior del ejército de liberación considera que los ataques realizados hasta ahora han tenido un gran éxito. En el comunicado se cita sobre todo la amplísima ayuda que la población civil ha otorgado a los guerrilleros. Bajo la impresión de los éxitos del FLN, miles de oficiales y soldados del ejército de Saigón también apoyaron la causa de los patriotas. Las pérdidas causadas al enemigo son las mayores que se le han producido desde el principio de la agresión norteamericana. Los guerrilleros se apoderaron de ingentes cantidades de material de guerra. Junto a muchas ciudades satélites, también se citan los nombres de numerosas ciudades de provincias en las que penetraron los guerrilleros.

Soportando numerosas pérdidas, los ataques de los

agresores también se limitaron el domingo a las ciudades ocupadas por los guerrilleros en el delta del Mekong, como Kontum, Dalat, Hué, Ben Tre y Ving Long. Según las informaciones más recientes de agencias de prensa occidentales se lucha con gran dureza en, por lo menos, la mitad de las 44 capitales de provincia de Vietnam del Sur. Según informó la agencia el domingo, numerosos soldados y oficiales del Ejército de Saigón dieron la espalda al régimen sometido a Estados Unidos, y fundaron asociaciones patrióticas para la lucha y la paz común.

Al final de la semana, las fuerzas del Frente de Liberación han lanzado un nuevo golpe contra la mayor base aérea norteamericana en Vietnam del Sur, Da Nang. Por su parte, los patriotas de Hué también defendieron con éxito sus posiciones.

Los guerrilleros del FLN que operan en Saigón con el apoyo de la población civil incrementaron sus acciones durante el domingo. Sus asaltos se dirigieron contra un gran campamento militar norteamericano, contra el Cuartel general de la policía del régimen títere y contra otros puestos de policía. Se entablaron fuertes luchas, sobre todo en el interior de la ciudad, en el barrio de Cholon y en las cercanías del aeropuerto.

Según un comunicado de la jefatura militar norteamericana en Vietnam del Sur, las pérdidas propias son muy altas.

En el Alto Mando del ejército agresor norteamericano en Vietnam del Sur reina la inseguridad y el temor ante la posibilidad de que los guerrilleros del FLN lleven a cabo nuevos grandes ataques. El jefe del servicio secreto militar norteamericano en Vietnam del Sur, general de brigada Philip Davidson, declaró que se debía saber con claridad que el FLN aún no había "desplegado todas sus posibilidades".

Esta situación impulsó a los agresores a volver a bombardear "posibles posiciones militares" del ejército de liberación en el norte del país, sin consideración alguna hacia la población civil. Según informa la agencia AP, Estados Unidos quiere poner en acción nuevos bombarderos estratégicos en Vietnam.

¡Cómo se parecen las imágenes!

En Vietnam: terror sangriento de los agresores norteamericanos y de sus marionetas contra los patriotas. Violando cruelmente el derecho internacional, el jefe de policía general, Nguyen Ngoc Loan, asesinó en Saigón a un guerrillero del FLN hecho prisionero.

Prácticas de estado de sitio en Alemania occidental: los agentes de policía atacan a una muchacha joven, arrastrándola de los pelos por la calle durante una demostración de estudiantes que se celebró en Bochum.

PASAPORTE PARA MATAR

Documento legal norteamericano sobre los métodos bélicos empleados en Vietnam

Según los propios informes del teniente norteamericano Francis Theodore Reitemeyer, de veinticuatro años, que aprobó los cursos dados en una escuela secreta para futuros consejeros en Vietnam, "los métodos de tortura extremos" y las macabras diversiones de guerra se encuentran en el programa de enseñanza de la escuela que visitó. El oficial católico, que había sido estudiante de teología, se convirtió en un enemigo del servicio militar. En consecuencia, solicitó del Ejército ser librado del servicio, basándose en objeciones de conciencia. La orden que obligaba a Reitemeyer a marchar hacia el Vietnam, y que llevaba fecha del 3 de febrero de 1969, fue suspendida hasta que se tomara una decisión en el juicio. El *Spiegel* extrae lo siguiente de las pruebas que presentó el abogado de Reitemeyer, William Zinman, al tribunal del distrito de Maryland, en Baltimore.

El acusado (Reitemeyer) declara que consolida y aclara su desprecio contra una participación en la guerra, basándose en las experiencias militares por las que atravesó desde la primavera de 1968 hasta diciembre del mismo año.

El acusado se enfrentó por primera vez con la realidad de un fenómeno secundario de la guerra, la muerte en combate, cuando tuvo que revisar unos detalles de los entierros de soldados norteamericanos muertos. Así, en julio de 1968, tuvo que preocuparse por el entierro de un hombre cuyo cuerpo había sido destrozado por una mina en Vietnam. Tuvo que procurarse un brazo falso y reajustar una parte de la cabeza para que, de acuerdo con el deseo de los padres, se pudiera celebrar la ceremonia del velatorio con el cuerpo presente.

Desde el 18 de octubre hasta el 6 de diciembre de 1968, el acusado tomó parte en un cursillo en la escuela del servicio secreto en Fort Holabird, Maryland, como preparación para realizar tareas especiales en Vietnam. Se informó al acusado de que, como consejero norteamericano en Vietnam, trabajaría en el "programa Phoenix", cuyo objetivo consistía en eliminar la infraestructura comunista en Vietnam del Sur.

Se le dijo al acusado que en Vietnam tendría que vigilar a dieciocho mercenarios (probablemente chinos), pagándoles de un fondo especial. Los mercenarios tenían que realizar la tarea de encontrar en una serie de pequeñas aldeas a la mayor cantidad posible de simpatizantes del Vietcong, haciéndolos prisioneros y (o) matándolos.

Los oficiales que en Fort Holabird le informaban sobre Vietnam, advirtieron al acusado de que, probablemente, tendría que mantener un "índice de muertos" de unas cincuenta personas al mes.

Además, en la escuela del servicio secreto, se le dijo al acusado que estaba autorizado para emplear cualquier técnica o hacerla utilizar a sus mercenarios, para descubrir a los guerrilleros del Vietcong o a sus simpatizantes. A menudo era necesario el empleo de extremos métodos de tortura, según dijeron los oficiales.

Así, por ejemplo, un civil sospechoso fue muerto por los mercenarios, siendo finalmente decapitado y despedazado. La cabeza, los ojos, las orejas y otras partes del cadáver fueron colocadas ante la casa del muerto, como advertencia para otros simpatizantes del Vietcong.

Una de las técnicas especiales para obtener información consistía en garantizar a los prisioneros y heridos del Vietcong una adecuada asistencia médica, sólo en el caso de que dieran las informaciones deseadas. Sin embargo, una vez terminado el interrogatorio, los mercenarios dejaban abandonados a los sangrantes heridos, sin prestarles la necesaria ayuda médica.

A la mañana siguiente, cuando los gritos de un herido les recordó su presencia, le decapitaron con una bayoneta cubierta de robín.

Los consejeros norteamericanos, que tomaban el desayuno a unos doce metros de distancia, les dejaron hacer con toda tranquilidad; la muerte del soldado fue oficialmente comunicada, con una nota que decía: "Fusilado durante un intento de huida."

Uno de los instructores militares que trabajaban en Fort Holabird dijo que él también conocía otros casos. Explicó, por ejemplo, cómo los consejeros militares, acompañados por soldados sudvietnamitas, rodearon una laguna donde se ocultaban soldados del Vietcong que respiraban por medio de cañas. Los consejeros norteamericanos se unieron a los soldados sudvietnamitas y arrojaron numerosas granadas de mano sobre la laguna.

Mientras estaba contando este caso, el instructor dijo a los participantes en el curso, entre los que se encontraba el acusado: "Esta historia parece un poco cruel escuchándola aquí, en la clase, pero en realidad fue muy divertido ver cómo los del Vietcong saltaban por los aires como peces al explotar las granadas." El mismo instructor fue descrito por otro profesor como un hombre "a quien ya no le interesa saber si perdemos o ganamos, siempre y cuando haya guerra".

Al acusado se le enseñó que el "programa Phoenix" no iba dirigido contra fuerzas militares enemigas, sino contra enemigos políticos y simpatizantes con los mismos. Haciéndolos prisioneros, intimidándolos e incluso asesinándolos, el programa tenía por objetivo buscar lo que Estados Unidos no había podido conseguir aún con los medios militares convencionales: la victoria.

Al acusado se le hizo saber, por otra parte, que en el caso de una derrota militar o si era hecho prisionero, podría ser considerado como criminal de guerra, de acuerdo con la Convención de Ginebra.

Traducción del documento de las págs. 512 y 513:

Gracias a sus potentes ataques por sorpresa, las fuerzas del Frente de Liberación Nacional hacen huir a los ladrones norteamericanos del Vietnam; el enemigo, que parece tener mucha prisa, lo abandona todo.

Después de que el héroe Nguyen Van Troi fuera asesinado en la zona sur del Vietnam por los norteamericanos y el Gobierno marioneta, su esposa Phan Thi Quyen consiguió evadirse de Saigón, encaminándose valerosamente hacia los territorios liberados y uniéndose allí al ejército de liberación de la zona sur de Vietnam; con gran decisión, siguió las huellas del héroe revolucionario que entregó su vida y aportó su parte en la lucha de resistencia contra la agresión norteamericana, para salvar a la patria. Imagen: Phan Thi Quyen (izquierda) y su camarada, concentran su odio en las armas y están preparadas para ir a primera línea y destruir a los invasores norteamericanos.

Dotados del ánimo de lucha y de victoria, los hombres del ejército de liberación de la parte sur del Vietnam cruzan montañas y ríos, avanzando victoriosamente, siempre adelante.

(Página 513.)

Cada persona y cada aldea lucha para destruir a los lobos norteamericanos. Imagen: los partisanos que participaron en la lucha por defender una aldea de la parte sur del Vietnam, ocasionaron graves pérdidas al enemigo atacante.

Las mujeres que luchan en la parte sur del Vietnam se hacen acreedoras de nuevos méritos en cada combate contra las tropas de bandidos de los Estados Unidos. Ellas son las que transportan la munición hacia el frente.

El ejército y la población de la parte sur del Vietnam, hombro con hombro, y encontrándose en el corazón de la zona enemiga, interrumpen las líneas férreas de los agresores norteamericanos y de sus marionetas, de modo que los ladrones norteamericanos y sus perros se encuentren en una situación cada vez más difícil a cada paso que den.

Ultimas imágenes

Un nuevo "Yalta"



Tras el viaje de Nixon a Moscú, y la posterior visita a la Casa Blanca del secretario general del Partido comunista soviético, Breznev (FOTOGRAFIA SUPERIOR), las relaciones entre EE. UU. y URSS entraron en una fase de colaboración y cordialidad.

Las "guerras de la posguerra" arrancan del reparto de zonas de influencia realizado en Yalta entre los vencedores de Hitler, en 1945. Pero, una vez terminada la contienda, EE. UU. y la URSS iniciaron una política de dominio mundial basada en antagonismos ideológicos. Por eso se la llamó "guerra fría". En Yalta se habían repartido el mundo las dos grandes naciones vencedoras: EE. UU. y la URSS. Y parecía que un día u otro ambas lanzarían sus armas atómicas. Pero EE. UU., con Nixon en la Casa Blanca, cambió su política exterior, arrinconando a sus aliados europeos y acercándose a la URSS, cosa también deseada por el Kremlin. Esto se confirmó en la visita de Nixon a Moscú, tras su viaje a China. Pero la expresión máxima de esta "luna de miel" se produjo con la visita de Breznev a EE. UU. Todo el mundo pudo ver el *show* montado por Breznev y Nixon. ¿Qué le diría el uno al otro en el momento en que fue tomada esta fotografía en la Casa Blanca? No se puede menos de temer que la conferencia a tres de Yalta se haya convertido en concierto a dos para repartirse las zonas de influencia del mundo.



La capitulación de los secesionistas biafreños del coronel Ojukwu, ocurrida el 16 de enero de 1970, constituyó el desenlace de la cruenta guerra de Biafra, final previsible de acuerdo con la marcha de los acontecimientos en los tres años de la contienda. La victoria del Gobierno central de Nigeria se celebró en Lagos con moderación. El general Yakubu Gowon (FOTOGRAFIA DERECHA), presidente de la República de Nigeria, pasa revista en Londres a una formación militar británica, durante su visita a Gran Bretaña al término de la Guerra de Biafra. Gowon logró aniquilar la resistencia secesionista de los biafreños gracias a la importante ayuda militar recibida de Gran Bretaña y la URSS. Los rebeldes, al mando del coronel Ojukwu, contaban con el apoyo de Francia, pero los suministros de armamento de este país se revelaron muy inferiores en calidad y cantidad a los utilizados por las tropas del Gobierno central de Lagos. La guerra, no obstante, fue larga y cruenta. Diezmados por el hambre y las enfermedades, y cercados por el ejército de Gowon, los rebeldes ibos se vieron obligados a rendirse, después de tres años de exterminadora lucha.

Después de la independencia de Nigeria (1960), las dimensiones del mercado interior atrajeron fuertes inversiones extranjeras. La rápida industrialización y, sobre todo, el petróleo, localizado en un 67 por ciento en territorio ibo (Biafra), provocó en la población iba, más evolucionada técnica y culturalmente que las otras tribus del país, una conciencia de poder que desencadenó la guerra de secesión. "Moriremos sin una lágrima", eran las últimas palabras del himno de Biafra. Tras treinta y dos meses de lucha, Nigeria aplastó la secesión biafreña. El que fue alma de la rebelión, coronel Ojukwu, huyó, legando al general Effiong la tarea de concluir la rendición. Por su parte, el vencedor, Yakubu Gowon, recibía al embajador de la URSS para expresarle su gratitud. La abundancia de armas garantizada por rusos y británicos, había triunfado sobre la pobreza de Biafra. Sólo Francia entregó a los biafreños algunos morteros y fusiles.



Las víctimas del hambre y las epidemias, y sobre todo los nueve millones de refugiados bengalíes (FOTO SUPERIOR), llegados a la India procedentes del Pakistán Oriental, hoy Bangla Desh, sobrecogieron a la opinión pública mundial.

El 3 de diciembre de 1971, se iniciaba un conflicto armado en otra región del "tercer mundo", Pakistán e India. Catorce días bastaron para llegar al desenlace del conflicto, tras la fulminante victoria del Ejército indio. Las condiciones impuestas por la India fueron aceptadas por el Gobierno pakistaní. El saldo de la guerra fue la caída de un Gobierno reaccionario, el del mariscal Yahya Khan, y el nacimiento de un nuevo Estado, la República de Bangla Desh, reconocido inmediatamente por la India. El jeque Mujibur Rahman, líder indiscutible de Bangla Desh, se hizo cargo del Gobierno. La guerra de Bangla Desh fue una guerra civil en la que triunfó el separatismo bengalí. En el fondo, sin embargo, India y Pakistán fueron los sujetos interpuestos utilizados indirectamente por China y la URSS para conseguir la supremacía asiática, con la consiguiente complacencia de EE. UU., que proseguía su guerra en Vietnam. La firma del tratado de paz indio-soviético fue la piedra angular que facilitó el apoyo militar y diplomático que la URSS ofreció a Bangla Desh. Por su parte, el Gobierno de Yahya Kahn contó con el auxilio de China.

Los resultados de la contienda fueron miles de muertos, caída del régimen dictatorial pakistaní, logro de los anhelos autonomistas de Mujibur Rahman y de su liga nacionalista, aumento de la influencia de la India y éxito de la Unión Soviética frente a China.



Desde la llegada de Nixon a la Casa Blanca, en 1969, la intervención norteamericana en Vietnam adquirió un carácter de desescalada y reducción de tropas. En abril de 1970, Nixon anunció que antes de finalizar la primavera de 1971 quedarían en Vietnam 265.000 soldados menos que cuando él asumió la presidencia. A partir de la Conferencia de París, las reducciones de tropas estadounidenses se sucedieron a un ritmo de unos 14.500 hombres al mes. En diciembre de 1971, se elevó a 22.500. A principios de 1972, Nixon anunció la retirada de 70.000 soldados. El 7 de enero de 1973, Van Thieu, presidente de Vietnam del Sur, aceptó finalmente las propuestas de Washington para un acuerdo de paz. Una semana más tarde, Nixon ordenó la suspensión total de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, y antes de finalizar el mes, Kissinger y Le Duc Tho se reunieron por última vez en París. Ambos manifestaron que se había llegado a un acuerdo y ese mismo día los representantes de Vietnam del Norte y del Sur, del Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur y de Estados Unidos firmaron en París los documentos por los que se comprometían a mantener el alto el fuego. Diez días después comenzó el intercambio de prisioneros. El principal escollo que hubo que superar, tras la firma de los acuerdos en París, el 23 de enero de 1973, fue la efectividad de la Comisión Internacional de Control. A las pocas semanas de haber entrado en funcionamiento el alto el fuego, Vietnam del Sur pareció haber sido dividido en dos partes. Los comunistas, aprovechando la retirada de las divisiones surcoreanas, avanzaron rápidamente hacia la costa. Lo que no lograron en la guerra, lo consiguieron en la paz. Ante la nueva situación, a finales de 1973 los Estados Unidos consideraban la posibilidad de intervenir otra vez en Vietnam, pues el Ejército sudvietnamita tenía que hacer frente a una larga guerra de desgaste por parte nordvietnamita. Pero tras la espectacular dimisión de Nixon, a causa del escándalo "Watergate" y el deterioro de su imagen pública como político, su sucesor, el presidente Gerald Ford, consideró la necesidad de abandonar Camboya y Vietnam del Sur a su suerte, facilitando con ello el triunfo de los comunistas en el sudeste asiático.

FOTOGRAFIA DE LA PAGINA ANTERIOR: Momento de la firma del alto el fuego entre las delegaciones del Gobierno de Saigón y la del Vietcong, brazo militar del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, representado en el acto por la señora Nguyen Thi Binh.
FOTOGRAFIA SUPERIOR: Prisioneros de guerra nordvietnamitas, con el rostro cubierto, custodiados por soldados estadounidenses, en otoño de 1973, nueve meses después de haberse firmado el vacilante e innumerables veces violado alto el fuego.
FOTOGRAFIA INFERIOR: Henry Kissinger y Le Duc Tho (ambos Premio Nobel de la Paz en 1973), después de firmar, el 23 de enero de 1973, los acuerdos de alto el fuego en Vietnam, salen sonrientes del palacio de la Avenida Kebler, en París, escenario del prolongado forcejeo diplomático entre las delegaciones de los beligerantes, principalmente de EE. UU. y Vietnam del Norte.



La guerra del Yum Kipur



Los representantes de Israel, general Yariv (derecha), *y Egipto, general Gamassi* (izquierda), *negocian en el kilómetro 101 de la carretera a El Cairo, un sistema de aprovisionamiento para el Tercer Ejército egipcio, sitiado en el Sinaí.*

Lejos de ser otra "guerra relámpago", la del Yum Kippur de 1973 se convirtió en la lucha más violenta de la moderna historia de Oriente Medio. En la meseta abrupta y estéril del Golán, los tanques israelíes y sirios libraron una tremenda batalla de 48 horas, el encuentro acorazado de mayores proporciones desde la batalla de las Ardenas en la Segunda Guerra Mundial. Al sudoeste, los soldados egipcios desalojaron mientras tanto a los defensores israelíes de sus bunkers supuestamente inexpugnables, con granadas y lanzallamas, y la tan cacareada línea Bar Lev resultó tan inútil como la Maginot.

Por todas partes, las pérdidas fueron tremendas. El detrimento sufrido por los israelíes en la primera semana de la guerra se calculó en 600 muertos y 1.500 heridos, un temible coste para una nación de tres millones de habitantes. Las bajas egipcias y sirias todavía fueron más altas, 12.000 entre muertos y heridos.

Tras un viaje de Kissinger a Moscú, la URSS y EE. UU. impusieron a los dos contendientes un alto el fuego que no fue cumplido por los judíos, pues siguieron avanzando hacia Suez. Los "cascos azules" de las Naciones Unidas comenzaron a llegar al frente.

Kissinger llegó a El Cairo y los rumores de guerra se convirtieron en conversaciones de paz. En un plazo de 48 horas, Israel y Egipto aceptaron un plan norteamericano para reforzar el vacilante alto el fuego, en espera de las negociaciones de paz que pronto comenzarían en Ginebra.